LAS TRES DESPEDIDAS DE GEORG KAHN

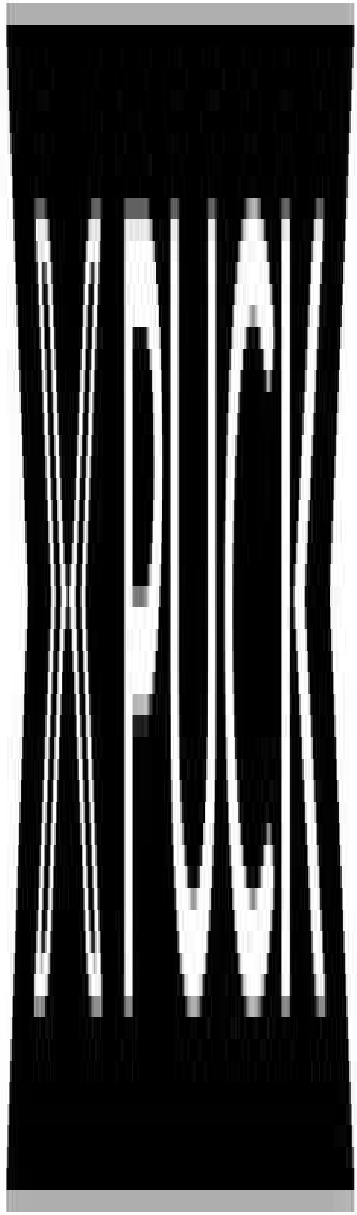
BRUNO PUELLES

LAS TRES DESVIDAS

GEORG KAHN

LAS TRES DESPEDIDAS DE GEORG KAHN

BRUNO PUELLES



Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

1.ª edición: mayo 2023

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Copyright © 2023 *by* Bruno Puelles
All Rights Reserved
Autor representado por IMC Agencia Literaria S.L.
© 2023 *by* Urano World Spain, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-19252-16-6
E-ISBN: 978-84-19497-24-6

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para los amigos
que hacen que escribir
sea menos solitario.

Aquel mundo de seguridad fue un castillo de naipes.
Sin embargo, mis padres vivieron en él
como en una casa de piedra.

Stefan Zweig
El mundo de ayer

Diez años antes

El primer encuentro con ellos fue en la víspera de mi noveno cumpleaños, o tal vez a los pocos días de la fecha. Recuerdo que era una noche de primavera y que se notaba la llegada tímida del calor en el zumbido de los insectos recién despiertos. Hasta ese momento, había crecido sin conocer el peligro, bajo el cuidado de mis hermanos y rodeado de criados, maestros y otros adultos benevolentes. Contaba a la vez con la compasión de todos por ser huérfano de ambos padres y la suerte de que mi familia estuviese bien posicionada, por lo cual nunca me faltó nada. Todos los cuentos que me contaban tenían finales felices; era, probablemente, el único habitante de los Dominios del Este que desconocía por completo la existencia de los monstruos.

La mayor parte de la gente, aun sabiendo que estos seres están entre nosotros, se los imagina extraños y fácilmente distinguibles, muy diferentes a los ciudadanos decentes.

La mayor parte de la gente no se topa con ellos poco antes de cumplir nueve años.

Era entonces una noche de primavera y yo estaba a salvo en la antigua residencia de Holbeinsberg, rodeado de tierras que han pertenecido a mi familia desde hace varios siglos. Therese y Johann bebían y fumaban junto a la ventana del salón. Arrullado por su conversación, me había acurrucado en un sofá cerca de la chimenea para leer, a la luz de las llamas, uno de los antiguos libros de la biblioteca de mi madre, a la que los mellizos me habían dado permiso para entrar hacía apenas un año. Era mi ascenso de libros de cuentos a las historias de mayores, las novelas de aventuras y las leyendas ilustradas, los volúmenes caros de cubiertas bellamente decoradas. Pasaba las páginas con reverencia. Las disfrutaba despacio, como si cada uno de aquellos libros fuese el último bombón de la caja.

Me faltaba menos de un capítulo para el final cuando Johann se interrumpió en mitad de una frase que no quería que oyese y, con la petulancia de los adultos que creen erróneamente que los niños prestan alguna atención a sus asuntos, hizo sonar la campanilla. La anciana *Fräulein* Lilla, que también había sido niñera de mis hermanos años atrás, hacía varias horas que se había ido a dormir, así que fue Annika, una de las criadas, la que acudió.

—¿Se puede saber qué hace el niño todavía despierto? —preguntó Johann, airado. Y cuando me puse en pie con el libro bajo el brazo, añadió—: Deja eso aquí, Hugo. No es momento de leer.

Lo conocía demasiado bien como para discutir. Intercambiamos deseos de buenas noches y abandoné la calidez luminosa del salón para recorrer el pasillo de madera oscura, escoltado por Annika, que se aseguró de que me lavase, me pusiera el pijama y estuviese acostado antes de marcharse con la lámpara.

Dejó la puerta de mi dormitorio abierta, lo cual me permitía percibir las voces de mis hermanos aunque no entendiese lo que decían. No me hacía falta. Aguardé hasta que, una pequeña eternidad después, por fin callaron; aceché los crujidos del suelo bajo sus pasos, el trajín del agua y las indicaciones a los criados, las buenas noches y, por fin, el chasquido de las puertas al cerrarse.

Esperé a que la casa quedase en silencio antes de apartar las mantas y plantar los pies descalzos en la alfombra.

Estaba despejado como si fuese mediodía en lugar de casi medianoche; la intriga había ahuyentado al miedo. Solo podía pensar en el libro sobre la mesita de café del salón.

En el exterior soplaba el viento contra los cristales de las ventanas, que temblaban mientras avanzaba despacio por el pasillo, alerta por si alguno de los mellizos salía de su dormitorio. Logré llegar al vestíbulo, pero antes de entrar en el salón oí, para mi horror, un entrechocar de copas y el refunfuñar en voz baja de Annika. Había terminado de recoger el comedor y venía hacia mí, por lo que tuve que batirme en retirada. El pasillo carecía de escondites, así que entré apresuradamente en la cocina; resbalé sobre las baldosas claras, corrí hasta la puerta abierta de la despensa y me escurrí dentro.

Aquella puerta y yo éramos viejos conocidos. Pude cerrarla sin hacer ni un solo ruido.

Al otro lado, la criada irrumpió en la cocina con mucha menos discreción. Contuve el aliento mientras ella iba de acá para allá, canturreando, hasta que terminó de limpiar y ordenar. Se acercó a la despensa, sin saber que yo estaba agazapado dentro, inmóvil como una estatua, y dio la vuelta a la llave en la cerradura.

No me atreví a llamarla, descubrir mi presencia hubiese sido admitir el crimen de haberme levantado a deshora. Valoré mis posibilidades mientras veía desaparecer por debajo de la puerta el resplandor de la lámpara que ella se llevaba consigo. El silencio invadió la cocina. Solo el viento continuaba haciéndose notar: llamaba al ventanuco de la despensa, que se encontraba sobre los estantes de madera anclados a la pared.

Me encaramé a ellos con cuidado, como hacía para alcanzar las latas de dulces que la cocinera guardaba en lo alto, siempre temeroso de que la estructura colapsase bajo mi peso, que nunca ha sido poco. Trepé hasta aferrar el marco del ventanuco con los dedos. Abrirlo fue sencillo. Auparme requirió todas mis fuerzas; solo lo logré espoleado por el miedo a dejarme caer y provocar el estruendo del contenido de la despensa precipitándose al suelo conmigo.

Salí con dificultad por el ventanuco. Sacar las piernas primero me permitió aferrarme al alféizar durante el tiempo que me aguantaron los brazos antes de precipitarme de la forma más indigna al suelo; me magullé las rodillas y la barbilla, desafortunadamente; me choqué contra una valla de madera con la que el jardinero había separado los arbustos del camino. Me sumí durante unos instantes en una espiral de oscuridad. Las ramas habían arañado la piel de mis mejillas y brazos, me corría la sangre por el rostro.

En otras circunstancias habría gritado. Sin embargo, el miedo me obligó a callar.

Había alguien más en el jardín.

No lo había visto aún, pero notaba su presencia amenazadora. Se había acercado a mí al verme colgando de la ventana, de espaldas, completamente vulnerable, y se había detenido en cuanto me

incorporé. Estaba entre la maleza, vigilándome. Aún no se había decidido a atacar, pero estaba a punto.

Un jabalí, pensé. La posibilidad de encontrarme con uno de ellos era la principal razón por la que tenía prohibido adentrarme solo en el bosque; *Fräulein* Lilla me había advertido de su fiereza, de sus cráneos tan duros que no sentían los palos, de los mortales colmillos, de la determinación furiosa con la que atacaban hasta vencer o morir. Lo utilizaba para asustarme y que no me adentrase en el bosque sin permiso. «La próxima vez, te encontrará un jabalí antes que yo, y entonces no volveremos a ver nunca al pequeño Hugo».

No, me corregí, porque el miedo me susurraba que la criatura que me daba caza era un depredador. *Un lobo*.

Un sonido casi imperceptible, un chasquido, un paso lento y controlado, y mi atención se clavó en un punto concreto de la oscuridad. Pude entrever un resplandor: una pupila que reflejaba la luz de la alcoba de mi hermana. El cazador era grande, del tamaño de una persona.

Un oso.

Estaba a unos diez pasos de mí.

Aunque, por lo general, los osos se alimentan de insectos y frutos, en mi cabeza resonaban historias sobre algunos de ellos, más pesados que tres hombres juntos, que en raras ocasiones habían atacado a las ovejas y luchado contra los mastines que las protegían.

Mis pensamientos volaban a una velocidad desconocida para mí. Mi mente le ordenaba a mi cuerpo que permaneciese inmóvil, *los osos detectan mejor el movimiento que la quietud*, pero a la vez yo calculaba cuánto tardaría en llegar al árbol que crecía junto a mi ventana, gracias a cuyas ramas en más de una ocasión me había colado en la casa. El oso era, sin lugar a dudas, más rápido que yo, pero estaba dispuesto a arriesgarme solo por salir de aquella situación.

Y entonces el oso susurró: «No voy a hacerte daño».

No le creí, ¿cómo iba a hacerlo?, si al inclinarse hacia mí para hablar lo alcanzó la claridad lejana de las lámparas de la casa y le vi las fauces, el largo y horrible pelo, los ojos pequeños y mezquinos. Quise gritar, aunque eso pudiese provocarlo; quise huir, aun estando

seguro de que me atraparía; quise quedarme donde estaba, aunque fuese a matarme.

Lancé un vistazo hacia mi árbol. Eché a correr casi sin darme cuenta, el mundo a mi alrededor se desplazaba con celeridad. El oso también se movió. Lo distinguí no sé cómo, sin mirarlo. Grité de pavor.

Los perros de la casa empezaron a ladrar. Una ventana se abrió de golpe. Una detonación, una ráfaga de aire, una quemadura en la mejilla.

Alcé la mirada. Mi hermano Johann se asomaba a la ventana. Tenía un viejo fusil Werndl-Holub en una mano y su puntería legendaria en la mirada. *Va a disparar,* pensé y temí que me diese a mí, sin entender que ya había sucedido, él había disparado y la bala había pasado rozándome la cara, y el oso estaba herido. Entonces Johann dio un segundo tiro y un tercero. Me lancé al suelo. Miré hacia atrás. El oso cayó, el oso estaba muerto. El oso había desaparecido.

En su lugar, un hombre flaco y hundido.

Therese salió de casa con su andar lento y seguro: llevaba puestas sus botas negras de caza bajo el camisón. Me lanzó una mirada de pasada, certificando que estaba vivo, antes de inspeccionar al monstruo. *Fräulein* Lilla apareció con una manta de lana alrededor de los hombros y agachó las cansadas rodillas sobre mí, al grito de «¡Está herido! ¡Está sangrando!». Me llevó dentro.

La casa estuvo en vela hasta bien entrada la madrugada. Recuerdo que bebí algo, leche o caldo, y me dejaron junto a la chimenea, aunque no fui capaz de abrir el libro otra vez. Miraba el ir y venir de Therese y, más tarde, a Johann limpiando el fusil.

—¿No te dio miedo darme a mí? —pregunté.

—Las ganas que le tenía a esa bestia me hicieron infalible —me dijo, con esa sonrisa de medio lado que deja escapar tan pocas veces.

Cada persona tiene fuerzas que la mueven, y aquella noche entendí que el odio era una de las que impulsaban a mi hermano. No me atreví a preguntarle si detestaba a aquel monstruo por ser monstruo o por haber supuesto una amenaza para mí, pero aquellas dudas se quedaron grabadas en mí como el surco de la bala en mi mejilla, y

escribí al respecto, varios años después, al menos un relato y más de una docena de poemas.

Fin de siglo

Bladlmond (Mes de la Hojarasca)

Lunes 12

Se ha producido en mí un cambio irreversible, pero haré un ejercicio de paciencia y lo contaré todo desde el principio.

Esta mañana, apenas llegó la prensa, dejé que Therese se hiciera con el *Slora* recién impreso para echarle las garras a la *Birdwhistle Magazine* que llevo esperando con ansia desde que supe que hoy incluiría poemas de Tornaforte. Su precisión en el ritmo y la elección escrupulosa de las palabras me dejan anonadado. Me deleité leyendo y releyendo durante el desayuno, y no fue hasta después que descubrí mi buena suerte, porque en el *Folletín* (el suplemento cultural de *Slora*) venían algunas obras breves de mi adorado Alois Licht. No di a mis hermanos la oportunidad de disfrutarlos y me llevé la revista y el suplemento a mi dormitorio. Debo anticiparme al desastre y no dejar que, en un descuido, se tiren al recoger la mesa.

A media mañana me pasé, en contra de mi voluntad, por la facultad. No pensé que pudiera detestar nada más que el colegio, con sus bancos incómodos y el frío entrando por la ventana rota, pero resulta que la universidad es aún más insoportable. Llevo dos semanas y todavía no he encontrado a otro estudiante con el que congenie. Ni siquiera en la escuela de Filosofía Exacta me libro de los jóvenes exaltados que solo pueden pensar en batirse en duelo; yo solo puedo pensar en escribir. Aunque Therese se ofrece a enseñarme esgrima para que me integre, no tengo el menor interés.

Comí en casa, con *Fräulein* Lilla, que no entiende que cada año envejezco un poco más y me sigue llamando «Hugsi» en lugar de «Hugo» y tratando como a un niño pequeño. Me pregunta por mis «amiguitos» (el diminutivo es suyo, no mío), cuando no conservo

ninguna amistad del colegio. El título de bachiller fue un billete hacia la libertad; lo siento porque la posibilidad de mirar atrás y recordar con nostalgia años de camaradería y juegos infantiles en el patio es muy bonita, pero esos años fueron para mí un chaparrón que me cazó sin paraguas, y no me quedó otra que aguantar hasta que terminase. Una vez acabado, ¡adiós! Adiós a los compañeros abusones, al ridículo y a profesores capaces de aburrir con sus lecturas incluso a un amante de las letras como yo. Y hola a los almuerzos con *Fräulein* Lilla; hola, tardes solitarias releyendo a Tornaforte e intentando (infructuosamente) copiar su estilo en versos de mi propia cosecha.

Pasé las horas así, hasta resolver que mi problema, probablemente, sea la carencia de temas verdaderamente interesantes que plasmar sobre el papel: escribí sobre el ir y venir agitado de las criadas, me divertí transcribiendo su diálogo en la cocina, con la forma de hablar tan particular de cada una; luego, una pieza más corta sobre cómo el silbido del hombre que recogía papeles de la pequeña zona ajardinada que se ve desde mi ventana sobresaltó al gato que dormitaba en la calle, sentado en el único trozo de piedra sobre el que cae un rayo de sol. Me dio lástima el pobre animal, que pronto pasará frío; el calor está huyendo ya de Ciudad Blanca. En unos meses estará cubierta de nieve. Echo de menos nuestra casa en Holbeinsberg, con las montañas y los hermosos Bosques Blancos en el horizonte; sueño con el verano que viene, cuando pueda regresar allá, con suerte solo si el nuevo trabajo de los mellizos los obliga a quedarse en la metrópolis. De ese modo tendré la paz que necesito para concentrarme en escribir y leer, que es lo que más me apetece.

La inspiración no me dio para más esta tarde. Therese y Johann volvieron pronto, juntos. Van a todas partes uno pegado al otro, hablando ese idioma que solo ellos entienden, y más todavía desde que comparten el puesto de capitana y capitán de la Partida de Caza del Emperador. Del ayuntamiento a las cuadras, de las cuadras a casa, de casa al ayuntamiento, así están todo el día para arriba y para abajo, y cada vez es más difícil saber dónde acaba Therese y dónde empieza Johann. Me alegro de no tener más hermanos.

Tuve que bajar a tomar el té con ellos. Me preguntaron si me iban

bien las clases («Sí», mi escueta respuesta no despertó más curiosidad).

Siguió una conversación larga y tediosa sobre el evento de esta noche, una fiesta en casa de *Frau* Tal y *Herr* Cual, uno de los cuales, o los dos, son militares. No me enteré muy bien. En cuanto se retiraron las tazas, me escabullí para releer mi *Birdwhistle Magazine* y solo escuché la charla de mis hermanos por encima. Giraba en torno a quién estaría y quién no en la velada. A Therese le entusiasmaba la posibilidad de encontrarse con la princesa Néné, por quien siente una profunda admiración, y lamentaba que la fiesta fuese a estar también repleta de sus propios pretendientes. Me sorprendió su disgusto, porque estos no parecen molestarle en otras ocasiones, aunque nunca ha mostrado preferencia por ninguno de ellos.

Johann me pidió que tocase el piano y eso hice durante un rato. Ellos seguían conversando, hablaban del ministro Wolff y del emperador. Solo cuando cerré la tapa del piano y me levanté, con la esperanza de poder subir las escaleras hasta mi dormitorio sin ser visto, mi hermano alzó la mirada hacia mí.

—¿Vas a vestirte ya? —me preguntó, y entendí de pronto que también yo estaba invitado a la fiesta.

No podía apetecerme menos. Me abrumaba y hastiaba a partes iguales la idea de pasar una noche más rodeado de miembros de la buena sociedad a los que apenas conocía y que, desde luego, no sabían lo más mínimo de mí ni les interesaba. Se me ocurrió, de golpe, que me apetecía conocer un poquito más a la «mala» sociedad, a personas que existiesen de una forma más natural, más descontrolada, sin los señoriales vestidos y las levitas negras, sin bastones, sin la interminable retahíla de «¿cómo está usted?».

—Sí —suspiré.

—Ponte guapo —sonrió Therese—, van a venir algunos artistas reconocidos. Me han dicho que irá la actriz de *Liebelei*.

—¿Pauline Adler? —Había conseguido despertar mi interés. La obra me había gustado mucho y la oportunidad de conseguir un autógrafo de la protagonista era tentadora.

Aunque no tanto como para que me sedujese la idea de asistir a la fiesta más aburrida del año.

Me vestí mientras valoraba mis opciones e intentaba imaginar un plan que me salvase de aquel trágico destino. No se me ocurrió nada. Bajé la escalera para descubrir que mis hermanos estaban ya preparados y que mi chaqueta abierta, que revelaba el chaleco de botones altos, el collar rígido, con las puntas convertidas en alas, y la pajarita, palidecían junto a ellos. Por mucho que me esfuerce en ser elegante, es una batalla perdida cuando se está emparentado con sujetos como los mellizos. Ambos son más altos que yo; el cabello oscuro de Therese se diferencia del mío en los reflejos caoba que a mí me faltan. Lo tiene ondulado, como yo, pero más largo y siempre recogido; sus facciones delicadas chocan con la dureza de su mirada. Hay algo en su gesto o en sus cejas delgadas o en sus labios impecables que parece despiadado, lo cual le impide ser bonita. A ella lo mismo le da. A la mayor parte de las personas les parece irresistible; yo, como soy su hermano, tengo la suerte de ser inmune a su magnetismo.

Johann es el complemento perfecto. Aunque tiene el cabello como nosotros, a él no se le notan los bucles porque lo lleva muy corto. Esto acentúa su nariz, que es grande y recta, severa, y la línea fuerte de su mandíbula. El resto de sus rasgos son finos y proporcionados, muy parecidos a los de Therese. Él es todo ángulos y yo, a su lado, todo redondez. Se desplaza como si no le costase, con movimientos fluidos, más de bailarín que de militar. Su mirada es serena, límpida, sincera; tiene unos ojos que conquistan. Como aspirante a poeta, envidio esa transparencia aparente cada vez que observo su rostro; tampoco puedo evitar codiciar la sombra de barba con la que él lucha todas las mañanas y el bigote que le crece sin esfuerzo. Estoy convencido de que, si mi vello facial se decidiese a crecer de una vez, perdería los rasgos infantiles que se resisten a desaparecer. Uno no puede estudiar filosofía exacta y pretender que lo tomen en serio como escritor si aún parece un niño; mi vida está llena de complicaciones.

Mi hermano alzó su mirada límpida hacia mí, pasó por encima (mi chaleco y mi falta de estilo no le llamaron la atención) y se fijó en el reloj de cuco que colgaba de la pared. Llevaba ahí desde que podía recordar: había pertenecido a nuestra abuela, a la que no conocí.

—Annika —dijo en voz alta—, ese reloj no funciona y hace feo. Quitadlo y guardadlo en el desván. —Y luego, mirándome, explicó—: Precisamente estábamos comentando Therese y yo que convendría dar alguna cena aquí dentro de poco.

—Buena idea —dije sin entusiasmo.

—Vamos —llamó Therese.

Todavía no le han cambiado la rueda rota al carruaje de la familia, por lo que habían hecho venir un *fiaker* que esperaba en la puerta, con un par de caballos blancos y un conductor ancho y sonriente. Apreté los labios. Acostumbrado a que mis hermanos viajasen sin mí, el mozo había pedido un coche de alquiler para dos pasajeros nada más. Me alegré: íbamos a ir muy apretados y esa era la excusa perfecta para escabullirme.

—Iré dando un paseo —ofrecí cortésmente—. Me vendrá bien para despejarme después de la tarde entera tocando el piano, y vosotros estaréis más cómodos.

Therese dudó un instante, pero Johann se encaramó al coche sin pensarlo.

—Muy bien. Te veremos allí. Sabes dónde es, ¿verdad?

Ni siquiera recordaba bien el nombre de los anfitriones.

—Sí.

Eché a andar tras el carro, que pronto se perdió de vista entre el retumbar de los cascos de los caballos. Estaba de pronto muy contento. Los árboles y setos de la Lindgasse me escoltaron hasta la esquina, en la que en lugar de continuar recto hacia el centro de la ciudad, torcí a la derecha y me interné en las calles secundarias que, antes o después, acabarían llevándome a la plaza de San Ulrich. Empezaba a oscurecer y pude ver cómo se encendían las luces de las calles, bajo las cuales resplandecían las fachadas claras de Ciudad Blanca, con sus relieves y balcones, con sus grandes ventanas.

No sé qué me llevó a aquella callejuela. Tal vez fuese el angosto arco de piedra que había en la entrada, un vestigio de un antiguo muro que delimitaba un patio; no estoy seguro. Paseé por ella aunque estuviera casi a oscuras; era tan estrecha que los propios edificios la ensombrecían por completo. Sin embargo, tenía una puerta abierta

por la cual escapaba el brillo cambiante de una chimenea, y un cartel desgastado rezaba Café Drei Raben. *Tres cuervos.* El nombre me pareció sugerente y entré.

Una relativa agitación reinaba en el interior del café. Era pequeño y alborotado; había una diminuta barra a un lado y un puñado de mesas de madera mohosas ordenadas con poco ahínco para formar dos filas en medio de la habitación. Al fondo, una tarima sobre la que una muchacha leía en voz alta un poema en una de las lejanas lenguas onogúricas. Unas veinte personas ocupaban los asientos, la mayor parte de ellas en grupos. En una mesa arrinconada junto a la ventana, un joven rubio no mucho mayor que yo, sin chaleco ni corbata, garabateaba frenético con una pluma doblada en un pedazo de papel tras otro, para después amontonarlos en un fajo descuidado junto a una taza de café vacía.

Un camarero malencarado, de rostro pétreo y pupilas rojizas, me invitó con un gesto casi imperceptible a sentarme en una de las mesas vacías. Obedecí y pedí un *melange*, el café al que se recurre por defecto cuando no se ha tenido demasiado tiempo para pensar. Mientras tanto, la muchacha había bajado de la tarima entre aplausos y otra mujer había ocupado su lugar. Narró de memoria una larga y conmovedora historia sobre una familia que emigraba de Adrina, dejando atrás a abuelos y tíos. Cuando acabó, mi *melange* había pasado al olvido y yo estaba listo para ponerme en pie, con mi inseparable cuaderno en la mano, y avanzar hasta la tarima. Fui recibido por un público de ojos desconfiados.

Hojeé mis poemas antes de decidirme por *El monstruo*, una versión reciente del episodio más emocionante de mi vida. Lo leí en voz alta, orgulloso de los versos que se recreaban en lo abominable de la criatura, el certero tiro del fusil, mi miedo y el lastimero cuerpo sobre la hierba del jardín. Mis palabras resonaban en el café, solo acompañadas por el crepitar de las llamas.

No terminé el poema.

Un hombre alto y fornido me arrebató el cuaderno y lo tiró al suelo. Me quedé mirándolo, boquiabierto. Solo entonces me di cuenta de que el café entero era sacudido por un murmullo general de

disgusto.

—Devuélvamelo ahora mismo —exigí.

Quería que mi tono sonase como el de Therese. No lo hizo.

—Largo de aquí, basura —espetó él.

Lamenté haber rechazado las clases de esgrima de Therese, incluso aunque las normas me hubiesen prohibido batirme en duelo con un individuo tan basto como aquel.

—Señor, se va a arrepentir de haberme insultado —dije entre dientes. No sabía muy bien por qué habría de arrepentirse. No importaba.

Él me dio un empujón seco en los hombros, con las dos manos a la vez, y me hizo tambalearme. Respondí por instinto, abalanzándome sobre él con la cabeza como un ariete. No se amedrentó por mi ataque, me agarró del cuello y me zarandeó.

Entonces, una voz calmada intervino:

—Fritz, no vayas a meterte en líos por esto.

El hombre me soltó, me tambaleé y me caí de la tarima. El choque contra una de las mesas me arrebató el aliento.

El joven rubio, con su fajo de papeles bajo el brazo, se había interpuesto entre nosotros. El tal Fritz entró en razón y retrocedió con un gruñido. El otro recogió mi cuaderno, arrancó la página del poema *El monstruo* y la lanzó a la chimenea antes de tendérmelo. Lo acepté sin protestar.

—Gracias.

—Venga, fuera de aquí. —Me agarró del brazo y tiró de mí hacia la puerta.

El resto de los clientes asistió a nuestra salida sin detenerla. El joven recogió un abrigo viejo al estilo de la Luminosa del perchero y me empujó al exterior. El aire frío de la noche me dio en la cara.

Caminamos unos cuantos pasos para alejarnos del establecimiento. Después, él se detuvo, sacó una pipa del bolsillo interior del abrigo y se la puso apagada entre los labios. Era un chico alto, delgado y atractivo; debía rondar los veinte años. No me miraba, y su aparente indiferencia hacia mí y mi desconcierto me resultó magnética en lugar de irritante. Llevaba el cabello rubio despeinado, sus ojos estaban

subrayados por profundas ojeras y sus labios, muy delgados, no parecían acostumbrados a sonreír.

—Has quemado mi poema —espeté.

—Has elegido el peor sitio para leerlo —replicó él, sin inmutarse.

Había que darle la razón.

—Soy Hugo Holbein de Holbeinsberg —me presenté. Normalmente no habría tuteado de primeras a un desconocido, pero aquel joven había roto todas las murallas entre nosotros al sacarme de aquella situación comprometida, y resolví que lo mejor era no dar pasos atrás —. ¿Cómo te llamas tú?

—Kahn. —En comparación, mi propio nombre se me antojó de una longitud excesiva—. ¿Qué piensa, señor Holbein de Holbeinsberg, que es más atractivo para un hombre hambriento, que quizá tuviese familia malviviendo tras el invierno y que ha decidido cruzar los muros de una propiedad ajena? ¿Un niño de ocho años o el ventanuco abierto de una despensa?

La vergüenza trepó por mi cuello hasta alcanzar las orejas y las mejillas.

—Estamos hablando —le recordé— de un *oso*…

—Tu poema podría haberse titulado *Encuentro desafortunado* —dijo él—. Para ti, porque te asustaste, una cosa realmente terrible. Para él, porque…

—Sí —grazné, incómodo—, me doy cuenta. Me vas a perdonar que con *ocho años* no fuese el testigo más objetivo…

—¿Cuántos años tienes ahora?

—Muy bien —suspiré—. No hace falta que te ensañes, el poema ha ardido ya. —Callé un instante antes de añadir—: ¿Debería volver adentro y disculparme?

Hubo un brillo de diversión en su mirada que le ablandó el gesto.

—No deberías volver a pisar ese lugar nunca más —me recomendó —. ¿Necesitas algo? ¿Un coche que te lleve a casa?

Clavé la mirada en el fajo de papeles que apretaba entre el antebrazo y las costillas.

—Imagino que tus escritos son menos ignorantes que los míos.

—Búscame en la librería y decídelo tú mismo. —Masticó la

boquilla de la pipa, pensativo—. Adiós, señor Holbein. Buenas noches.

Se despidió de mí convencido de que aquella sería la primera y última vez que nos veríamos, pero yo no estaba preparado para marcharme aún. Las sombras se arremolinaban a su alrededor como una nube de tinta en un vaso de agua. Me inquietó, aunque no lo suficiente.

—¿Dónde vas ahora? Me gustaría invitarte a algo —ofrecí, esperanzado—. Te lo debo por la ayuda y también por el mal trago.

—¿Qué mal trago? A mí no me has hecho nada.

Ladeé la cabeza.

—Como poco, te he sacado del café e interrumpido tu escritura. Parecías inspirado.

—Tenía que irme de todas formas. Me esperan en el Café Wagner. —Lo pensó durante un par de bocanadas largas y carentes de humo a través de la pipa apagada—. Supongo que no puedo prohibirte venir —concluyó—. Ni que me pagues la cena.

Echó a andar calle abajo y yo troté a su lado. Sus pasos eran largos y contenidos, como si quisiese fingir una distensión que no sentía. Había un deje sofisticado en sus movimientos. No podía dejar de mirarlo.

—¿Conoces a Pauline Adler? —pregunté.

—¿Quién no?

—Podría conseguirte un autógrafo suyo si te gusta. Hoy me invitaron a una fiesta a la que va ella. Quizá me pase más tarde.

Kahn no parecía impresionado.

—¿Para qué quiero una firma en un trozo de papel? Adler solo me interesa cuando está sobre el escenario.

Mentía, claro. No hay residente en Ciudad Blanca que no se muera por los actores y actrices del teatro. Conozco a gente que se ha pegado por conseguir cita en la barbería de la Theobaldsgasse solo porque supo que un cantante de ópera famoso también era cliente.

—¿Vas al teatro?

—¿Y quién no? —volvió a responderme, antes de añadir—: Aunque menos de lo que me gustaría.

—Y quién no —respondí.

Él me miró de reojo.

El Café Wagner está en el primer distrito, en el centro de la ciudad, por lo que avanzamos hacia el Anillo para cruzarlo. La avenida de los palacios, bella sustituta de la muralla que antaño rodeó Ciudad Blanca, estaba bien iluminada y fue un verdadero placer pasear por ella un trecho. A mi lado, mi acompañante parecía abstraído, un príncipe extranjero preocupado por los asuntos de su lejano mundo de procedencia. No me atreví a molestarlo. Las palabras en voz alta habrían arruinado la atmósfera mágica de la noche; las luces que se reflejaban en sus iris, oscuros como los míos; su silencio fresco como la plata; mi agradecimiento que crecía a cada paso, a medida que la vergüenza y la culpa se disipaban para dejar espacio al anhelo de redención. Quería ganarme la admiración de aquel hombre que caminaba a mi lado, aunque no conociese siquiera su nombre de pila.

¿Por qué me había ayudado? ¿Por qué, cuando claramente lo había ofendido a él y al resto de presentes en el Café Drei Raben, me había mostrado compasión?

Pasamos sin detenernos por el Jardín del Pueblo, por los caminos rectos que dibujan figuras geométricas de césped y rosales, ignoramos la fuente de mármol color rojo y bronce, no alzamos la mirada hacia el templo de Teseo. El perfume de las flores me llenaba el pecho, el canto de los grillos y los murmullos de los paseantes que caminaban despacio bajo los árboles me volvían liviano. Me pareció que Kahn también estaba a gusto, pero no se detuvo, y pronto pasamos junto al palacio de invierno del emperador para adentrarnos en el núcleo de la ciudad.

Al llegar al final de la Spiegelgasse, mi acompañante abrió la puerta del café como si fuese su casa y pasó primero. Lo seguí, un poco cohibido, porque un grupo numeroso de personas interrumpió su conversación para saludarlo. Él se quitó el abrigo, lo dejó de cualquier manera en el perchero junto a la mesa de los periódicos, ya desgastados por las decenas de lecturas durante la jornada, y se acercó a sus amigos.

—*Herr Ober* —llamó al circunspecto camarero—, un *franziskaner*, por favor. Paga él —me señaló.

El camarero me miró como si fuese un criminal. Su ceño fruncido y su cara de pocos amigos hubiesen intimidado a cualquiera, aunque Kahn pareciese inmune a ellos.

—Otro para mí, por favor —musité.

Sin decir palabra, el camarero desapareció hacia la barra que había al fondo del café, tras una gruesa columna con revestimiento de madera. Las paredes estaban pintadas de un color cálido y oscuro, las mesas redondas de mármol blanco desperdigadas desordenadamente por la estancia proporcionaban el único punto de claridad del local. Estaba iluminado por bombillas sin lámpara; bajo ellas, una marabunta de clientes se había instalado en cada superficie con libros, revistas, cuadernos y juegos de cartas. Todo el mundo parecía llevar allí por lo menos un mes, solo les faltaba cambiar la levita y los zapatos por batín y zapatillas.

Los amigos de Kahn, que enseguida le hicieron un hueco en la mesa, formaban un grupo variopinto y me miraban con curiosidad.

—Si queréis algo —me atreví a decir—, a esta ronda invito yo.

—Georg vuelve a traer a la mejor de la gente —comentó uno de los jóvenes, risueño—. ¿Quién es este generoso caballero?

—Hugo Holbein de Holbeinsberg —dijo Kahn antes de que yo pudiera contestar—. Todo un nombre.

El otro empujó una silla hacia atrás para ofrecerme asiento. El camarero volvió con nuestros cafés y agua, y aprovechó para tomar nota a los demás.

—¿A qué te dedicas, Hugo? —me preguntó el desconocido—. ¿Música, drama, pintura, letras…?

Comprendí perfectamente que, para aquellas personas, cualquier actividad que no se englobase en las artes no merecía ser tenida en cuenta.

—Letras —respondí—; escribo, aunque soy también, sobre todo, un ávido lector.

—Esos son mis favoritos —sonrió él, y me tendió la mano—. Felix Vizner.

Estuve a punto de caerme de la silla. Por supuesto que conocía a Felix Vizner, porque había leído relatos suyos en el mismísimo *Folletín*

de *Slora* y otros periódicos prestigiosos de primera fila. No tardé en darme cuenta de que me encontraba en compañía de un grupo distinguido: Kahn se codeaba con algunos de los miembros más representativos del panorama literario joven de Ciudad Blanca.

En cuanto llegaron sus bebidas, retomaron la conversación, y tuve que prestar mucha atención para ir reconociendo a aquellas personas, aparentemente tan normales, de quienes solo conocía el nombre por verlo impreso en páginas y portadas. Una de las mujeres sentadas contra la pared, con una sonrisa perenne en los labios y una benevolencia natural en la mirada, resultó ser Magdalene Ster, a quien yo había leído en *Mots et Vers* y la revista *Voix des Temps Nouveaux* cuando la traían de la Luminosa; me temblaron las manos al acercarle el azucarillo que me pidió con total amabilidad.

—Leí tu última novela —le decía otra de las mujeres, de algo más edad que el resto del grupo—, querida, tienes una pluma maravillosa, pero no la usas más que para redactar anécdotas…

—¿No te gustó?

Tragué saliva. Yo también la había leído. Tres veces: me había encantado.

—Con toda confianza, te diré que me pareció infantil e ingenua, demasiado blanda, poco crítica. Eres capaz de más.

La que había hablado era una dama enjuta, de cabello lacio color trigo: Ernestine Kmunke. Kahn se inclinó sobre mí para decirme al oído:

—Si no la conoces, quédate con su nombre.

Las horas pasaron sin que me diese cuenta. Apenas hablé. Estaba fascinado por lo que decían los demás; un tal Erwin Slokowich, de aspecto enfermizo, contaba taciturno que había recibido «otra» carta de sus padres. Querían saber cuándo iba a conseguir un trabajo «de verdad», puesto que hacía tres años que había obtenido el título de doctor. No les había respondido, porque estaba demasiado agobiado y le podía la desesperanza.

—Ni siquiera puedo consolarme con los avances en mi obra —comentó, del todo desinflado—, porque no escribo nada que merezca la pena y cuando lo releo el odio que me posee es tal que tengo la

necesidad incontrolable de destruirlo todo.

Los demás lo animaron a leernos algunos de sus últimos relatos, que muy oportunamente llevaba en el bolsillo, y así lo hizo. Me parecieron buenos aunque extraños. Él, sin embargo, cumplió con lo anunciado y los aborreció tanto que tres de sus amigos tuvieron que sujetarlo y quitárselos para impedir que rasgase las cuartillas.

—No valen nada —insistió, sin un ápice de falsa modestia. Hablaba con total sinceridad—, pero vosotros sois muy amables.

Por su parte, Felix Vizner estuvo hablando de su nueva novela, una ópera prima, en la que está totalmente volcado. La ha titulado *Un extraño*, aunque puede que lo cambie si se le ocurre algo mejor. La idea había surgido tras asistir a un funeral del que salió preocupadísimo, no por la muerte en sí, sino por la fugacidad de la vida y la efímera relevancia de las personas en el mundo. Inició un debate largo y apasionado, porque muchos de los presentes tenían reflexiones que compartir respecto a la importancia de dedicar el tiempo a lograr algo significativo que hiciese perdurar su memoria.

—Tonterías —gritaba Ernestine Kmunke por encima de los demás —, ¿quién quiere que le recuerden *todos*, cuando la mayor parte de la gente es imbécil? No podéis negar eso, sabéis que lo que digo es cierto… No, no, escuchadme… Basta con que te recuerden unos pocos, los que de verdad *significan algo*…

Me quedé con ellos hasta que el sueño era tal que temí ponerme en evidencia dando una cabezada en medio del debate. Entonces me acerqué a la barra para pagar la cuenta. Gasté todo lo que llevaba encima; un dinero bien invertido, si me preguntan.

—¿Los conoce bien? —me preguntó el camarero.

No esperaba que me dirigiese la palabra, pues se había mostrado taciturno toda la noche. Me sobresaltó su curiosidad.

—¿A ellos? No mucho.

—Tenga cuidado entonces —aconsejó él, con gravedad—. Es usted muy joven y algunos de ellos no son compañía recomendable. Nunca ha habido un problema de momento, pero nunca se sabe.

Seguí su mirada. Estaba fija en Kahn.

—¿Quién? ¿Él?

—Nunca ha dado problemas —repitió el hombre—, se lo advierto solo por si acaso, porque tengo un hijo de su edad, y si estuviese en su lugar le diría que se andase con mucho cuidado.

Me molestó que me pusiese en el lugar de su hijo, como si fuese un niño, así que le di las gracias y di por finalizada la conversación. A continuación, me volví a acercar a la mesa. Mi despedida fue acogida con calidez e indiferencia a partes iguales. Tuve la impresión de que había caído simpático al grupo, aunque estaban todos demasiado inmersos en su charla como para hacerme demasiado caso. Albergué la esperanza de poder volver a reunirme con ellos alguna vez: aquella era mi gente, mi pueblo, encontrado por fin después de tanto tiempo. ¡Qué solitaria ha sido mi vida de escritor joven hasta hoy!

Ni siquiera Kahn me dedicó más que un gesto y una mirada, un segundo y ya estaba otra vez escuchando a otro que había empezado a descuartizar el último libro que había leído y odiado. Me retiré con discreción, un poco decepcionado nada más.

Volví a casa directamente. Mis hermanos no habían regresado aún; me encontraron en el salón, tomando una infusión. Les aseguré que había estado en la fiesta, aunque ellos no me hubiesen visto, me quejé por no haber podido llamar la atención de Pauline Adler ni siquiera un momento («Estaba siempre rodeada de otros invitados», me atreví a adivinar, y acerté) y dije que me había retirado pronto porque me dolía la barriga.

Ellos habían bebido suficiente como para creerme.

Hace horas que se han dormido, la casa está en silencio y yo mismo, aunque me despejé al comenzar a escribir, me encuentro otra vez asaltado por el cansancio. La luna de madrugada ilumina mi cuarto más que la lámpara. Su luz no me impedirá dormir; la emoción, tal vez.

Martes 13

Toda la mañana invertida en la composición de una carta de agradecimiento para Kahn. A falta de su dirección, la envié al Café

Wagner. A última hora, antes de que los mellizos volviesen a casa, me acerqué a la facultad. No recordaba qué clases tengo los martes, así que me limité a dar un paseo y regresar a tiempo para el té.

Por la tarde, intenté desarrollar una idea para una novela. Acabé descartándola. No puedo concentrarme, así que bajo a preguntar si me han traído alguna carta.

(No ha llegado nada).

Miércoles 14

Mañana completamente perdida en la universidad. Después, toda la tarde intranquilo. No logro hacer nada que merezca la pena. Los mellizos han estado todo el día fuera; me cuenta Annika que un monstruo capaz de alterar la temperatura del aire ha asado vivos a tres caballeros tras un encontronazo la madrugada pasada, y lógicamente la Partida de Caza se ha dispuesto a atraparlo. «Es una muchacha joven», describió Annika. «Unos quince años me han dicho que tiene, todo ese tiempo sin dar problemas, y fíjese usted…». Mis hermanos debieron atraparla, porque ambos regresaron a casa a tiempo para cenar.

No hay noticias de Kahn, de momento.

Jueves 15

Pasé la mañana en casa, porque no podía soportar la idea de que llegase una carta de Kahn y no estar para recibirla. Resultó inútil, la única correspondencia fue para Therese. Durante las largas horas antes de mediodía, leí tres de las lecturas recomendadas por uno de los profesores de la universidad. Me asombró descubrir que no solo me parecieron tolerables, sino incluso muy interesantes. Tal vez la filosofía no sea una pérdida de tiempo pese a todo.

Después de comer, me animé a salir a la calle. Mi intención era dar un paseo por el centro, pero no terminaba de decidirme a cruzar el

Anillo, así que acabé dando una vuelta por la Landstraße, donde entre la retahíla de edificios blancos me llamó la atención uno con la fachada pintada en un descarado tono mostaza. Dos grandes escalinatas comunicaban con sus puertas. Se encontraba en el interior de un jardín, por lo que no pude acercarme a verlo con detenimiento; aunque la gran reja negra estaba abierta de par en par, supe que la entrada no me estaba permitida. En un lateral del edificio, una docena de personas con largas túnicas amarillas cantaba en círculo sobre la hierba. Algunas estaban de pie, otras sentadas, me pareció que una de ellas llevaba un bebé en brazos. La escena, aparentemente pacífica, me incomodó.

Continué mi camino. La canción de aquella gente me había dado una idea, por lo que me animé a dirigirme al Anillo, hasta la sede de la Asociación de Músicos, para intentar colarme en alguno de los ensayos. Tuve suerte y pude escuchar a la Filarmónica durante dos horas y media.

A la vuelta, en contra de mi voluntad, mis pasos me llevaron hacia el centro y llegué al Café Wagner. Tengo que admitir que me quedé un buen rato frente a la puerta, sobrecogido e inmerso en un mar de dudas. Me abrumaba la idea de que el grupo de escritores pudiera estar dentro, quizá, incluso, el propio Kahn. ¿Habría recibido mi mensaje y decidido no responder? La idea me daba tanta vergüenza que estuve a punto de darme la vuelta y marcharme, pero llegados a aquel punto necesitaba saber, al menos, si mi carta había sido entregada.

Entré con torpeza, golpeándome el codo con la puerta. Me apoyé en la mesa de los periódicos y lancé una mirada furtiva a mi alrededor. El interior estaba en penumbra, porque aún no habían encendido las bombillas. Respiré más tranquilo al comprobar que no había en el local ninguna cara conocida, excepto la del camarero torvo que se acercaba a mí.

Le pregunté si había llegado una carta para Georg Kahn el martes.

—No le sé decir, lo siento —respondió él, sin dejar traslucir la desaprobación que seguramente sentía ante la prueba de que había decidido ignorar sus consejos y continuar mi trato con Kahn—. El

martes fue mi día libre.

—¿Podría al menos comprobar si la carta sigue aquí?

Me hizo el favor y revisó la bandeja de correspondencia y, cediendo ante mis ruegos, también el buzón. Mi carta no estaba por ninguna parte.

—Lo más probable es que esté en posesión del señor Kahn —afirmó, poniendo palabras a mi mayor temor.

Le había llegado y Kahn no había querido responder.

Volví a casa deprisa, sumido en una espiral de bochorno y malestar. Repasé mentalmente aquella velada que había supuesto un punto de inflexión, incomprensible para mí pero innegable, en mis deseos y trayectoria, y me di cuenta de que Kahn en ningún momento había deseado mi compañía. El rescate del Café Drei Raben había sido un acto de generosidad, él me había dado la mano y yo había tomado el brazo y su cuerpo entero. Solo la educación le había impedido mandarme a tomar viento fresco. Sus amigos me habían tolerado por amabilidad hacia él, nada más. Había sido un caradura, un plasta, un invitado indeseado.

Y había tenido la desfachatez de escribir una nota de agradecimiento.

Era lógico que no me hubiese respondido. Tal vez, incluso, hubiese cambiado de café de preferencia para las reuniones de sus amigos, con el único fin de evitarme.

Me pregunté si debía escribirle de nuevo, esta vez para pedir perdón. Quizá fuese lo más adecuado y lo único que podría aliviar la angustia de mi alma. Sin embargo, medité que aquella decisión tendría una motivación egoísta, y ¿no sería más considerado dejar en paz a estas personas? ¿O se trataba más bien de cobardía, al no atreverme a pedir disculpas por miedo al ridículo?

Estuve callado durante la cena, pero ni Therese ni Johann parecieron darse cuenta. Después de asearme y de tener un rato largo de calma y reflexión, tiendo a preferir *no* escribir otra carta a Kahn. Me haría sentir más culpable aún, y nada me asegura que él lo vaya a tomar bien.

Ante la duda, mejor no arriesgarme a molestar (más).

Viernes 16

Hice una visita a la librería y encontré en ella dos libros de Georg Kahn: una novela corta titulada *Ámbar* y un breve tomo de relatos en una edición barata y poco cuidada, *El sello del invierno*. He leído los tres primeros cuentos. Me tienen fascinado. No son los personajes ni la trama (¿de qué tratan? No lo sabría decir con seguridad), sino la forma en la que narra. Hay una atmósfera tejida con mimo que invade todas las historias por igual, un sello inequívoco del estilo de Kahn, que no se parece a ningún otro que yo conozca. No he seguido con el cuarto relato porque me rendí al impulso de regresar al primero. La primera lectura es placentera; la segunda aún más, porque me permite analizar. Estudio el modo en el que el escritor ha logrado el efecto conseguido, me permito admirar las habilidosas puntadas que componen la pieza. Siento que me enamoran cada nota en su sitio, cada acorde armónico, cada inesperado tono exactamente donde debe estar.

¡Qué descubrimiento!

Sábado 17

Absolutamente incapaz de concentrarme en el estudio o de escribir nada con sentido, me he encontrado últimamente exasperado conmigo mismo. Hasta hoy no ha sucedido nada que me impactase lo suficiente como para sacarme de mis propios pensamientos.

La mañana se presentó distinta a las demás porque ni Therese ni Johann trabajan este fin de semana, por lo que propusieron (no llegué a saber de quién de los dos provino originalmente la idea, pero apostaría una mano por Therese) pasar el día juntos. Fuimos a desayunar al Café Seide. No está demasiado lejos del Café Wagner y a la vez basta con cruzar su umbral para saber que se encuentra a un mundo de distancia.

Las puertas dobles de madera decoradas con paneles dorados llevan a una alfombra color rojo oscuro a juego con el tapizado de

sillas y sillones. El resto de tonos, salvo la madera del suelo y el mármol de las mesas, está compuesto de crema y oros, desde las anchas y numerosas columnas, hasta la ornamentación de los arcos que forman pequeñas bóvedas en el techo y las lámparas sinuosas con grandes bombillas, los marcos de metal de los ventanales que ocupan toda la pared, desde el suelo hasta el extremo superior redondeado. En el centro, una fortaleza de vitrinas llenas de pasteles, tartas y otras delicias es el centro de la luminosa estancia.

Los camareros nos recibieron sonrientes, algo poco usual en Ciudad Blanca, y nos ofrecieron una bonita mesa rodeada de sillones. Nada de *melange* en este lugar, no cuando puede pedirse cualquier maravilla: cafés con nata o chocolate amargo, licor de albaricoque, ron o *brandy*, leche, vainilla o incluso helado. Además del café, Therese eligió el desayuno por los tres: el mejor *sekt*, porque quién no quiere tomar un vino espumoso de calidad a media mañana, zumo, salmón ahumado con salsa de mostaza y naranja, tostadas de pan negro con semillas, *croissants* y otros bollos recién hechos, mantequilla, mermelada, miel, huevos pasados por agua y fruta.

Lógicamente, estuvimos allí hasta después de mediodía, comiendo y leyendo el periódico, los mellizos *Slora* (con una halagadora mención a la heroica captura del monstruo que controlaba la temperatura del aire) y yo su *Folletín* y la prensa internacional que el café ofrece a sus clientes: me llevé una alegría al encontrar *Mots et Vers,* un ejemplar del día anterior de *Voix des Temps Nouveaux* y, por supuesto, mi querida *Birdwhistle Magazine*. Con ellas estuve entretenido hasta que, a primera hora de la tarde, logré tener suficiente espacio libre en el estómago como para pedir un trozo de tarta. Mientras tanto, Johann leía con desenfado artificial a la vez que, por el rabillo del ojo, vigilaba al resto de comensales. Therese estaba pendiente de ellos de forma abierta, más auténtica; constantemente debía cerrar el periódico, marcando la página en la que se había quedado con el dedo índice, para sonreír y cruzar unas palabras con este o aquel. Ella leía las secciones de política y nuestro hermano, las de sociedad.

Nos volvimos a casa a tiempo para lavarnos, cambiarnos de ropa y

salir en coche de caballos hacia el Prater. Al ser sábado, muchas otras familias habían tenido la misma idea y el gran parque, con sus avenidas, sus prados y sus árboles, estaba lleno de carros. La gran noria presidía la velada, como augurio de la diversión que nos esperaba. El coche nos dejó lo más cerca que pudo, y hubimos de caminar un trecho, pero ya se oía la música, se olía a manzanas asadas, a alcohol y a caramelo, y no nos importó. Enseguida llegamos a los edificios que albergan restaurantes y atracciones, aquellos que imitan las fachadas blancas de la ciudad, los de madera y los que recuerdan a lugares lejanos con sus exóticas cúpulas bulbosas.

No pude convencer a mis hermanos de que se montasen en la noria conmigo, de modo que hice un viaje solo. Me permitió perderme en la inmensidad del cielo y dejar a ras de tierra las preocupaciones, las inseguridades e incluso el aburrimiento. Disfruté ahí arriba, oteando los tejados de la ciudad. A mis pies, las suaves copas de los árboles del parque parecían musgo. Cuando bajé, los mellizos se habían aposentado en la mesa de una de las terrazas con un grupo de amigos. Me senté con ellos un rato, pero su conversación no me incluía y no tardé en aburrirme. Esto me devolvió a la charla del lunes por la noche en el Café Wagner, en la que tampoco participé demasiado y, sin embargo, capturó poderosamente mi interés. Los amigos de mis hermanos, e incluso ellos mismos, me parecieron extraños, habitantes de las estrellas, y lo que decían me resultaba incomprensible. Enfadado por sentir nostalgia de la compañía de un grupo de desconocidos, en lugar de sentirme cómodo entre aquellos que me conocían desde que nací, me disculpé con la excusa de dar un paseo y me perdí entre los hombres, mujeres y niños que caminaban por las avenidas, entre las atracciones. Llevaban faldas largas de colores claros, abrigos oscuros, chaquetas de botones; palos de golosina en las manos, globos y muñecos, premios ganados en el tiro al blanco. Me dejé contagiar por ellos. No fue difícil, dada la atmósfera de magia seductora que reina en todas las ferias y, más que en ninguna, en la del Prater.

Como el tiro al blanco no es lo mío, seguí adelante, yendo y viniendo de los puestos, para ver si alguno de ellos terminaba de

conquistarme. Pasé de largo del Vivarium en el que se podían observar peces de distintos tipos, de la casa de vinos onoguros y de la caseta de exhibiciones cinematográficas en la que, según anuncian los carteles de la puerta, las imágenes cobran vida. Rechacé la invitación de la dueña del castillo del terror, no me apetecía pagar por que me asustasen. Sí que jugué a atrapar un cono de madera con un aro (me permitieron tres intentos), sin éxito. Tras mucho pensarlo, me decidí a entrar a la tienda de Madame Fortuna, un lugar estrecho, completamente recubierto de pesadas telas rojas y moradas. La adivina era una mujer muy antigua, con arrugas que parecían abismos, y que tomó mi mano entre las suyas, sorprendentemente suaves.

—Aunque empieza el invierno, en ti reina la primavera —me dijo, con tanta convicción que borró cualquier atisbo de escepticismo—. Veo comienzos, veo alianzas, veo éxitos en tu camino. Amor también, pero será difícil y breve, porque también hay aquí rupturas y despedidas. Querrás mucho y perderás mucho. Veo la forma del elefante: es el patrón de las artes y las ciencias. Veo una llave que intentas alcanzar y que aún no has hallado. Veo una estrella fugaz: un encuentro que lo cambiará todo.

—¿Puede ser un encuentro que haya sucedido recientemente?

—No —respondió, categórica—. Será dentro de poco, pero no ha pasado aún.

Salí de la caseta algo decepcionado.

Solo me quedaba por ver la Menagerie, el circo de fenómenos. Me detuve en un puestecillo de golosinas para armarme de azúcar. Tenían todo lo que me gustaba, así que tras una intensa deliberación, me llené los bolsillos de bolitas de colores *meraner* con sabor a frutas, piedrecillas dulces *donau-kiesel* que parecían auténticos guijarros, con su superficie lisa y su coloración desigual, *nougat de lux* y trufas de chocolate.

Compré una entrada que fue partida de inmediato por la muchacha que hacía de taquillera y acomodadora y la seguí hasta el interior de la gran tienda de lona ajada. Solo otras dos personas estaban sentadas en las gradas de madera. Para alejarme de ellas, me

instalé en la primera fila. Desde ahí, con los carrillos inflados por las golosinas, me dispuse a masticar y a contemplar las rarezas que desfilaron por la pista, ante mis ojos moderadamente interesados y completamente horrorizados: un anciano de doscientos sesenta años de edad, según el carismático director del circo, la misma muchacha acomodadora, que era capaz de girar la cabeza completamente hacia atrás, un hombre con el rostro tan peludo que parecía un perro, una mujer albina de cabello blanco y ojos rojos, animales con todo tipo de deformidades y, finalmente, la joya de la colección:

—No me van a creer, señores, pero lo harán cuando sus propios ojos la contemplen —anunció orgulloso el director a sus tres espectadores—. ¡Es la única! ¡La increíble! ¡La niña que es *mil ratas negras*!

La curiosidad me empujó hacia delante y me incliné para ver mejor a la niña que la muchacha acomodadora (con la cabeza de nuevo del derecho) sacó envuelta en una red de pesca y amarrada del cuello con una correa. El director colocó una jaula de rejilla en el centro de la pista y la chica metió a la niña dentro antes de liberarla de la red, lo cual permitió que la viésemos mucho mejor. Era una criatura flaca, huesuda y pálida, como si jamás hubiese visto la luz del sol. Tenía el cabello enmarañado, de un color indefinido de tan sucio. Debía tener unos seis o siete años. Salvo por un ridículo taparrabos, iba completamente desnuda. Tenía heridas en la piel, como arañazos antiguos, y sus largos dedos parecían garras.

Se replegó hacia una de las esquinas de la jaula; el director se confió y tardó un instante más en cerrar la portezuela. La niña lo aprovechó para saltar sobre ella. El hombre intentó agarrarla, ella se escurrió entre sus manos con agilidad y corrió hacia delante, sin mirar, completamente aterrorizada.

Estuvo a punto de chocar contra mí, pero se detuvo a tiempo.

Me miró y yo la miré. De mi boca caían trocitos de azúcar. Sus ojos eran rojos, afilados como puñales. Dudó un instante, como si temiese que la fuera a apresar o a herir.

A mí me sacudió una terrible sensación, a medio camino entre el pudor y la humildad. Me arrepentí profundamente de haber entregado

dinero a aquella gente, de haber contribuido a financiar aquella monstruosidad. De estar sentado comiendo golosinas mientras a ella la arrastraban con una red. La niña aún llevaba el collar al cuello. *Escapa. Hazlo ahora*, pensé.

Me hice a un lado.

Ella lo entendió. Sé que lo hizo. Lo leí en sus ojos llenos de pavor.

Se puso en movimiento, pero el director fue más rápido. La atrapó de nuevo. Me puse en pie para defenderla, pero no me dejó hablar.

—No se preocupe, caballero. Siéntese, si es tan amable.

Volvió a meter a la niña en la jaula y esta vez cerró con determinación.

No me senté. La pareja que estaba sentada atrás se quejó.

El director no me prestaba atención. Sacó un látigo largo. Quise entrar en la pista y arrebatárselo, pero mis pies estaban clavados al suelo. Él hizo restallar el arma en el aire, para mostrarnos su fuerza; después, lo repitió cerca de los barrotes de la jaula, a un lado, a otro, acosando a la niña que no podía recogerse en ninguno de los rincones de su encierro. Finalmente, la pequeña estaba tan desquiciada que parecía a punto de estallar. Y lo hizo: desapareció en el aire, se transformó en un nubarrón de pelos y bigotes y patitas y rabos pelones. Mil ratas dentro de la jaula y ninguna niña, y en contra de mi voluntad emití una exclamación maravillada, la primera en todo el espectáculo; supe que los otros dos espectadores estaban igualmente fascinados, y el director sonrió con satisfacción petulante.

Mil ratas chillaban espantadas. Sus voces se me clavaron en el alma y liberaron mis pies del suelo. No aguantaba más. Me di la vuelta, sin ser capaz de mirar otra vez al director a la cara, y salí de la carpa.

Mis hermanos seguían con sus amigos, pero mi desazón era tan evidente que interrumpieron la conversación nada más verme.

—¿Qué pasa, Hugo? ¿Te encuentras bien?

Therese, atenta, preguntó:

—¿Te encuentras otra vez indispuesto?

No sabía qué hacer. Contarles lo sucedido no era una opción; aquella niña era sin duda un monstruo, como aquellos cuyo control

dependía de la Partida de Caza que capitaneaban los mellizos. Aunque ellos solo se encargasen de neutralizar a los que se consideraban *problemáticos*, y ella no lo parecía, era improbable que despertase su compasión. «Mejor en una jaula que en las calles», podía oír las palabras de Johann sin necesidad de que las pronunciase.

Si me quedaba en el Prater, en soledad rodeado de personas, me sentiría igual de mal que si volvía a casa. Nada podría quitarme de encima el mal cuerpo.

—No —respondí—. Estoy bien.

—¿Has entrado en el castillo fantasma? —rio Johann.

—Nada de eso. —Therese se levantó y se interpuso entre la silla en la que quería sentarme y yo—. No tienes buena cara y empiezo a estar cansada también. Será mejor que volvamos a casa.

—No hace falta… —Me callé, puesto que ella no me escuchaba. Había empezado a despedirse de sus amigos.

Johann se quedó; ella y yo volvimos en silencio. En cuanto bajamos del coche, me instó a cambiarme e irme a la cama de inmediato. No protesté, aunque no había cenado más que dulces. Tampoco tenía estómago para comer.

Me lavé con especial ahínco, me puse un pijama limpio y, después de desearle buenas noches a Therese y a *Fräulein* Lilla, que conversaban en el salón, me retiré a mi dormitorio. No me metí en la cama. En la mesita junto a la chimenea, escribí frenéticamente versos que parecían desbordarme. Plasmé mil ratas encerradas en una hoja de papel. En contra de todo pronóstico, sí que pude deshacerme de algo del mal cuerpo.

Solo al terminar de pulir y reescribir, con un poema decente en mi poder, me acomodé entre las mantas con mi cuaderno. Me pregunto si debería escribir otro poema, uno sobre sentirse inadecuado entre un grupo de gente familiar y sin embargo percibir a otros, a los que se acaba de conocer, como si fueran un hogar largo tiempo añorado. Es mejor que no lo haga. Una vez más, estaría pensando solo en mí mismo. Además, sé que si lo compongo, la tentación de enviárselo a Kahn será casi irrefrenable, y pocas cosas me hundirían más en la miseria que volver a escribir a alguien que claramente no desea tener

nada que ver conmigo.

Domingo 18

Desayunamos a primera hora de la mañana, para poder estar en el cementerio de Inzersdorf cuando empezase a calentar el sol. El viaje en el carro se me hizo corto; el paseo junto a las tumbas, demasiado largo. Había poca gente, considerando que es domingo, tal vez porque había amanecido nublado y había mucha humedad en el aire.

Therese llevaba un ramo de flores y yo, otro. Las espinas de las rosas tempranas se me clavaban en los brazos; el dolor era la tristeza por los familiares perdidos, que llevaba en la piel y no en el corazón porque no tengo muchos recuerdos de mis padres. A mis hermanos les pesa más la pérdida. A mí, el desarraigo que conlleva no haber sido criado por ellos, que Johann y Therese se les parezcan tanto y yo sea tan distinto. Quizá, si estuviesen aún vivos, habría descubierto entre nosotros semejanzas que los mellizos olvidan al retratarlos con historias y anécdotas.

Nos detuvimos ante la tumba doble, depositamos las flores frente a la lápida. Callamos un rato. Mis hermanos pensaron, recordaron o rezaron. Nos rodeaba el zumbido de los insectos, la sombra suave de los árboles del cementerio, las voces distantes de otros visitantes al otro lado del jardín.

Reunión familiar, pensé. Teniendo en cuenta las circunstancias, me agradaba que fuese así, silenciosa, plácida. Me habría gustado ser el tipo de persona que alarga la mano y toma por un instante de cercanía la de uno de sus hermanos, pero no lo soy, de modo que no lo hice.

Entonces Therese dijo algo que no entendí. Había utilizado, tal vez de forma inconsciente (aunque me consta que muchas veces lo hacen con toda la intención) la media lengua que Johann y ella crearon mientras aprendían a hablar y que no han olvidado. Él le respondió.

—No —dijo Therese—. Yo no. Di algo tú, si quieres.

Ella miró el reloj y entendí que quería marcharse, que tenía algo que hacer. Aquel momento era más solemne para Johann que para

ella.

Mi hermano pronunció algunas palabras entonces, para los muertos pero también para nosotros. Habló del deber, del legado de los que vivieron antes que nosotros y de nuestros padres. Me molestaron varias cosas. Lo peor fue que lo relacionó todo con la Partida de Caza, como siempre hace; como si la única forma de cumplir con las responsabilidades y estar a la altura de la huella que dejaron nuestros padres fuese trabajar para el emperador. Le será fácil decirlo, porque él y Therese ya lo han conseguido; y cada vez que recuerda lo entregados que estaban nuestros padres a su trabajo, también de carácter militar, me está condenando a una vida decepcionante, porque yo jamás seré un oficial del ejército.

Por otro lado, dijo que nuestros padres habían muerto de la forma más honorable posible, es decir, arma en mano defendiendo el Imperio, y eso no es verdad. Nuestra madre falleció de servicio, sí, pero fue porque su caballo, herido en el cuello, se derrumbó con ella encima. Uno de los pies, enganchado a un estribo, le impidió saltar a tiempo, y una mala caída le rompió la espalda. Nuestro padre murió enfermo de cólera antes de que yo cumpliese los dos años.

Después, Johann habló sobre la importancia de la familia y cómo, en memoria de nuestros padres, él jamás dejaría que nada nos separase. Habló de que de ellos había heredado una responsabilidad para con nosotros. Miré a Therese, preguntándome si tras su rostro atento habría un verdadero interés por lo que decía su hermano o si estaría pensando en lo que fuese que quería hacer. Sonrió cuando él acabó, así que supuse que sí había estado escuchando. Me sentí un poco mal (no demasiado) por haber dudado de ello.

—¿Quieres decir algo tú, Hugsi?

No se me ocurrió nada que mereciese la pena. No tenía ninguna anécdota que rememorar; solo una vaga memoria del olor de mi madre, de ser levantado del suelo durante un paseo cuando el cansancio podía conmigo, del rostro hundido de mi padre, como una calavera. No soy quién para hacer un discurso sobre ser el hombre que ellos hubiesen esperado que fuese, porque mi única ambición, lo único que podría haber enorgullecido a mis padres, es la literaria, y no he

conseguido todavía nada significativo en ese campo. Tal vez más adelante, si mi trabajo es reconocido y aplaudido por el público, sea capaz de decir algo ante su tumba. *Tal vez.*

Emprendimos el camino de vuelta; los mellizos conversaban en voz baja, a medias en su propio idioma y a medias en el nuestro, conmigo detrás, sin prestar demasiada atención hasta que Therese se interrumpió abruptamente en mitad de una frase.

Johann y yo seguimos la dirección de su mirada. No demasiado lejos, seis personas con túnicas amarillas guardaban un silencioso respeto frente a una lápida humilde. Una de ellas, una muchacha joven de aspecto distinguido, estaba retirando flores mustias para cambiarlas por otras nuevas, también de color amarillo. Volví a mirar a Therese, que fruncía el ceño con desagrado.

—¿Es la tumba de Walch? —musitó Johann.

Therese asintió.

—¿Quién es Walch? —pregunté.

—Era un buen amigo mío —respondió Therese—. Fue al colegio con nosotros.

—Oskar Walch —completó Johann—. Un buen tipo. Solía venir a casa cuando éramos niños, sus padres se llevaban bien con los nuestros.

Lógicamente no quería preguntar y lógicamente *quería* preguntar.

—¿Qué le pasó?

Johann solo prestaba atención a Therese.

—¿Quieres que nos acerquemos? Puedo ir en un momento a por otro ramo…

—No. —Ella respondió casi antes de que él terminase de hablar.

Separó la mirada de la tumba de su amigo con gesto brusco y aceleró el paso. Troté para ponerme a su altura. Therese miraba hacia delante, como si estuviera sola.

—Oskar era buena gente, tenía dinero y no desconfiaba de nadie. No trabajaba de nada, no le hacía falta —afirmó, sin alzar demasiado la voz—. Sus padres decían que necesitaba un propósito en la vida. Lo encontró cuando ellos faltaron; pasó a formar parte de esa secta abominable, los Hijos del Sol o como se llamen. Le absorbieron todo lo

que tenía, incluso la vida.

—Lo siento —murmuré.

Creo que no me oyó.

—Fue decisión suya —añade Johann, con la mandíbula tensa de pura desaprobación.

—Me retiró la palabra —dijo Therese—, pero yo era amiga suya entonces, lo quisiera él o no, y lo sigo siendo ahora.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté, porque esa declaración era la antesala de un propósito.

—Llevamos años intentando desmantelar esa organización —explicó Johann—. Hay monstruos tras ella, pero no hemos conseguido todavía demostrar los asesinatos. Todas las personas que se han inmolado para ellos, al parecer, murieron de forma natural. Estamos reuniendo pruebas para desenredar esa contradicción, pruebas que demuestren que el líder o los líderes de la secta están realizando sacrificios humanos.

—Esos son los peores monstruos. —Therese me miró—. Los que disimulan, los que se confunden con nosotros, los que se integran. Pueden parecer inofensivos, y mientras así sea el emperador se empeña en que los protejan las mismas leyes que a nosotros, pero no lo son. Son más peligrosos que los otros, porque no sabes la maldad que están haciendo hasta mucho tiempo después, cuando no puede evitarse.

—El veneno de nuestra sociedad —juzgó Johann. Era evidente lo mucho que le satisfacía pronunciar palabras tan expresivas.

Por la tarde volvió a salir el tema de los monstruos. El grupo de amigos de mis hermanos había venido a tomar el té. Personas como mis hermanos hacen que parezca sencillo y natural llevarse bien con la mayor parte de sus compañeros de colegio y mantener la relación tantos años después; por no hablar de la habilidad de ir haciendo amigos allá a donde van e integrándolos con naturalidad en un grupo amplio y ruidoso que se junta día sí, día también, siempre que el trabajo lo permita.

Solo estoy invitado a estas reuniones cuando tienen lugar en mi casa.

Como normalmente la charla no me incluye, estaba concentrado en la merienda, que para la ocasión era especial. Tenía un dulce en la boca y otro en la mano cuando oí un nombre conocido:

— … Linke, Kahn y todos ellos. La Luminosa está infectada, y aquí se juntan con toda la nueva generación de artistillas.

—Me suena Linke.

—De algún ensayo del *Folletín*. La editora de *Slora*, que es una buena conocida mía, es poco crítica en ese sentido.

—No ha sido ni una vez ni dos que se los ha visto juntos, hablo de gente con ciertas tablas como Michael Teichergreber, Magdalene Ster, Ida Tornaforte…

—Pero ellos no son, ¿no? Tornaforte no es…

—No, no.

E intervino Therese:

—Tornaforte te gusta mucho a ti, ¿no, Hugo?

Menos mal que me llamó «Hugo» y no «Hugsi». Las miradas se volvieron hacia mí. Tragué con dificultad el dulce.

—Sí. Me encanta. —No me atreví a admitir que conocía en persona a Magdalene Ster (¡no me habrían creído y también a mí me cuesta hacerlo!) y a Kahn.

—Escribes, ¿no es eso? —preguntó una de las amigas de los mellizos. Anna o Klara o algo así.

—Sí —respondí.

—¿Y has publicado algo?

—No, todavía no. —Me moría de vergüenza.

—Puedo ponerte en contacto con algunos conocidos míos. —Miró a mis hermanos, como si hablase más con ellos que conmigo—. Conozco a los escritores Höller y Horvath. Seguramente puedan darle un pequeño impulso. De hecho, ahora que lo pienso, podría ponerlo en contacto con la señora Wittman…

Me quedé sin aliento. La directora del Teatro Imperial es una institución en sí misma. Una reunión con ella puede cambiar el curso de mi carrera, ¿qué digo de mi carrera? De mi vida.

—Lo agradecería mucho —dije apasionadamente.

—Gracias, Klara —hizo eco Therese, con serenidad—. Eso sería

muy amable por tu parte.

—Menos mal que sigue habiendo artistas de bien —bromeó otro de los amigos—. Sin ellos, ¿cómo harían carrera los jóvenes aspirantes como nuestro Hugo?

Aproveché el rato desde que se marcharon los invitados hasta la hora de la cena para leer el libro de Horvath que encontré en la biblioteca. De Höller tenemos una gran colección de tomos bellamente encuadernados que, a primera vista, me ha intimidado. Aun así, me llevé el primero para cuando terminara de leer el de Horvath. Las páginas polvorientas de este contienen textos densos, anticuados, pero muy buenos. Me está gustando mucho, sería un honor conocer a la autora.

Me lo he traído a mi cuarto después de cenar, me espera sobre la mesita de noche. He estado pensando mucho en mi encuentro con los jóvenes escritores y en si de verdad su compañía podría perjudicarme. Siendo así, es mejor que todo haya quedado en esa única noche, que no se haya formado un vínculo entre nosotros. Me acuerdo de que el camarero del Café Wagner me advirtió respecto a Kahn…

Antes de meterme en la cama y continuar la lectura, todavía quiero escribir un poema al que llevo unos días dando vueltas. Tiene que ver con el sentimiento de pertenencia a un grupo, con la existencia como individuo y con los lazos, tanto los que se establecen durante la vida como aquellos con los que se nace. Todavía no lo tengo demasiado claro, dejaré que las palabras fluyan y lo releeré por la mañana para decidir si vale algo.

Lunes 19

Sea Georg Kahn una compañía indeseable o un escritor admirado que me ignora (y tengo claro cuál de estos dos crímenes me cuesta más perdonar), he seguido leyendo sus relatos de *El sello del invierno* hasta acabar el libro. Qué tragedia es llegar a las últimas páginas de una obra cautivadora. Menos mal que tengo en mi poder su novela *Ámbar,* a la que ahora le tengo aún más ganas.

Miércoles 21

Recibo una carta de Klara, en la que me invita a una pequeña tertulia informal que tendrá lugar el sábado en el elegante Café Nord, a la que asistirán varios prestigiosos escritores, dramaturgos y compositores. Iré como invitado especial, amigo de la familia de Klara, y seré, según escribe ella, «muy bienvenido». Al parecer, les ha hablado de «mis progresos» y me considera «prometedor».

Aunque hasta donde sé Klara nunca ha leído nada mío, estoy muy ilusionado y nervioso.

Sábado 24

Pocas veces, en mi opinión, he ido tan arreglado como hoy. Me puse el traje de salón de tres piezas nuevo. Me sienta muy bien. Los pantalones tienen incluso pliegues en la parte delantera, al estilo moderno. Llevaba la camisa con el cuello almidonado, pero no alto, sino hacia abajo, y una corbata larga y anudada. Luego, cuando entré en el Café Nord, me arrepentí, porque era el más joven con diferencia (todo el mundo era al menos treinta, si no cuarenta, años mayor que yo). Mi ropa de última moda era un anacronismo en aquel contexto. Aquellos hombres, con sus barbas canosas, sus pesadas levitas negras y su porte reposado, me miraron con sorpresa e incluso algo de horror.

¡Un niño entre ellos!

Quise darme la vuelta y huir, pero pensé que era el momento de luchar por mi destino como escritor exitoso. No podía acobardarme.

Entré en el café, me presenté y mencioné a Klara. Algunos me estrecharon la mano, entre ellos, para mi turbación, la propia Horvath, que resultó ser una anciana con ojos brillantes y gestos rápidos, dueña de una cortesía brusca y honesta que, en primera instancia, asusta.

Me dio la sensación de que, pasado el asombro inicial, aquellos autores consagrados me recibían con benevolencia. Con mi mejor educación, respondí modestamente a preguntas corteses y me interesé por ellos y sus obras. Eran en su mayoría hombres, con algunas

excepciones. Se trataba de personas cultas y leídas, pero ninguna había abierto un libro de Tornaforte ni de Licht ni de ninguno de mis héroes. Como mucho, los conocían por el nombre, y los describían como promesas en potencia, como si lo que hubiesen escrito hasta el momento, que me maravilla a mí, no fuese nada todavía, y todos sus éxitos estuviesen por suceder.

No niego que, probablemente, dentro de veinte años lo que escriba Licht sea mejor que su obra actual. Siempre hay posibilidad de mejora. Eso no quita, en mi opinión, que merezca que se le reconozca la calidad de sus últimas publicaciones. No hay que posponer el presente en favor del futuro.

Irónicamente, estos sabios vivían en el pasado. Me hablaban de escritores ya muertos, algunos de los cuales yo había leído (aunque aquellos ilustres autores asumían que no sin preguntar) y de revoluciones antiguas. Me interesó mucho, a la vez que me resultó ligeramente descorazonador: lo que me interesaba a mí no valía nada en aquel espacio, que debía ser el pasadizo hacia el reconocimiento.

Se leyeron muchos textos. Disfruté de ellos. En un momento dado, me dieron la oportunidad de mostrar algo de mi cosecha. Para ellos fue un instante de generosidad, porque su tiempo era valioso y yo un renacuajo del estanque. Me habría gustado negarme, pero no quise parecer desagradecido. Con el corazón retumbándome en la garganta, me puse en pie y saqué mi cuaderno.

Leí el relato que había escrito basándome en el diálogo de las criadas en la cocina. Me gusta porque descubre un universo distinto, con sus cadencias y conflictos, dentro de la cotidianidad, un mundo escondido para los acomodados en el salón, singular y expresivo. No habla solo de los temas que ellas trataban, sino de un muro entre lo visible y lo ajeno.

No gustó mucho. Ante el silencio y los carraspeos, el recibimiento neutral, tolerante, sin muchos comentarios, me hundí en mi butaca y dejé que la conversación continuase sin mí, rogando por que otra persona leyese y me ahorrase ser el centro de la atención. Ellos tuvieron la piedad de obviar mi vergüenza y permitir que me fundiese con el decorado. Durante la siguiente hora, me comió el ridículo.

Después, me sobrepuse y regresé a mi papel de lector y de oyente, matando y ocultando mi ambición de creador. Me dije a mí mismo que había acudido para aprender, no para exhibirme.

Más tarde, al salir del Café Nord, reflexioné sobre mi porvenir. Es un gran problema que lo que yo escribo, al menos ahora (veremos dentro de veinte años), no parezca ser lo que interesa a los grandes nombres de la literatura; es evidente que me beneficiaría mucho contar con su apoyo. Me invadió el desánimo al llegar a la conclusión de que, para gustarles, tendría que haber nacido hace cien años y ser un hombre barbudo, canoso y maduro, igual que ellos. Hay poco que yo pueda hacer respecto a mi fecha de nacimiento, es algo que hay que reconocer y aceptar como es.

Encontré consuelo más adelante, entrando en otro café y sentándome con *Ámbar* de Kahn. Leí, absorto, hasta más de la mitad.

Quién me iba a decir que esos relatos, que me habían parecido insuperables, no lo son.

Por supuesto, lo que escribía Kahn no es necesariamente *mejor* que los textos más clásicos que había escuchado aquella tarde en la tertulia. Sería exagerado colocarlo a la altura de los grandes, cuyas obras han perdurado a pesar del paso del tiempo; también hay que reconocer que, precisamente por eso, es injusta la comparación. La novelita de Kahn, en su contexto, en el día de hoy, es *muy buena*. No se puede ser un clásico y una novedad al mismo tiempo.

Entonces pensé que no me hace falta escribir lo que leen los veteranos si alguna vez soy capaz de componer algo que me agrade tanto como aquella lectura. Tal vez mis lectores no sean críticos de la literatura septuagenarios, nostálgicos de los libros de su juventud; y esto no tiene en sí nada de malo. Puede que aún me quede esperanza.

Salí del café y, antes de volver a casa, envié por correo mi relato de las criadas al Café Wagner, a la atención de Georg Kahn.

Lunes 26

He terminado de leer *Ámbar*. Seré sincero: desearía que no me hubiese

gustado tanto.

Sedaramond

(Mes del ocaso)

Sábado 1

Esta mañana, estaba leyendo la prensa cuando llegó el cartero. No me levanté, porque no esperaba nada y, además, me hallaba en guerra conmigo mismo, porque *Slora* anunciaba, en una pequeña nota que debía de haberle costado dinero a la editorial, que por la tarde habría un encuentro del autor Georg Kahn con los lectores, con motivo de la presentación de su nuevo libro, *Príncipe del verano,* en la librería Kastner-Roth. Por supuesto, nada más leerlo me sumí en una desesperación absoluta. Por un lado, la oportunidad de volver a cruzar mi camino con el de Kahn era demasiado tentadora; por otro, me había hecho a la idea de que lo mejor era dejarlo ir.

Annika trajo las cartas para mis hermanos y se detuvo ante mí para dejar un sobre junto a mi taza de café. Alcé la mirada, asombrado. Ella hizo un amago de sonrisa, aunque ausente, y continuó con sus tareas, sin hacerme mucho caso. Abrí el sobre.

Una invitación de la mismísima señora Horvath, en la que me ofrecía la posibilidad de leer uno de mis textos como entremés en un recital que ella va a dar el día seis del próximo mes. Para discutir los detalles, me invitaba a tomar el té en su casa. El corazón casi se me sale por la boca. Así que mi relato no había pasado del todo desapercibido y había llegado a gustar a, al menos, una septuagenaria.

(Siendo justos, en realidad no creo que Horvath llegue a los sesenta).

Decidí interpretar aquello como una señal del destino, una invitación a seguir el camino correcto. Respondí inmediatamente a

Horvath con una nota agradecida, asegurando que no faltaría a la cita, y descarté el ejemplar de *Slora* y el anuncio de la presentación del *Príncipe del verano* de Kahn.

Estaba completamente dispuesto a no volver a verlo nunca más (aunque me permitiría una pequeña concesión: comprar su libro, porque los anteriores me habían gustado). Los sucesos de esa tarde los provocaron circunstancias ajenas a mi voluntad.

Al rato de salir de mi calle, montado en el coche, miré por la ventanilla y distinguí una figura conocida junto a la esquina, caminando presurosa y a punto de perderse en el enmarañado laberinto de callejuelas antiguas. Era Georg Kahn, sin lugar a dudas, de camino a la librería Kastner-Roth para su presentación.

Y yo, que había estado convencido de estar siguiendo lealmente los designios de mi destino, cambié de opinión. Si el universo hubiese querido que siguiese estando apartado de Kahn, lo habría mantenido lejos de mi vista aquella tarde. Encontrármelo era una señal aún más poderosa que la invitación de Horvath, porque precisamente llevaba yo en el bolsillo del abrigo mi ejemplar de *Ámbar,* ¿y no podría obtener la firma del autor, aprovechando aquella feliz casualidad?

Me convencí de que no tardaría mucho y que aún me daría tiempo a llegar puntual a mi cita. Con la voz temblando de excitación, ordené al cochero que frenase los caballos y salté del vehículo. Corrí por la calle, con la mala fortuna de que las piernas largas de Kahn y su paso rápido le hicieron torcer la esquina mucho antes de que yo la alcanzara. Aunque aún era pronto para que el sol se pusiera, era un día nublado y oscuro, y las callejuelas, como rendijas entre los edificios, guardaban tinieblas.

Kahn echó a correr también. De quién huía no lo supe en ese momento. Me asusté. Un peligro invisible es más temible que uno conocido. Aceleré, quise gritarle que me esperase, que no me dejase atrás, que me explicase qué pasaba, pero la carrera me tenía sin resuello. Al pasar junto a una pila de cubos y palos de fregar que había junto a una puerta, los derribé con gran estruendo. No me atreví a mirar hacia atrás.

Él volvió a torcer una esquina y se metió en un callejón colindante

con la verja de un patio de colegio; se oían a lo lejos las voces infantiles. Mala idea. Hacia el otro lado, la callejuela se abría hacia la Kalsgasse, mucho más ancha y luminosa. Dudando entre si seguirlo hacia esa ratonera o no, me detuve en la esquina. Un pinchazo agudo en los pulmones me recordaba que jamás había encontrado el menor placer en correr. Miré hacia atrás.

No nos perseguía nadie.

Entonces lo entendí. Yo era el cazador.

Una vergüenza roja e imposible de disimular me llenó como el vino al servir una copa. Di un paso hacia el callejón con una explicación y una disculpa en los labios, dispuesto a desviarme hacia la risa o hacia el bochorno, dependiendo de la reacción del otro.

Las palabras murieron en mis labios.

El cuerpo de Georg Kahn estaba doblado en un ángulo antinatural, con la frente apoyada en el suelo de piedra. Tenía el rostro contraído en una mueca de dolor. A su alrededor se arremolinaba una oscuridad impenetrable, jirones de noche aterradora, del material de las pesadillas, una humareda densa y fría que aferraba el corazón y no lo dejaba escapar. Las sombras estaban por todas partes, en el suelo, en el aire entre las dos fachadas, y orbitaban en torno a Kahn como si él fuese su sol y guía. Como si él las hubiese llamado y esperasen una orden. Él era el ojo del huracán negro que crecía y crecía, y yo temí que sucumbiese ante su fuerza y el aire se lo llevase como a un muñeco desmadejado.

Me invadió un pánico helado. Quise correr, quise protegerme la cara con los brazos para no oír el bramido ensordecedor de la muerte que entonaban las sombras (¿o acaso se trataba de una alucinación producto del miedo?), pero era imposible. Las extremidades no me respondían.

Aunque lo hubiesen hecho, no habría sabido qué hacer. Quizás ayudar a Kahn, precipitarme sobre él, interponerme entre su cuerpo y las sombras que lo atormentaban, ser un héroe por una vez en mi vida. O darme la vuelta y escapar, cerrar los ojos al sufrimiento o a la desgracia de alguien que seguía siendo (así lo había querido él) un desconocido. Ser capaz de vivir con ese peso. Marcharme, llamar a la

guardia del emperador, llamar a la Partida de Caza, porque aquello no era humano. Consolarme pensando que había hecho lo correcto.

Todos los pensamientos, todas las posibilidades, se agolpaban en mi mente, y yo agradecí la inmovilidad aterrada, porque me evitaba tener que decidir.

Porque habría escogido la cobardía. Para mi vergüenza, habría escapado. Estaba seguro.

Y me equivocaba.

No sé cómo, pero cuando me respondieron las piernas di un paso hacia delante en lugar de hacia atrás. Me agaché, rocé los adoquines con las manos como si pudiera agarrarme a ellos y avanzar así, trepando por el suelo, toda mi energía dirigida a acercarme a Kahn. Poco a poco, logré llegar a su altura. Solo un par de pasos nos separaban. Las sombras volaban sobre mí, sin rozarme al pasar, porque él no se había percatado de mi presencia, distraído por la oscuridad, y ellas le obedecían.

No. *Ellas no le obedecían.*

La cercanía me permitía distinguir mejor la expresión de Kahn y el movimiento de las sombras. Ellas no estaban asaltándolo a él. No: *salían de él,* y se movían en círculos cada vez más grandes hacia fuera. Querían alejarse, y no me hacía falta conocerlas para saber que provocarían la destrucción de todo lo que rozasen. Y Kahn no intentaba apartarlas de sí, sino todo lo contrario. Las *retenía*.

O al menos, lo intentaba.

Las sombras tiraban de él, ansiaban liberarse. Él, que tenía el poder de desatarlas sobre la ciudad, las ataba cortas, tiraba de ellas, causándose a sí mismo un dolor indescriptible que yo podía leer en su mueca desgarradora.

Su control sobre ella impedía que la oscuridad transgrediese la verja del colegio. Kahn se partía en dos para detener cientos de sombras que lo devoraban por dentro, e intentaba tragárselas de nuevo para sufrir él mismo el daño que causasen… y salvar a los niños que jugaban al otro lado de la verja, ocultos por la maleza.

—Kahn —llamé. Mi voz se oyó como un quejido—. ¡Georg! —Él no alzó la cabeza. Quise confiar en que me escuchaba pese a todo—.

¿Cómo te ayudo?

Él no reaccionó.

Las sombras, sí.

Se abalanzaron sobre mí con un susurro abominable. Grité y Kahn gritó también. Yo de espanto, él de dolor, de miedo, de impotencia. Volvió el rostro hacia mí y pude ver sus ojos ensangrentados, las arrugas en torno a ellos, la expresión contraída.

Retrocedí deprisa. La oscuridad no me atrapó, pero fui consciente de que no había sido por falta de voluntad, sino por el esfuerzo sobrehumano de su carcelero. En cuanto me sentí fuera de su alcance, me di la vuelta y corrí hacia la Karlgasse. No había llegado a la esquina cuando oí el sonido de los cascos de un carro y los silbidos de quienes lo manejaban.

Los habría reconocido en cualquier parte. Eran las señales de la Partida de Caza.

No era casualidad que estuvieran allí. Aunque existía la posibilidad de que un vecino hubiese dado la voz de alarma, lo más probable era que los Cazadores hubiesen utilizado sus propios métodos, desconocidos para el resto de la población, para detectar la actividad de los monstruos. Hay quien dice que tienen a algunos de ellos a su servicio (¿no puede ser la facultad sobrenatural de un monstruo la de percibir a los demás?), pero yo, que conozco a mis hermanos y sé lo mucho que desprecian a esas criaturas, no creo que sea verdad.

Frené en seco.

Mi instinto me decía: *No dejes que se lleven a Kahn o no volverás a verlo ni a leer nada suyo.*

Un monstruo que es capturado por los Cazadores cuando se encuentra a punto de perder las riendas sobre su poder junto a un colegio no tiene buenas perspectivas.

Mi sentido común no estaba de acuerdo: *Es su trabajo tratarlo con justicia. No debo obstaculizarlo. Kahn, ahora mismo, es un peligro.*

Y uno: *¿Tengo derecho a dejarlo a su suerte cuando él me protegió?*

Y otro: *¿Tengo derecho a valorar más su seguridad que la de esos niños?*

Y yo, Hugo, entre los dos, con mi hermano Johann a un lado

hablándome sobre la responsabilidad y el legado de nuestros padres, que habían consagrado sus vidas para mantener a salvo a los habitantes de Ciudad Blanca, y al otro con los cuentos de *Fräulein* Lilla y mis innumerables novelas de aventuras, en los que los amigos se protegían unos a otros.

Miré hacia el callejón.

Las sombras se replegaban lentamente. Regresaban a Kahn, le entraban a través de los ojos, las orejas, la nariz, la boca entreabierta. El aire del callejón parecía más claro.

Se las tragaba. Permitía que habitasen en su interior, guarecía el mal para evitar que se desatase sobre los demás.

Salí a la Karlgasse, fingiéndome agitado. (No me costó mucho trabajo).

—¿Qué ha sido eso? He visto una nube oscura… —exclamé, entorpeciendo el paso.

Se vieron obligados a tirar de las riendas y a detener los caballos.

—¡So! Chico, quítate de en medio —me soltó uno de ellos.

—Calla, bestia. Es el hermano pequeño de los capitanes —le cortó el otro—. ¿Qué dice que ha visto, señor?

—Una nube negra y un ruido horrible. Venían de esa dirección —les señalé una callejuela al otro lado de la Karlgasse—. Hace apenas unos segundos. Estaba yendo a ver qué pasaba.

El primer Cazador apretó los labios con firmeza.

—Eso no es buena idea. Es mejor que se aleje de aquí. Déjenoslo a nosotros.

—Y gracias por su ayuda —añadió el otro.

Me hice a un lado para que se pusieran en marcha. Esperé a que se fueran antes de volver sobre mis pasos. Georg seguía en el callejón, se había incorporado y estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la cara entre las manos.

No había sombras a la vista más que las habituales en un día de otoño nublado.

Me acerqué despacio. Él me miró de reojo, pero no dijo nada. Parecía exhausto.

Respiré hondo. Me dejé resbalar hasta quedar sentado a su lado.

Callamos un rato. Estaba intranquilo, porque aún temía volver a oír los cascos de los caballos y que la Partida de Caza nos encontrase. Aun así, intuía que no debía apresurar a Kahn.

—Leí *Ámbar* —dije. Un comentario extraño. Fuera de lugar en aquella situación. El ritmo de la respiración de Kahn cambió. Se volvió más pausado—. Me gustó mucho.

Él reunió fuerzas para decir:

—Gracias. —Y después—. Hugo, ¿verdad?

—Sí. Georg, ¿no es así?

Él sonrió.

Una victoria para mí.

—Tu relato tampoco estaba nada mal.

—¿Lo leíste?

—Sí.

—No me respondiste.

—No.

Silencio. No iba a obtener una explicación. Me pareció infantil exigírsela.

—¿Cómo va la novela que estaba escribiendo Vizner…? —pregunté, loco por hablar de algo, porque la conversación parecía calmarlo y necesitaba que volviese en sí cuanto antes, para poder marcharnos—. Comentó ese día, en el café, que estaba escribiendo una o que lo iba a hacer.

—Sí, *Un extraño* —recordó Kahn—. No lo sé. Su hermano mayor está enfermo y él se ha trasladado a su casa para asistirlo…

Fruncí el ceño. Aunque no conocía a Felix Vizner, me entristeció saber aquello.

—La vida se interpone entre los escritores y las letras, por lo que veo. —Kahn expresó su acuerdo con un gruñido—. Me gustó mucho compartir aquella velada con vosotros. Tengo envidia de tus amigos, Georg Kahn.

Él se encogió de hombros.

—Que yo no me cartee contigo no quita que te relaciones con ellos si quieres. Quizás a alguno le cayeses bien y esté interesado.

—No sé —me sorprendió la posibilidad—. Tenía la sensación de

que fui, sin pretenderlo, un invitado indeseado. Me dejé cegar por mi deseo de acompañaros y no pensé en que tal vez vosotros no me queríais ahí.

—No me pareció que les incordiases —dijo él. Y a continuación, para mi alegría, agregó—: A mí, desde luego, no me molestaste.

Aproveché que parecía encontrarse mejor, aunque sus ojos siguiesen ensangrentados y su rostro más demacrado que nunca. Me puse en pie y le ofrecí mi brazo.

—Tenemos que irnos. La Partida de Caza está rondando y a ti te esperan en la librería.

Él aceptó el brazo a la vez que sacudía la cabeza. Sentí sus dedos largos y fuertes a través de la gruesa capa de mi abrigo y me recorrió un escalofrío placentero. Lo ayudé a levantarse.

—No puedo acudir al encuentro. Fue una mala idea para empezar; desde hace un tiempo aspiro a convertirme en uno de esos escritores huraños que solo tienen contacto con el mundo por escrito…

—Tonterías —protesté débilmente, porque me pareció que era lo que se esperaba de mí.

Él suspiró.

—En cualquier caso, hoy no podrá ser. Apenas puedo tenerme en pie. Necesito descansar.

En eso tenía razón. Caminé a su lado hacia la Karlgasse, dejando que apoyase parte de su peso sobre mí. Notaba su respiración cercana, el agradable tirón de su brazo enlazado con el mío, el frío de su ropa vieja y de su cabello, enmascarando el calor de su cuerpo, que yo solo podía imaginar. No soy especialmente fuerte e íbamos torcidos los dos, avanzando con enorme dificultad. Llegamos a la esquina de milagro.

No se veía por ninguna parte el coche de los Cazadores. Estuve ojo avizor hasta que vi acercarse un *fiaker* de dos plazas.

—No tengo dinero para pagarlo —anticipó Kahn.

—Bastará con que le des la dirección —le dije—. Ve a casa, descansa, y no te preocupes.

El cochero se apeó para ayudarme a subirlo al asiento. Pagué por adelantado, una buena cantidad, por demás; así, con suerte, el hombre

sería muy amable con su pasajero.

Kahn me miró con fijeza.

—Gracias.

—De nada. Me has dicho que te gustó mi relato, eso es lo que me llevo —bromeé. Aunque era verdad.

Él me regaló otra de esas insólitas sonrisas. El coche lo alejó de mí sin que me respondiera.

Anduve hasta la librería Kastner-Roth. Había una modesta cantidad de gente esperando, no tanta como para llamarla «multitud», pero sí que podría decir que el local estaba lleno. Comuniqué al librero que venía de parte de Georg Kahn, que lamentablemente se sentía indispuesto, y que habría que posponer el encuentro.

—¿Para cuándo? —me preguntó—. Tengo a toda esta gente aquí…

Lo bueno era que la mayoría ya había adquirido el libro. No les importaría acudir al evento otro día; si ya lo habían leído para entonces, la conversación se volvería más interesante.

—Será mejor que le escriba directamente al autor —me escaqueé.

De nuevo en la calle, consulté mi reloj de bolsillo: se me había hecho tarde para la cita con la señora Horvath. Además, no tenía el aspecto impecable con el que había salido de casa; mis pantalones y mi abrigo habían sufrido al ser arrastrados por el suelo, y estaba agotado. Aunque lo que más me apetecía era regresar a casa, darme un baño caliente y meterme en la cama, me tragué la timidez y la culpa por haber faltado a la cita con una escritora de renombre y pagué a otro *fiaker* para que me llevase a su casa.

Horvath vivía en una mansión cercana al centro de la ciudad. Tuve que atravesar una pequeña zona ajardinada, subir una escalinata blanca y llamar, con cierto pudor, a la regia puerta principal, por la que hubiese cabido sin agacharse alguien el doble de alto que yo.

Abrió un mayordomo de gesto áspero.

—La señora Horvath está fuera —me respondió—. ¿Es usted el señor Holbein?

—Sí, soy yo. Sé que llego tarde… —empecé a excusarme, pero me interrumpí—. ¿No sabrá dónde puedo encontrar a la señora Horvath?

Él me miró con algo de condescendencia. No contestó a mi

pregunta.

—Puedo dejarle un mensaje suyo si lo desea.

Le dejé mis disculpas y una tarjeta de visita. Volví a casa como si hubiese luchado cien batallas y perdido noventa y nueve.

Domingo 2

Dediqué la mañana, lluviosa y gris, a componer una carta clara y concisa para Kahn, en la que pregunto con interés *moderado* cómo se encuentra y le informo, con mucha sobriedad a la par que simpatía, que puse al librero al corriente de su estado, sin especificar qué le sucedía exactamente, como es lógico, y le sugiero que se ponga en contacto con él para marcar una nueva fecha de presentación de su libro *Príncipe del verano*.

Cuando por fin me di por satisfecho (nueve borradores y medio más tarde), la envié antes de que me diese tiempo a cambiar de opinión.

Martes 4

¡Kahn ha respondido a mi carta! La encabeza así: «Querido Hugo», como si nos conociésemos bien. Nada de «estimado», ha puesto «querido», lo cual me conmovió y me obligó a leer y releer varias veces el saludo antes de poder continuar con el resto del mensaje. No es una carta demasiado larga. Me da las gracias por mi ayuda el sábado y me recuerda que me debe dinero. También, puesto que le comenté que me gustó *Ámbar*, me envía unos capítulos mecanografiados que formaban parte del manuscrito original pero que fueron eliminados en la edición. A él le siguen gustando y confía en que sean de mi agrado…

Los devoré como un perro hambriento frente a un plato de carne. Decir que me han gustado se quedaría corto, aunque puedo comprender por qué los quitaron del libro, pues habrían enturbiado el

fluir de la historia. Me hace ilusión tenerlos en mi poder, una parte de *Ámbar* inaccesible para el resto de los lectores, un secreto entre el autor y yo (y quien sea que lo haya editado).

Escribí a Kahn a la vuelta del correo, haciendo énfasis en mi alegría, y le envié un par de poemas que me inspiró la lectura de *Ámbar*. «Las mejores lecturas», le puse en la carta, «son las que inspiran».

He estado toda la tarde esperando su respuesta, pero ni el cartero pasa más de dos veces ni Kahn, por lo visto, tiene prisa en responder.

Miércoles 5

Buenas noticias: Horvath no me odia por haber faltado tan groseramente a nuestra cita. Me ha escrito de nuevo, para invitarme a tomar el té, haciendo hincapié en que, por favor, acuda esta vez o avise con antelación si no pienso hacerlo. Respondí que, por supuesto, iré. Creo que no se lo creyó del todo hasta que me tuvo esta misma tarde allí, en la salita de su mansión, bajo la mirada severa de su mayordomo.

El té que sirvió era excelente. Venía acompañado de tostadas con mermelada y mantequilla, pasteles y bizcocho. Sentado en el fastuoso sillón color rojo, a juego con las cortinas, no me sentía digno de tantas atenciones.

La señora Horvath fue muy amable conmigo. Una vez más salió el adjetivo «prometedor», lo que quiere decir, interpreto, que lo que ha leído mío no le encanta, pero que ve potencial en ello. Es mejor que nada. Acepté sus consejos, hice las preguntas corteses adecuadas y me deshice en agradecimientos. Conseguí lo que había ido a buscar: la propuesta en firme de leer alguna de mis obras breves en su recital, para ir calentando al público antes de que ella haga su aparición. El acto tendrá lugar el día seis de bruhamond, nada menos que en la Ópera de la Corte.

La única condición que puso fue que el texto que vaya a leer debe ser aprobado previamente por ella. Me parece justo.

Volví a casa en un estado de nerviosismo tal, que incluso ahora, después de tres tazas de infusión tan cargada que podría sedar a un elefante, me siento completamente incapaz de permanecer quieto, ni siquiera para escribir. Me ha costado reunir la paciencia suficiente como para garabatear estas palabras. Tendré que revisar todo lo que ya he creado y pensar en nuevas ideas que presentar ante Horvath mientras paseo, incansable, por la habitación.

Jueves 6

Llegó una carta de Kahn. Vino dentro de un paquete que contenía un libro de Alois Licht titulado *Alas.* (Uno de mis favoritos). En ella, Kahn me felicita por los poemas, su opinión constructiva incluye algunos consejos, pequeñas correcciones que memorizo como si fuesen predicciones de un oráculo. Para mi felicidad, afirma que mis versos le recuerdan a los de Alois Licht del volumen que me envía. Me pregunta si lo he leído. Evidentemente, nada más terminar de leer la carta empecé a redactar la respuesta. Le dije que sí, que he leído el libro, aunque por azares del destino no lo tenía en mi poder (fue olvidado, hace años ya, en un parque, y cuando volví a por él otro amante de la poesía debía habérmelo robado), de modo que le agradezco mucho el regalo.

(Aunque no las tengo todas conmigo, ¿y si se trata de un préstamo? ¿Habré sido maleducado al entender que el libro es para mí?).

Aproveché para enviarle el libro de Horvath, que ya terminé, y así contarle en la carta que voy a leer antes que ella en el recital de la Ópera. No sé si Kahn querrá venir, pero no hay mal alguno en pasarle los datos e imaginarme a mí mismo recitando ante un público entusiasmado, entre el cual puedo distinguir su rostro descolorido. En mi ensoñación, me figuro que está pensando algo así como: *No está mal.*

No sé cómo de triste es que esas tres palabras, viniendo de él, me parezcan más que suficiente.

Viernes 7

Sin mucha novedad. Los mellizos han pasado la tarde en casa, discutiendo en el comedor por algo que ha dicho la princesa Néné (Therese está de acuerdo, Johann lo considera demasiado progresista). Sus debates son enfervorecidos, como solo la completa confianza en el otro permite, y llegan incluso a alzar la voz. Reflexioné sobre lo imposible que sería que yo gritase así a uno de ellos y el horror que me supondría que ellos lo hicieran conmigo. Lo identifiqué como una muestra más de la igualdad entre ellos y la diferencia conmigo, que sigo siendo en todos los aspectos el niño de la casa (aunque sea un rol que me queda pequeño desde hace años). Molesto por este pensamiento y por el volumen de sus voces, me fui al salón y estuve hasta la cena tocando el piano para *Fräulein* Lilla, que está demasiado mayor para leer y se aburre.

Domingo 9

Kahn ha tardado tres días en escribirme, imagino que porque los ha necesitado para leer el libro de Horvath. En su carta, me dice que le ha gustado. Habla también de Alois Licht, al que resulta que Kahn tiene la suerte de llamar «amigo». Me cuenta que, pese a que su producción literaria va viento en popa, de momento el poeta se encuentra en unas condiciones muy desfavorables en comparación con la comodidad de la que proviene. Sus padres, que tienen fortuna pero ningún otro hijo, se preocupan mucho por cómo está y se llevarían un disgusto si supieran que vive de forma terriblemente modesta, casi ascética, para poder permitirse la residencia en Ciudad Blanca (su familia es de una región fronteriza en la que poseen tierras). Así que Licht, que habla con la voz de la verdad en sus versos, miente a sus padres por carta; se inventa una vida de lujo y opulencia para tranquilizarlos y que no le insistan en que regrese al nido de inmediato. Mientras tanto, escribe lo que quiere; principalmente, sobre la naturaleza.

En uno de sus paseos contemplativos, me cuenta Kahn, conoció a una violinista a la que tomó por callejera. Conversó con ella largo rato, escuchó su música y le ofreció, a cambio, algunos de sus poemas. ¡Qué sorpresa se llevó! Ella resultó ser una compositora conocidísima, Friederike Jovannovic, y le ha propuesto poner música a sus versos… Kahn me relata la anécdota y se pregunta si quizá, en el futuro, podrá acudir a la Ópera de la Corte para asistir a una pieza de la que su amigo Licht sea libretista. ¡Últimamente varios de sus conocidos coquetean con la Ópera!

Tal vez estúpidamente, me hace ilusión que implique que somos conocidos (lo somos, sin duda) y que me ponga, de algún modo, al mismo nivel que su amigo, que no es otro que mi admirado Alois Licht. ¿Dejará de sorprenderme Kahn en algún momento?

No me extraña que de primeras no le interesase en absoluto tener contacto conmigo, debe estar muy ocupado con su extensa agenda de amistades sobresalientes.

En su carta me ha enviado algunos poemas, que leo con avidez. Me pide (¡emoción!) que le pase algo mío. No tengo nada que esté a la altura, de modo que invierto el día entero en reescribir, de principio a fin, mi infame poema *El monstruo*. Lo convierto en una tragedia: no es una bestia que ataca a un niño, sino una persona hambrienta que se ve obligada a robar, con tan mala fortuna que se cruza con el joven hermano de los dueños de la casa. El pequeño grita, pese a los intentos del ladrón por calmarlo, y lo que podría haber pasado sin más daño que la desaparición de algunas latas de conservas, se resuelve en una muerte…

Le pido, en la carta, que me dé si puede ser las señas de Vizner en casa de su hermano. Voy a seguir su recomendación de intentar establecer por mi cuenta lazos con los artistas a los que conocí aquella noche. Quizá Kahn tenga razón y no todos me considerasen un chiquillo insulso y pesado. Vizner me agradó desde el primer momento porque transmitía equilibrio y mesura, de modo que será un buen punto de partida.

Martes 11

Carta de Kahn (¡por fin!). Le gusta el nuevo enfoque que le he dado el poema, aunque señala que la primera versión era más realista; concuerda con la imagen que la sociedad tiene de los monstruos. No sé si está siendo irónico o cínico. Estoy seguro de que la nueva versión le parece más auténtica: ¡él mismo me dio la idea! Decido no preguntárselo por miedo a quedar como un ignorante.

Dentro del sobre encontré una nota (casi se me escapa por abrirlo con demasiado ímpetu) en la que Kahn ha garabateado la dirección del hermano de Vizner.

Con lo cual, hoy he pasado la tarde escribiendo cartas. Una a Vizner, en la que me intereso por cómo está, pregunto si necesita algo y le pido que me cuente cómo va su novela *Un extraño*.

Otra a Kahn, en la que le informo de que responder a la correspondencia el mismo día es perfectamente legal en los Dominios del Este, On-Ogur y Bohemia. Quizá no sea del todo necesario que me haga esperar tanto por sus respuestas. También le comento que no sé cuál es el enfoque de la sociedad, no puedo hablar por el resto de los habitantes del Imperio, pero sí puedo hacerlo por mí. Y mi visión de las cosas, al menos, puede cambiar según adquiero experiencia. Puede y *lo hace*.

A ver qué me contesta. Y a ver si lo hace antes de pasado mañana, lo cual sería muy agradable. Se me va la vida esperando sus cartas.

Miércoles 12

¿Por qué intento convencerlo si está visto que es imposible? Debería darme con un canto en los dientes porque al menos se toma la molestia de escribirme.

En fin.

Jueves 13

Me fui a clase antes de que llegase el cartero. Aburrido en la segunda hora, escapé a la biblioteca de la facultad y me guarecí en ella, con un fortín de libros a mi alrededor, hasta mediodía. Fue entonces, al volver a casa, cuando encontré sobre la mesa la carta de Kahn.

En ella escribía (¡Dios mío!) que soy un encanto, pero un poco ingenuo. Releí la primera parte de la frase veinte veces. Después, durante uno o dos párrafos, Kahn reflexiona sobre que, de ser él amigo mío, me recomendaría que no me acercase a los monstruos. De hecho, escribe, eso sería no solo mejor para mí, sino también mejor para ellos.

Decidido a hacer caso omiso de sus irritantes consejos, redacté en un abrir y cerrar de ojos la respuesta. La empecé preguntándole si es o no mi amigo. Y continué pidiéndole que me avise de cuándo será la presentación de su libro. Eso es todo. Envié la carta de inmediato y pasé el resto de la tarde leyendo (textos para clase, interesantes, no apasionantes, por ahora).

Considero muy elegante por mi parte no haber entrado a discutir con él si debo o no alejarme de los monstruos. Creo que es la forma que tiene él de advertirme y, de ese modo, quitarse la responsabilidad de algún mal trago que pudiese sufrir yo por relacionarme con él; la verdad es que no es necesario el subterfugio, porque soy adulto y el responsable de mis decisiones en ningún momento ha sido él, sino yo. Espero que mi silencio al respecto sea lo bastante elocuente y no vuelva a sugerir que interrumpamos nuestra (recién estrenada) amistad (o relación con aspiraciones amistosas).

Viernes 14

Annika entró hoy en el comedor con la correspondencia y Therese, al revisarla, clavó los ojos en mí.

—Mucho trasiego de cartas últimamente, ¿no, Hugsi?

Me tendió un sobre cuadrado, distinto a los que utiliza Kahn. Sonrió y cruzó una mirada con *Fräulein* Lilla.

Sé lo que estaban pensando. Creen que se trata de un noviazgo o

un coqueteo que mantengo en secreto. Se equivocan, pero no merece la pena intentar explicar la verdad. ¿Cómo va a entender alguien como Therese la atracción arrebatadora de las letras?

La carta, en cualquier caso, no era de Kahn sino de Felix Vizner. Me contaba en ella que en casa de su hermano no tiene demasiado tiempo para escribir, puesto que no solo lo atiende a él, que está en la cama y gravemente enfermo, sino que también ayuda en lo que puede a su cuñada. Entre otras cosas, se ocupa de cuidar a su sobrino Olli, que apenas tiene tres años. Algunas noches, cuando el niño se acuesta temprano y Vizner no está demasiado cansado, escribe hasta la madrugada. Solo a costa de esos actos de voluntad noctámbula está logrando avanzar en la novela. Sin embargo, en lugar de recrearse hablándome de su obra, Vizner dedicó el resto de la carta a meditar sobre una anécdota: al parecer, su hermano, en un momento de sinceridad estando a solas, le confesó que está convencido de que no se repondrá y de que su muerte es inminente e irremediable; sin embargo, se consuela con la certeza de que no desaparecerá sin dejar un legado, porque perdurará en los valiosos momentos que ha compartido con el propio Vizner, con su mujer y con su hijo. Esta revelación conmovió profundamente a Vizner, que admite, por escrito y ante mí (prácticamente un desconocido), que no ha dejado de pensar en ello.

Por la tarde, me senté dispuesto a responder enseguida, como tengo por costumbre, pero no fui capaz de encontrar nada inteligente ni agradable que decir a aquello. Todas las frases que plasmé sobre el papel me parecieron odiosas y manidas, del todo antipáticas en comparación con la transparente sinceridad que había mostrado Vizner.

Mañana volveré a intentarlo, tal vez durante la noche se me ocurra algo. Aunque me parece improbable, ¿existe algo sensato y bonito que decir a quien se enfrenta a la enfermedad y la muerte?

Lunes 17

Hoy he pasado el día enfadado. Después de un fin de semana de silencio, Kahn me ha escrito. Me ha enviado una copia de su nueva novela, lo cual me ha hecho una ilusión desmedida de la que me avergüenzo un poco. El ejemplar viene firmado, aunque sin dedicar (pequeña decepción). En la carta, me facilita los datos de la presentación, que tendrá lugar el viernes de la semana que viene, en la misma librería en la que estaba prevista. Después, Kahn añade que pensándolo bien y precisamente porque le resulto simpático («o, como quizá preferirías decir tú, nos estamos haciendo amigos», apunta, creo que con un poco de retintín, pero tal vez sean cosas mías), opina que es mejor interrumpir nuestro intercambio de cartas. Me da las gracias por los textos que le envié, comenta que le gusta cómo escribo, y concluye declarando que no desearía que su amistad conmigo (!) arruinase mi carrera.

No di crédito. Furioso, aparté su carta y saqué mi pluma y papel. Me faltó poco para correr calle abajo tras el cartero y obligarlo a regresar, arrastrándolo por el brazo, para no dejarlo irse sin llevarse mi respuesta.

Escribí tan deprisa que no recuerdo exactamente qué puse, pero a grandes rasgos dejé claro que nos veríamos en la presentación y que, dado que no tengo muchos amigos, no estoy en situación de descartarlos por algo tan abstracto como la posibilidad de que tal vez, en un futuro hipotético, arruinen una carrera que aún no tengo.

Espero su respuesta con impaciencia.

Miércoles 19

Ya han pasado los dos días que tiene como costumbre Kahn tomarse para contestar a una carta. No sé qué le está llevando tanto tiempo.

Pasé la mañana en clase y la tarde en la biblioteca de casa. Por la noche volvieron tanto Therese como Johann, ninguno tuvo guardia. Para mi fastidio, pasaron la mayor parte de la cena hablando en ese idioma inventado suyo, lo cual me excluye completamente de la conversación. Están tan unidos y les resulta tan familiar recurrir a su

lengua propia que no son conscientes de la descortesía que supone: a los dos les asombró que me levantase enfadado en cuanto acabamos de comer. Therese me siguió hasta mi cuarto y de algún modo consiguió darle la vuelta a la situación y reñirme por «montar una escena». Le pedí perdón, pero me negué a bajar a disculparme también con Johann, que había ignorado mi disgusto y estaba fumando tranquilamente en el salón. Todo esto me parece ridículo. ¿Dejarán algún día de tratarme como si tuviese seis años?

Martes 25

Sin respuesta de Kahn. No creo que vaya a escribirme.

Pienso ir a la presentación el viernes, no puede impedírmelo.

Miércoles 26

Tal vez fuese más razonable abstenerme de acudir a la presentación. Si él no me quiere allí, si prefiere no tener nada que ver conmigo, será muy violento tenerme en primera fila. No me gustaría que pareciese una encerrona.

Jueves 27

Imposible prestar atención en clase. No pienso más que en la presentación. No voy a ir. No me rebajaré de esa forma. Aunque sinceramente me guste su libro y quiera oír al autor hablar sobre él, Kahn lo entenderá como que estoy mendigando que me haga caso, y eso sería una terrible humillación. No puedo consentir que su opinión sobre mí empeore aún más.

No: me quedaré en casa, terminaré de leer *Príncipe del verano* y cerraré así, para siempre, todo lo que alguna vez me unió a este señor. Nunca volveremos a vernos.

Viernes 28

Me parece a mí que no me merezco que me traten así, con esa indiferencia, no, con esa condescendencia, esa frialdad. No digo que él tenga ninguna obligación para conmigo, sé que no, pero tengo que admitir que me ha dolido su actitud. No entiendo por qué me hace esto. ¿En qué momento lo he ofendido?

Le he escrito una carta indignada que tendrá que esperar a mañana a ser enviada. Sería más elegante pasar de largo, lo sé. No soy capaz de hacerlo. No, porque él ha dicho que me tiene simpatía, no hay motivo para que me aleje de este modo. ¿Quién se cree que es para decidir qué es mejor para mí o para mi carrera?

Empezaré por el principio…

Esta tarde acudí a la presentación de *Príncipe del verano*, porque evidentemente quedarme en casa era superior a mi voluntad. En esta ocasión no me crucé con Kahn por el camino y pude llegar sin sobresaltos a mi destino. En la librería se encontraba ya un nutrido grupo de lectores, mayor que el de la vez anterior, de modo que supongo que el cambio de fecha ha acabado siendo beneficioso. El librero había colocado oportunamente varias filas de sillas, que estaban en su mayoría ocupadas. No vi a Kahn por ninguna parte, pero sí a Magdalene Ster y a Ernestine Kmunke; dos completas opuestas, la primera elegante hasta en el parpadeo nostálgico de sus ojos con largas pestañas de cervatillo; la segunda extravagante, rodeada por un aura sobrehumana de una fuerza apocalíptica. Como no estaba seguro de que se acordasen de mí, dudé en acercarme, lo cual provocó un momento muy extraño, porque ellas *sí* me habían reconocido y me preguntaron, riendo, por qué no las saludaba… Pese a mi vergüenza, fui capaz de responder y ellas se mostraron comprensivas y risueñas. Me ofrecieron un asiento libre a su lado; lo agradecí, puesto que había acudido solo.

Hasta que comenzó la presentación, estuvieron hablando de sus cosas, conmigo como convidado de piedra, puesto que poco podía añadir al tema en debate; concretamente, Kmunke le había confesado a Ster que otros colegas del oficio la criticaban a sus espaldas, a saber,

por ser «demasiado blanda» en sus escritos. Lógicamente, Ster se lo tomó mal; al parecer, ella no hace otra cosa que escribir elogios sobre los demás (esto lo puedo confirmar, porque he leído algunos de sus artículos en el *Folletín*) y recomendar a otros autores de los Dominios del Este para traducciones a otros idiomas, lo cual les abre la puerta al panorama literario internacional. De esto Ster no obtiene nada (salvo, aparentemente, críticas).

—Pero es verdad, querida, que tus escritos son bienhumorados hasta rozar la ingenuidad —señaló Kmunke—, lo cual no tiene nada de malo *per se*. Esta gente escribe para lograr un fin, pero el arte no tiene por qué tener *utilidad*…

—Yo tengo numerosas obras críticas —afirmó Ster, con tan mala fortuna que Kmunke le pidió ejemplos y ella no fue capaz de dar con ninguno. Sofocada, exclamó—: ¡Mi próxima novela no tendrá nada de «blando»!, ya lo verás y ya lo verán todos esos que hablan sin saber.

—Si eso es lo que te pide el cuerpo… —concluyó Kmunke, a quien el asunto parecía interesarle mucho menos—. Lástima que te propongas escribir novela y no relato. Me vendría bien uno tuyo para mi *Espíritu*.

Pensé que nos adentrábamos en el terreno de lo metafísico y deseé que la presentación comenzase cuanto antes, pero Kmunke se volvió hacia mí y, muy amablemente, me explicó que acaba de fundar un magazín literario llamado *Espíritu*. Los mayores retos que esto le supone, de momento, son que no tiene base de lectores ni a nadie que escriba en él.

—Bueno, al menos hace una semana no contaba con nadie, por suerte tengo mis contactos —se vanaglorió.

—Eso te iba a decir —agregó Ster con alegría—, que tú conoces a todo escritor de los Dominios del Este y a la mayoría de la Luminosa. A ti no te faltarán autores.

—De momento, Tornaforte me ha prometido un par de relatos y asegura que me puede conseguir también colaboraciones con Beaulieu y Ulman…

No pude contenerme.

—¿Conoces a Ida Tornaforte?

—¿Eres un admirador?

—Me fascina lo que escribe —confesé con fervor—. Me *fascina*.

—¿Y a quién no? ¿Has leído a Beaulieu?

—No.

—Ya estás tardando. Mira, ¿sabes qué? —Kmunke me guiñó un ojo —. Estoy pensando en que ya tengo un lector para *Espíritu*.

Me hubiera gustado que me considerase un escritor en potencia y no un lector. Por suerte, me callé; tal vez decirlo hubiese sonado arrogante.

Kmunke rebuscó en su enorme bolso y sacó un libro pequeño, *Hacio setum corecera*, de su propia autoría. Me lo entregó.

—Por si tienes curiosidad por lo que hago yo.

—¿Qué significa el título?

Ella esbozó una sonrisa enigmática.

No pudo responderme, porque en ese momento hizo su aparición Georg Kahn, demacrado y con un aire de destrucción interior que daba a entender que su mente era un castillo en ruinas. Parecía agotado, incómodo e inquieto. Aun así, fue capaz de sentarse y hablar sobre *Príncipe del verano*, sobre literatura, sobre otros libros (mencionó uno de Ster, para su satisfacción, no para criticarlo sino para alabarlo).

En un momento dado, su mirada se detuvo sobre mí. Un segundo. Nada más. Creí ver reconocimiento en su expresión, asombro, satisfacción incluso. Como si se hubiese convencido de que yo no iba a aparecer por la presentación y le agradase descubrir que se había equivocado.

—¿Acaba de sonreír Kahn? —susurró Kmunke a Ster—. No sabía que fuese capaz de hacer semejante cosa.

Fue en conjunto un encuentro muy interesante. Cuando terminó de hablar, los asistentes pudimos hacerle preguntas (yo tenía mil pero no me atreví a decir nada).

Kahn se despidió diciendo que esta sería su última presentación y que, a partir de ahora, no volvería a encontrarse con sus lectores por «razones de salud». No especificó qué le sucedía ni por qué tomaba una decisión indefinida por una situación probablemente temporal.

Tal vez el resto de asistentes lo creyese; yo no me dejé engañar. Sospecho que era una excusa y que el único mal que padece, el de la oscuridad que habita en su interior, no lo puede tratar un médico.

Kmunke y Ster, hábiles y avezadas en el mundo de las presentaciones, se pusieron deprisa en pie y se acercaron a saludarlo antes de que lo rodeasen los demás lectores. No tuve el reflejo de acompañarlas y, cuando ya estaban charlando con él, el pudor me impidió unirme. Me quedé sentado en mi silla, aguardando. Ellas se despidieron de él, se me acercaron muy amables, se despidieron de mí y se marcharon agarradas del brazo.

Esperé y esperé y esperé hasta que todos los presentes, todos ellos, hablaron con Georg durante horas, y ya me parecía que habían pasado días, meses e incluso años cuando, por fin, la librería se fue quedando vacía (¿el dueño no pensaba cerrar nunca?) y solo restaba un pequeño grupo de personas que parecían tan dispuestas como yo a permanecer hasta el final.

Eran tres. La primera, una mujer de cabello rojo y rebelde, muy rizado, con ojos pequeños y felinos de color marrón, y naricilla chata que no casaba con sus gestos rápidos y atléticos. Era claramente la líder del grupo, los demás estaban atentos a sus movimientos. Me di cuenta, cuando se giró hacia mí, con expresión de extrañeza como si no entendiese por qué no me había marchado, de que le faltaban una oreja (la izquierda) y dos dedos de una mano. No dejaba de hablar con una segunda mujer (que a primera vista la confundí con un caballero) con cabello rubio cortado de forma desigual, como si lo hubiese hecho ella misma con un cuchillo de cocina, aclarado artificialmente y recogido en una trenza, lo cual no la favorecía en absoluto, porque desvelaba la calva en un lateral de la cabeza y la horrible cicatriz que impedía el crecimiento del pelo. Una quemadura, tal vez. Otras tantas marcas le cruzaban las mejillas, la nariz, el ojo derecho, que era azul e intimidante como el río. Finalmente, el tercero era un hombre de rasgos rectos, que hubiese sido apuesto de no ser por su extrema delgadez. Parecía que se fuese a partir en dos. Tenía el cabello blanco de tan claro, demasiado largo, y los ojos rasgados, más propios de un reptil que de una persona, del mismo color.

Tres personas horribles, que daban pavor nada más mirarlas.

Kahn terminó por fin de hablar, se despidió del librero y lanzó una mirada a la habitación. Me vio y sus labios se curvaron, casi imperceptiblemente, en una sonrisa secreta.

Me puse en pie, pero él no se acercó a mí. Me hizo un pequeño gesto de saludo con la cabeza y avanzó rápidamente hacia los otros tres. La mujer rubia le dio un fugaz abrazo, la pelirroja lo atrajo hacia sí para secuestrarlo en una conversación a media voz, el otro hombre le tocó ligeramente el brazo, en un gesto de aprecio discreto, y los cuatro juntos salieron de la librería.

Los seguí. Estaba enfadado, lo admito.

—Kahn —llamé—, perdóname. ¿Me podrías dedicar el libro?

Él se volvió hacia mí con la pipa apagada en la boca. Frunció un poco el ceño, pero sus acompañantes, respetuosos, le hicieron señas para que no se preocupase por ellos.

Tomó el libro entre las manos. Destapó una pluma, que aún tenía el plumín manchado de tinta, y sin apoyarse en nada garabateó una dedicatoria en la página que ya había firmado.

—Muchas gracias por venir a la presentación —me dijo.

—Me ha gustado mucho.

Me devolvió el libro.

—Gracias. Hasta la próxima.

Después, me dio la espalda y se fue con sus tres ¿conocidos? ¿Amigos? ¿Familiares?

La sospecha me asaltó de golpe: *eran monstruos*.

Se iba con aquellos que son como él.

Se alejaba de mí porque no lo soy.

Y, sin embargo, se giró un instante, un solo instante, y miró en mi dirección antes de alejarse…

Llevo con la angustia de ese descubrimiento desde entonces. Porque yo lo vi en el callejón, vi las sombras, vi el peligro, y no lo dejé solo. No hui. Lo ayudé. Sé lo que hay, y aun así quiero ser su amigo; y su desprecio por esto me hace daño.

Aunque sí. Es su derecho. Sé bien (tengo experiencia) que no puede obligarse a la gente a trabar amistades que no le interesan.

La carta está sobre la mesa, y no sé si mañana querré enviarla.

Sábado 29

Pasé la mañana leyendo el *Hacio setum corecera* de Ernestine Kmunke. Por un lado, me parece un texto pretencioso, excesivamente alambicado, con un lenguaje muy complejo y vocabulario arcano. Además, el título no significa absolutamente nada. ¿De dónde habrá sacado esas palabras? Sospecho que puede haberlas inventado. ¡Qué personalidad!

Pese a todo esto, debo admitir que me he visto atrapado entre las páginas, sin poder soltar el libro y molesto sobremanera con cada pequeña interrupción. Es raro, pero muy bueno. Esta conclusión aviva mis ganas de publicar en *Espíritu*, porque si lo edita alguien con tanto talento, sin duda estará repleto de genios (¡solo pensar en compartir publicación con Tornaforte me marea!).

Por la tarde, tuve que acompañar a mis hermanos a hacer una gestión en la Torre de los Locos, el antiguo sanatorio para dementes que, desde hace años, es la prisión en la que la Partida de Caza encierra a los monstruos peligrosos que atrapa con vida, para que sean contenidos y estudiados. El edificio es imponente y desagradable al mismo tiempo, un torreón inmenso de ladrillo de cinco plantas, una por cada elemento básico: agua, éter, aire, fuego, tierra. Lo contemplé, alzando la vista para contar sus ventanas con barrotes de metal, mientras nos acercábamos a la entrada principal. Cuatro miembros de la Partida de Caza salieron a saludar formalmente a mis hermanos, pero nosotros no nos detuvimos. Therese indicó al cochero que rodease la torre hasta una puerta trasera, más pequeña.

—Nos queda más cerca de las escaleras —explicó mi hermana—. Hugo, ¿quieres venir o esperas aquí?

—Id vosotros.

No tenía la menor intención de meterme en aquel lugar tenebroso. Mis hermanos me aseguraron que terminarían enseguida, porque solo necesitaban hablar con una de las doctoras (me sorprendió que, pese a

su nueva función como cárcel, el antiguo sanatorio conservase a doctores entre su personal), y desaparecieron en el interior.

Bajé del coche para estirar las piernas. El vigilante de la puerta trasera, un hombre mayor, con espeso bigote canoso, salió para apoyarse en la fachada y fumar. Me acerqué a él.

—El pequeño Holbein, ¿eh? —saludó afablemente. Le sonreí—. ¿Se ha quedado fuera? No me extraña. Yo necesito salir de vez en cuando. El ruido ahí dentro es insoportable.

—¿Quién hace el ruido? ¿Los monstruos o los doctores? —pregunté.

Él se rio. Luego sacudió la cabeza, como si se sintiera culpable por divertirse a costa de una situación trágica.

—Esos pobres diablos. Serán demoníacos, pero cuando lloran parecen personas, puede creerme. —Chasqueó la lengua—. Este es un lugar desapacible, aunque necesario. Siempre ha sido así.

—¿Lleva trabajando aquí mucho tiempo?

—Mucho. Tanto que a veces pienso que también mi alma está en la luna. —Ladeé la cabeza, curioso, y él sonrió. Hay algunas personas a las que nada hace más felices que contar una historia—. Las almas de los locos se quedan atrapadas en la luna, por eso se les llama «lunáticos». Cuando se construyó este edificio como asilo, se tuvo esto en cuenta. Fíjate en las ventanas —las señaló—. Si dieras la vuelta a la torre y las contaras, verías que son veintiocho celdas por planta.

—En alusión a los meses lunares —adiviné.

—Antes las habitaban personas melancólicas, histéricas, rabiosas o alcohólicas… Ahora, viene a ser más o menos lo mismo. Hay doctores que creen que los humores del organismo tienen que ver con la condición de los monstruos, y que un exceso de alguno de ellos provoca su anormalidad. Eso explica que a veces nazcan en familias completamente comunes, porque no se trata de un rasgo exclusivamente hereditario, sino de un simple desequilibrio. Interesante, ¿no te parece?

—Sí que lo es —respondí con cordialidad.

—Hace pensar a uno en la suerte que tiene de haber nacido con todo en su justa medida… y haberlo conservado así.

Therese y Johann salieron de la torre e interrumpieron su conversación en la lengua secreta que solo entienden ellos cuando el vigilante los saludó respetuosamente. Nos despedimos de él y volvimos al coche.

Después, dimos un paseo por la avenida del Prater y fuimos a merendar a casa de unos amigos de los mellizos.

Domingo 30 (y lunes 1)

Pasé gran parte del día escribiendo y no odio la totalidad de lo que he producido, pese a que en toda la mañana no lograse elegir dos palabras que sonasen bien una detrás de la otra. Me asenté en la biblioteca, ocupando con mis papeles una buena parte de la gran mesa de madera del centro de la habitación. Es una pieza impresionante, hecha a partir de un árbol que mi padre cortó él mismo en los Bosques Blancos, cerca de Holbeinsberg. Sobre ella, amparado por las estanterías de suelo a techo, bajo la luz que entraba por los grandes ventanales, escribí versos, líneas sueltas e inicios que no llegaban a ninguna parte.

Mis temas: el aislamiento del alma, la soledad del individuo distinto a los demás, la incomprensión. Nada me convencía. Por fin, dediqué más de una hora a una larga historia de amor en prosa rimada, en la que un joven raro y solitario, de extraordinaria sensibilidad pero abandonado por sus semejantes, queda prendado de un dios del río. Durante una tormentosa noche de invierno, este desborda y el dios, descontrolado, ahoga al infortunado joven. El dios llora desconsolado: el muchacho había logrado conquistar su corazón. Lo que no sabe es que su amado aún está vivo, y despierta, muy débil, entre sus brazos. Las lágrimas se tornan de alegría. «Nunca podremos estar juntos», dice el dios, «porque siempre supondré un peligro y tú, mortal, jamás podrás entender el poder que para nuestra suerte o nuestra desgracia portamos las deidades». Entonces se aleja de él, con la esperanza de que lo olvide para siempre. El joven no lo hace, y envejece lentamente junto al río, sin dejar de visitarlo un solo día

durante el resto de su vida. Cuando tras muchos años perece en la orilla, al exhalar su último aliento cree ver la figura del dios. «Te he estado esperando», dice este. «Y yo a ti», responde el anciano, «toda mi vida». Entonces sus labios se funden en un beso eterno.

Lo he titulado *Algún día dentro de una vida entera.* Es provisional.

Releyéndolo a la noche, tengo que admitir que, aunque tiene una musicalidad y una textura que me agradan, creo que dista mucho de ser un texto del que me sienta orgulloso. Mis escritos adolecen de ser demasiado estéticos de una forma convencional; carecen de la originalidad que encuentro en el *Hacio setum corecera* de Kmunke, del contraste entre lo refinado y lo vulgar de Tornaforte (me pregunto si con mi *Diálogo en la cocina,* el relato sobre las criadas, no estaba yo intentando imitarla a ella y fracasando estrepitosamente), de la sencillez de Licht, de la profundidad certera de Kahn.

Aunque el peor momento para juzgar lo escrito es inmediatamente después de acabarlo, ya en la biblioteca esta mañana era consciente de que no había creado una maravilla, y por eso estuve de mal humor durante la comida y tuve que tumbarme a descansar después.

Me despertó Johann con brusquedad. Me levanté agitado.

—Tienes que empezar a prepararte ya.

—¿Para qué?

Su bufido indignado casi me lanzó escaleras abajo. Al parecer, hoy era El Evento del Año, aquel del que mis hermanos no habían dejado de hablar en todo el mes y del que yo, abstraído como estaba, no me había enterado. Convocada por la voz airada de Johann, Therese apareció en el quicio de la puerta de su dormitorio.

—¿Qué pasa?

—Tu hermano no contaba con acompañarnos hoy al Nuevo Ayuntamiento. —Y procedió a recordarme, en tono de reproche, lo muy importante que era el reconocimiento que implicaba la invitación, que se trataba de un hito en su carrera y en la de Therese, que jamás había estado tan orgulloso de nuestra familia y que era una vergüenza que yo no le diese el calor que aquello merecía.

—¿Cómo voy a hacerlo? —gruñí—. Si no me habíais dicho nada.

—Tu egocentrismo es *asombroso*…

—A mí nunca se me avisa de las cosas…

Therese nos interrumpió a ambos.

—Dicen que estarán el emperador y su hija. —Tenía los ojos brillantes ante la posibilidad de encontrarse en la misma habitación que su adorada princesa.

Me empecé a vestir.

Era la primera vez que me invitaban a una fiesta oficial, pero tengo que admitir que, en el estado de ánimo en el que me encontraba, distaba mucho de dar saltos de alegría. Por un lado, me sentía poco menos que un fracaso como escritor; por otro, habría querido quedarme encerrado en la biblioteca, hundido en la desesperación a la par que incapaz de soltar la pluma que se me clavaba en el alma. Por otro, era muy consciente de que los invitados eran los capitanes de la Partida de Caza y que a mí solo se me había incluido como extensión de ellos, por lo que difícilmente podía sentirme muy apreciado a nivel personal.

Me puse mis mejores galas (apreciado o no, no iba a presentarme en el Nuevo Ayuntamiento hecho un adefesio), di instrucciones a Annika de no recoger la biblioteca, puesto que tenía intención de seguir trabajando a la vuelta, y monté en el coche con los mellizos. Ellos estaban resplandecientes.

Recorrer el Anillo al caer la tarde, precedidos por el golpeteo de los cascos de los caballos, fue un placer. Gran parte de mi hosquedad quedó atrás, prendida en las copas de las arcacias.

El edificio del Nuevo Ayuntamiento, con su fachada estilo neogótico, sus arcos, sus torres y su reloj, hubiese quitado el aliento a cualquiera aquella plácida tarde. Lo confieso: me emocionaron la luz que escapaba por las ventanas, la música que se intuía al otro lado de sus paredes de ladrillo y piedra, la promesa de la fiesta.

Una dama de mediana edad, elegantemente vestida, nos dio la bienvenida y nos hizo pasar por la puerta principal. Nuestros pasos eran silenciosos sobre las alfombras mullidas; me dejé llevar durante unos segundos por una aduladora fantasía en la que yo era un artista reconocido y aquella fiesta se daba en mi honor. La sola idea me mareó.

Subimos al primer piso para llegar al bellísimo salón de baile, en el que nunca había estado; un lugar lleno de esplendor que el arquitecto Schmidt, encargado del proyecto del Nuevo Ayuntamiento, diseñó con especial mimo. El techo es tan alto que da vértigo; es una bóveda veteada por arcos geométricos de oro, a los que realza la pintura blanca y azul oscuro. La estancia tiene dos nichos de orquesta al principio y al final, por lo que nada más entrar nos envolvió la música, como en un sueño. Una galería de columnas y estatuas rodea la sala por tres bandas, y la cuarta se abre a una logia que da a la plaza, con espectaculares vistas al Anillo, al Teatro Imperial y al centro de la ciudad, a través del cristal de colores de las ventanas. El salón vibraba bajo la luz cálida de magníficos candelabros y lámparas de pie junto a las figuras de piedra.

Se me escapó un suspiro de admiración. Creí atisbar una sonrisa de Therese antes de que ella volviese la mirada hacia el salón, pasándola con cuidado por todos los presentes. Johann me apoyó la mano en el hombro durante un instante.

—Esta es una gran oportunidad, Hugo —susurró—. Debes causar una buena impresión. En la cena recuerda ser discreto y reservado, deja que hablen los demás y bajo ningún concepto compartas una opinión personal. Hay gente muy importante presente.

Lógicamente, imaginé que mi hermano se refería a la señora Wittman, la directora del Teatro Imperial, que dominaba la sala con un gran vestido color esmeralda. Pasé los primeros minutos buscando una excusa para acercarme a ella (¿y tal vez contarle que conozco a Klara, la amiga de los mellizos, que supuestamente es una buena conocida suya?), aunque lo que me faltaba era valor.

—Su Alteza Imperial —anunció uno de los miembros del servicio, estirado y pulcro junto a la puerta—, archiduquesa de los Dominios del Este y princesa de On-Ogur y Bohemia.

Todos los presentes se volvieron hacia la entrada para inclinarse ante la princesa Néné y su séquito. El emperador no había acudido, para sorpresa de nadie, porque es un hombre mayor que pocas veces hace acto de presencia en eventos en los que no es imprescindible.

Su hija, en cambio, se convirtió en el centro de la velada. Es toda

sonrisas y gracia, ¿cómo no quererla? Tiene labios perfectos y largas pestañas, risa fácil a punto de despertar en los labios y ojos vivaces e inteligentes. El mundo entero cae rendido a sus pies porque es hermosa, pero los Dominios del Este la aman porque es una digna sucesora de su padre, tanto en talante como en autoridad.

Tras la llegada de la princesa, fuimos conducidos al comedor anexo. No tuve la suerte de que me sentasen junto a la directora del teatro y no albergaba demasiadas esperanzas respecto al resto de los invitados (miembros de otras familias nobles, militares y personalidades del mundo financiero). Siguiendo el protocolo, solo conversé con las dos damas que estaban sentadas a mi izquierda y a mi derecha, respectivamente. Las conozco desde que nací; señoras que me recuerdan de bebé y que jamás me terminarán de tomar en serio como adulto. En cuanto pudieron, me ignoraron y se enfrascaron en charlas con sus otros vecinos de mesa.

Desde donde me encontraba ni siquiera podía ver a la señora Wittman, me lo impedían las decoraciones florales dispuestas sobre el mantel. La única cara conocida a la vista era la de la princesa Néné, que estaba en el centro de la mesa, en el lado contrario al mío, con el ministro Wolff (el invitado de mayor rango) sentado enfrente.

Los camareros, presurosos, nos sirvieron la comida a todos a la vez. El banquete, aunque delicioso, se me hizo muy largo. La sucesión de platos no acababa jamás; caldo, ostras, ensalada, pescado, carne, todo regado con vino y agua y más vino. De la pequeña garrafa que había junto a mi plato no llegué a beber ni la mitad. Por fin, la princesa terminó de comer, y cuando ella soltó el cubierto se retiraron los platos de todos los comensales. Tomamos el postre y algo de queso; después, se ofrecieron café y licores en otra sala, y quienes así lo desearon pudieron fumar. El resto regresamos al salón, en el que las dos orquestas, sincronizadas, tocaban de nuevo, y pronto algunas parejas empezaron a bailar.

Me deslicé a un lado, escondiéndome entre las columnas, para que nadie me ofreciera salir a mí. Vi a mi hermana bailando con un caballero, con otro, con una dama, con otra. Mi hermano, en cambio, había desaparecido; seguramente estaría conversando en una

habitación llena de humo.

La princesa entró en el salón, llamando de nuevo la atención de todo el mundo. Habló con unos, con otros, intercambió cortesías, incluso bailó una o dos piezas. Therese logró llegar hasta ella y la saludó. Tan segura ella, tan recta, y tuve que sonreír al verla como un flan al dirigirle la palabra a la princesa.

—Usted es capitana de la Partida de Caza, ¿verdad, señora Holbein? —preguntó Néné, con una sonrisa.

Therese tragó saliva. Sabía, como yo, como cualquiera, lo que se escondía tras esa máscara: es bien conocido que la princesa simpatiza con ideas liberales y se interesa por todo tipo de opresiones, desde las que sufren las distintas nacionalidades dentro del Imperio hasta por los monstruos que mantiene a raya la Partida de Caza. En esto difieren sus opiniones de las del emperador, así como de las de mi hermana.

En todo lo demás, Therese apoya fervientemente la visión política de la princesa.

—Sí, Alteza —admitió con modestia—, así es. Sería para mí un honor poder, en otra ocasión tal vez, hablar con usted sobre la labor que desarrollamos.

—Muchas gracias —aceptó ella—; le complacerá saber que estoy muy al tanto de ello, sigo su trabajo con interés.

Therese hizo una profunda inclinación. Fue entonces cuando se percató de mi presencia.

—Permítame que le presente a mi hermano pequeño, Hugo.

Me incliné.

—Su Alteza Imperial.

—Un placer, señor Holbein. ¿Usted también trabaja para mi padre?

—No, Alteza. —Mi hermana me pellizcó el brazo, por lo que me corregí—: *Todavía* no, aunque nada me complacería más que hacerlo en un futuro. Cuando deje de ser estudiante, sería un sueño hecho realidad escribir para el Teatro Imperial.

Otra sonrisa, más luminosa, encendió el rostro de la princesa.

—¿Eres artista? ¡Qué interesante!

Para desconsuelo de Therese, la princesa me arrastró hacia uno de los laterales del salón, alejándome del corrillo que se había formado a

su alrededor. Su séquito de primas y damas de compañía alzó rápidamente una barrera entre nosotros y el resto de los invitados. La princesa deseaba algo de espacio, tal vez para descansar de los demás.

Tengo que admitir que, durante el rato que ella conversó conmigo, apenas fui capaz de hablar. Nunca he sentido mis pasos tan torpes y, absurdamente, tenía ganas de llorar de pura turbación. Ella, en cambio, se dirigió con naturalidad a mí y a sus damas, y habló sobre el arte, la diversidad de perspectivas que aporta a la ciudad, a los Dominios del Este y al Imperio. No tardaron mucho en unirse otros invitados a la conversación, la mayor parte de ellos, lógicamente, cortesanos (y tuvieron la delicadeza de no expulsarme del grupo, aunque mi presencia estuviese, al menos desde mi perspectiva, fuera de lugar).

La princesa habló sobre un cargo que había propuesto ella misma: un asesor cultural para una colección de libros financiados por el propio emperador: la Biblioteca Imperial. El asesor actuará como cazatalentos, buscando manuscritos tanto de las tierras del Imperio como traducciones de obras extranjeras para alimentar esta colección. Se diferenciaría de los catálogos editoriales en que, al estar financiada, no tendría ambición comercial y podría permitirse publicar temerariamente todo lo que pueda ser enriquecedor, dando igual que venda bien o mal. La princesa, que parecía muy orgullosa de esta idea, insistió en la importancia de las historias, que son capaces de cambiar nuestra visión de la realidad.

—Mi padre es respetado y querido —declaró Néné. Todos asentimos, y no solo por cortesía. Era la verdad—. Tengo que convertirme en la protectora de todo lo que él ha construido; incluso aunque eso signifique, en algunos aspectos, llevarle la contraria. —Su sonrisa se volvió un poco pícara. Me agradó—. ¡No diré que es fácil! Necesito saber cómo son *todos* los ciudadanos del Imperio —argumentaba Néné—. Se me ocurren dos formas: o me paso la vida en los caminos, como mi madre… —Hace años que la emperatriz no pisa Ciudad Blanca entre viaje y viaje, siempre en busca de la salud que le arrebató el peso de la corona—, o aprendo a través de libros que muestren la verdad, que den voz a las distintas gentes que dependen

de mí. Esta segunda opción se me antoja más práctica…

Empecé a entender la fascinación que mi hermana sentía por la princesa; cuanto más la oía hablar, más cautivadora me parecía. La escuché conversar con duques, condesas, hijos de tal, hijas de cual, oficiales y una lista interminable de personas. Con algunas mantenía conversaciones más cordiales; con otras, más sentidas. Le apasionaba discutir, aunque fuese de forma superficial sobre las melodías de la orquesta, cómo apoyar esta o aquella iniciativa en ayuda de los onoguros, de los bohemios o, incluso, de los monstruos. Me gustaría poder transcribir sus palabras exactas, pero esas conversaciones cruzadas entre tantas personas se mezclan en mi memoria. Y solo saco en claro, más que lo que ella dijese, lo que me inspiraba.

Y es que en algún momento de la noche, un pensamiento me alcanzó como un rayo a un árbol: yo conocía la realidad de algunos ciudadanos del Imperio que tal vez necesitasen apoyo. Entendí de pronto la distancia de Kahn, el recelo. Me había quedado a su lado mientras las sombras lo desbordaban, pero sin entender la situación, sin hacer preguntas, sin intentar ayudar realmente. Había reescrito mi poema *El monstruo* porque me colocaba en una cómoda postura de defensor sin obligarme a hacer nada realmente; ni siquiera sirvió para hacer pública mi posición porque no lo había expuesto (en mi defensa, tampoco había tenido ocasión). Lo había escrito para Kahn y solo para él, para complacerlo y quedar bien a sus ojos.

Eso no era ayuda. No era apoyo. No era nada.

Sentí que se prendía una llama en mi pecho, y se mantuvo encendida hasta mucho después de que la princesa se despidiera de todos y la fiesta acabase, durante el trayecto de vuelta a casa en coche de caballos, con el interrogatorio de Therese, que exigía saber qué era lo que me había dicho Néné. («Ha mencionado los deberes que tiene para con el Imperio», le dije, con demasiada vaguedad para lo que ella quería, «y no me lo ha dicho a mí, ha estado todo el tiempo hablando en general»).

La llama aún ardía cuando llegamos a casa. Me senté en la biblioteca. Todo el mundo dormía ya. Los mellizos se retiraron también.

Yo no podía escribir ni dormir.

Pensaba en la princesa, a la que mi hermana siempre había admirado y que yo había comenzado a apreciar esa noche.

Pensaba en esa llama en mi pecho y en un error.

Porque sí, yo quería ayudar a Kahn para ganarme su aprecio; pero no era él a quien estaba en mi mano socorrer. Él tenía otros aliados, seguramente más capaces y más poderosos que yo, estaba (por lo que parecía) rodeado de amigos.

Me puse en pie, tomé mi abrigo y salí de casa sin despertar a nadie más que a Konrad, el mozo, para que fuese a buscarme un caballo a las cuadras. Llegó bostezando, con los ojos entornados. En la oscuridad, sus inquietantes iris color cobrizo, casi rojo, parecían llamear al reflejar las luces de las ventanas.

—¿Necesita el señor un coche?

—No. Un caballo ensillado bastará, por favor.

Para mi frustración, me trajo al viejo Merlin, mi primer caballo; un alazán con una larga crin dorada. Avanzaba con paso elegante y firme, como siempre ha hecho, en honor a sus padres, que fueron animales de carga en una de las granjas de Holbeinsberg. Entendámonos: Merlin es apacible y dulce, pero en aquel momento, un caballito tirolés de menos de metro y medio de altura, en definitiva, una montura apropiada para un niño, *no* era lo que yo necesitaba.

Vi el sueño en los ojos en llamas del mozo y no tuve corazón para mandarlo a por otro caballo. Además, Merlin levantó las orejas hacia mí, resopló complacido y me apoyó el morro suave y cálido en el hombro.

Rechacé con quizás excesiva brusquedad el brazo de Konrad, agarré la silla y me aupé a ella sin ayuda. Él, inquieto, me preguntó a dónde iba, pero yo había chasqueado la lengua y rozado los costados del caballo con los talones. Los cascos, repiqueteando calle abajo, ahogaron sus protestas.

Cabalgué por las calles mejor iluminadas de Ciudad Blanca, con nubes de vaho blanquecino junto a mi boca y a la de Merlin. Surcamos el frío y la noche y, por unos minutos, me sentí intrépido. Entonces llegó la larga oscuridad del afluente del Río Negro, y al fondo, a lo

lejos, el resplandor irreal de las atracciones del Prater, y la música circense y las voces, y la silueta de la noria sobre las copas de los árboles.

La feria nunca duerme.

Esta vez no compré golosinas. Descabalgué cerca de la Menagerie, aunque no demasiado por miedo a que las grotescas criaturas que la poblaban pudieran asustar al caballo, y dejé a Merlin amarrado a una de las vallas de madera.

Al comprar la entrada, me pareció que la taquillera (a la que yo no podía contemplar sin espanto porque sabía que era capaz de girar la cabeza completamente, como si su espalda fuese su pecho) me miraba con desconfianza. Me hizo pensar en aquel momento en el que yo, en mis pensamientos, había animado a la niña que era mil ratas negras a escapar. Aunque no es posible que ella lo supiera.

En la carpa había más público que el mes pasado: al menos cuarenta personas. Me senté en las gradas, esta vez en la última fila, y contemplé el espectáculo. El anciano bicentenario, la taquillera, el hombre perro, la mujer albina, las bestias. Cuando terminó, esperé hasta que el resto de los espectadores abandonó la carpa, sin levantarme. Se acercó la taquillera.

—Hemos terminado, señor.

—¿Hoy no sale la niña que es mil ratas negras?

—No, hoy no.

—¿Por qué no?

—Si desea quedarse a otro pase, tendrá que pagar la entrada otra vez.

Pagué y me dejó en paz. Fue a la puerta, hizo entrar a nuevas personas. Miré la pista vacía entre tanto, sumido en mis pensamientos. Entonces regresó a la vida la Melangerie, se apagaron las luces, se volvieron a encender, apareció el director atrayendo la atención de todos los presentes. Y otra vez la consecución de seres extraños, deformes o atípicos, hasta que salió nuevamente la taquillera para mostrarnos cómo volvía la cabeza del revés, despacio, siempre unos centímetros más para un lado o para el otro, para el horror del público; y el director hacía aspavientos…

Me puse en pie discretamente, subí el único escalón que me separaba de la salida y la atravesé sin apenas mover la cortina.

En el exterior, mi corazón ahogaba la música del Prater y yo era ciego a las luces de colores.

Bordeé la carpa. Vi a Merlin a lo lejos, bajo el cobijo de los árboles. Me pareció que miraba en mi dirección, lo oí resoplar y dar golpes en el suelo; por un instante, creí leer en aquello una advertencia y un escalofrío me recorrió la espalda. La ignoré.

Me agaché para levantar la valla de reja que rodea el campamento de la Menagerie, la sección entre bambalinas, oculta a los ojos de los espectadores por la propia carpa y los árboles del parque. Me costó alzarla lo suficiente como para pasar, y el metal me arañó en venganza el rostro y las manos, gotas de sangre brillantes me rodaron por la piel. Sentí una convulsión en el campamento; una fiera o más habían olido mi presencia.

A un lado, dos cabañas de madera. Al otro, postes en los que había enganchados caballos y ponis, y grandes estructuras cuadradas cubiertas de lona. Caminé entre ellas, asustado. Oí el ladrido de algunos perros, ahogado por la música. Con suerte, nadie les prestaría atención.

A lo lejos el director gritaba con entusiasmo en el interior de la carpa.

Mis pasos eran lentos. Debía obligar a mis músculos a moverse, luchar contra el terror frío que los paralizaba. Me acerqué a la primera de las jaulas. Alargué la mano hacia la lona, para apartarla, pero antes de que mis temblorosos dedos la rozasen, un gruñido sordo proveniente del interior me hizo cambiar de idea. Aquel era el encierro de un animal grande, un felino, un tigre o un león, tal vez.

No era lo que yo había ido a buscar.

Una voz airada me sobresaltó: «Se pensará que va a hacer una obra de caridad… Si la gente no sabe tratar con monstruos, debería quedarse en su casa. *Rata* manipuladora…».

La taquillera había salido de la carpa e iluminaba con un farol el camino entre las jaulas. Me escondí rápidamente tras la lona, rogando en silencio por que el gran felino que se escondía tras ella no me

delatase. La muchacha, aunque iba mirando a un lado y a otro, no pudo distinguirme en la penumbra. Me mantuve inmóvil hasta que pasó de largo. Solo entonces, la seguí, parapetándome detrás de las jaulas.

Sin saberlo, me condujo a la que mantenía presa a la niña. Tenía los barrotes rodeados por una malla fina de metal para contener también a las ratas. La pequeña estaba en el suelo, flaca como un esqueleto, sucia, llorosa. Apretó los largos dedos repulsivos.

«Bien», dijo la taquillera, más tranquila. «Aquí sigues y aquí seguirás», añadió, insensible a la crueldad de sus palabras. «A los botarates que vienen a vernos podrás parecerles una pobre niña, pero *yo* sé lo que eres en realidad, sé lo que eran tus padres. Lo miraste a los ojos y lo engañaste para que te quisiera ayudar, ya lo sé. Conmigo puedes ahorrártelo. La miradita de cordero degollado solo sirve para cabrearme más, rata asquerosa».

Alargó la mano para agarrar un palo grueso y chamuscado. Prendió fuego a la punta y golpeó con fuerza la jaula. Una lluvia de chispas cayó sobre la niña, que chilló. Su voz se mezcló con el quejido angustiado de las mil ratas negras que, como una promesa de muerte, se abalanzaron contra la malla de metal.

Me encogí. *Un ataque*, pensé primero. Y enseguida me corregí: *Solo está intentando huir*.

Un nuevo vistazo me permitió fijarme en las calvas en el pelo de las ratas, las cicatrices de quemadura, las colas rotas, las orejas ausentes. ¿Cuántas palizas le habrían dado? ¿Cuántos golpes con la antorcha ardiendo?

Decidí, sin pensarlo demasiado, que me quedaría quieto hasta que la odiosa taquillera se marchase, que saldría de mi escondite, que hablaría con las mil ratas para tranquilizarlas, aunque aún no sabría qué palabras mágicas conseguirían ese propósito, y que me llevaría a la niña a lomos de mi caballo hasta mi casa. Allí tendría todo lo necesario: comida, un baño, ropa (aunque la mía le quedaría grande) y, lo más importante, la certeza de que nadie volvería a tratarla así, porque mis hermanos lo entenderían; mis hermanos detestaban a los monstruos *malos*, pero no tenían nada contra los *buenos*, y aquella niña

era claramente una víctima y no una amenaza…

Atrapado por aquella fantasía, cambié de peso de un pie a otro, sin darme cuenta; un movimiento imperceptible que provocó el chasquido de una ramita bajo mis botas. Y la taquillera me oyó, pese a los chillidos de las ratas, y alzó la antorcha hacia donde estaba.

Exclamó un insulto. Varios. Gritó en mi dirección. No sabría reproducir lo que dijo exactamente, porque también me lanzó la antorcha encendida, con tan mala fortuna (para ella, no para mí), que yo ya me había girado para salir corriendo, y la llama chocó contra mi hombro y no contra mi rostro ni mi cabello. Mi abrigo, frío y un poco húmedo en el exterior, no prendió.

Corrí todo lo deprisa que pude. Ella era más rápida y yo iba a oscuras, pero al menos no cargaba con un farol que entorpeciese mis movimientos. El miedo me impulsó hacia delante, me ayudó a levantar la valla y a colarme por debajo. Ella me alcanzó entonces. Dejó el farol en el suelo, agarró el metal con ambas manos y jaló hacia abajo con saña. Me atrapó la pierna. Tiré por acto reflejo: la valla clavada en mi piel me rasgó la carne y me hizo sangrar.

Lancé una patada con la otra pierna, a ciegas. El destino quiso que la punta de la bota golpease hueso y la taquillera lanzase un grito de dolor y soltase la valla. Así que pude levantarla de nuevo, arrancándomela de la pierna, y escabullirme hacia fuera.

Ella, en el suelo. Yo también. Los dos heridos.

Se puso en pie apoyada en la valla.

Yo gateé, me obligué a soportar el dolor y a levantarme.

Intentó pasar bajo la valla, con los dientes apretados.

Yo llegué hasta Merlin, que resollaba asustado.

Solté su atadura. Me alcé. Monté. Con solo un pie en el estribo y el otro, el de la pierna sangrante, colgando torpemente a un lado, pude guiar al animal para alejarme de la taquillera que se acercaba. Bendito sea el buen carácter de los caballitos tiroleses; se mantuvo sereno pese a todo y no se encabritó.

Me sacó de allí sin tirarme pese al precario equilibrio en el que me encontraba, y nos alejamos al trote de la Menagerie y de la feria. La taquillera quedó atrás. Por si acaso había ido a buscar su propia

montura, en cuanto pude me senté bien e, ignorando la sangre, la herida y el dolor, puse el caballo al galope.

Recorrí en un suspiro la avenida del Prater; en otro, la ribera del afluente del Río Negro; en otro, las calles de la ciudad con sus farolas de gas.

Lloré de camino sin darme cuenta. Solo lo sé porque, después de llegar a casa y darle las riendas de Merlin al mozo, a quien había despertado dos veces en una sola noche, me di cuenta de que tenía el rostro húmedo y los ojos hinchados.

Annika apareció con el delantal sobre el camisón, puesto apresuradamente, mientras yo subía despacio las escaleras. Me ayudó sin preguntar nada, me preparó un baño, me limpió y vendó las heridas. Debían de ser las cuatro de la madrugada.

«No se preocupe», me dijo. «Si en menos de una hora iba a estar en pie de todas formas». Y también me preguntó: «¿Y usted cómo se ha hecho esto, niño?».

No respondí, pero pensé en la cantidad de años que hace que nos conocemos y que, siendo así, le habrá sorprendido mucho verme llegar en este estado en mitad de la noche.

—No le vayas a decir nada a mis hermanos —pedí.

—Usted ya es mayor como para saber lo que hace —respondió ella.

No esperaba esa actitud. Me agradó.

Me metí en la cama, convencido de que sería incapaz de conciliar el sueño. Me equivoqué. Dormí hasta bien pasado el mediodía. Entonces me levanté, pedí que me sirviesen algo en mi dormitorio y pensé.

Porque hacía unas horas había demostrado que, por buenas intenciones que tuviese, por mucho que la llama que la princesa había encendido ardiese en mi interior, no era capaz de ayudar a la niña que es mil ratas. Frente a la taquillera me había visto débil, sin poder alguno.

Y eso era un error.

Porque yo sí tengo un poder. Tengo un poder que aún estoy aprendiendo a utilizar.

Así que escribí sobre ello. Toda la tarde. Por un lado, ficción (es lo mío). Por otro, una carta a la princesa.

Bruhamond

(mes de la nieve)

Miércoles 2

Me molesta haber estropeado este cuaderno escribiendo dos días seguidos y mezclados en la misma fecha, porque ya no se sabe bien qué escribí cuándo. He pensado en arrancar las páginas y pasarlo todo a limpio, separando el día 30 de sedaramond del 1 de bruhamond. También he desistido antes de empezar, no tengo tanta paciencia.

Mis heridas se curan con apreciable velocidad y, aunque aún duelen al tocarlas, no me impiden andar (ni siquiera han necesitado sutura). Mis hermanos no saben que las tengo. Annika dice que no debo preocuparme, siempre y cuando las mantenga limpias y no se infecten.

No he recibido respuesta de la princesa, pero no me extraña; sería pretencioso por mi parte pensar que va a dar prioridad a la correspondencia conmigo.

En cualquier caso, quien sí me ha escrito es Ernestine Kmunke. Al parecer, conoce a media Ciudad Blanca y ha podido tirar de contactos para que se conviertan en mecenas del magazín; gente muy amable y dócil a quien no le importa pagar y que, sin embargo, ella conserve todo el control sobre lo que se publique en *Espíritu*. Tengo la intuición de que todos estos generosos entusiastas de la literatura no son más que personas a las que Kmunke se ha ganado con su encanto personal y que le ofrecerían cualquier cosa que pidiera, dándoles igual si quiere montar un magazín o un submarino. Da lo mismo, por supuesto; lo importante es que *Espíritu* va tomando forma. ¡Bien por Kmunke!

Jueves 3

Pienso en mi fulgurante carrera literaria, para la cual Kahn de ningún modo querría ser un obstáculo, y tengo que admitir que es un tanto decepcionante. He pasado toda la semana intentando escribir algo bueno para pasarle a Horvath, porque el sábado cinco, en que tendrá lugar el recital, es pasado mañana y de momento lo mejor que tengo es el poema inspirado en la niña que es mil ratas. Esta misma mañana se lo envié por correo a Horvath y a primera hora de la tarde llegó una sobria nota suya en la que me informaba de que de ninguna forma me permitiría leer algo semejante; al parecer, mi escrito era «demasiado radical» y ella me sugería «buscar temas que puedan ser de interés del público».

Eso último me consoló. Empezaba a creer en mi incapacidad de producir algo bueno: todos los amigos de mis hermanos, entre los que se encuentran algunas importantes personalidades artísticas de la ciudad, me tratan con mucha amabilidad y me invitan a este o aquel evento, presentándome como «poeta en ciernes» y otros títulos por el estilo, pero ninguno de ellos ha leído nada mío… y la única que sí lo ha hecho, Horvath, lo ha rechazado.

Sin embargo, en su nota me daba a entender que no lo hacía por la (ausencia de) calidad literaria, sino por el tema. Me resulta frustrante que implique que los monstruos (y la compasión por ellos) no sean de interés, pero seré sincero: me dolería más que me dijese que mi estilo no es lo bastante bueno. Puedo cambiar de tema si es necesario, supongo.

Para mi fastidio, no logré dedicar la tarde a escribir algo que pueda complacer a Horvath porque los mellizos tenían visitas; no amigos, sino algunas personas importantes relacionadas con la Partida de Caza, por lo que la ocasión era relativamente formal y exigía mi presencia. En el salón, con la chimenea bien encendida caldeando la estancia, bebieron y conversaron mientras yo bebía, callaba, sonreía y escuchaba.

Lo malo fue que no veía el momento de que se marchasen todos. Lo bueno, que pude comprobar de primera mano que mi poema sobre

la niña que es mil ratas no iba a ser bien recibido por el público general. Escuché a mi hermano, a su gente y a un buen puñado de políticos y nobles hablando largo rato sobre cómo los monstruos eran la verdadera amenaza para la paz y la seguridad del Imperio. No entraron en detalles de exactamente cómo iban a hacerlo, pero estaban convencidos de que los monstruos (por algún motivo) van a acabar con el trabajo, la familia, los niños, los ancianos, los matrimonios, la fortuna y el futuro.

Me contuve para no hacer preguntas incómodas.

Por suerte, al cabo de un rato cambiaron de tema. El nuevo les duró el resto de la velada: la princesa Néné había tenido un encontronazo en público con su prima Constanze de Suabia, hija de Carolina, la hermana del emperador y de Waldemar de Prusia; es la mujer que ocupa actualmente el puesto de inspectora general de todas las fuerzas armadas de los Dominios del Este y On-Ogur, aunque poca gente la conoce en persona:

—Su pasión por la carrera militar es avivada por su aversión a la vida en la corte, o eso dicen —comentaba una dama alta y de largas pestañas—. Es sobrina de reyes y emperadores, pero detesta comparecer en recepciones públicas… ni siquiera va a cenas o al teatro si lo puede evitar.

—Da lo mismo —respondió otro invitado, nervioso bajo su frondoso bigote—, porque es excepcional en lo que hace.

—Hasta que la princesa tenga hijos, Constanze es la siguiente en la línea de sucesión —señaló indiscretamente la dama—; con ese carácter tendría un problema si llegase el caso.

—No llegará. —El que había intervenido, para asombro de los dos jóvenes, era el ministro Heinrich Alois Wolff. Su compostura inalterable provoca sobresalto cuando habla con firmeza. Es un hombre sereno, con aire de superioridad, un tanto rígido; lleva el bastón colgado del brazo y tiene el derecho libre para sacudir con presteza cualquier mota de polvo que se pose en sus pantalones o en la manga de su chaqueta—. Al menos, la princesa está muy segura de ello.

Su tono solo podría haber sido admisible si se hubiese tratado de

una broma, pero él no sonreía. Todos nos sentimos un poco incómodos.

—¿Por qué lo dice, señor Wolff?

—Tuve una reunión con ella esta semana. —Hizo una pausa, se tomó su tiempo para encontrar las palabras. No tenía prisa. Es de esas personas a las que nadie va a interrumpir y lo saben—. Su Alteza Imperial y yo tenemos diferentes opiniones respecto a varios asuntos, y ella no ha dudado en recordarme que, pese a ello, será mi soberana en un futuro y yo un mero consejero. —Sus labios se tensaron hasta transformarse en una fina línea.

Estaba diciendo que la princesa iba a ser emperatriz; y sin embargo, lo que entendí yo y estoy seguro de que muchos otros también, era que si continuaba con esa actitud e intentaba pasar por encima de otros hombres poderosos, no duraría mucho en el puesto.

Claro que sería una *tontería* decir eso en público. Salvo que estuviese muy seguro de que todos los presentes apoyarían sus opiniones antes que las de ella. Tuve el presentimiento de que, una vez más, estaban hablando de los monstruos.

El descubrimiento me hizo sentir alivio. Si en esta misma semana la princesa ha tenido un enfrentamiento con Constanze de Suabia y otro con el ministro Wolff, es normal que no haya encontrado tiempo para responder a mi carta. Por otro lado, esto me confirmó que Néné (al contrario que Wolff y que los demás simpatizantes de la Partida de Caza) de verdad se preocupa por los monstruos. Me pregunté si este apoyo por parte de la princesa podría ser una baza para que Horvath aceptase mi poema de la niña que es mil ratas. ¿Debería pedirle que reconsiderase su respuesta?

Después de cenar, cuando los invitados se marcharon, lo medité largamente y decidí que no merecía la pena. Me quedé despierto hasta tarde, redactando varios poemas más convencionales, sobre los bosques de Holbeinsberg y los dulces ojos de una amada imaginaria; los metí en un sobre y los dejé en la mesita de la entrada para que fuesen entregados al cartero a primera hora de la mañana.

Viernes 4

Recibí dos cartas por la tarde. Una era de Horvath, que aprueba (¡qué maravilla!) los poemas que le envié. La otra, de la princesa Néné (¡con el sello de la familia imperial! Me pregunto si la habrá escrito realmente ella, de su puño y letra, o alguna de sus damas), que me asegura que indagará sobre el trato que se les da a los monstruos en el Prater. Me pide, también, que le recomiende algunos autores contemporáneos, de modo que he hecho una lista: Olga Ullmann y Bernhardine Beaulieu (a quienes descubrí gracias al magazín *Espíritu*), la propia Ernestine Kmunke, Felix Vizner, mis adorados Alois Licht e Ida Tornaforte, Magdalene Ster y, pese a todo, Georg Kahn.

Sábado 5

Llegué a la Ópera de la Corte con varias horas de antelación. El edificio, imponente, está marcado por la terrible muerte de sus arquitectos, cuyos fantasmas imaginé que me esperaban en la logia que da al Anillo, bajo las representaciones ecuestres de su fachada principal; tristes espíritus que alzaban con melancolía la mirada hacia los caballos alados que sirven de montura a la Armonía y a la Musa de la Poesía. Me figuré que las otras cinco estatuas, las guardianas bajo los arcos de la logia, eran su escolta: diez ojos de piedra que me vigilaban desde los pedestales mientras me acercaba a la puerta principal.

En el recibidor, el calor me obligó a quitarme el abrigo. Varias gotas cayeron sobre la alfombra verde; por suerte, nadie pareció darse cuenta. Me detuve un instante a admirar el espléndido vestíbulo, con la impresionante escalera central bajo los arcos blancos ribeteados de oro, las pesadas lámparas, los mosaicos de teselas en el suelo, los frescos, los relieves, los detalles ornamentados de las lámparas doradas que adornaban las columnas. Los altos techos me intimidaron. Caminé hasta el mostrador de recepción, donde uno de los trabajadores de la Ópera, uniformado, me recibió con un gesto

amable.

—El recital tendrá lugar en el Promenade Hall. Sígame, por favor.

Lo seguí, casi sin darme cuenta de que alguien se llevaba mi abrigo al vestidor. La sala, a la que someramente se llama «vestíbulo» aunque el nombre no le haga justicia, es una maravilla creada en homenaje al mundo de la ópera. Decoran sus paredes dieciséis pinturas al óleo, que representan obras muy conocidas del repertorio, así como los bustos de grandes compositores. La logia contigua muestra escenas de *La flauta mágica;* lo sabía desde el colegio, pero nunca había tenido oportunidad de verlas hasta hoy.

Cuatro lámparas llenaban la sala de luz cálida que se reflejaba en las paredes doradas, ornamentadas con pájaros, flores y hojas, en los delicados dibujos de rosas, dragones y hadas. Era un paisaje de ensueño, sugestivo y lujoso, perfecto para dejarse llevar por las palabras.

—¡Señor Holbein! —Horvath me saludó con un enérgico apretón de manos. Llevaba un vestido negro imponente—. Venga conmigo, por favor.

Me condujo a una de las salas contiguas. Tropecé al menos dos veces por el pasillo de suelo brillante.

—Señora Horvath, déjeme disculparme, porque hasta el último momento no atiné con la obra —trastabillé—; le agradezco mucho la confianza y la paciencia…

—No se preocupe. —Ella hizo un gesto con la mano—. Su estilo *es* bueno e interesante, sabía que acabaríamos dando con algo. Con la experiencia me dará la razón en que, en ocasiones como esta, debe primar la prudencia para agradar a los oyentes.

Y entonces se le acercó el hombre que nos presentaría a los dos, un tal Anton Graf que al parecer es un artista famoso (aunque yo no había oído nunca hablar de él) y ella le dedicó toda su atención. No volvió a mirarme. Esperé por los elegantes rincones de la Ópera mientras dos trabajadores terminaban de colocar filas de sillas de tapizado rojo en la sala.

Poco a poco, el Promenade Hall fue llenándose de gente. Miré en varias ocasiones, esperando encontrar a los mellizos; distinguí a

Magdalene Ster y a Ernestine Kmunke (¿acaso van a *todos* los saraos?) con nada más y nada menos que (la reconocí con algo de desmayo) la escritora Ida Tornaforte; y entonces, cuando pensé que nada podía inquietarme más, entró por la puerta Georg Kahn.

Kahn, sin compañía, como si hubiese acabado allí por casualidad.

Espié cómo se acercaba a las escritoras, ¿habría quedado en encontrarse con ellas?, pero no, porque después se separó y se sentó a un lado, al fondo, cerca de la puerta.

Me debatía entre ir a saludarlo o no cuando llegó Therese, sonrió en mi dirección y ocupó el último asiento en la primera fila.

Los murmullos desaparecieron cuando un hombre se colocó en el espacio ante el público. Habló durante una eternidad de Horvath y su obra; finalmente, me dedicó unas pocas palabras, tan escasas como si le cobrasen por cada una de ellas, y pidió a los invitados que me diesen la bienvenida con un aplauso.

Caminé (pocas veces me había costado tanto dar un paso tras otro, y no precisamente a causa del dolor que aún siento en la pierna) hasta mi lugar delante de toda esa gente. Saqué mi cuaderno. Leí en voz alta mis poemas. Uno (el de la larga y deliciosamente tortuosa historia de amor romántico que culminaba con un delicioso beso) tuvo especial buena acogida. Los asistentes aplaudieron. Yo di las gracias y dejé espacio a Horvath. Después, me limité a dejarme seducir por sus palabras, pronunciadas con un tono mucho más seguro y claro que el mío, mientras por el rabillo del ojo no perdía de vista a Kahn.

Cuando por fin terminó el recital, me puse en pie para acercarme a él, pero una imparable marea de personas se interpuso entre nosotros. A mí, a quien el presentador no había llamado más que «prometedor» (me doy cuenta de que es una palabra carente de significado que se aplica a los artistas cuya obra el hablante desconoce por completo), me quería conocer la mitad del público. Por no hablar de Therese, que consideraba que tenía prioridad para felicitar a su hermano, y Ster y Kmunke, que me presentaban a Tornaforte. Perdí el norte cuando una de mis autoras favoritas, frente a mí, me tendió la mano. Durante un buen rato, el resto del mundo desapareció.

Cuando volví a mi ser, Kahn había desaparecido.

Domingo 6

Esta mañana recibí una amable carta de felicitación de Katharine Klein, la editora de *Slora* y, por lo tanto, también del suplemento cultural *Folletín*. Es íntima de Klara, la amiga de los mellizos, y también de Horvath, por lo que estuvo presente en el recital. En su carta, no solo me da la enhorabuena sino que asegura que permanecerá atenta a mi obra. ¡Dice que tal vez más adelante tenga la suerte de ser mi editora! Entiendo que está siendo cortés y que habla de un futuro muy lejano, hipotético.

Después de responder con un mensaje educado a la carta de la señora Klein, escribí a Kahn para agradecer que hubiese sacado tiempo para acudir al recital y preguntarle qué le había parecido. De momento, no ha respondido.

Jueves 10

Hoy he leído en *Mots et Vers* un relato que hace sin duda alusión a la reciente captura del monstruo que controlaba la temperatura del aire. No se lo he enseñado a los mellizos, porque al contrario que las noticias en periódicos locales (que describían a mis hermanos como héroes), este relato se pone de parte del monstruo y cuenta la historia de una muchacha de quince años que para defenderse de tres atacantes en medio de la noche se ve obligada a utilizar una habilidad que el mundo le ha enseñado que está prohibida. La pieza, que tiene un estilo impecable, está firmada con pseudónimo: Mal Tobt Tinte. Me pregunto quién será.

Sé que Kahn no va a contestar a mi carta. Está bien así. No me arrepiento de haberle escrito; al menos yo conservo los buenos modales. Lo demás no es responsabilidad mía y dice más de él que de mí.

Viernes 11

No tendría que haberle escrito. Tengo la sensación de haber hecho el ridículo una vez más.

Sábado 12

Es casi medianoche y estoy tan despejado como si hubiese sufrido una transformación y fuese ahora un ser de la oscuridad, que absorbe la energía de la luna y está por encima de necesidades mundanas como alimentarse o dormir. Esta noche soy etéreo.

El día fue de lo más normal hasta después de comer. Therese y Johann estaban fuera, porque han ido de caza a uno de los bosques que rodean la ciudad (me invitaron a acompañarlos, pero ¿de caza? ¿Yo, que no tengo nada que se parezca a la puntería? No, gracias) y no regresarán hasta mañana. *Fräulein* Lilla se quedó dormida frente a la chimenea a primera hora de la tarde, con lo que me encontré solo y aburrido. Decidí ponerme el abrigo y salir a la ciudad, en dirección al Café Wagner.

¿Por qué no? Un sábado por la tarde es tan buen momento como cualquier otro para tener un arrebato inusitado de coraje.

Y menos mal que me sentía excepcionalmente valiente, porque nada más entrar en el café y encontrarme con el camarero, que me miró de arriba abajo como si fuese vestido con un saco de harina en lugar de con mi mejor chaleco, me topé con un bullicioso grupo de escritores en un rincón. Entre otras caras conocidas, estaba la de Kahn.

Respiré hondo, agarré un periódico de la mesa como quien no quiere la cosa.

—*Herr Ober,* buenas noches, espero que esté usted bien. —Miré al camarero con una seguridad auténticamente falsa—. Póngame un *franziskaner* si es tan amable, por favor.

No me respondió siquiera. Se retiró a la cocina.

Fingí abrir el periódico. No llegué a hacerlo. ¡Un golpe de suerte, por fin! Una voz me llamó desde la esquina.

—¡Pero si es el mismísimo Hugo Holbein de Holbeinsberg!

Sonreí de oreja a oreja. Nunca me había alegrado *tanto* de ver a

Ernestine Kmunke.

—¡Dichosos los ojos! —bromeé, mientras me acercaba a ella—. La distinguida editora del *Espíritu* en persona.

—Editora del *Espíritu* —dijo ella—, editora espiritual. No suena nada mal. Siéntate, hombre, salvo que te interesen muchísimo las noticias ya obsoletas de esta mañana; si es así, no dejes que te distraiga con tonterías y por lo que más quieras lee ese periódico tuyo…

—Puedo vivir en la ignorancia —resolví.

Dejé el periódico a un lado y acepté la silla que me ofrecía Kmunke. Al otro lado de la mesa, Kahn me saludó con un gesto de la cabeza y continuó hablando en voz baja con un hombre gordo y de hermoso rostro, con grandes ojos color azul oscuro.

—Buenas noches, Holbein —me saludó Magdalene Ster—. Conoces a todo el mundo, ¿verdad? Ese de allí —señaló al hombre que charlaba con Kahn— es Alois Licht.

Me ruboricé.

—Dios mío.

—No —intervino Kmunke—, escribe bien y es famosete, pero no *tanto*.

Reí.

—A Tornaforte ya la conoces —siguió Ster—, y también a Erwin Slokowich… Y él es Michael Teichergreber, es amigo de Ernestine…

Era un hombre algo mayor que los demás. No parecía capaz de quedarse quieto en la silla. Me dio la mano, pero se distrajo inmediatamente. Me pregunté por qué estaría tan nervioso.

Aunque, en realidad, a mí solo me interesaba uno de ellos.

Navegué sin demasiado interés la conversación; Magdalene Ster había enviado a su editor un primer capítulo de su nuevo libro, el que estaba esforzándose por hacer más «duro»:

—Y me ha respondido: «Es muy bueno, ¡no parece tuyo!» —se lamentaba ella—. ¡Que no parece mío, dice! —Los demás se aguantaban la risa con mayor o menor éxito—. ¿Qué clase de halago es ese? Me ha sumido en la miseria, la verdad…

—Pero ¿lo compra o no lo compra? —preguntó Teichergreber.

—Lo compra… cuando lo acabe…

—Te esfuerzas demasiado. —Kmunke sacudió la cabeza—. Querida, tu problema es que no tienes problemas. ¿De qué vas a escribir? Deberías salir a la calle y tener algo de contacto con el mundo real…

—Oye, me vas a perdonar, pero *soy* perfectamente capaz de escribir sobre problemas y sobre el mundo real, soy *tan* capaz que el texto no parece mío… —Menos mal que Magdalene Ster es capaz de reírse de sí misma.

Mi atención estaba al otro lado de la mesa, con Kahn y Alois Licht, que hablaban de la pieza operística que se estaba escribiendo a partir de sus versos. Él tenía serias dudas sobre si la suave delicadeza intimista de sus palabras casaba bien con el tronar de una orquesta y los chorros de voz de los cantantes. Kahn se mostraba comprensivo, pero no demasiado implicado en el tema.

Creí (¿sería verdad?) que estaba pendiente de mí.

Uno y otro, los dos estudiándonos con disimulo, sin dirigirnos la palabra, en una agonía larga y silenciosa, hasta que un golpeteo en el cristal de la ventana del café, desde fuera, lo sobresaltó. Varias personas de la mesa volvieron la mirada en esa dirección y, acto seguido, hacia Kahn que se había incorporado.

—Es mi pie para hacer *mutis* —afirmó—. Buenas noches, señores, señoras, etcétera.

Los demás se despidieron en un coro que duró apenas unos segundos antes de ser tragado de nuevo por la conversación. Yo miré el reloj y salté de mi asiento.

—Siempre se me pasa el tiempo volando aquí —exclamé.

—Es por la grata compañía —dijo Ster.

—Hasta la próxima, Holbein —se despidió Kmunke—. Quedo a la espera de recibir algún texto tuyo, ¿o me vas a hacer rogar por él?

Me quedé congelado en el sitio.

—¿De verdad? Quiero decir, no sabía…

Ella rio.

—Claro que de verdad. Pero no me envíes nada de las porquerías del recital. Esos poemas han sido escritos mil veces ya y los hemos

leído otras tantas. Quiero algo nuevo.

Me hubiese ofendido de no haberme sentido tan complacido por su interés.

—Haré lo posible por sorprenderte —prometí.

Ella brindó en mi dirección con su taza de café.

Pagué deprisa, sin reparar en la cara avinagrada del camarero, y salí a la calle a tiempo para ver a Kahn con su pipa apagada entre los labios. Estaba en la esquina de la Spiegelgasse, despidiéndose de la mujer pelirroja que vi en su presentación. Ella se marchó hacia un lado de la transversal, él se quedó quieto un momento, como si dudase entre regresar al Café Wagner o seguir su camino, y entonces se giró directamente hacia mí.

Me quedé sin respiración. Aunque nos separaban varios metros, sentí su mirada como un golpe en el pecho.

Avancé hasta él como en un sueño. Casi esperaba que Kahn se diese la vuelta para huir, como aquella vez que lo perseguí por error (qué vergüenza me da en retrospectiva). No lo hizo. Me esperó, sereno, sin despegar la vista de mí.

Llegué a su lado. Casi jadeante por puros nervios. Él, en cambio, parecía un muerto en vida; hubiese jurado que no tenía pulso ni sangre bajo la piel. Aguardaba como si hubiese sabido que yo iba a salir del café para buscarlo, como si de algún modo aquel encuentro hubiese sido inevitable.

—No tendría que haber ido al recital —dijo.

—Pero viniste.

—Y tú a mi presentación —acusó.

Me encogí de hombros.

—Es que a mí me gusta lo que escribes. —Era verdad.

Él exhaló una bocanada de aire que se transformó en niebla; como cuando había expulsado sombras, pero blanca en vez de negra.

—A mí también me gusta lo que escribes. —Hizo un amago de mueca, como si hubiese dado un bocado a algo desagradable—. Aunque los poemas del recital me parecieron mediocres.

—Eso me ha dicho Kmunke hace un momento. —No me lo tomé mal, pese a lo mucho que me importase la opinión de ambos sobre mis

escritos—. Demasiado convencionales.

—No es eso. O no solo eso. —Lanzó una mirada en dirección al café. Se metió las manos en los bolsillos—. Ya te he dicho que es mejor para ti que no seamos amigos.

—Muy bien. Pues no seamos amigos. —Me molestaba que no dijese claramente si él deseaba mi amistad o no. Si le resultaba antipático, pesado o aburrido, que lo dijera y no volvería a verme. Mientras se escudase en que aquello era por mi bien, yo seguiría insistiendo—. ¿Quieres dar un paseo?

Él dudó unos segundos. Después hizo un gesto, como si no le importase lo más mínimo.

Podía disfrazarlo de lo que quisiera, pero aquello era un «sí».

—¿Vamos al Jardín del Pueblo? —propuso.

Echamos a andar, despacio, por las calles en penumbra: estaba cayendo la tarde y cada día oscurece antes.

—El estilo de los poemas del recital lo impuso Horvath —me defendí—. Tengo que admitir que me gustan los clásicos, aunque no sean lo mío.

—Tampoco son lo mío —concordó él—, y también me gustan. Aunque no lo digas en el Café Wagner. Tengo una reputación que mantener.

Supe que lo decía en broma. Bastaba leer a Licht, a Tornaforte, a Ster, para saber que todos ellos conocían (y muy bien) los clásicos. Su agilidad a la hora de explorar los límites y encontrar su propio estilo se debía precisamente a un exhaustivo conocimiento de la norma, no me cabía ninguna duda.

—Puedes estar tranquilo, no nos haremos amigos —le dije—, porque solo hablamos de libros y nunca de nuestras vidas personales. No sé nada de ti. Tu reputación, desde mi punto de vista, es de sujeto sombrío, enigmático.

—Hablar de libros es hablar de nuestras vidas personales —declaró él con aire aburrido—. Y de todas formas yo nunca te he prohibido hacer preguntas.

—*Mi querido Georg* —dije en tono meloso, sin poder ocultar la sonrisa—. Mi querido dulce, ingenuo, estúpido Georg. No sabes lo que

acabas de hacer.

Él se rio. Fue una carcajada que pareció asombrarlo a él incluso más que a mí. Me hizo gracia su propia perplejidad ante la aparentemente recién descubierta capacidad de reír.

—¿Me voy a arrepentir de esto? —preguntó, divertido.

—Sin duda. Pero es demasiado tarde para echarte atrás.

Sacudió la cabeza y alzó el rostro hacia el cielo, como si buscase consuelo en las nubes que lo cubrían. Admiré su perfil, la forma de la nariz, la frente ancha, el cabello despeinado. Habría deseado alargar el brazo y rozarle la piel con la yema de los dedos, como quien acaricia el mármol de una estatua.

—Qué se le va a hacer —suspiró.

—¿Quién es la mujer pelirroja?

—¿Ya llegan las preguntas? ¿Tan pronto? —Me encogí de hombros como respuesta. Él lo aceptó—. Es, posiblemente, mi mejor amiga. Solo ella ha estado ahí siempre que lo he necesitado.

Me entristeció oír aquello. No sé por qué, dado que a mí no me sobran los amigos precisamente.

—Si tan solo no te opusieras con todas tus fuerzas, yo podría ser tu amigo también.

Él apretó los labios. Me pareció que no era por enfado, sino para contener la risa.

—He dicho que es mi mejor amiga, no que sea la única. No hay motivo para que me tengas lástima.

Hice una mueca.

—Lo siento. He sido demasiado rápido al identificarme contigo en ese aspecto. Sé que tienes amigos. Te he visto rodeado de ellos.

Él entendió a la perfección lo que decía entre líneas.

—¿Al contrario que tú?

Me encogí de hombros otra vez.

—Sí. ¿Te sorprende? —Me iba a estallar el corazón. ¿Por qué estaba tan nervioso?—. Tengo todos los ingredientes para ser odiado por los chicos de mi edad. No me interesa lo que a ellos. Soy flojo, regordete, bibliófilo. Absolutamente detestable según los estándares de la gente normal.

—Hace un momento, en el Café Wagner, no parecías especialmente singular en ese sentido.

—Ya. Por eso quiero juntarme más con ellos. —Hice una pausa—. Contigo. —Sonreí—. Tú eres mucho más peculiar que yo, a tu lado me siento de lo más corriente.

—¿No te resulto intimidante?

—¿Deberías?

—Ni siquiera ellos confían del todo en mí. Somos compañeros de profesión, de sueños, si quieres, pero no de vida. Es comprensible. —Me miró de reojo—. Saben lo que soy, lo sienten. No pueden evitarlo.

—¿Y tu amiga pelirroja? —Él no respondió. No hizo falta, lo comprendí sin palabras—. Ah. Ella es como tú. Ella y los otros dos… con quienes te fuiste tras tu presentación… Todos sois… —Callé. Busqué las palabras—. Claro. A ellos no los intimidas.

—Ni a ti, al parecer.

—Pero yo no soy…

—No eres un *monstruo*. Eres una persona normal. A la que no le doy miedo.

—Es que solo te tengo a ti.

Me salió solo. Sin pensar. Era una afirmación errónea, falsa, incluso. No era verdad, pero *sonó* a verdad, había algo en ella que resonó en mí y, creo, también en Kahn.

—Demasiado dramático para mi gusto —suspiró él, de todos modos—. Y tú tienes familia. Los Holbein de Holbeinsberg, supongo.

—Supones bien.

El perfume de la rosaleda nos dio la bienvenida al Jardín del Pueblo. Recorrimos uno de sus paseos. Las hileras de árboles, cómplices, nos ocultaron de la vista de otros viandantes, escondieron el Teatro Imperial y el Nuevo Ayuntamiento que asomaban por encima de los muros del parque. Olía intensamente a tierra mojada.

—En el recital de Horvath estaba presente la capitana de la Partida de Caza. La vi saludarte.

No fue una acusación. No lo fue. Dio igual. Había tensión en el aire, porque él era un monstruo y mi hermana daba caza a los monstruos; al menos a aquellos que supusieran un peligro para la

población. Imagino que ni siquiera los monstruos civilizados se sienten a gusto cerca de quienes deciden si su existencia es aceptable o no.

—Sí —admití—. Es mi hermana, Therese Holbein. Comparte el puesto de capitana con nuestro hermano Johann, su mellizo.

Él asintió.

—¿Y vuestros padres?

—Muertos.

—Lo siento.

—Háblame de tu familia. Imagino que no tienes hermanos militares.

Él sacudió la cabeza.

—No los tengo. Ni padres ni hermanos ni tíos ni tías; ninguna familia. Mis antepasados vinieron de Bohemia, yo nunca he estado allí.

Me detuve en seco. Me costaba imaginar lo que debía ser vivir sin una red que yo siempre había dado por supuesta. Puedo tener mis más y mis menos con mis hermanos, pero han estado a mi lado desde que nací, me criaron desde que faltaron nuestros padres, y tenemos una legión de familiares a los que, si bien no vemos de forma muy regular, sí escribimos y visitamos de vez en cuando. Sé que si lo necesitase, tendría a quién pedir ayuda.

—Cuánto lo siento —dije con torpeza—. Entiendo por qué tus amigos cercanos —*los monstruos*, pensé para mí— son tan importantes para ti.

Él se detuvo también, unos pasos por delante, para mirarme.

—No tienes por qué sentirlo —contestó—, es lo que hay, ya está. Lo que deberías hacer es no convencerte a ti mismo de que no puedes contar con nadie cuando tienes la suerte de estar arropado por dos hermanos mayores.

—Sí —respondí—, tienes razón. Ahora, si me lo permites, yo no pienso que no pueda contar con mis hermanos. Es solo que ellos son muy distintos a mí y a veces me siento…

—¿Incomprendido? —Su tono me sonó un poco burlón.

—Solo —maticé—. Ellos están *muy* unidos. Son muy afines. Yo soy… un bebé, para ellos.

—No tengo la experiencia, personalmente, pero creo que es natural. —Cansado de estar de pie y quieto, se acercó a uno de los bancos cercanos y tomó asiento—. Quizá les resulte difícil aceptar que su hermano pequeño ha crecido. Dales tiempo.

—Les doy una semana como mucho —gruñí. Lo hice sonreír otra vez. Cada sonrisa parecía un hito—. La situación, tal y como es, resulta inaguantable.

Me acerqué a él. No me atreví a sentarme a su lado.

—¿Preferirías que te dejasen a tu aire y les diese igual si vuelves a casa por la noche o si llegas herido o si desapareces completamente?

Aquello me provocó un escalofrío, porque no hacía tanto tiempo que había llegado a casa de madrugada y con la pierna ensangrentada, sin que mis hermanos lo supieran.

—¿Es eso una falacia? —fruncí el ceño—. No me negarás que entre los cuidados que ahogan y la indiferencia absoluta habrá seguramente un punto medio.

—Seguramente. Tal vez ellos no tengan tan claro como tú dónde está, y prefieren pasarse de protectores.

—Mucho voto de confianza te veo darles a mis hermanos —señalé, un poco molesto—, cuando no les conoces de nada.

Él resopló con suficiencia.

Me senté a su lado.

—¿Más preguntas? —No me miró al decirlo.

—¿Hay algo que *quieras* que te pregunte?

Otra vez apretaba los labios. Empecé a considerar la posibilidad de tal vez, quizá, resultarle gracioso a Kahn.

—¿Qué es lo que te disgustó de lo que leí en el recital? Dijiste que no era solo que fuese demasiado convencional.

—Sí. Estaba hecho para gustar a un público determinado. Más que convencional, yo lo habría llamado «comercial»…

—Vale —le corté—, pero dijiste que había algo más.

Él lo meditó unos segundos.

—No quiero ofenderte.

—No me ofenderé. —Aunque me temía lo peor—. Dímelo. —Y como él no se decidía a responder, agregué—: ¿Por qué viniste?

—Porque me gusta lo que escribes.

Supe que había algo más.

—¿Y…?

Él me miró, a medias con diversión, a medias con reproche. Se sacó la pipa apagada de la boca y la guardó en el bolsillo del abrigo.

—Me pareció poco auténtico —admitió, como si yo no me fuese a dar cuenta de que cambiaba de tema—. La historia de amor… parecía la fantasía de alguien que nunca ha estado enamorado. Y la descripción del beso… querido, no te lo tomes a mal, pero…

Me sonrojé.

—Ah, ¿se me nota la falta de experiencia? ¿Es eso? Lo siento, no sabía que había un experto en la sala… De haberlo sabido, me habría abstenido…

Él apretó los labios. ¿Se estaba conteniendo para no reírse *de mí*?

—Ya te he dicho que no te quería ofender.

—No, no. No me ofende. Está bien. No tengo ninguna experiencia. Lógicamente, soy joven y no he… no ha habido… —A él cada vez le costaba más disimular la sonrisa—. ¿Qué? ¿Qué pasa?

De verdad que no sabía a qué venía tanto jolgorio. ¿Es que toda la gente de mi edad ya tiene experiencia? ¿Cómo han tenido oportunidad? Recién salido del bachillerato no he tenido ocasión de iniciar una relación formal y *de ninguna forma* habría tenido una de otro tipo, eso me parecía evidente.

—Nada —mintió, aunque no dejaba de mirarme—. Ahora sí que me estás pareciendo del todo auténtico, este es el genuino Hugo Holbein.

—¿Un pánfilo? Así que eso soy, ¿no? ¿Un inocentón?

—Tus palabras, no las mías —dijo él—. Hugo, no hay prisa. No hay nada de malo en no tener experiencia; simplemente, considera que esta puede notarse en tus poemas…

—¿Tú crees que me he puesto en evidencia?

—No —contestó con firmeza—. Los poemas de amor inocente tienen su público también.

Callamos un rato. Me sentía avergonzado, pero Kahn estaba muy tranquilo a mi lado y su serenidad me calmó.

—¿Tú has tenido muchas relaciones?

—Alguna. No muchas.

—¿Mantienes alguna actualmente?

—No.

—¿Besos?

Tenía otra vez los labios bien apretados.

—Algunos. No muchos.

—¿Menos de los que te gustaría?

—Hugo, ¿por qué quieres saber esto?

—Me dijiste que podía preguntar lo que quisiera. Ya te advertí de que no era buena idea, fuiste tú quien insistió en darme carta blanca.

Mi broma surtió efecto. Kahn se rio por lo bajo. La barrera de los labios apretados había sido derribada.

—No estoy seguro de haber dicho eso, pero está bien.

—Tengo algunas preguntas técnicas.

—¿Técnicas? Adelante, haré lo que pueda.

La oscuridad y el rumor del viento en las ramas de los árboles favorecían la intimidad. No había nadie más en el Jardín del Pueblo, solo nosotros, el templo y las rosas.

Y mis preguntas poco delicadas.

—¿Para qué lado giras la cabeza al besar?

—Izquierda. ¿Por qué…?

—Porque —no le dejé terminar— al describir besos siempre me he preguntado… quiero decir, si dos personas la giran para el mismo lado… ¿no se chocan? ¿Es algo que las parejas acuerdan *antes* de besarse, hay algún tipo de…?

—No. No hay ningún acuerdo previo —respiró hondo. La luz de las farolas lejanas se reflejaba en sus ojos—. Te daré un consejo. Deja que la otra persona gire primero, y aprovecha para torcer la cabeza hacia el lado contrario.

—Muy ingenioso. Gracias.

—Siempre a tu servicio, señor Holbein de Holbeinsberg.

Estábamos sentados en aquel banco, no quedaba ni rastro de tarde, solo noche, nos protegían los árboles y las rosas, yo no podía dejar de pensar en besos y Kahn nunca había estado tan cerca.

Sentí, no sé por qué, que nada podía interponerse entre nosotros. Habíamos estado charlando, sin darnos cuenta de que se estaba forjando un lazo irrompible. No sé quién lo hizo. No sé qué nos unió. Solo supe que había pasado.

Y más tarde, he tenido miedo de que solo yo me haya dado cuenta de que él aún pueda apartarme. Más tarde, sí: en aquel momento, solo existía el presente.

—Y si te gusta alguien y lo besas, ¿a lo mejor te das cuenta de cuáles son exactamente tus sentimientos o tal vez irremediablemente te enamoras…?

Él emitió un gruñido exasperado.

—Hugo, estás entrando en el terreno de lo romántico y lo ficticio. No sé qué decirte. No sé nada de amor.

—¿No sabes…?

—No.

—¿Así que eres experto en la parte física de los besos pero no en la filosófica?

Kahn cambió de postura, dobló una pierna sobre el banco y se giró hacia mí. Sus ojos estaban cuajados de luces, no parecía el reflejo de las farolas sino un millar de estrellas presas en sus pupilas.

—Tus palabras —repitió—, no las mías.

—Me vas a perdonar que pregunte tanto —susurré. Como me estaba mirando y estábamos cerca, parecía fuera de lugar hablar alto —. Si quiero mejorar en mis poemas sobre besos, tendré que documentarme.

—Con preguntas no llegarás demasiado lejos —advirtió él.

—Entonces… —Ay, el valor se me mezclaba en el pecho con una especie de impulso suicida y desenfrenado—. Entonces en lugar de respuestas sería más eficaz pedirte *besos*.

—¿A mí? —Sonrió. Esta vez sí. Sin apretar los labios. Sin intentar contenerse—. ¿Quieres decir, en calidad de experto?

—Sí. No voy a obtener la experiencia de un *novato*.

—No sé si es buena idea. Para obtener el resultado deseado… el abanico de sensaciones que luego querrás plasmar en tu obra… —Me pareció que se estaba divirtiendo—. ¿No tendría que besarte alguien

que te inspirase una pasión arrebatadora?

Sé que intentaba avergonzarme. No lo consiguió. En aquel momento, yo era imparable.

—Ya te lo he dicho. Solo te tengo a ti. Si… —quería decir «si tú quieres», pero me pareció demasiado improbable— a ti no te importa.

—No me importa. —Se acercó un poco más. Alargó la mano, la colocó junto a mi cuello. Su pulgar me rozaba la piel bajo la oreja—. Aunque es mejor que no esperes demasiado de esto. En mi opinión, los besos están sobrevalorados.

Se inclinó hacia mí. Su olor mezclado con el de las rosas. Su calor en contraste con el frío de la brisa. Sus labios sobre los míos, que se abrieron con el contacto. La caricia. La humedad. Un movimiento que surgió de mí sin esperarlo, que imitaba el suyo. Sus labios, su lengua, su mano atrayéndome hacia él con decisión.

Y yo dejándome llevar.

Me daba vueltas la cabeza cuando nos separamos.

Él había perdido la sonrisa. Los dos nos mantuvimos solemnes, silenciosos, en armonía. Sin separarnos. Me rodeaba con el brazo. Me encogía contra él. Había encontrado un sitio en el que me sentía bien.

Hasta que me aparté o se apartó, y regresaron la noche, el frío y el banco helado que se me clavaba en los huesos. Entonces Kahn me preguntó cómo estaba y yo dije que bien, y era verdad pero a la vez era mentira.

Y le dije:

—Hay algo que no he…

Y él dijo:

—¿Necesitas otro?

—Sí, si no te importa…

Y él repitió:

—No me importa.

Y volvimos a besarnos, y ese beso se mezcló con otro, y otro y otro.

Se acabaron con brusquedad porque era la única forma de interrumpirnos. Regresó la sonrisa de Kahn, regresó mi parloteo sin sentido. No tenía ni idea de lo que estábamos diciendo. Me preguntó si era suficiente, le dije que sí, le di las gracias, como si me hubiese dado

una clase en lugar de haber sacudido mi mundo hasta los cimientos.

—Hace frío —dijo Kahn—. Deberíamos ir a algún lugar más resguardado.

Dije que pediría un *fiaker*, él respondió que prefería caminar, pero me acompañó hasta el Anillo para parar un coche. No ha sido hasta ahora, al escribir estas líneas, que me he dado cuenta de que, tal vez, se había referido a ir a algún lugar resguardado *juntos* y no a volver cada uno a su casa.

Kahn me dejó instalado en el coche y se alejó calle abajo.

Abrí la portezuela casi a la vez que el cochero hacía andar a los caballos.

—¡Georg! ¡No vuelvas a dejar sin contestar mis cartas!

No entendí lo que me gritó como respuesta.

Domingo 13

Logré contenerme esta mañana y no escribir a Kahn. Sin embargo, a primera hora de la tarde me llegó una carta suya (¿tal vez fue eso lo que me gritó, que no logré entender? ¿Que no respondería porque sería él quien me escribiese primero?). Dentro del sobre venía un poema, titulado *Uno no es suficiente*, en el que describía un beso, un beso para saber cómo son los besos, un beso curioso, científico, un beso que no es más que un experimento, un beso que no basta y hacen falta dos, quizá tres.

Me sentí acalorado mientras lo leía y aun ahora, al releerlo, noto que me arden las mejillas.

Viernes 18

He estado toda la semana demasiado ocupado con mi correspondencia para escribir. Cada mañana ha llegado el cartero con un mensaje de Kahn y se ha ido con uno mío. La respuesta me llegaba por la tarde, y yo a mi vez para entonces tenía preparada otra carta. No hemos

conversado en ellas. No eran misivas personales en el sentido convencional de la palabra.

No: hemos intercambiado poemas. Relatos. Piezas inclasificables. Nuestra forma de contar la verdad.

Sus símbolos y la carga atmosférica de sus textos. La caracterización de mis personajes y mis matices. Mi poema *Si eso es poco*. Su relato *En la noche*. Historias de amor, preguntas y cuentos. En los márgenes, algunas apreciaciones, preguntas o comentarios.

Dios mío, esta semana mi escritura ha *mejorado*. Por su influencia o por su inspiración, no lo sé, pero no sentía que escribía solo. Por primera vez, escribía con alguien, para alguien. Escribíamos juntos.

Después, en cuanto bajaba el sol, iba al Café Wagner, donde me han hecho un hueco en la mesa de los escritores. Me acomodo entre sus debates y sus chismes, formo parte. Es algo tan nuevo para mí y me exige tanta energía que ni siquiera puedo participar demasiado en la conversación.

Georg Kahn y yo no hablamos mucho en el Café Wagner, pero siempre hay un asiento libre para mí a su lado, siempre escoge la silla junto a la mía si soy yo el que llega antes. Y estamos ahí los dos, y su presencia es como la llama de una vela.

Sábado 19

Esta mañana me llegó un paquete en lugar de una carta. Contenía el manuscrito de una nueva novela de Kahn, que ha titulado *Ayer* y que aún es inédita, en parte debido a la pobre acogida que tuvo *Príncipe del verano*. Me indignó descubrir que este último libro no se ha vendido bien. Supongo que depende de varios factores; entre ellos, que la editorial no tiene muchos recursos y que Kahn es un monstruo.

Escribí sobre la marcha una carta que envié sin pensar dos veces, porque de otro modo no habría tenido el valor para hacerlo. Después, mandé un mensaje conciso a Kahn para que me esperase por la tarde a la entrada del Café Wagner y no dentro.

Evidentemente, no me hizo caso.

Bajé del coche, indicándole al cochero que me esperase.

—Señor Holbein, estoy entorpeciendo el paso…

—Será un momento.

Entré como un huracán en el café, me acerqué a la mesa de los escritores y agarré del brazo a Kahn.

—Ven, deprisa. —Y hacia el resto—. Perdonadnos, nos están esperando en otro sitio.

Se alzó un coro de risas y comentarios mordaces («¿El señor Holbein de Holbeinsberg y el señor Kahn de Kahnsburg tienen una reunión de alta categoría?»). Los ignoré. Sabía (o quería pensar) que sus bromas eran una muestra de cariñosa curiosidad.

Por suerte, Kahn no me pidió explicaciones y me acompañó a la calle.

—Vamos, sube.

Él me lanzó una mirada inquisitiva. Después, subió al coche.

—¿Por qué tanto misterio?

—Por si acaso, no vayas a decirme que no.

—Miedo me das. ¿A dónde me llevas?

—A casa de Katharine Klein, la editora de *Slora* y del *Folletín*.

Se quedó pálido. Atónito. Disfruté del efecto de mis palabras.

—¿La conoces?

—No personalmente. Estuvo en el recital, le gustó mi horrible poema sobre los besos pese a mi escandalosa ignorancia en la materia y me escribió una carta.

Él hizo eso que hace. Lo de apretar los labios.

Llegamos a la Schmetterlingsgasse y el coche nos dejó frente al número catorce. Era una casa estrecha y alta, probablemente perteneciese entera a los Klein. La puerta, pintada de rojo oscuro, parecía darnos la bienvenida. Animado por ella, salté del coche con un paquete envuelto en tela bajo el brazo.

—No hace falta que nos espere —le indiqué al cochero.

Los pasos de Kahn a mi espalda parecían pesados, cautelosos. En cambio, yo troté por las escalerillas y llamé a la puerta con decisión.

Abrió un hombre bajo y ancho, con la nariz plana y tan poca barbilla que parecía un dibujo sobre el papel. Llevaba un uniforme

oscuro, anticuado. Clavó en mí los ojos pardos, inexpresivos, y se hizo a un lado para dejarnos pasar cuando me presenté.

—Aguarden un momento, si son tan amables.

Desapareció escaleras arriba, dejándonos en un recibidor austero, oscuro. Las ventanas que daban a la calle eran vidrieras que bloqueaban gran parte de la luz, y las paredes estaban revestidas de madera vieja, con algunas manchas de humedad.

Kahn y yo nos miramos. Él estaba muy serio, con las manos enlazadas a su espalda. Me pareció extrañamente acorde al decorado.

—Por aquí, por favor.

El mayordomo había bajado las escaleras con sigilo, su voz me sobresaltó. Kahn hizo eso con la boca (no lo llamaré «sonrisa», ni siquiera «sonrisa contenida», porque no llega a ello). Yo fruncí el ceño, como si me fastidiase su hilaridad, aunque no me molesta en absoluto; al contrario.

Nos condujo a un despacho amplio, mucho más agradable que el recibidor. Tras el escritorio ardía el fuego de una chimenea; al otro lado había un sofá y dos sillones cómodos alrededor de una mesita baja. Aunque estaban dispuestos para recibir visitas, era evidente que aquella no era la función para la que habían sido construidos esos muebles. Eran un refugio pensado para la lectura y la quietud, no para los invitados. Las paredes de la habitación estaban cubiertas de estanterías del suelo al techo; una biblioteca gloriosa, con tomos antiguos y olor a polvo y a papel.

La puerta se abrió a nuestra espalda. El mayordomo la sostuvo para que pasase una anciana, de menor estatura aún que él, aunque mucha más personalidad en las facciones; regordeta y envuelta en un manto grueso, con gafas que parecían a punto de resbalar de su nariz redonda, ojos azules y cabello blanco recogido en un moño despeluchado. La editora de *Slora* se detuvo frente a nosotros y nos miró. Hizo un gesto con el índice de la mano derecha, en el aire, como si pulsase un botón o intentase recordar algo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo. Nada más. Se dio la vuelta, se acercó a la chimenea e inspeccionó las llamas—. Hans, por favor, aviva un poco el fuego. Estoy helada. —Y volvió a mirarnos—. Estoy helada

constantemente. Es cosa de la edad.

—Hace mucho frío hoy —contestó Kahn—. Buenas tardes, señora Klein.

—Buenas tardes —me sumé, nada dispuesto a que mi amigo me quitase las riendas—. Soy Hugo Holbein, señora, le escribí esta misma mañana para decirle que, salvo que fuese una molestia para usted, vendría esta tarde para presentarle a un amigo.

Ella parpadeó, como si fuese la primera vez que oía hablar de algo semejante a una visita.

—¿Me escribió? No recibí nada. ¡Hans! ¿Hay cartas hoy?

—Sí, señora —respondió con amabilidad el mayordomo, que estaba junto a la chimenea con el fuelle en la mano—. Están en la mesita, sobre la bandeja. Permítame que se la acerque.

—No es necesario. —Ella anduvo despacio, con pasos cortos, hasta una mesa auxiliar de mármol—. Ay, Dios mío. Estas cartas son innumerables, como siempre. Por eso nunca reviso la bandeja de la mesita, es absolutamente insoportable. Menos mal que Hans la vacía cada noche. Lo malo —nos echó un vistazo de refilón— es que no me entero de mis compromisos hasta que estos se materializan en mi despacho.

—Lo siento —dije deprisa, ruborizándome—. No pretendía…

—Siéntense, por favor —indicó ella. No sé si no me oyó o decidió ignorarme—. Señor Holbein. Sí, lo recuerdo. Fui al recital de la señora Horvath. Me gustó lo que leyó usted, sí, inmaduro, pero eso es inevitable cuando se acaba de empezar. No fue un mal debut.

Nos sentamos. Cerré con fuerza los dedos sobre el paquete de tela en mi regazo.

—Gracias. Recibir su carta fue una alegría muy grande.

—¿Le escribí? No me acordaba. Me alegro. —Me quedé atónito. ¡Lo mucho que esa felicitación había sido para mí y lo poco que había significado para ella!—. Seguiré leyendo su obra cuando la encuentre en la librería, que espero que sea pronto. Dicho esto, lamento decirle, señor Holbein, que no creo que su trabajo esté aún listo para el *Folletín*…

Abrí la boca en una exclamación silenciosa. No era aquello lo que

había ido a pedir, ¡hubiese sido un atrevimiento impensable! Y menos mal, porque si lo hubiese hecho, aquella respuesta me habría hundido en la miseria.

Por suerte, supe contenerme. La educación que he recibido me ha inculcado el ser agradable en todo momento, porque eso es lo que hacemos en Ciudad Blanca de cara al público: sonreír ante una molestia y responder a las ofensas con una carcajada cortés. No es que las emociones negativas no existan. Solo las ocultamos con el resto de las cosas que la sociedad encuentra desagradables.

Estoy desviándome del tema. A lo que iba: que la directora de *Slora* me dijo a la cara que mis escritos no estaban a la altura de su revista, y yo esbocé mi sonrisa más encantadora.

—Seguramente tenga usted razón —acepté, como si ella hubiese comentado que se preveían lluvias para el día siguiente—. Sin embargo, si me lo permite, me gustaría presentarle a un escritor excepcional. ¿Conoce a Georg Kahn?

Él me miró, aunque no supe descifrar su expresión. Se puso en pie para estrechar la mano temblorosa y arrugada que le tendía Katharine Klein.

—No tengo el placer. Y tampoco creo haber leído nada suyo, señor Kahn.

—He traído tres de sus libros —me apresuré a anunciar—. Uno de ellos, inédito.

Deshice los nudos sobre la tela y saqué del paquete mis ejemplares de *Ámbar* y *Príncipe del verano*, así como el manuscrito de la nueva novela que me había pasado Kahn.

—Señor Holbein —farfulló él, tenso como la cuerda de un violín—, no es necesario…

—Déjeme echarles un vistazo, si no es molestia —dijo la señora Klein.

Le entregué los libros. Ella los tomó con decisión y los plantó en la mesita baja que había a su lado. Después, sin decir palabra, abrió *Ámbar* y empezó a leer como si no estuviésemos en la misma habitación. Kahn y yo cruzamos una mirada; yo asombrado, él a medias divertido a medias incrédulo. Se encogió de hombros. No sé si

con su gesto quería decirme «Lo que tenga que ser, será» o bien algo así como «La que has liado, chico».

Le sonreí.

Katharine Klein leyó y leyó y leyó, y cuando terminó *Ámbar*, sin dirigir un solo comentario hacia nuestros rostros expectantes, lo dejó en la mesita, tomó *Príncipe del verano* y comenzó por la primera página. Leía despacio, sin prisa, volviendo atrás de cuando en cuando, deteniéndose a ajustarse las gafas y subrayando algunas líneas con el dedo. Tenía los labios apretados.

Terminó *Príncipe del verano*, lo apartó y sostuvo el manuscrito.

—¿Este es el inédito? —preguntó.

—Sí, señora —respondió Kahn.

Ella asintió y empezó a leer.

Llevábamos en su despacho un par de horas (¡menos mal que la novelita de Kahn era corta y que el segundo libro se componía de relatos de poca extensión o habríamos pasado allí dos o tres días!). El mayordomo, Hans, apareció discretamente más de una vez a ofrecernos té o café y a avivar el fuego. La primera vez dije que no por vergüenza; él trajo, sin esperar indicación alguna, una taza de té para la anfitriona. Cuando volvió a preguntar, Kahn pidió café y yo dije que también me tomaría una taza. El hombre nos las trajo y rellenó la de la señora Klein sin decir nada.

El café era *excelente*.

La noche cayó en el exterior. En aquella habitación, entre los libros e iluminados por lámparas y la chimenea, nos encontrábamos en un refugio indiferente al paso del tiempo. Estábamos en silencio, solo se oía el crepitar de las llamas y el lento rasgueo de las páginas cuando Katharine Klein las pasaba.

Solo le quedaban un par de ellas para acabar cuando se abrió la puerta.

—Señora —dijo Hans—, ya está aquí el coche.

Ella levantó una mano, sin mirarlo, para pedir un momento. Él se retiró.

Nosotros no nos movimos del sitio.

Katharine Klein terminó de leer. Me entregó los dos libros, se

quedó con el manuscrito.

—¿Me permite conservarlo, señor Kahn?

—Por supuesto —respondió él.

—Se lo agradezco. Bien. —Se puso en pie y, como impulsados por un resorte, nosotros también—. Caballeros, tengo un compromiso; una reunión anual de los que editamos o escribimos bajo la protección del emperador o, lo que es lo mismo, de la princesa. No es demasiado aburrido, porque normalmente solo estamos allí los de siempre y, tal vez, un político o dos.

—No la molestamos más —me apresuré a decir.

—Muchas gracias por su tiempo, señora Klein. Ha sido un placer conocerla —añadió Kahn con elegancia.

—¡Hans! —Ella alzó la voz—. ¡Hans, mi abrigo! —El mayordomo apareció con la prenda. Mientras él la ayudaba a ponérsela, ella volvió a prestarnos atención—. En realidad, me preguntaba si no querrían acompañarme. Es imprescindible conocer a otros profesionales del sector, y aunque veo que ustedes ya han dado los primeros pasos… Además —añadió, como si hiciese falta convencernos—, me gustaría hablar con usted un poco más, señor Kahn, y desafortunadamente tengo prisa. Si me acompañan, podemos conversar durante el trayecto.

—Sí, señora. Muchas gracias. —Para mi sorpresa, Kahn le ofreció el brazo y ella lo tomó. Él había entendido algo que yo no; me limité a seguirlos por el recibidor oscuro hasta la puerta principal.

En la calle nos esperaba un cómodo coche de caballos, grande, preparado para cuatro pasajeros, como si los mozos hubiesen sabido que la señora Klein llevaba invitados.

Entró ella primero, con la ayuda de Kahn; después él tomó asiento enfrente y, finalmente, subí y me acomodé junto a él. Los dos en el sentido contrario a la marcha, ella mirando adelante. El cochero chasqueó la lengua y los caballos echaron a andar.

—Me han gustado sus libros —dijo Katharine Klein—. Tiene un estilo cuidado y un buen ritmo, lo bastante pausado para permitir una inmersión fluida y natural sin restarle interés a la lectura; de hecho, tiene el efecto contrario. Los personajes son satisfactoriamente complejos. Como narrador no explica de más, permite que el lector se

enfrente en solitario a un texto lleno de matices. Sobre todo, creo que tiene buenas ideas y el coraje necesario para hablar de temas interesantes. Y hay algo más, una melancolía que impregna lo que escribe y que, ahora que lo miro con más detenimiento, puede percibirse también en usted.

Kahn no se inmutó.

(Yo me habría muerto si la editora de *Slora* me hubiese dicho todo eso).

—Puede ser.

—¿Es intencionado?

—No.

—Es auténtico, entonces. Será interesante ver cómo se desarrolla a medida que lo haga usted mismo.

—Muchas gracias, señora Klein.

—No. Gracias a usted. Vamos a ver. —La anciana meditó un momento—. Tengo material de más para el *Folletín* y, de todos modos, un solo relato suyo no me bastaría. Se desenvuelve mejor en obras de mayor extensión, necesita cierta continuidad. Vamos a ver… —repitió. Esta vez, la pausa fue más larga—. Podría crear una sección en *Slora*. ¿Cree que sería capaz de tener una pieza breve al día? Podría ser una misma historia dividida en partes o bien varias cortas…

Vi a Kahn atónito. Me gustó.

—Sí —respondió deprisa—, me encantaría hacerlo.

—Le pagaré como a un colaborador habitual. Le enviaré los detalles el lunes. En cuanto tenga una cantidad razonable de material, envíemelo y empezamos.

—Eso haré. Muchas gracias…

El coche se detuvo frente a uno de los grandes palacios del Anillo. Nos apeamos y subimos juntos las escalinatas hasta la puerta, que fueron abiertas por un hombre y una mujer de uniforme. No me lo podía creer. ¡Allí estaba yo, con la editora de *Slora* y con Kahn!

Un atento criado tomó nuestros abrigos y nos condujo a una sala amplia, iluminada, con el suelo de mármol arropado por pesadas alfombras rojas. Había música, pero aquella no era una fiesta para bailar, sino para conversar. Acompañé a Kahn mientras Katharine

Klein saludaba a diestro y siniestro, presentándonos de vez en cuando a alguien. Finalmente, nos dijo:

—Si me disculpan… —Y se retiró a un lado con otras dos mujeres a las que no conocíamos.

Kahn tomó una copa de una bandeja y me entregó otra. Brindamos.

—Gracias, Hugo —dijo en voz baja.

La alegría me recorrió como un relámpago en el cielo nocturno.

—Cualquier cosa por ti, Georg Kahn —respondí; quería decirlo en broma, pero sonó demasiado sincero, por lo que tuve que recular—: Bueno, por ti no. Por esa última novela tuya, que quiero tener encuadernada y en mi biblioteca, y como veo que tú no das el paso…

Él sacudió la cabeza.

—Vamos a intentar conocer gente.

Pasamos un buen rato presentándonos y charlando con distintas personas, a cual más interesante. Me ponía nervioso la sola posibilidad de tener a todos aquellos como contactos (¡no digamos ya amigos!). Era un remolino de trajes, vestidos y voces distinguidas. Las conversaciones animadas se mezclaban con aquellas más íntimas, arrastradas hacia las ventanas, manos que tocaban un codo para llamar la atención, gente que se abrazaba, carcajadas cordiales y, de cuando en cuando, alguna sincera e irreprimible. Caras conocidas (pocas): la señora Horvath y Alois Licht, que se acercó a saludar a Kahn («¡Cuánto me alegra verte aquí!»). Y de pronto, un hombre recto y estirado que venía hacia mí con pasos rápidos.

Pensé que me había reconocido (al fin y al cabo, trataba a mis hermanos) y quería saludarme. Le tendí la mano.

—Señor Wolff —saludé al ministro.

Él me ignoró. Se dirigió a Kahn con una brusquedad que rayaba la agresividad.

—Cómo te atreves —espetó—. Largo de aquí ahora mismo.

—Me va a perdonar —replicó Kahn, pálido de rabia—, pero he sido invitado.

—Ya, ya lo sé. Ya sé que los de tu calaña engañan a cualquiera. Fuera de aquí inmediatamente.

Le agarró el brazo y Kahn dio un paso atrás para liberarse.

—No me toque.

—Oiga —intervine. Me temblaba la voz—. Señor Wolff, este caballero viene conmigo.

—Aparte, Holbein. —Me quedé helado por las formas del ministro, que lanzó una voz para llamar a los vigilantes—. Llévense de aquí a esta criatura.

Kahn no se resistió. Aun así, dos guardias lo agarraron cada uno por un brazo y lo sacaron a empellones. Corrí tras él, protestando sin que nadie me escuchase. Nadie más reaccionó. Oí a la gente murmurar: «No es de aquí», decían algunos. «Es bohemio. O del este». Otro contestó: «No se trata de eso. Es un *monstruo*».

—Holbein, quédese aquí. —Wolff me puso una mano en el hombro. Había recordado tratarme de usted, pero yo no olvidaba su tono despectivo ni su odio hacia mi amigo—. Manténgase alejado de esa alimaña.

—No —bufé—. Sé de qué tipo de alimañas debo alejarme, muchas gracias.

Atravesé el recibidor corriendo, dejé atrás el mármol, las risas y las luces, y salí a la calle a tiempo de ver cómo uno de los guardias empujaba a Kahn escaleras abajo. Rodó por ellas, cubriéndose la cara con las manos, y aterrizó sobre los adoquines mojados por la llovizna.

Bajé deprisa para agacharme a su lado.

—¿Estás bien?

Él se incorporó. No fue capaz de responder. No parecía herido, pero mi pregunta había sido demasiado amplia, y hay heridas que trascienden el cuerpo.

—Aguarden, por favor.

Los dos alzamos la vista. Katharine Klein bajaba la escalinata, con dificultad, cargada con nuestros abrigos. Uno de los criados intentaba ayudarla, pero ella se deshizo de él con aspavientos. Cuando llegó hasta nosotros, me dio ambas prendas y tendió la mano a Kahn.

Él la aceptó, y aunque la anciana no tuviese bastante fuerza para levantarlo, el gesto hizo mucho para sanar su alma. Una vez de pie, ella mantuvo la mano de él entre las suyas.

—Escriba, señor Kahn —le dijo—. Escriba, deslumbre a todos los lectores de mi revista y esta será la última vez que alguien pueda hacerle algo así.

El criado, desde el escalón más alto, la llamó en tono amable.

—Señora Klein, disculpe, la están buscando para que diga unas palabras.

—Dígales que, dado que mi invitado ha sido expulsado, tendré que irme yo también —replicó ella. A continuación, agregó, como para sí —: Volveré a casa en mi propio coche —estaba cerca y, a la vista de su señora, el cochero lo acercaba ya—, estos jóvenes me disculparán que no les acerque a ellos primero, pero estoy muy cansada. —Después, alzó una mano para parar un *fiaker* y nos hizo un gesto para que subiésemos—. Los lleva usted a donde estos caballeros deseen —indicó al dueño—, y se cobra de aquí.

—No es necesario —dijo Kahn. Yo no fui capaz de añadir nada, seguía sin palabras.

—Insisto —contestó ella con firmeza.

Se despidió con un gesto rápido, hizo una pequeña y curiosa inclinación de reconocimiento hacia Kahn y, después, subió al coche con increíble agilidad. El cochero ni siquiera tuvo que ofrecerle el brazo, solo abrirle la puerta. En un abrir y cerrar de ojos, se había marchado. Pese a su aparente calma, adiviné que estaba indignada, y me pregunté si, de haber entrado en la fiesta otra vez y aprovechado la oportunidad de decir unas palabras, no habría podido evitar que se le escapase alguna barbaridad.

—Vamos —dijo Kahn—. Sube. Iremos primero a tu casa.

A espaldas del cochero, en el *fiaker*, no podía dejar de temblar. Aunque era Kahn el que había sido echado de mala manera, me sentía como si los golpes los hubiese recibido yo. Tenía la mano sobre el cuero del asiento, intentando aferrarme a algo templado y seguro, y mis hombros no dejaban de tiritar.

Entonces, sin decir nada, Kahn posó su mano sobre la mía. Cálida y un poco más grande, sus dedos tapaban los míos.

Contuve la respiración.

—Gracias —susurré.

Él no dijo nada. Viajamos en silencio, conectados por esos centímetros de piel que se tocaban, hasta que llegamos a la puerta de mi casa y tuve que separarme de él. Sin hablar del trato que había recibido por parte de Wolff, sin hablar de la actitud de Katharine Klein, sin pedirle perdón por no haber podido reaccionar mejor en el momento. El aire de la noche era frío, muy frío, y en mi interior había un incendio.

Domingo 20

Por la mañana hicimos la habitual visita al cementerio y, por la tarde, Therese y Johann se empeñaron en dar un tedioso paseo que se alargó hasta la hora de la cena, lo cual me impidió ir a tomar un café para, con suerte, encontrarme con Kahn.

Intenté hablar con los mellizos del incidente entre Wolff y Kahn en la fiesta, pero no llegué a mencionar nombres: tras mi primer comentario sobre la injusticia de que algunos monstruos sean tildados de peligrosos sin serlo, Johann y Therese se enzarzaron en una discusión interminable sobre la posibilidad de que, de hecho, no existan en absoluto «monstruos buenos». Me molestó esa elección de palabras, porque infantilizaba mi postura, de modo que no volví a hablar del tema.

Después de cenar, me consolé releyendo el último poema que me envió Kahn el viernes y traté de escribir otro para enviarle mañana a primera hora. De momento no he conseguido elaborar ninguno que estuviese a la altura, pero no me iré a la cama hasta lograrlo. De todos modos, no tengo sueño y aunque cierre los ojos soy incapaz de dejar la mente en blanco.

Lunes 21

Me ha llegado por correo el primer número del magazín *Espíritu,* que he hojeado con interés. Me ha parecido muy bueno y me gusta la

edición. Con él llegó una nota de Ernestine Kmunke, en la que me habla del moderado éxito que está obteniendo (a ella le sabe a poco, me parece entender; creo que es demasiado exigente) y que ha recibido mucho material para los siguientes números. Lo odia todo (casi toda la nota es una pormenorizada descripción de cada uno de los horrores literarios que le han enviado). Insiste en que el segundo número debe ser igual o mejor que el primero, por lo que debe cuidar mucho la calidad de los textos. Todos los autores que ya han publicado con ella repiten, pero necesita algunos nombres nuevos.

Después de leer la terrible crítica a la obra de los pobres ingenuos que le han hecho llegar su material, no me atrevo a mandarle nada mío.

Martes 22

Poco que comentar de la mañana. Universidad, clases, alguna lectura interesante, nada más.

Por la tarde me pasé por el Café Wagner, como voy teniendo por costumbre. Me encontré en él a Erwin Slokowich, que apartó una silla de su mesa como a regañadientes, pero a la vez sin dejar de mirarme, ansioso por que me sentase con él. Es un hombre extraño y contradictorio. Me gusta que, pese a ello, sea relativamente transparente y deje entrever una vulnerabilidad que la mayor parte de la gente se esfuerza en esconder. Creo que no puede evitar tener ese aire taciturno, que da a entender que no desea acercarse a nadie, pero en el fondo se siente desamparado y deseoso de compañía.

Así que me senté con él. No pude preguntarle si se había animado a publicar alguno de esos textos que escribe y que tanto decía odiar. Tenía unas profundas ojeras y no dejaba de bostezar. Le pregunté la razón: al parecer, hacía unos meses que se había hecho con un perrito para salir de la profunda tristeza que lo embargaba; con tan mala suerte, que en cuanto metió al animal en la habitación que tiene realquilada empezó a tener sueños vívidos en los que muere y el can lo rebana en lonchas para comérselo. Estuvo hablándome de ello un

buen rato, hasta que fueron llegando los demás.

«Llevo semanas sin dormir», se lamentaba Slokowich. «En cuanto cierro los ojos, soy devorado».

Alois Licht nos recitó algunos poemas nuevos. (Me encantaron). Le pregunté cómo va la ópera que iba a hacerse con sus versos; me confirmó que estaba en proceso de producción y que pronto podríamos verla.

Hablando de las artes escénicas, Ida Tornaforte contó que le había surgido la oportunidad de representar una obra suya en el Teatro Imperial. Se trata de un texto completamente escandaloso, que escapa a las normas de decoro y etiqueta de Ciudad Blanca. Al parecer, publicó un fragmento u otro texto (no me enteré bien; en cualquier caso, se trataba de una pieza mucho más comedida) en el *Folletín* y llamó la atención de la señora Wittman, la directora del teatro, y ella en persona le encargó que le escribiese un drama. Lógicamente, cuando nos lo dijo me sentí morir de envidia.

¡Quién pudiera ser un autor del Teatro Imperial!

Entonces llegó Kahn y no recuerdo más de la conversación, no debió decirse nada interesante. En definitiva, fue una velada fabulosa.

Miércoles 23

Kahn ha sido rápido enviándole material a Katharina Klein. Hoy me escribió para decirme que la editora ha aprobado algunos de sus relatos ya y que el primero se publicará mañana. Estoy deseando leerlo, pero él no ha querido pasarme un adelanto, dice que lo tengo que ver impreso.

Al volver a casa de la universidad, encontré una carta muy breve de Ida Tornaforte. Aunque me haya logrado acostumbrar a su presencia en el Café Wagner, casi me da un pasmo al ver su nombre en el sobre.

¡Ida Tornaforte escribiéndome a mí!

(¿Cómo tendría mi dirección? ¿Se la habría dado Kahn? Sentí tanto agradecimiento que tuve deseos de *besarlo*).

La carta era una invitación. Tornaforte había contratado a algunas actrices para leer varias escenas de su posiblemente escandalosa obra de teatro y nos pedía a sus compañeros (mi corazón dio un salto al leer la palabra. ¿Será esta la antesala de la amistad?) que acudiésemos esa tarde como público. Respondí enseguida. Por supuesto que iría.

Ida Tornaforte vive en el Hotel Bellaria, al noroeste de la ciudad. No es un lugar demasiado prestigioso; lo utilizan sobre todo trabajadores de la industria textil o del metal que están de paso, o bien aquellos que no pueden permitirse una habitación de alquiler pero desean evitar las camas por horas. Alojarse en el Bellaria es barato, sobre todo en según qué habitación. Al llegar a la modesta recepción me sorprendió que una escritora que ya ha labrado algo de fama, como Tornaforte, escogiese ese alojamiento y no otro, pero al subir a su habitación me di cuenta de que seguramente era una de las mejores del hotel: en el último piso, las ventanas dejaban entrar bastante luz y, aunque el alfombrado estaba lleno de manchas atemporales y olía a cerrado, la estancia era relativamente grande (al menos, de mayor dimensión de la que se adivinaba en los cuartos contiguos, que eran poco más o menos como armarios). Había una cama doble a un lado, que Tornaforte había empujado contra la esquina para hacer espacio, y un escritorio con una silla y una butaca al otro.

Los espectadores éramos Alois Licht, Erwin Slokowich, Magdalene Ster, Michael Teichergreber, Ernestine Kmunke, la propia Ida Tornaforte y yo. Nos sentamos en la cama, la silla y la butaca; tuve la suerte de hacerme con esta última. Las actrices eran tres, todas ellas del Raimundtheater, que está a solo un par de calles del hotel.

En el último momento, cuando iba a empezar la muestra, llamaron a la puerta. Era Kahn, que llegaba tarde; pidió disculpas y se sentó deprisa a mi lado, en el reposabrazos de la butaca. Me dedicó una mirada fugaz, sin sonreír pero con los ojos brillantes, y después prestó atención a las actrices que comenzaban a declamar. Intenté hacer lo mismo, pero me resultó difícil. Me recosté un poco hacia la derecha para apoyarme ligeramente en él. No pareció molestarle. Mi mejilla contra su costado, su mano relajada cerca de mi hombro, casi, casi

como si estuviese rodeándome con el brazo. Estaba tan cerca que podía olerle la *piel*.

No voy a negar que tuve que contenerme para no agacharme y apoyar la cabeza en sus piernas, en su regazo; un gesto que podría ser de inocencia y confianza, como el de un niño en el regazo de la madre, o de devoción…

Prometo que también, al menos en parte, vi y escuché la obra de teatro. No me pareció mala (tal vez, en esa posición, cualquier cosa me habría gustado, tengo que admitirlo), pero es cierto que se alejaba de lo convencional. Siendo así, resultaba mucho más *interesante* que las últimas que había visto. Al acabar, hablamos sobre ella. Todos estábamos más o menos de acuerdo. Era rara, distinta, provocadora e irreverente: nos agradaba.

—Es… novedosa —describió Magdalene Ster con su amabilidad natural.

—Tremenda —dijo Ernestine Kmunke—. La palabra es «tremenda». Eres un genio, querida, pero a la directora del Imperial no le va a gustar ni un pelo, eso lo sabes tú, lo sé yo y lo saben en Transilvania.

Después bajamos a la cafetería del hotel, estrecha y mohosa, y pasamos lentamente, en el transcurso de la tarde a la noche, del café al alcohol.

Cuando me levanté, tuve que agarrarme a la mesa para tenerme en pie. Los demás se rieron. Cada uno se marchó tambaleándose en una dirección. Ida Tornaforte me ofreció quedarme con ella en el hotel (casi me desmayo y no hubiese sido culpa del alcohol); lo rechacé con amabilidad. Kahn me tendió el brazo y me llevó así hasta la calle, apoyado en él. Mientras caminábamos por la acera, con el frío del aire invernal, el tacto áspero de su abrigo y la firmeza de su paso, no hubo en Ciudad Blanca nadie más feliz que yo.

—Ya no temes arruinar mi carrera —le dije, no sé por qué. Mi respiración condensada ascendió por el aire frío—. Somos amigos.

—Me he resignado a ello, sí —respondió—. ¿Cómo evitarlo si tú has decidido que lo seamos?

Me reí.

—Georg, escribo mejor desde que intento estar a la altura de los

poemas que me envías.

Y entonces él dijo algo que me aturdió:

—Yo también. —Así, en voz baja, como una confesión súbita.

Me detuve. Lo miré. No había soltado su brazo, de modo que tomé también el otro y estábamos en la esquina, frente a frente, bajo uno de los árboles sin hojas, helados de frío y agarrados el uno al otro.

Parecía que fuésemos a bailar.

Me invadió el deseo de hacerlo.

—No dejes de escribirme nunca —pedí.

Él hizo eso con la boca. El fantasma de una sonrisa.

Yo sabía que no hablaba de nuestros escritos, sino de nosotros. Confié en que él también lo supiera.

—Vamos a llevarte a casa, Hugo Holbein de Holbeinsberg —dijo él. Su voz era cálida, suave, impropia de su habitual expresión pálida y desconfiada.

Caminamos juntos por las calles dormidas, alejándonos del humo de los cafés y el bullicio de los restaurantes, de las luces, de la gente. Nosotros dos solos en una ciudad que cada vez era más blanca.

Viernes 25

Esta mañana, oí a los mellizos comentando en la mesa del desayuno la nueva sección de *Slora*, que se titula «¿Quién, si yo gritara, me oiría?» y la firma (¡esto ya lo sabía!) Georg Kahn. Me hizo gracia oír a Johann alabando el relato que se publicaba en este número, hablando de Kahn como si fuese un artista vetusto y distante, en lugar de alguien con quien yo estuve bebiendo esta misma semana y que me trajo a casa agarrado a su brazo. Por otro lado, tuve un extraño presentimiento y un escalofrío al pensar que mi hermano, que no es muy leído pero sabe reconocer cuándo un escrito es bueno, no habría hablado con tanta admiración de aquel relato de haber sabido que su autor es uno de esos monstruos a los que tanto odia.

Sábado 26

La sección de Kahn en *Slora* está teniendo gran éxito. Todo el mundo habla de ella. Por la tarde, lo celebramos en el Café Wagner con los de siempre. Al anochecer, Kahn me dijo que lo habían invitado a una fiesta en el Teatro del Pueblo. Iba a despedirme (con algo de desilusión) de él: ¡mi amigo que se había visto catapultado a la fama, y esta lo separaba de mí!, pero él sacudió la cabeza. Lo que quería era invitarme a que fuera con él.

No ha llegado aún el día en el que rechace ir *de acompañante* de Georg Kahn a una fiesta. Evidentemente, le dije que sí. (Procuré ocultar mi emoción. No aseguro que me saliera demasiado bien).

Fuimos juntos hasta allí, caminando (pero sin agarrarnos del brazo; él no me lo ofreció y yo no me atreví a pedirlo, habría sido extraño. ¿Tal vez sea algo que solo es normal cuando al menos uno de los dos está borracho? Tengo que admitir que desconozco las normas de etiqueta respecto a esto y no creo que sea algo que pueda preguntar a mis principales referentes, es decir, los mellizos; quizá, con tacto, pueda obtener la información de *Fräulein* Lilla). El hombre que atendía la entrada del evento nos anunció al entrar: «¡Los señores Kahn y Holbein!».

Kahn y Holbein.

Señores Kahn y Holbein.

Eso dijo (él, no yo).

No dijo «señor Kahn y señor Holbein», no sé por qué, tampoco sé si es muy relevante, solo que creo que «señores Kahn y Holbein», dicho así, no suena mal.

La fiesta: muy bien, aunque había mucha gente y estuvimos todo el tiempo hablando con otras personas del mundo editorial y del teatro. Interesante, pero poco tiempo a solas con Kahn y, desde luego, no bailamos. Había música y otros invitados sí lo hicieron; nosotros no. De nuevo, él no parecía habérselo planteado siquiera y yo no tuve el valor de sugerirlo. Para mi alegría y mi tranquilidad, él *tampoco* bailó con nadie más. A mí no me lo pidieron, lo cual no es en absoluto una novedad.

Llegué tarde a casa. Los mellizos aún estaban fuera y *Fräulein* Lilla se había ido a dormir, así que tomé una infusión a solas, en el salón, como si fuese el señor de la casa; luego me di un baño largo y, finalmente, me tumbé a escribir en la cama.

Quiero tener una carta lista para enviarle a Kahn a primera hora de la mañana; sé que cuando llegue el cartero traerá una suya para mí.

Domingo 27

El tiempo que Georg Kahn ha sido un autor respetado en nuestra casa ha terminado muy deprisa. Para mi disgusto, hoy vino invitado a comer el señor Wolff, porque al parecer su trabajo está ligado de alguna forma a la Partida de Caza y, por lo tanto, a los mellizos. Lógicamente, a mí no me hace gracia su presencia. Eso no afecta en nada a la decisión de invitarlo; los mellizos no me consultaron y sospecho que de haberlo hecho hubiesen ignorado mi reticencia.

Solo me quedaba una salida:

—Hoy no comeré en casa —anuncié a media mañana, como quien no quiere la cosa—. Tengo otro compromiso.

—Ni hablar. —Therese fue terminante.

—Es de la universidad.

—Entonces, puede esperar al lunes.

Con lo cual me quedé sin modo de escapar y a mediodía me encontré sentado a la mesa con el ministro Wolff al otro lado. Lo había saludado con frialdad (no sé si se dio cuenta) y procuré no dirigirle la palabra. Dio igual. Tampoco él me hablaba a mí, estaba demasiado inmerso en la conversación con los mellizos.

Si me preguntan a mí, la charla era de lo más aburrida. No hablaron de trabajo (menos mal), pero sí de la princesa, la princesa para arriba, la princesa para abajo; y luego el emperador, por aquí, por allá, que si debería hacer esto, que si debería hacer aquello. Me costaba contenerme para no bostezar. La verdad es que no podría importarme menos si el emperador se casa otra vez o no…

—Que el emperador no tenga más hijos podría poner en peligro

una monarquía milenaria —decía mi hermano—. Si a la princesa le sucediese algo…

—No le sucederá nada —replicó Therese—. Lo importante no es que el emperador tenga más hijos, sino que la princesa se case y nos dé un heredero. Ese es el orden natural…

—De hecho —dijo Wolff—, si faltase la princesa, el emperador *sí* tiene posibles sucesores. Por ejemplo, su sobrina Constanze; no solo está emparentada con la realeza de los Dominios del Este, sino también con la prusiana, y tiene amplios conocimientos en el campo militar. Además, su relación con el emperador es excelente, y sus ideas son más afines a las de Su Majestad que las de la princesa…

—Constanze no ha sido educada para gobernar —protestó Therese—, al contrario que la princesa. Sus ideas progresistas no deben ser desestimadas solo por diferir de las de su padre; hay que pensar en una monarquía renovada, que cuente con el apoyo del pueblo…

—La del emperador Franz Leopold ha contado con el apoyo del pueblo —interrumpió Johann— y es progresista entre las monarquías del continente. Es lo que nos protege de una revolución: la figura del emperador como garante de estabilidad, firme, inmutable, mientras el resto del mundo se convulsiona en una sucesión de guerras interminables…

—Eso es lo que digo que debe ser la princesa —insistía mi hermana—; al igual que su padre tuvo que cambiar su perspectiva y adaptarse a las necesidades del mundo moderno, ella…

—No hay ningún mal en plantear a Constanze como una posible candidata al trono —intervino Wolff—; solo en el caso de que sucediera una desgracia, por supuesto. Hay que pensar en el mañana.

Nuestros criados retiraron los últimos platos y trajeron café y postre. Esto era lo único bueno de tener invitados en casa: los pasteles eran especialmente apetitosos.

—Una de las ideas de esa princesa tuya, Therese, es eliminar la Partida de Caza —señaló Johann—. Su postura respecto a los derechos de las provincias tal vez sean debatibles, pero en cuanto a los monstruos…

—Es intolerable —asintió Wolff—. La visión que la princesa tiene

de los monstruos es ingenua y, si me lo permiten, un peligro para todos. La Partida de Caza es lo único que se interpone entre ellos y los ciudadanos; ustedes, precisamente ustedes, son quienes los mantienen a raya. Es necesario reforzar la Partida, no debilitarla.

—Estamos de acuerdo —dijo Therese—, pero eso no quita que el resto de las ideas de la princesa sean buenas.

—Los monstruos están reptando lentamente hacia el corazón de la sociedad, siempre bajo la mirada benevolente del emperador y la princesa —declaró Wolff—. El otro día, sin ir más lejos, tuve que expulsar de un evento privado a uno de ellos, y ahora tiene una sección en *Slora*…

—¿Quién? ¿Georg Kahn? —preguntó Johann.

—El mismo. Uno de los peores. Ustedes no tienen noticia de él porque *aún* no ha causado ningún problema, pero créanme, de aquí a unos meses lo tendrán arrestado. Es una tormenta a punto de desatarse.

Los mellizos cruzaron una mirada. Sé lo que significaba: «Vamos a tener que investigar esto con más detenimiento». Me atraganté con el pastel y tuve que escupirlo en la servilleta.

—¿Estás bien? —preguntó Johann—. A ver —hizo un gesto al servicio—, llévense esto.

Therese se puso en pie.

—Señor Wolff, tenemos unos cigarrillos nacionales excelentes. *Trabucco* —añadió, con una sonrisa—, no como esos *virginia* baratos.

—Los *virginia* son los que fuma el emperador —puntualizó Wolff, depositando la servilleta pulcramente doblada junto a su plato, porque ni siquiera cuando la norma indicaba que había que dejar algo alborotado era él capaz de hacerlo.

—Lo sé —rio ella. Nos guio al salón y repartió los puros. A mí no me lo ofreció siquiera (mejor)—. Hugo, ¿por qué no tocas algo al piano?

Wolff me miró de reojo.

—Su hermano tiene una fibra artística, ¿no es eso?

—Sí, desde siempre —dijo Therese, quiero creer que con una pizca de orgullo—. Hugo ha heredado de nuestros padres habilidades de las

que mi hermano y yo carecemos: escribe con claridad y bellas palabras, habla tres idiomas…

—Y se codea con los nuevos escritores —dijo Wolff con maldad—. ¿No lo vi precisamente con el infame Kahn en la fiesta, señor Holbein?

Mis hermanos estaban atentos a mi respuesta. Johann había fruncido el ceño.

Tomé asiento frente al piano y abrí la tapa.

—Puede ser —respondí con desinterés, aunque me temblaban un poco las manos al colocarlas sobre las teclas—, conozco, como bien dice, a muchos escritores. Soy también un ávido lector.

Y sin agregar nada más, empecé a tocar.

Lunes 28

Esta tarde el Café Wagner estaba demasiado lleno y Kahn, impaciente, apartó el papel repleto de tachones en el que intentaba escribir desde hacía un rato. Suspiró al ponerle el capuchón a la pluma.

—¿Exigen tus nuevas responsabilidades una velocidad de producción imposible? —le preguntó con amable comprensión Michael Teichergreber, desde la otra punta de la mesa.

—Sí —gruñó Kahn—, y mi concentración parece haber decaído.

—El precio del éxito. —Teichergreber se encogió de hombros.

Él debe saberlo bien, dado que su último libro publicado fue bien recibido y sigue proporcionándole reconocimiento dos años después de su salida; aunque todos los presentes sabíamos que su reciente colección de poemas sigue inédita, y que uno de los más importantes editores de los Dominios del Este ha respondido a su manuscrito con una carta seca y concisa en la que le decía que sus versos no valían nada. Una de cal y una de arena, supongo.

Kahn hizo un gesto hacia el cuaderno abierto frente a Michael Teichergreber, en el que tampoco había escrita una sola palabra.

—Deberíamos pensar en irnos a otro sitio. Este escándalo constante será nuestra ruina.

Contuve la risa. El Café Wagner es ruidoso, sí; normalmente somos

nosotros mismos los culpables. Cuando nuestra mesa se llena, hablamos a gritos. Me pareció divertido que Kahn solo fuese sensible al jaleo cuando, por una vez, eran otros los causantes.

—No es por eso —dijo Teichergreber—. Es por amor.

—¿El amor te impide escribir? —pregunté, con sincera curiosidad—. Qué curioso, habría dicho que al contrario, que es inspirador…

—¿Es eso una experiencia personal? —inquirió Kahn.

Lo miré y, durante unos segundos, olvidé cómo se hablaba.

—No —respondí, dueño y señor de mi lengua por fin—, una suposición.

—La vi solo una vez —explicó Michael Teichergreber, con los ojos grandes y sensibles de cachorro mirando al infinito, y el aire distraído que le caracterizaba más notorio que nunca—. Una sola vez y quedé prendado. No sé de ella más que su nombre: Hedwig Ludmilla. No puedo dejar de pensar en ella, pero ¡ay de mí!, sospecho que está prometida a otro…

Un bufido escéptico rompió el romanticismo del momento. Ernestine Kmunke puso los ojos en blanco.

—¿Y qué? Escribe sobre el dolor del corazón roto, entonces. El mal de amores es una fuente universal de creatividad. Que le pregunten a Olga Ulmann y a Bernhardine Beaulieu, si no.

Era cierto. No hay nada como los apasionados y desgarradores poemas románticos de Beaulieu, y también en la lírica ambigua y musical de Ulmann puede percibirse que sus historias de amor no son felices.

—Pues para mí no —se lamentó Michael Teichergreber—. Me duele, más que el corazón, el cerebro. No puedo escribir nada bueno en estas condiciones.

—Ni yo —dijo Kahn, para añadir, en broma—: Es todo culpa de la amada de Michael.

—¡Qué torpeza la suya, la de comprometerse con otro hombre, al que quizás incluso haya visto más de una vez! —exclamó Ernestine Kmunke.

—No tenéis ni idea —sentenció Michael Teichergreber—. Si conociéseis a Hedwig Ludmilla, lo entenderíais.

A continuación, se puso en pie y abandonó el café.

—Se le pasará —afirmó Kmunke, sin preocuparse demasiado.

Tapé mi propia pluma y miré a Kahn.

—Si quieres concentración y silencio, los podrías encontrar en la biblioteca de mi casa —ofrecí, intentando que no se me notase demasiado el nerviosismo.

Él ladeó la cabeza. Me pareció ver lástima en su expresión, como si no le gustase nada la respuesta que me iba a dar, como si lo obligase a enfrentarse a algo que le desagradaba.

—Hugo, no puedo ir a pasar el rato a casa de los Holbein.

Nadie añadió nada. Ni una de las pullas habituales, ni una broma.

Me sentí como un idiota.

Antes de que pudiera responder, Magdalene Ster, ese verdadero ángel de bondad, acudió en mi rescate.

—¿Y qué tal en la mía? —ofreció—. La tengo vacía todas las mañanas —porque ella da clase en la universidad— y la mayor parte de las tardes. Nadie te molestaría, Georg. Y tú estás invitado también, por supuesto, querido Hugo.

Kahn me dirigió esa sonrisa que he aprendido a reconocer en sus ojos.

Martes 29

Por la mañana fui a la universidad, porque necesitaba unas horas para hacerme a la idea de que iba a pasar la tarde en casa de Magdalene Ster, a solas con Kahn. Volví a casa para cambiarme de ropa (dos veces; de un día para otro, todo lo que tenía me sentaba mal y me hacía parecer un crío, un cretino o directamente un adefesio), después me fui andando. La escritora no vive lejos.

Magdalene Ster, tal y como había prometido, estaba ausente. Me abrió la puerta un ama de llaves de sonrisa amable: exactamente el tipo de persona que me imaginaba a Ster contratando. Me esperaba, por lo que mi llegada no despertó ninguna pregunta excepto si quería tomar algo (y así era). La mujer me condujo a la biblioteca y

desapareció por el pasillo para ir a buscar la taza de té que le había pedido.

La estancia era más pequeña que la nuestra, aunque igual de acogedora. Tenía una mesa de madera a un lado, entre las estanterías, y un sofá confidente al otro, cerca de la ventana, con un reposapiés y una bella mesita de madera. Una chimenea pequeña ardía alegremente.

Kahn estaba sentado a la mesa. Alzó la mirada y me saludó con un gesto de la cabeza, sin levantarse.

—Buenas tardes —saludé—. ¿Qué tal se te ha dado?

—Bien —respondió él, satisfecho—. Se está muy bien aquí. ¿Has traído trabajo?

—He traído una idea.

Me senté también. La puerta se abrió, un criado jovencito dejó una tetera y una taza en una bandeja sobre la mesa y se marchó.

El olor de la infusión se mezcló con el del papel y la leña.

Empezamos a escribir, él a un lado de la mesa, yo al otro, haciéndonos compañía sin hablar. Mi corazón cantaba en silencio. Las palabras fluían sobre el papel como un río en el deshielo. Todo era fácil y grato.

Me sentía tan a gusto que me quité los zapatos. Kahn no hizo ningún comentario. Seguimos escribiendo, línea tras línea, página tras página. Las llamas de la chimenea empequeñecieron hasta desaparecer. Instintivamente, busqué con las piernas las de Kahn:

—Qué calentito estás. —Se me escapó con una familiaridad que me avergonzó al instante, una familiaridad que no tengo con nadie, ni siquiera con mis hermanos, ni siquiera con *Fräulein* Lilla.

Él me sonrió. Me sonrió de verdad, con toda la cara. Interpreté (quizá guiado por la esperanza más que por la lógica) que estaba tan cómodo como yo.

—Y tú qué pies más fríos.

—¿Te molesto?

—No.

Así que enredé mis piernas con las suyas, bebí de su calor y de la presión de su cuerpo contra el mío. Por encima de la mesa,

escribíamos sin mirarnos, sin dar muestra de lo atentos que estábamos a la respiración del otro; por debajo, nos abrazábamos…

Entró el criado, volvió a encender la chimenea y se disculpó por haberla descuidado. Le aseguramos que no nos importaba. Preferíamos (aunque ni él ni yo lo dijimos, lo supe) que nos dejase a solas, que ya nos encargaríamos nosotros de combatir el frío.

Chimenea encendida o no, seguimos en la misma postura hasta que, varias horas después, cayó del todo la noche y Kahn se reclinó sobre el respaldo de su asiento. Lo imité. Desenredamos las piernas, aunque mis pies descalzos quedaron apoyados sobre sus zapatos.

Estaba cansado. Me alegré cuando Kahn apartó el papel y la pluma.

—¿Quieres leerme lo que has escrito?

Asentí. Él se puso en pie para ir a sentarse al sofá junto a la ventana, mucho más cerca de las llamas. Agarré las hojas manuscritas por mí y también las que había rellenado él.

—También quiero escucharte a ti.

—Aparecerán en *Slora*.

—Creo que tengo derecho a la primicia.

Me senté a su lado. Erguido, nervioso. Empecé a leer. Él escuchaba, recostado, más relajado de lo que lo había visto nunca. La luz de las llamas danzaba en su mejilla. Cuando terminé, Kahn me regaló algunos comentarios, después alargó la mano hacia sus propios escritos y empezó a leer. Y como si hubiese llegado a casa después de una larga excursión por el monte, mis músculos se volvieron de trapo y subí los pies al sofá. Me acurruqué a su lado, escuchándolo, mi respiración se volvió profunda y pensé que aquella era una de las únicas veces en mi vida en las que estaba precisamente donde debía estar.

—Van a gustar —dictaminé cuando terminó.

A media voz, porque estábamos demasiado cerca como para alzarla, hablamos sobre sus textos. Y poco a poco, ¿cómo sucedió?, él ocupó más espacio en el sofá y yo me plegué sobre él, y tenía la cabeza cerca de su hombro, cerca de su pecho, y él me estaba rodeando con el brazo, y encajábamos como una puerta y su marco,

como si nos hubiesen fabricado a la vez, a medida; y me pregunté cómo había estado tanto tiempo separado de aquella parte tan esencial de mi existencia.

—¿Cómo no he venido aquí antes? —pregunté en voz baja.

Y no sé si él entendió a lo que me refería o si creyó que hablaba de la casa de Magdalene Ster, pero respondió en el mismo tono:

—Supongo que a veces uno tarda en encontrar su hueco en el mundo.

Quise decir mil cosas y no hallé en mis pulmones el aire ni el valor suficiente.

Alargué la mano para alcanzar mi pluma, que reposaba sobre el fajo de pliegos manuscritos, y le quité el capuchón. Apoyé una de las hojas de papel en las rodillas de Kahn, con la cara escrita hacia abajo, y empecé a escribir. Él leyó por encima de mi cabeza.

Si intentase reproducir aquí el contenido exacto de aquella obra improvisada no le haría justicia. Da igual. Lo importante es que era (innegablemente) un poema de amor.

No. Una estrofa de amor a la que le faltaba el último verso, eso es lo que escribí. Y entonces Kahn, en un susurro, casi a mi oído, me sugirió cómo seguir, y yo lo escribí, y así fuimos, uno y otro, olvidando qué palabra era de cada uno, completando los pensamientos del otro hasta terminar. Seguimos, cambiamos detalles, pulimos el ritmo y la rima; sincronizados, juntos, con la confianza de que hablábamos de lo mismo y los dos sabíamos lo que queríamos decir.

El resultado, un poema sincero pero lo bastante velado como para que nadie más que nosotros entendiésemos todo lo que implicaba, me gustó *mucho*. A Kahn también.

—¿Me lo puedo quedar?

Me dio igual que hubiese un texto mío en el reverso.

—Sí.

Nos arrullaban las llamas. Deseé que no se apagasen nunca (para que no tuviese que entrar el criado a avivarlas). Nadie debía interrumpir aquel momento, estaba destinado a ser eterno.

—Esto es muy distinto a todo lo que escribo —dijo Kahn—. Y también a ese primer poema tuyo que leí sobre el beso.

Me sonrojé, no sé si por el calor del fuego o por qué.

—He mejorado desde que sé algo más acerca del tema —murmuré.

Se me ocurrió que aún podía seguir aprendiendo, quise preguntarle si no quería volver a besarme, solo para contrastar, por el bien de las letras, un objetivo superior a nosotros dos; pero no me atreví y él no me lo ofreció.

No hablamos más. Él porque no quiso. Yo porque los dedos de su mano izquierda se habían enredado en mi cabello y jugaban con los bucles. Las yemas, de vez en cuando, rozaban mi piel y, para mi vergüenza, yo me estremecía (espero que él no se diese cuenta). Imaginé por un momento que ese beso del que ninguno de los dos hablaba era deseado por ambos, y acaricié esa fantasía igual que él me acariciaba a mí.

Permanecimos así minutos, horas, no lo sé; hasta que oímos que la puerta principal se abría y Magdalene Ster volvía a su casa.

Harshmond

(Mes del frío)

Jueves 1

Invertí toda la tarde en el Café Wagner, esperando a Kahn, que no apareció. Lo pasé fatal, convencido de que él estaba en la biblioteca de Magdalene Ster, quizás esperándome, y sin atreverme a presentarme allí por las buenas, sin una invitación expresa.

Por otro lado, la conversación en el café no era demasiado animada. El único que tenía algo que contar parecía ser Michael Teichergreber, que seguía embobado con su amada Hedwig Ludmilla y había decidido escribirle un poema con la esperanza de ganarse su corazón (y que dejase a su prometido, imagino).

—Me han ofrecido un trabajillo en uno de los teatros al norte de la ciudad —explicó pero lo he rechazado. Quiero dedicarme completamente al poema, poner en él toda mi alma. Debe ser arrebatador, fulminante… me juego la vida…

Me sorprendió su decisión, porque hasta ese momento Teichergreber me había parecido un hombre ambicioso, con interés en un empleo dentro del ámbito cultural. Me pregunté si en favor de su amada y su poema también habría descartado un puesto más jugoso, como asesor cultural al servicio del emperador, por ejemplo, pero me contuve para no darle cuerda al tema. Teichergreber parecía muy inquieto, como si esperase la llegada inminente de alguien del teatro para obligarlo a comparecer en el trabajo o, aún peor, de su amada en persona (lo cual tal vez lo hubiera obligado a desmayarse de la impresión).

Por suerte, en ese momento quienes cruzaron la puerta del café

fueron Ida Tornaforte y Magdalene Ster. Me adelanté en mi asiento, esperando la oportunidad para preguntar si Georg Kahn estaba en su casa (y, tal vez, aprovechar para despedirme e ir a su encuentro), pero esta no llegó, porque las dos escritoras estaban inmersas en una charla que trasladaron a la mesa.

—En definitiva —dijo Ida Tornaforte—, reescribí las primeras escenas de mi obra de teatro para hacerla más «modosita». Pese a vuestras buenas críticas, temía que fuese absolutamente inconcebible que la directora del Teatro Imperial la aceptase.

—¿Se la has enviado ya?

—Sí, y creo que acerté en mi predicción, porque la respuesta de la señora Wittman ha sido un poco decepcionante. No la odia, ¡menos mal!, pero digamos que ha mostrado solo un moderado entusiasmo… Accede a seguir adelante con el encargo, reservándose, eso sí, el derecho a estrenarla o no, a decidir cuando la obra esté terminada…

—Pero ¿te paga por escribir el drama o no? —Ernestine Kmunke tenía las ideas claras.

—Sí, claro.

—Pues ya está. Lo otro, ya se verá.

Magdalene Ster agradeció con una sonrisa al camarero que, grave y circunspecto, había dejado frente a ella una bandeja con una taza de café y un vasito de agua. Solo después se volvió hacia nosotros, con la taza entre las manos.

—Desde luego, el dinero es un motivo poderoso para plegarse a lo que desee el teatro o la editorial o lo que sea —señaló—, pero tengo que admitir que hay veces que no es suficiente para paliar el disgusto…

—¿A qué te refieres? —Ernestine Kmuke frunció el ceño—. ¿Estás lamentándote *otra vez* porque aquel editor te dijo que el manuscrito que le enviaste es tan bueno que no parece tuyo?

Algunos se rieron.

—No —respondió Ster, para inmediatamente corregirse—: Sí, aunque no es por esa grosería *en sí*, sino porque lo he pensado y es cierto que no parece mío. Es duro, fosco, desagradable. A mí no me gusta escribir así, yo escribo…

—Ingenuo —completó Michael Teichergreber.

—Dulzón —propuso Ida Tornaforte, con buena intención.

—Blando —disparó Ernestine Kmunke.

—¡Escribo lo que me da la santa gana escribir! —exclamó Magdalene Ster, enfadada—. Y ya puede ofrecerme todo el dinero del mundo, que…

—¿De cuánto estamos hablando? —preguntó Ernestine Kmunke—. ¿Cuánto te ha ofrecido? —Y cuando Ster dijo la cifra, ella silbó—. Hija, pues si yo fuese tú le diría que sí de cabeza. ¿Qué vas a hacer con ello si no? ¿Quemarlo?

—Tal vez —bufó Magdalene Ster—, si no me hace ilusión publicarlo, si no quiero que se me relacione con ese escrito… La cifra da igual… ¡A mí no se me puede comprar y punto!

Vi el hambre en los ojos de Erwin Slokowich, que no había pronunciado palabra en toda la conversación, en Michael Teichergreber, que aunque era de buena familia necesitaba publicar algo cuanto antes, e incluso en Ida Tornaforte, que pese a su éxito literario, no nadaba en oro.

Me pregunté si yo mismo, aunque no me faltara nada, vendería con alegría una obra que, aunque no me convenciera, otro quisiera publicar.

—Magdalene, querida —dijo Ida Tornaforte—, se te ha hecho una crítica, o una sugerencia, lo que quieras, tú has cambiado acordemente tu forma de crear ¡y te ha ido bien! ¡Te han alabado por ello! No entiendo por qué te enfadas, bonita.

—No me enfado —protestó ella, aunque era obvio que mentía—. Solo digo que igual que podéis opinar sobre lo que escribo, yo puedo decidir lo que me venga en gana, y que si me gusta que mis libros no sean duros ni útiles para nada, sino suaves y agradables, pues lo haré…

—Y bien que haces… —replicó Tornaforte.

—Mira —dijo Ernestine Kmunke—, yo solo digo que si tanto te molestó que te dijeran que escribes «blandito», será por algo.

Entonces Magdalene Ster, que había dejado la taza sobre la mesa y se había puesto en pie, se dio la vuelta y se marchó.

—Se le pasará —dijo Kmunke, exactamente igual que hizo cuando Michael Teichergreber abandonó molesto el café hace poco, y los hechos demuestran que tuvo razón, por lo que no había motivo de preocupación en este caso. Estaba claro que a la bienhumorada Magdalene Ster no le duraría mucho el enojo.

Por otro lado, suspiré y volví a reclinarme en el asiento. No había tenido oportunidad de preguntarle por Kahn.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Ida Tornaforte.

Di un respingo, pero la pregunta no me la dirigía a mí, sino a Erwin Slokowich, que daba cabezadas sobre la mesa.

—Lo siento —murmuró—. Me muero de sueño. No puedo pegar ojo; en cuanto lo hago, el perro me devora en sueños. Además, se ha subido a mi cama y me gruñe…

—¿En sueños?

—No, en la realidad… Y no sé cómo bajarlo, he pasado la noche en la silla…

Michael Teichergreber empujó la taza de café que había dejado Magdalene Ster y Slokowich se la bebió de un trago. Entonces, Ida Tornaforte se puso en pie.

—Vamos a poner coto a esto.

Así que pagamos y nos fuimos todos, en tranvía (por primera vez para mí) a las afueras de la ciudad, donde Slokowich vive en una habitación alquilada con una cocinita en una esquina. En ella estaba el perro, un animal de tamaño mediano, color canela y de pelo largo y mugriento. La peste era insoportable.

—Es normal que esté hecho una fiera —dijo Ernestine Kmunke—. Yo también lo estaría. De hecho, empiezo a estarlo. Será mejor que espere fuera.

Los demás entraron. Habría querido seguirlos, pero fui incapaz. Me quedé en el tenebroso recibidor, con Slokowich, y los oí hablar con amabilidad al perro. Al cabo de un rato, salieron. El animal iba pacíficamente enroscado entre los brazos de Michael Teichergreber.

—Conmigo es un demonio —aseguró Slokowich—. ¿Qué voy a hacer?

—Quedarte —dijo Ida Tornaforte—. Y limpiar este desastre.

Salimos a la calle. Teichergreber dejó al perro en el suelo; correteó a nuestro lado, encantado de estar al aire libre. Parecía un animal simpático, y Ernestine Kmunke anunció que se lo llevaría ella misma a casa.

Tomé un *fiaker* para regresar. Aún era pronto, por lo que me metí en la biblioteca y escribí una carta a Magdalene Ster. Me siento mal por el episodio en el Café Wagner, espero que no esté muy disgustada; y también querría saber si Kahn y yo podríamos volver a instalarnos a escribir en su biblioteca (esto me pareció que quedaba feo en la carta, por lo que lo taché y empecé de nuevo en un pliego limpio).

Viernes 2

Ha sido un día extraordinario. Me levanté tarde, tanto que decidí no ir a la universidad. Estaba perezoso y me hubiese quedado en la cama parte de la mañana de no haber entrado *Fräulein* Lilla en mi cuarto sin llamar, un crimen que hacía años que no cometía, desde que yo era un niño y era ella la que me levantaba con su canción de buenos días. Esta vez no venía cantando, sino muy emocionada y agitando el ejemplar de hoy de *Slora*.

Tardé en entender qué era lo que intentaba decirme:

¡Mi nombre salía en el periódico!

En su sección, Kahn había publicado nuestro poema, *nuestro* poema, el que escribimos arrebujados (me da vergüenza y se me acelera el pulso solo de acordarme; nunca he estado tan cerca de nadie *en mi vida*, que yo recuerde) en el sofá de la biblioteca de Magdalene Ster.

Lo ha titulado *Tú y yo*.

Dios mío. Lo leí una y otra vez, deprisa, volando sobre los versos que ya conocía y deteniéndome en el título y en la firma, porque como autores figurábamos «Holbein y Kahn», así, dos nombres convertidos en uno, enlazados, de forma definitiva y oficial, impresos en tinta sobre papel en una publicación de tirada nacional.

Fräulein Lilla me ha llevado en brazos (hay una fotografía que lo

demuestra; yo debía tener dos o tres años), pero no recuerdo que me haya abrazado nunca. Tampoco lo hizo hoy. Sin embargo, me puso una mano temblorosa y llena de manchas en el hombro, y la otra, muy suave, en la mejilla, y me dijo: «Estoy muy orgullosa, Hugo». Y yo, como si volviese a ser el bebé de la fotografía, me eché a llorar.

Un rato después, repuesto, lavado y vestido, salí a la calle para hacerme con cinco copias más de *Slora.* Las llevé de vuelta a casa como mi primer (y único) trofeo de caza. A la hora del almuerzo, se las mostré a Johann, que volvió para comer, y él me apartó sin mirar.

—Lo he visto ya —me dijo, con el ceño fruncido—. Hugo, ¿has escrito tú ese poema? ¿Por qué lo ha publicado ese hombre?

—¿Por qué te importa tanto? —repliqué, a la defensiva—. Hace una semana, su relato te parecía una maravilla.

—Tú también oíste a Wolff —me recordó—. Y lo que dijo es verdad. Therese y yo escuchamos su advertencia y estamos vigilando a Kahn de cerca. No quiero que te relaciones con él.

Me crucé de brazos.

—¿Por qué no puedes alegrarte por mí?

—Hugo, no seas *obtuso*. Me has entendido perfectamente.

—Te he entendido, pero no estoy de acuerdo. Conozco a Kahn más que tú.

—¿Dónde lo has conocido? ¿Qué sabes de él?

Su tono había cambiado. En lugar de un hermano mayor molesto, era de pronto un cazador siguiendo una pista. Callé, horrorizado.

—En un evento literario —reculé a toda velocidad, respondiendo con deliberada vaguedad—, no recuerdo en qué librería, fue hace tiempo. Tampoco lo he visto *tantas* veces, pero he leído sus libros, que es la forma más sincera de conocer a un autor…

Perdí su interés de inmediato.

—A partir de ahora, si entra en una librería o un café o lo que sea donde estés tú, te pones en pie y sales enseguida. Y vienes a decírmelo.

—Sí, está bien. —Me separé de él, llevándome el periódico conmigo.

—¿Lo harás o no?

—Que sí.

Pasé la tarde respondiendo las cartas que acababan de llegar: amigos y conocidos que, estoy seguro, jamás me habían leído antes, me felicitaban por el poema. Me di cuenta de que, hasta ahora, conocía personalmente a mucha gente del ámbito literario pero muy poca me tomaba en serio (¿quizá por ser joven?). La colaboración con Kahn en *Slora* ha abierto una puerta: por primera vez, *me leen*.

Una de las cartas era de Magdalene Ster: en su habitual espíritu conciliador, quitaba importancia al enfrentamiento de ayer en el café y me agradecía mi preocupación; aprovechaba para darme la enhorabuena por haber aparecido en el periódico («Espero que esto sea un primer paso para poder ver, dentro de poco, una de tus obras en el *Folletín*») y se asombraba de que Kahn («A quien siempre he considerado tan independiente, casi huraño») y yo hubiéramos escrito juntos. «Si el resultado son textos tan logrados, *tenéis* que volver a reuniros en mi biblioteca, es un verdadero placer para mí leeros». ¡Y eso que no le había preguntado al respecto, lo ha agregado por iniciativa propia! Magdalente Ster es verdaderamente una persona muy generosa y considerada. Cuánto me alegro de conocerla.

(Y espero que a Kahn le apetezca volver a pasar una tarde o más en su biblioteca).

En cuanto cayó la tarde, fui directo al Café Wagner, con la esperanza de encontrar al «yo» de *Tú y yo*. Me recibió el grupo entero: Ernestine Kmunke, Erwin Slokowich, Magdalene Ster, Teichergreber, Ida Tornaforte y Alois Licht, todos ellos dispuestos a darme la mano, a felicitarme y a comentar el poema.

(¡Me han felicitado *Alois Licht e Ida Tornaforte*! No sé si me siento morir o si he respirado hoy por primera vez).

Creo que había en ellos algo de curiosidad también, como si quisieran saber la historia tras el poema, si se lo habíamos dedicado a alguien y qué nos había llevado a querer escribirlo a cuatro manos. Sin embargo, ninguno preguntó directamente.

Kahn llegó un poco más tarde y se encontró con el mismo recibimiento; además, lo esperaba yo, que me puse en pie y aguardé a que él se acercara a mí. Se detuvo en frente, me miró, serio, se quitó

de la boca esa pipa apagada que lleva siempre encima, con la boquilla mordisqueada, e hizo eso con los labios, esa sonrisa que no es una sonrisa.

Y yo dije:

—*Tú y yo*.

Y él dijo:

—Eso es.

Y yo dije:

—Gracias.

Y no dijimos nada más. Será que cuando estás tan acostumbrado a elegir las palabras precisas eres muy consciente de cuándo son innecesarias.

Lunes 5

A lo largo del fin de semana he recibido cartas y más cartas, no dirigidas a mí, sino a «Hugo Holbein y Georg Kahn». Imagino que, al no saber dónde reside Kahn, la gente me escribe en representación de los dos (no es difícil averiguar las señas de alguien que se apellide Holbein). Me pregunto si también enviarán cartas a la redacción de *Slora* y, en ese caso, qué dirán.

Las he leído todas, pero son tantas que resulta imposible responder y, además, no sé qué decirles más allá de expresar mi agradecimiento. Por las tardes, las he llevado cada día al café para entregárselas a Kahn y que también él pueda echarles un vistazo (¿lo hará? No lo sé). He conservado los sobres, porque me embarga una emoción indescriptible cuando leo en ellos mi nombre y el de Kahn uno junto al otro. Son una infinidad de sobres apretujados en un cajón de mi cuarto, que puedo sacar y desperdigar sobre la cama siempre que quiera.

Los mellizos han visto las cartas y su suspicacia ha crecido. No han leído el poema (que yo sepa; no han comentado nada al respecto). He procurado no sacar el tema ni demostrar mucho interés por la correspondencia, como si fuese un fenómeno eventual que no me

afectase en absoluto. *Me escriben porque he aparecido en un periódico, el nombre de Kahn aparece en el sobre porque él es el encargado de esa sección, no tengo nada que ver en ello.* No sé si los mellizos han interpretado así mi actitud ni si se lo han tragado, pero al menos no han hecho de las cartas un problema.

Sí han empezado a interesarse excesivamente por lo que hago; a dónde voy, con qué fin, a qué gente voy a ver. Les miento con naturalidad. Les digo que voy a esta o aquella librería, que me quiero reunir con este o aquel escritor. Me invento los nombres de los sitios y de la gente que supuestamente visito, para que ellos no puedan indagar más allá, que nadie pueda desmentir mi historia…

Salgo con precaución, evito viajar en los coches de mi familia (estoy convencido de que los cocheros les dirían a los mellizos a dónde voy) y en lugar de eso camino, doy mil vueltas y subo y bajo del tranvía para dar rodeos. Conozco Ciudad Blanca mejor que antes, aunque peor que los mellizos, y por eso debo poner todo mi esfuerzo en volverme ilocalizable. Solo cuando estoy seguro de que nadie me sigue, entro en el Café Wagner.

Mi vida se ha vuelto muy emocionante.

Espero que esta semana a Kahn le apetezca ir a la biblioteca de Magdalene Ster; yo no se lo he propuesto aún, confío en que me diga algo él.

Miércoles 7

Esta tarde, encontré a Kahn solo en el Café Wagner. Por un lado me alegré, porque siempre estoy esperando la ocasión de disfrutar de su compañía a solas; por otro, aquello me privaba de una oportunidad para sugerir irnos a un lugar más tranquilo (como la biblioteca de Magdalene Ster, que sigue ahí, esperándonos, con su chimenea y sus rincones acogedores en los que acurrucarse; no ir es un desperdicio, casi una falta de respeto). Así que nos quedamos en el café, junto a la ventana, cada uno a un lado de la mesa, y en público no me atreví a arrimar mis piernas a las suyas.

(¿Le habría parecido mal a él? No lo sé).

Kahn me contó que hoy era la boda de la escritora Rudolfine Trummer, a quien lógicamente yo conozco de sobra por haberla leído (y tengo uno de sus libros firmado), pero con la que no he tenido el placer de hablar en persona. Al parecer, es amiga de Tornaforte y los demás, y ese era el motivo por el que todos ellos faltaban en el café.

—¿A ti no te ha invitado?

Kahn se encogió de hombros.

—No se lo tengo en cuenta.

No le creí. Tampoco indagué más, ¿para qué?

Escribimos durante horas sin que nadie nos molestase. El camarero se había recogido, imagino que contaba con que le daríamos una voz si necesitábamos algo. No había nadie más que nosotros en el café, las luces eran tenues excepto la de la lámpara que había pegada a nuestra mesa y, en el exterior, había caído la noche.

Entonces, Kahn me enseñó el relato en el que había estado trabajando. Un recuerdo de infancia, la reverberación de los tambores en el pecho, la pérdida y la culpa. Una mañana de invierno, una misa, líneas que se sucedían como una canción. Un final ambiguo, de esperanza escondida en la melancolía. Me pareció que sus palabras estaban desnudas, como si les faltase la capa de pintura con la que se cubren normalmente. Me gustó, aunque me dejó vacío y sin palabras.

Quise preguntarle si aquel relato era sobre sí mismo. Quise preguntarle por su familia. Quise que me contase quiénes eran esos fantasmas que lo seguían a todas partes. No pude. Un trueno rompió la paz del cielo de aquella tarde, personificado en la mujer pelirroja a la que había visto marcharse con Kahn de la presentación de su libro.

Entró en el café embistiendo la puerta, con un escándalo de cristales y metal cuando una hilera de vasos cayó al suelo empujada por ella y la mesa de los periódicos se volcó desperdigando toda su carga. El camarero se asomó con una queja en los labios, pero la mujer gritó:

—¡Métase dentro inmediatamente! —Y como el peligro habitaba cada una de las sílabas que ella había pronunciado, él se retiró a la cocina y cerró la puerta.

Me hubiese gustado poder refugiarme también yo en alguna parte. Como no podía, me quedé helado en el sitio, con el corazón a punto de salírseme por la boca, mientras Kahn se ponía en pie:

—Marianne —llamó, alerta pero contenido, con una serenidad que parecía a punto de quebrarse en tantos pedazos como los vasos de cristal—, ¿qué ha pasado?

—Tenemos que escondernos *ahora* —declaró ella.

Así que él apartó la mesa, que se me clavó en la barriga y me dejó sin aire, y después pasó a mi lado y, para mi sorpresa, me levantó por los hombros, y me obligó a caminar con él a través de la sala, hasta meternos detrás de la barra. En lugar de tocar la puerta de la cocina, escogió una más estrecha, que llevaba a un cuarto pequeño en el que se almacenaban manteles y servilletas. Sin dudarlo, Kahn abrió uno de los armarios y volcó su contenido, sacando las baldas enteras, en un gran baúl de mimbre que había junto a la ventana. La mujer empezó a ayudarlo. En unos segundos, habían vaciado el armario; ella cerró el baúl y entre los dos escondieron las baldas, ahora vacías, tras el mueble.

—Hugo. —Kahn tiró de mí.

Entré en el armario, ellos conmigo. La mujer cerró las puertas. Un hilo de luz se colaba por la rendija.

—¿Te seguían de cerca? —preguntó Kahn.

—Los despisté, pero no tardarán en encontrarme —respondió ella—. Me acerqué porque pensé que, si me perdían del todo, vendrían a por ti.

—¿Quiénes? —susurré.

—La Jauría —dijo ella.

La Jauría. La forma despectiva de referirse a la Partida de Caza del Emperador que capitanean mis hermanos. Me tragué aquella respuesta como una pastilla demasiado grande, de esas que se quedan atascadas en la garganta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kahn. Y para mi inquietud, añadió—: ¿Te has *transformado*?

Ella bufó.

—No.

No hubo tiempo para dar más explicaciones. Un estruendo nos sobresaltó. Kahn, apoyado en el fondo del armario, me rodeó instintivamente con los brazos. Quise gritar. Me contuve. A nuestro lado, tensa como un felino escondido entre la hierba, Marianne escuchaba atenta a lo que sucedía en el exterior: al menos dos personas habían entrado en el café y lo registraban. Oí sus voces ahogadas por las paredes, preguntas, respuestas, no podía distinguir las palabras. Otra voz. El camarero había salido de la cocina, aunque seguía tras la barra, cerca de nosotros.

«No lo sé», dijo. «Se habrán marchado corriendo. ¿A mí quién me pagará este destrozo?».

Noté que Marianne había levantado las dos manos hasta la altura de la barbilla y se enroscaba el cabello rojo en los nudillos, dándole tirones. Le faltaban dos dedos de la derecha; clavé los ojos en los desagradables muñones.

Alguien entró en el cuarto de los armarios, caminó frente al nuestro: su sombra bloqueó la luz que entraba por la rendija. Me quedé sin respiración. Tenía la cara pegada al pecho de Kahn, lo que me permitió notar que también él contenía el aliento. Y al mirarlo, en la penumbra del interior del armario, descubrí algo más: le salían sombras por los ojos, por la nariz, por la boca entreabierta.

El terror se me clavó entre los pulmones como una estaca.

No podía emitir un solo ruido ni permitir que lo hiciese él… o nos encontrarían.

Lo admito. Lo pensé. Pensé en abrir la puerta del armario, en jurar que era un rehén, en dejar que Marianne se enfrentase a sus problemas y Kahn a sus demonios. A mí me protegía ser un Holbein, aquella guerra no era contra mí.

Lo pensé y tomé una decisión.

Levanté las manos. Mis dedos reptaron por su torso, por su cuello. Agarré sus mejillas, ignoré las sombras que se desparramaban por su rostro, desfigurándolo, y que me trepaban por el dorso de las manos, por los brazos. Encajada entre la puerta y nosotros, Marianne no podía moverse sin provocar un desastre, y me observaba en un silencio horrorizado.

Lo obligué a mirarme.

Georg, por favor, Georg. Llamé sin hablar. *Georg querido, quédate conmigo, fíjate en mí, mírame.*

Y él me miró, y yo pensé: *Te he visto controlar esto antes.*

Las sombras me tocaron la cara. Buscaban la forma de entrar. No solté a Kahn, no intenté deshacerme de ellas. Respiré profundamente. Y él hizo lo mismo. Respiró conmigo. Silenciosos, conscientes. Controlando la velocidad, evitando que se nos escapase un suspiro o un jadeo. Respiramos y el aire entraba y salía, y los pasos se alejaban y la puerta se cerraba de nuevo y el aire entraba y salía y las voces regresaron y se fueron otra vez.

Vi cómo las sombras retrocedían. Vi cómo se retorcían para no volver a ser aspiradas por Kahn, y cómo él las obligaba a desaparecer por su boca, por sus ojos.

Hasta que no hubo sombras ni guardias de la Partida de Caza, solo nosotros tres, escondidos.

Marianne abrió la puerta del armario y salió. Ayudó a Kahn a poner los pies en el suelo, luego él se derrumbó y quedó sentado en el armario, conmigo entre las piernas. Me quité de en medio, me agaché a su lado. Ella también.

—Querido mío —susurró—. ¿Estás bien?

Él asintió. No me perdía de vista.

—¿Se han ido?

Ella me lanzó una mirada llena de curiosidad cautelosa.

—Creo que sí —dijo, aún en voz baja.

—He estado a punto de hacer algo espantoso —se lamentó Kahn.

—No —rechazó ella—. Georg, las has contenido muy bien. Nunca te había visto… —No terminó la frase.

—¿Por qué te perseguían? —pregunté.

Estaba enfadado, lo admito. Porque quizá fuera cierto que ella había venido a advertirnos, puede que fuera verdad que la Partida de Caza hubiese perseguido a Kahn por vincularlo a ella o lo que fuese. No lo sé. Pero desde mi perspectiva era ella la que nos había puesto en peligro a los dos, porque habíamos estado muy tranquilos hasta que apareció.

—Porque querían —replicó ella, con algo de brusquedad—, llevan buscando la oportunidad mucho tiempo y, como no se la doy, la han creado ellos. Me han agredido y en mi defensa han encontrado una excusa… —Se llevó las manos a la cara—. Dios mío. No puedo. No puedo ni siquiera pensar. *Saben* que haciendo esto nos quitan la menor oportunidad de mejorar la situación. Es imposible hacer planes a medio plazo mientras peligra nuestra seguridad inmediata.

—No creo… —empecé.

—Hugo —me interrumpió Kahn en un murmullo—. A mí también llevan mucho tiempo buscándome las cosquillas. Nos presionan hasta que estallamos.

—El emperador no permite que nos hagan nada, salvo que seamos un peligro —dijo Marianne con amargura—, y ellos se encargan de convertirnos en uno.

Kahn respiró hondo y vi cómo sus hombros bajaban al exhalar y parecía volverse un palmo más pequeño y más flaco. Sentí un nudo en la garganta.

—Quizá lo seamos —musitó. Marianne fue a protestar, pero él no se lo permitió—. No me refiero a eso. Me refiero… —Volvió a mirarme—. Hugo, te advertí que sería un lastre para ti, un obstáculo en tu carrera… y permití que ignorases lo que te decía, pero si está en juego más que eso, tengo que decirte que…

—Sí —le corté—. Sí, lo sé. He podido verlo, ¿no? He visto las sombras. —Él se estremeció cuando pronuncié la palabra. Marianne tragó saliva, no intervino—. Dos veces ya. Y no me has visto irme, ¿verdad?

En aquel momento, ceder era impensable.

—Te estoy pidiendo…

—No lo quiero escuchar. Georg, *yo* estoy bien. Eres tú el que está en peligro —me permití lanzar una mirada de reojo a Marianne y me pareció ver aprobación en sus ojos oscuros—, no yo. ¿Y qué clase de amigo sería si te dejase solo cuando estás en peligro?

Él sonrió de medio lado. Una sonrisa triste, que me hizo pensar que prefería la suya contenida, alegre aunque imperceptible.

—De esto no me puedes salvar.

—No, pero puedo acompañarte.

Le rocé con los dedos el dorso de la mano. Él no dijo nada ni me apartó; al contrario, le dio la vuelta para poder apretar la mía.

Marianne se puso en pie.

—Tenemos que irnos de aquí.

El camarero nos esperaba tras la barra. No nos dirigió la palabra; no hizo falta. Supe leer su expresión y su postura: esta ha sido la última vez que pasaremos la tarde en el Café Wagner.

Viernes 9

No vi ayer a Kahn, pero por la tarde recibí un mensaje suyo: «Café Hagel». Sin firmar; una precaución razonable, porque los mellizos están muy atentos y Johann, al notar tal vez mi alegría al recibirla, me interrogó respecto a la nota y exigió verla. No quise dársela. Esto llevó a una discusión tensa en la que acabé preguntándole si acaso me estaba investigando a mí también la Partida de Caza.

—Sabes bien tras quién vamos nosotros —replicó él.

No me pude contener.

—Tras unos pocos monstruos temibles y otros tantos inocentes, me parece a mí. ¿No disteis caza hace poco a una mujer pelirroja? ¿Qué había hecho para merecerlo?

Johann se puso hecho una fiera. Con el rostro enrojecido, gritó tan fuerte que alarmó a los criados.

—¿Tú qué sabes de eso? ¿Tienes idea acaso de la bestia que se esconde en esa mujer?

No quise decirle nada, considerando que ya había hablado demasiado. Él me zarandeó, me habló en tono furibundo y, después, más calmado. No consiguió obtener nada más de mí, dado que no he decidido todavía si le creo a él o a Marianne. Si fuese más fácil hablar con Johann, le habría preguntado por Kahn, pero no me atreví. Por un lado, temo que mi hermano me demuestre que Kahn merece ser perseguido y que es una criatura abominable (¿cómo iba a vivir yo si esto fuese así?); por otro, llamar la atención sobre Kahn podría

ponerlo en peligro.

En cuanto Johann me dejó en paz, tiré la nota a la chimenea y me fui a vestir.

El Café Hagel está también en el centro, en la esquina luminosa de una plaza arbolada. Pese a que sus paredes están llenas de ventanales, el interior se las apaña para ser relativamente oscuro. Varias mesitas de mármol se arrejuntan contra las paredes, rodeadas por sillones acolchados de color verde y sillas tapizadas en el mismo tono. El suelo, de largas tablas de madera oscura, conduce al centro de la sala, donde preside una gran mesa cubierta de periódicos, en un lugar mucho más respetable que la mesita del Café Wagner, con la que uno se topa nada más cruzar la puerta. La barra es elegante y espaciosa. Hay menos mesas que en otros cafés, lo que resulta en una estancia menos atestada.

Ernestine Kmunke, Magdalene Ster, Alois Licht y Georg Kahn habían ocupado una de las mesas junto a las ventanas, con gran naturalidad, como si hubiesen estado reuniéndose allí durante los últimos años. Me recibieron sin aspavientos ni asombro. Todos actuaban como si no acabásemos de vivir un traslado forzado de cuartel general por culpa del ataque de la Partida de Caza.

—¿Cómo estás? —pregunté a Magdalene Ster, a quien desde hace unas semanas tengo especial cariño—. ¿Al final has descartado esa última obra que escribiste, la que el editor alabó por ser tan dura?

Sabía que era un tema delicado, y por eso no esperaba que ella sonriese de oreja a oreja.

—No —replicó alegremente—, la he vendido. La publicaré con pseudónimo… Así que —su sonrisa se volvió aún más luminosa— puedo invitaros hoy a lo que queráis. Siempre y cuando no volváis a darme la lata con que debería cambiar mi forma de escribir…

—¡Faltaría más! —Kmunke se encogió de hombros—. Hacen tanta falta tus historias en las que todo está bien como las mías en las que todo está mal…

Un joven, que como mucho cursaría bachillerato (y no creo, parecía aún menor), se acercó a nosotros con gran timidez y un pedazo de papel en la mano.

—¿Usted es Georg Kahn? Leo su sección en *Slora* —dijo, para la diversión de los demás, que se daban codazos—. Desde que empezó a salir, la espero cada día. Es lo que más me gusta del periódico.

Kahn llevaba la fama con elegancia.

—Muchas gracias —aceptó con una pequeña inclinación de la cabeza.

—¿No le importaría firmarme un autógrafo?

Magdalene Ster se tapó la boca con las manos para ocultar la risa. También a mí me hacía gracia la escena: ¡Kahn abordado como un actor de teatro!

(Y, no lo voy a negar, me daba un poco de envidia).

Él firmó y el chico, mientras esperaba, dijo:

—¡Me pareció magnífico el poema que publicó hace unos días! ¿Es difícil escribir un poema en colaboración con otro autor? Al ser la poesía algo tan… íntimo… tan personal… se me hace difícil de imaginar… ¿No le importará que le pregunte?

—No, en absoluto —replicó Kahn—. Y no fue especialmente difícil. Mire, aquí tiene al otro autor del poema, Hugo Holbein…

El chico me miró. Yo enrojecí hasta el cuero cabelludo.

—¡No me diga! ¿No le importará firmar a usted también?

—Creo que es usted el primero que le pide un autógrafo —aventuró Ernestine Kmunke, con burla pero también con algo de ternura, al ver que a mí me costaba reaccionar.

Esto gustó aún más al joven.

—Entonces seré el primero en tener un autógrafo de Kahn y Holbein. ¡Estupendo! —Me tendió el papel. Saqué mi pluma del bolsillo y garabateé mi nombre en él, junto al de Kahn—. ¿Van a seguir escribiendo juntos?

—No lo sabemos aún —dijo Kahn—. Tal vez.

El muchacho le dio las gracias y se marchó antes de que yo fuese capaz de recobrar el habla. Magdalene Ster rio en voz alta, Alois Licht asintió con serenidad en mi dirección.

—A todo te acostumbras, Holbein —aseguró, en tono paternal—. A todo te acostumbras.

No creo que tenga razón. Quizá me haga conocido por no hablar

jamás con mis lectores, por enmudecer cuando se me acercan. Supongo que es una excentricidad como cualquier otra y sabrán comprenderlo.

Sábado 10

Ayer, Alois Licht nos informó de que hoy se estrena la obra cuyo libreto ha escrito. Al parecer, la cantante que la compositora ha elegido es magnífica, o eso dice él, porque su voz es delicada y «perfecta para sus versos», no el chorro de voz brutal que él había imaginado al principio. Con lo cual, está más que contento y nos invitó a asistir a la *première*. Era la primera vez que iba a una obra como amigo del autor; pasé toda la mañana planeando y descartando el vestuario que iba a llevar, porque ninguna de las combinaciones parecía adecuada. Por fin, me decidí por un traje muy clásico y salí a la calle en busca de un *fiaker*.

(Los mellizos se ofrecieron a venir conmigo, lo que me da una idea de su desesperación por averiguar si estoy o no reuniéndome con Georg Kahn; ante mi negativa, insistieron en que tomase uno de los coches de la familia; me negué, como es lógico, pero sabiendo que andaban espiando mis pasos, me aseguré de decirles que iba a una función al Teatro del Pueblo, para que se hartasen de buscarme allí mientras yo me acomodaba en una de las butacas de la Ópera de la Corte…).

El *fiaker* me llevó por el Anillo, bajo las ramas de los árboles, entre la marea de gente, coches y caballos que se movían hacia los imponentes edificios de piedra blanca, los museos, los teatros, los palacios. La ciudad, activa durante el día, se volvía efervescente de noche, bailaba con la música que salía de los salones, entre el humo de los restaurantes y el vaho de las conversaciones. Casi salté del coche al llegar.

Me encontré con un Alois Licht completamente histérico. Me dio un abrazo al verme, como si fuese un hermano perdido tiempo atrás y retornado por sorpresa.

—Han venido mis padres al estreno —me dijo con voz temblorosa—, espero que les guste. No suelen venir a Ciudad Blanca. Holbein, hoy me juego mucho.

—Estoy seguro de que disfrutarán de la obra. —Allí estaba yo, intentando consolar a un hombre cinco años mayor que yo o más, no sé, reconocido a lo largo y a lo ancho del Imperio, así como fuera de nuestras fronteras; traducido a varios idiomas, publicado en las más bellas ediciones, todo lo que yo soñaba y que aún me parecía tan lejano. Y él se aferró a mí como un náufrago a una tabla.

—Eso espero. Es lo único que quiero, que la disfruten. Me he gastado casi todos mis ahorros y las ganancias íntegras por el libreto en alojarlos en el Hotel Velours…

—Todo va a ir bien —le repetía sin cesar—. Todo va a ir bien.

Los demás llegaron pronto, por suerte, y me ayudaron a sostener a Alois Licht.

—Venga, hombre —le dijo Ernestine Kmunke, dándole una palmada en la espalda—, disfruta de la noche.

Nos había reservado butacas en platea, todos juntos, no demasiado lejos de la fila en la que estaban sus padres.

—Tened un ojo puesto en ellos —nos pidió—. Luego me decís si os parece que les ha gustado o no.

—O mejor, estaremos atentos a tu obra —sugirió Kahn, con amabilidad—, porque eres nuestro amigo y queremos verla.

—No te preocupes —exclamé—, yo me fijaré.

—Vale —dijo Ernestine Kmunke—, ve a sentarte ya, que me estás poniendo nerviosa.

Antes de que comenzase la función, un trabajador del teatro salió al escenario a informarnos de que la *prima donna* había tenido un accidente y no actuaría. Saldría su suplente. Todos nosotros giramos la cabeza ostentosamente para mirar a Alois Licht, que parecía a punto de sufrir un vahído. Por suerte, no se desmayó, al menos no antes de que se apagasen las luces de la sala y se abriese el telón…

En general, la obra gustó mucho. A mí me impresionó positivamente, y la cantante suplente me pareció más que aceptable. Fue todo un éxito, pero Alois Licht estaba desolado: «No tiene la

misma sensibilidad. No ha sido lo mismo. ¡Qué desastre!». El torrente de público nos condujo sobre las alfombras, por los largos pasillos y las escaleras de mármol hasta el *foyer*. Allí, Alois Licht nos presentó a sus padres, que estaban encantados. Insistieron en invitarnos a tomar algo a todos los amigos de su hijo.

—Te dije que les iba a gustar —murmuré a Alois al oído en cuanto tuve oportunidad.

—No sé. —Él se encogió de hombros—. No sé si es verdad o si lo dicen para consolarme.

Era imposible sumarlo a la celebración, por lo que me retiré a un lado y, como por arte de magia, apareció junto a mí Georg Kahn. No hablamos, porque nada de lo que querría haberle dicho podía hacerlo estando rodeados de gente (tampoco sé si lo hubiese conseguido a solas), solo nos miramos, yo sonreí, él hizo ese amago de sonrisa, y nos quedamos así, bebiendo, uno junto al otro. Rodeados de personas que reían y comentaban la función, bajo el ventanal que enmarcaba las luces de la ciudad.

En resumen, ha sido una noche magnífica.

Lunes 12

Esta mañana he terminado el primero de los libros de Höller. Me ha gustado menos que lo que he leído de Horvath. Es una historia lúgubre sobre la amenaza constante de un monstruo sanguinario que aterroriza a unos campesinos en las montañas. El villano es un hombre capaz de hipnotizar a sus víctimas para después devorarlas. Mi sensación es que el autor solo ha tenido contacto con monstruos a través de cuentos asustaniños, y ha creado a partir de ellos una fantasía terrorífica que nada tiene que ver con las personas como Kahn.

La lectura me ha hecho pensar en los monstruos y su origen (en la novela, el hipnotizador es hijo de una larga estirpe de malvados que viven en el bosque). Recuerdo que el guardia de la Torre de los Locos mencionó que la mayor parte de las veces nacen en el seno de

cualquier familia, sin heredar de nadie sus habilidades extraordinarias. Me pregunto por qué sucede esto.

Los monstruos nacidos en familias corrientes deben sentirse tremendamente incomprendidos; tanto como yo junto a mis hermanos. Esta idea me llevó a fantasear sobre la posibilidad de ser uno de ellos, tal vez con un poder oculto que aún no he descubierto. Me avergüenza admitir que pasé casi una hora perdido en esta ensoñación. Cuando me recompuse, seguí avanzando en mi proyecto actual, esa obra de teatro sin título que empecé hace años y desempolvé para ver si la puedo salvar. Creo que uno o dos días más de trabajo bastarán para acabarla. La he releído entera y no siento que pueda hacer mucho más por ella.

Martes 13

Hoy me desperté sobresaltado antes de que saliese el sol y no fui capaz de volver a dormirme. No recuerdo exactamente qué sueño me alarmó, solo que estaba encerrado en él y unos pasos se acercaban. Me revolví en la cama durante algo más de una hora, pensando en Georg Kahn, en la mujer pelirroja y en la Partida de Caza. Barajé la idea de sacar el tema en la mesa del desayuno, pero la descarté. No sabía qué podía preguntarles al respecto a mis hermanos y, además, no quería recibir una respuesta que confirmase mis miedos.

Incapaz de concentrarme y sin la menor gana de ir a clase, me dirigí a la universidad a pie. Pensé que no solo haría tiempo y perdería algunos minutos de la primera lección, sino que además disfrutaría del paseo: me equivocaba. El camino fue agradable hasta llegar a los jardines del antiguo palacio Schönborn, donde saliendo de la Florianigasse me encontré a un grupo de personas vestidas de color amarillo, con largas túnicas y adornos en el pelo, que caminaban casi en formación. En el centro, con todos los demás atentos a él, estaba el hombre de cabello clarísimo (no rubio dorado como Kahn, sino del color amarillo blanquecino de la limonada) que había visto en la presentación de *Príncipe del verano* en la librería Kastner-Roth.

También sus ojos hundidos y rasgados, extrañamente pálidos, me recordaban a las pepitas de limón. Me recorrió un escalofrío cuando los posó en mí.

A su lado había una mujer que a primera vista parecía anciana; al fijarme en ella por segunda vez, me di cuenta de que era joven pero *decrépita*. La reconocí con horror: se trataba de la muchacha distinguida que había visto en el cementerio, colocando flores sobre la tumba del amigo de mis hermanos, Oskar Walch. En unos meses, su cuerpo se había deteriorado como si hubieran pasado setenta años.

El hombre se dio cuenta de que la miraba. Al pasar junto a mí, me sonrió.

—Es lo mejor que le podía haber pasado, créeme —dijo con voz suave, fascinante como un depredador que se acerca lentamente a su presa—. Dentro de unos veinte años iba a enfrentarse a una enorme tragedia. Ahora no llegará a vivirla.

Ella lo miró con devoción.

—Gracias, maestro.

Él no se volvió hacia ella siquiera.

—A ti te conozco —me dijo.

—Gustav —una voz lo distrajo. A pocos pasos de nosotros estaba la tercera de las personas que habían acompañado a Kahn al salir de la presentación; la mujer alta y musculosa con las quemaduras en la cabeza que impedían que creciese el cabello por uno de los laterales. La dama de las cicatrices, que me asustaba pese a su gesto calmado.

El hombre le sonrió y, dándome la espalda, se acercó a ella. Su séquito vestido de color amarillo se apartó para dejarle paso, como si fuesen marionetas y no seres humanos. Era evidente que él no los consideraba demasiado valiosos ni dignos de su atención. Saludó a la otra mujer. Aunque no se tocaron, me pareció obvio que compartían un estrecho vínculo, como si fueran amantes o familia.

Ella sí me miró, con desconfianza y algo que interpreté con asombro como desprecio. ¿Qué le había hecho yo a aquella señora para ganarme semejante expresión?

Se alejaron de mí, ellos dos como núcleo de aquella extraña bandada de pájaros amarillos, y yo continué mi camino con un

temblor dentro del pecho. Me habían espantado la frialdad con la que aquel hombre trataba a los que lo veneraban, el recuerdo de la historia que mis hermanos me habían contado en el cementerio, la vejez joven de aquella muchacha; ¿moriría en los próximos días igual que había muerto Oskar Walch? ¿Qué le habían hecho para precipitar su destrucción?

Hay algo horrible en todo esto, lo cual me impidió acudir a la cita en el Café Hagel y me ha tenido toda la tarde en casa, cruzado de brazos y con el gesto torcido, reflexionando sobre los monstruos. Estos dos individuos escalofriantes son muy cercanos a Georg Kahn, parte de esa vida de la que él nunca me habla, a la que yo no estoy invitado. Él me ha advertido que es peligroso; tal vez no se refiera únicamente a sí mismo y a las sombras, sino también a las personas a las que trata.

Al otro lado del salón, mientras escribo, Therese lee documentos oficiales, con las piernas cruzadas y gesto serio. Observo sus rasgos delicados. También ella es rodeada de vez en cuando por una nube de admiradores que la reverencian, pero ¡qué distinto es eso de la secta de amarillo que venera al tal Gustav! Aunque mi hermana nunca ha mostrado preferencia por ningún pretendiente (creo que le gustan así, implorantes, y si le concediese su amor a alguno de ellos, rompería el hechizo), sí los trata como a *personas*. Aquel monstruo solo ha contemplado como igual a la mujer musculosa; incluso a mí me miró como si fuese un perro o, peor, una bestia, ganado…

Ay, Dios, ¿estaré cometiendo un grave error al juntarme con Georg Kahn? ¿Será él parecido en algo a Gustav o a la otra mujer?

¿Tendrán razón mis hermanos?

Miércoles 14

A la hora del desayuno, sobre la bandeja de la correspondencia, aguardaban tres sobres de papel grueso. Dos de ellos estaban dirigidos a mis hermanos, que miraron con sorpresa el que me correspondía a mí. Ellos los abrieron primero: eran invitaciones, con el sello del emperador, a una fiesta en el Palacio Bartolotti, propiedad del conde

Karl Bartolotti y su marido, ambos consejeros de la cámara imperial. Bajo su mirada escrutadora, rompí con cuidado uno de los laterales del mío. Contenía otra invitación, con su sello oficial, y un pliego de papel manuscrito.

—¿Qué es eso? —preguntó Johann, revisando su sobre vacío.

—Una carta de la princesa —respondí con perplejidad.

—¿Una carta de la princesa? —saltó Therese—. Déjame verla.

Me aparté para que no me la pudiese quitar.

—No la he leído aún… —Mis ojos volaron sobre las líneas—. Dice que acudirá a la fiesta, que le gustaría verme allí… y que por qué no llevo a alguno de mis amigos.

Mis hermanos no tenían por qué saber si ella especificaba algún nombre. Por supuesto, la princesa lo hacía.

—Déjame ver —repitió Therese, alargando la mano.

Volví a apartarme.

—¡No! Tengo derecho a que mis cartas sean solo para mí. —Fingí un puchero, como si fuese el niño que mis hermanos siguen viendo al mirarme.

Los mellizos me dirigieron gestos de reproche. Contuve la risa, porque una vez más, habían caído en la trampa. Su estrategia ante mis rabietas siempre había sido ignorarlas y, después, hacer lo que quisieran sin tener en cuenta mis protestas. Así que aproveché que me dejasen en paz por el momento y me aseguré de llevarme la carta a mi cuarto. La partí en cuatro y tiré a la chimenea el trozo que mencionaba el nombre de Kahn. Dejé el resto sobre mi escritorio, para que cuando mis hermanos subiesen a mi cuarto más adelante lo encontrasen a primera vista y no tuvieran necesidad de rebuscar en mis cajones.

Por la tarde, me acerqué al Café Hagel. En nuestra mesa estaban Kahn, Michael Teichergreber e Ida Tornaforte. Pese a mis dudas del martes, no pude evitar alegrarme de ver a Kahn, que estaba como siempre; el joven de aire inteligente, sofisticado e instrospectivo en el que no puedo dejar de pensar desde hace semanas. ¡Qué ajeno parece a los grandes salones elegantes de Ciudad Blanca y, al mismo tiempo, qué bien encaja con sus calles y fachadas de piedra, con sus parques,

con el viento frío del invierno! Incluso en el interior del café, parecía un extraño, el príncipe de un reino lejano en el exilio.

Alzó la mirada hacia mí e hizo ese amago de sonrisa.

Así que los invité a los tres a la fiesta.

Viernes 16

¡Qué belleza la del Palacio Bartolotti! El edificio, cuyo exterior a la luz del día puede parecer anodino, brillaba por la noche. Una larga alfombra recibía a los invitados, para conducirlos primero a una antecámara en la que el servicio, solícito, se llevaba los abrigos, para a continuación atravesar las puertas que conducían al gran recibidor, a las escaleras y al fastuoso salón, iluminado por dos grandes chimeneas gemelas. Se anunciaron los nombres de mis hermanos al entrar, se anunció el mío. Los seguí para estrechar la mano de los anfitriones, los señores Karl y Friedrich Bartolotti, pero enseguida oí la voz que advertía de la llegada del señor Michael Teichergreber, por lo que me apresuré a terminar los saludos obligatorios para unirme a mi amigo (que, por su parte, estaba apenas comenzando su ronda de «buenas noches, ¿cómo está usted?»). Pronto llegó Ida Tornaforte; por suerte, Kahn tardó aún un poco más, por lo que las tres o cuatro miradas que me lanzaron los mellizos, controlando con quién hablaba y con quién no, solo me descubrieron conversando con Teichergreber y Tornaforte, ambos compañía de lo más decente.

«¡El señor Georg Kahn!».

Captó mucha atención, más de la que yo había imaginado. No solo los mellizos estaban atentos a él; también damas y caballeros de la corte, algunos políticos (entre los que se encontraba Wolff) y, claro está, nosotros tres.

Georg Kahn se había presentado en la fiesta vestido de gala para sus estándares; es decir, sus amigos sabíamos que llevaba una camisa vieja pero más elegante de lo normal, que nunca antes le habíamos visto, y una chaqueta que le quedaba pequeña y que seguramente (imaginé) pertenecía a Gustav, el hombre con el que se había ido tras

la presentación, el de la secta que viste de color amarillo que acabó con la vida del amigo de mi hermana, Oskar Walch… Un escalofrío me recorrió la espalda al pensar en él.

Mientras tanto, Kahn entró con sus ojeras, sus labios que no saben sonreír y su magnetismo sin esfuerzo, y cruzó el salón en línea recta hacia Karl Bartolotti.

Me asombró su saber estar. Era evidente que su presencia causaba estupor, que el anfitrión no tenía la menor gana de tratar con él. Aun así, se acercó con aplomo, se manifestó encantado de conocerlo, le dio las gracias y alabó la hermosa decoración del palacio. Bartolotti, obligado por la buena educación, tuvo que hablar con él y, al hacerlo, descubrió que *no pasaba nada*. Kahn sería un monstruo, tal vez, pero no parecía muy distinto al resto de sus invitados.

Después, Kahn se reunió con nosotros, y a mí empezaba a escocerme la intensa atención que me prestaban mis hermanos cuando, ¡menos mal!, se anunció la llegada de la princesa, «Su Alteza Imperial, archiduquesa de los Dominios del Este y princesa de On-Ogur y Bohemia», etcétera, lo cual obligó a todo el mundo a inclinarse y a saludarla a ella y a sus damas. Después, la cena (me sentaron con mis hermanos, lejos de mis amigos) y, por fin, tras tomar el postre, beber y fumar, se abrieron las puertas al gran salón de baile.

Se trataba de una sala amplia, con inmensos ventanales que daban a un jardín trasero. Una hilera de columnas gruesas, de piedra blanca de la Cantera Imperial, recorría las paredes. A un lado, un piano y un pequeño grupo de instrumentos de cuerda animaban a los invitados a bailar. Mis amigos y yo nos retiramos a un rincón; pedí un baile a Ida Tornaforte, Michael Teichergreber (a falta de Hedwig Ludmilla) bailó con un joven de la corte al que no conocíamos, Kahn no bailó con nadie. Nos lo estábamos pasando muy bien y el tiempo transcurrió casi sin que nos diésemos cuenta. Poco a poco, el salón de baile empezó a vaciarse, y antes de la medianoche tanto Ida Tornaforte como Michael Teichergreber se marcharon. Quedamos Kahn y yo, charlando entre nosotros, con las ocasionales (y molestas) interrupciones de algunos invitados que se atrevían a acercarse y hablar con él sobre su sección «¿Quién, si yo gritara, me oiría?» en

Slora. Alguno incluso alabó nuestro poema *Tú y yo*, para mi alegría.

Me separé de él solo un momento para ir al aseo, dejándolo inmerso en una conversación con un admirador. A la vuelta, pasé oculto por las columnas por detrás del séquito que rodeaba a la princesa, y me detuve al distinguir la voz de mi hermana. Therese intentaba entablar conversación con la heredera al trono, pero ella solo le ofrecía un vago desinterés que podía confundirse, incluso, con algo de desaprobación.

—Me temo que nuestros puntos de vista son muy diferentes —decía la princesa.

—Disculpe mi atrevimiento, Alteza, yo no lo creo así —insistía Therese—. De hecho, me considero una admiradora suya precisamente porque muchas de sus ideas me…

—No puedo imaginar cómo pueden parecerse mis ideas a las de la capitana de la Partida de Caza —cortó la princesa con amabilidad fingida—. ¡Oh! ¡Ahí está su hermano! —Di un respingo cuando Néné arrastró la atención de todos los que la escuchaban hacia mí—. ¡Señor Holbein!

Me acerqué, aunque me sentía culpable por el ceño fruncido de Therese, por la decepción en sus ojos. Se sentía herida, pero no por mí, sino por la princesa.

Me incliné respetuosamente.

—Su Alteza Imperial —saludé—. Es un placer verla de nuevo.

—Lo mismo digo, querido. ¿Ha invitado a sus amigos como le pedí?

—Sí —tuve vértigo por un instante—, aunque dos de ellos se han marchado ya. Lamento mucho no haber podido presentárselos.

Ella suspiró, sin darle demasiada importancia.

—Habrá que buscar otra ocasión para que los conozca —resolvió.

—Todavía sigue aquí uno de ellos —dije, animado porque, aunque quizá hubiese sido una torpeza por mi parte no asegurarme de presentárselos antes de que se fueran, ella no se había enfadado conmigo—. Georg Kahn. Le envié algunos de sus libros…

—¡Y me gustaron! —exclamó Néné, encantada—. Muy bien, vamos a conocerlo antes de que se nos escape como los demás. —Y

volviéndose apenas un segundo hacia quienes la rodeaban, añadió—: Si me disculpan, por favor, no quiero perder esta oportunidad. Ya saben que soy una gran entusiasta de todas las artes.

Therese apretó los labios.

—Alteza, el señor Kahn es, de hecho, uno de los monstruos a los que…

—Gracias, señora Holbein —cortó la princesa.

Dicho lo cual, le dio la espalda (¡miré a Therese sin saber cómo decirle cuánto lamentaba aquel desplante!) y echamos a andar hacia la esquina en la que seguía Kahn.

La princesa se deshizo rápidamente de quienes conversaban con él. Kahn hizo una reverencia elegante y yo, absurdamente, me sentí muy orgulloso de ser amigo suyo, porque aunque no tuviera los modales artificiales que me habían sido enseñados a mí desde pequeño, poseía una dignidad que lo distinguía del resto de la gente. Néné habló con él sobre la fiesta, sobre sus libros y sobre los textos que había publicado en *Slora*, y él fue capaz de responder con el mismo respeto y la misma naturalidad que habría regalado a cualquier otra persona. Al verlo dirigirse a ella como a una igual, y al notar la satisfacción de Néné, me avergoncé de la timidez que no podía sacudirme de encima en su presencia. Mi miedo a no encontrar la palabra adecuada era del todo desconocido para Kahn.

—¿Les apetece dar un paseo? Me está agobiando la música —dijo en un momento dado la princesa—. ¿Y qué le pasa al señor Wolff? No deja de mirarnos…

Kahn arqueó un poco las cejas.

—No es a usted —respondió tranquilamente—. Es a mí. Está esperando el momento para echarme de la fiesta, como tiene por costumbre.

Ella se rio.

—¡Pues en esta se quedará con las ganas! —Hizo un gesto a sus damas—. Vamos a salir al jardín; quien tenga frío, que se quede.

No distinguí las expresiones de enfado y horror de mis hermanos y del ministro Wolff al vernos salir, pero pude imaginármelas a la perfección. No me sentí culpable en absoluto. Si se indignaban, que se

indignasen.

Apenas participé en la conversación. Fui un testigo, un puente entre ellos, y entendí que eso era lo que la princesa había querido desde el principio. Aunque le preguntó por los escritores de nuestra generación, su interés era, en realidad, mucho más específico.

—Hay muchos que son *como usted*, ¿no es así?

El rostro de Kahn era inescrutable. Tal vez alguien que lo conociese menos que yo o que estuviese menos pendiente de él no hubiera notado la tensión en sus hombros, en su cuello.

—¿*Monstruos*? —inquirió.

La princesa esbozó una sonrisa incómoda.

—Lo ha dicho usted, no yo.

—Estoy seguro de que también lo dice usted —señaló él, sin acritud—, aunque procure no hacerlo precisamente con uno de esos monstruos delante.

Ella debió comprender que se lo ganaría antes con la verdad que con mentiras piadosas.

—Sí —aceptó—, no conozco otra palabra para referirme a ustedes.

—No hay un *nosotros*. No sé si hay muchos escritores como yo. Conozco a algunos. También conozco a otros, muchos más, que no son como yo. No sé qué decirle, lo siento.

—Espero no haberlo molestado.

—Espero no haberla molestado yo a usted.

Ella sonrió.

—De ningún modo. Podemos hablar con franqueza. Creo que hay varias comunidades, o varios grupos, si lo prefiere, dentro de los ciudadanos del Imperio, a los que no se les presta la atención suficiente. Sé cuáles son las peticiones de las poblaciones de On-Ogur, por ejemplo. Sé que cerca de las fronteras necesitan apoyo, sé que en las zonas montañosas piden financiación para la construcción de infraestructuras, sé que los pueblos precisan vías que los unan por ferrocarril con las ciudades… pero no sé qué les hace falta a los *monstruos*, perdone que utilice esta palabra. Y creo que hay muchos de ustedes en el mundo del arte, lo cual me parece espléndido: ¿no será esa la forma más eficaz de expresar quiénes son, de hacerse un hueco

entre el resto de ciudadanos? Por eso quiero ayudarlo, señor Kahn, a usted y a otros. Y por eso —me sonrió— estoy tan contenta de que el señor Holbein nos haya puesto en contacto, porque sabía que él estaba atento a la actividad de los escritores de vanguardia, y gracias a él lo he conocido a usted.

Kahn me lanzó una mirada de reojo, queriendo saber si estaba al tanto de todo esto. Me encogí de hombros.

—Gracias —contestó, siempre dueño de su silencio, guardándose de hacer comentarios hasta saber más.

—Espero que pueda ayudarme, señor Kahn. —Paseábamos por un camino de tierra blanca, una curva grande que nos llevaba a un mirador. Ya podía distinguirse la piedra, a lo lejos, entre los troncos de los árboles. Las estrellas iluminaban nuestros pasos—. Es un problema que muchas personas consideren sus *habilidades* extraordinarias un peligro.

—A veces lo son —dijo Kahn.

—Cualquier persona puede ser peligrosa, señor Kahn —argumentó la princesa—. ¿Debo condenar al ostracismo y al aislamiento social a todos los portadores de armas? ¿A todos los cocineros que sepan manejar un cuchillo? ¿Cazadores, carniceros, leñadores…?

Él hizo eso con los labios. Impidió que la sonrisa escapase, aunque no del todo.

—Está bien —se rindió.

—Lo que quiero decir es que esas habilidades pueden ser algo positivo. Deseables. Útiles. ¿Ha oído hablar del talismán de Ptolomeo, señor Kahn?

Él negó con la cabeza.

—Tampoco yo —musité.

Néné me miró. Le resplandecían las pupilas.

—Lo creó un hombre llamado Agatodemon, que fue un cartógrafo de Alejandría. Dicen que también era alquimista, aunque yo sospecho que era, discúlpeme, por favor, un *monstruo*. Ptolomeo, por su parte, fue un astrónomo, químico, geógrafo y matemático que trabajó en la Biblioteca de Alejandría, como seguramente sepan ustedes, y viajó por el Viejo Continente con Agatodemon para que este diseñase los mapas

que ilustran su *Cosmología*. Lo que poca gente sabe es que estos mapas contienen, además, información muy valiosa sobre objetos con propiedades mágicas, que yo sospecho que creó el propio Agatodemon…

—Esos mapas se perdieron hace mucho tiempo —interrumpió Kahn, más pálido que de costumbre bajo la luz blanca y tenue de los astros—, ¿cómo sabe…?

—No se perdieron —desveló ella—, no todos. Se hicieron dos copias, dos copias únicamente. Una de ellas fue llevada a la ciudad del agua, la Serena, que desapareció hace siglos. La otra está aquí, en la biblioteca del palacio.

—¿Y usted la ha podido consultar?

—Sí, así es. Según la *Cosmología*, un valioso talismán protector fue guardado aquí, en las murallas de Ciudad Blanca.

Dejé escapar el aire que había estado conteniendo (debo admitir que una historia de leyendas, tesoros y alquimistas de lugares lejanos tiene los ingredientes necesarios para cautivarme). Aquella última revelación me decepcionó. Si el talismán había estado en la muralla, debía ser imposible de encontrar desde que a mediados de siglo el emperador había mandado destruir aquella protección de piedra que delimitaba el casco histórico para sustituirla por la esplendorosa avenida imperial, el Anillo, llena de edificios creados por prestigiosos arquitectos, palacios, museos y salas de conciertos.

—¡Qué lástima! —exclamé.

—Sí —asintió la princesa—, pero esto es un recordatorio de que los monstruos, perdón, no son un peligro o, al menos, no necesariamente. Agatodemon utilizó su habilidad extraordinaria para proteger Ciudad Blanca.

Kahn ladeó la cabeza.

—Aceptar a los *monstruos* —en su boca, la palabra estaba teñida de sorna— es un propósito muy de agradecer, Alteza, pero también muy distinto a instrumentalizarnos. La gente no tendría que ser útil para merecer vivir.

Me quedé helado ante su franqueza, ante su descaro. ¿Cómo podía dirigirse así a la archiduquesa y princesa heredera de los Dominios del

Este y el resto del Imperio? Sin embargo, ella apretó los labios y asintió.

—Tiene razón. Entienda que mi forma de razonar está inevitablemente ligada a cómo planeo introducir los cambios, lo cual requiere hablar con muchas personas que seguramente estén más dispuestas a escuchar si creen que con ello obtendrán un beneficio.

—Por supuesto —respondió él, aceptando la mano que (figuradamente) le tendía ella.

—Señor Kahn, si me permite la pregunta, ¿sus padres eran como usted?

Él volvió a tensarse y esta vez lo disimuló peor.

—No.

—Me he preguntado muchas veces si esta condición es hereditaria —comentó Néné, indiferente a la incomodidad de Kahn—. No lo parece. Esto es otro buen motivo para normalizar su integración; en cualquier familia puede nacer uno de ustedes. De hecho, así ha sucedido en ocasiones, por mucho esfuerzo que invierta la aristocracia en ocultar a esos niños, en hacerlos desaparecer…

La frialdad con la que hablaba de aquello me abrumó.

—Alteza —llamó una de las damas—, me parece que en el palacio la están buscando.

Nos volvimos hacia el edificio. No podíamos ver los ventanales del salón de baile desde el mirador, pero sí que, en la esquina, se arremolinaba un pequeño grupo de gente entre la que se encontraba el ministro Wolff.

—Será mejor que no nos metamos en problemas —suspiró la princesa—. Señor Kahn, me gustaría mantener el contacto con usted.

—Estoy a su servicio —dijo él.

¿Lo diría en serio? Seguramente sí.

—Los dejo aquí. —Néné me dedicó una sonrisa—. Vamos, queridas, no hagamos esperar más a nadie.

Nos inclinamos, ella y su séquito echaron a andar hacia el palacio, y nosotros nos quedamos en el mirador. No estaba seguro de si tendría que haberme ofrecido a acompañarla hasta el salón de baile; seguramente sí, pero ella parecía resuelta a arreglárselas sin que nadie

la llevase del brazo y, por otro lado, el mirador de piedra sobre el jardín arbolado, en medio de la noche, me proporcionaba una oportunidad irresistible para quedarme a solas con Kahn.

Él contemplaba el paisaje nocturno, yo lo contemplaba a él. Respiró profundamente. Sacudió un poco las manos; ¿estaría buscando esa pipa con la que le gustaba juguetear? Después, me miró a mí.

—Lo siento —le dije. Él ladeó la cabeza, interrogante—. No sé si esta conversación te ha molestado.

—No —replicó él—. Y, en cualquier caso, no habría sido culpa tuya.

Asentí.

—Me alegro de que hayas venido —dije, sin pensarlo demasiado—. En parte por la cara de perro que ha tenido Wolff toda la noche —bromeé— y en parte porque estás aquí, ahora, conmigo. Y este sitio es muy bonito aunque haga tanto frío.

Él dejó entrever una de sus sonrisas veladas.

—Si no nos hubieran quitado los abrigos al entrar…

—Qué desconsiderados —resoplé—. ¿Qué será lo siguiente? ¿Quedarse con nuestros zapatos?

Él se rio. Me bailó el corazón en el pecho al oírlo.

—Ay, Hugo…

No supe entender qué quería decirme con eso. Era como una queja dicha con ternura, no a mí, sino a sí mismo, al destino, al universo, no lo sé.

—¿Qué?

Respiró hondo otra vez y dejó escapar el aire de golpe, como si no pudiera más.

—No me lo pones nada fácil. —Y como yo fruncí el ceño en respuesta, añadió—: ¿Qué piensan tus hermanos de que seas mi *amigo*?

¿Pronunció la palabra «amigo» con una entonación diferente? No estuve seguro entonces y sigo sin estarlo ahora.

—Lo que piensen es cosa suya —repliqué, arrastrado por una rebeldía que no atendía a razones—. A mí me importa lo que pienses tú.

—No quiero meterme en líos —dijo él—, bastante complicada es mi vida ya. Y no quiero meterte en líos a ti.

No sé qué me dio. Una ráfaga de fuerza desconocida recorrió todo mi cuerpo.

—Vamos a hacer una cosa —propuse, con decisión—. Te voy a contar algo que creo que te ayudará a verlo todo un poco más claro.

—Anda. —Otra vez la sonrisa escondida—. No me digas que estás en posesión de una sabiduría arcana, ajena a los mortales comunes como yo…

—Pues sí, eso mismo es. Voy a compartir contigo grandes secretos sobre el universo y, concretamente, sobre ti. ¿Qué te parece? —Sonreí del todo. Una sonrisa que valía por dos, por él y por mí—. Y todo a cambio de una… no, ¡dos!… dos peticiones muy fáciles de cumplir.

—Ah. Está claro, los sabios no dan consejos gratis.

—¿Aceptas o no?

Sus ojos brillaban, no sé si maliciosos o pícaros.

—¿Será alguna de las dos peticiones una… ayuda para la documentación, como la que me has pedido anteriormente…?

Me ardieron las mejillas inmediatamente. Qué digo las mejillas. Me ardió todo, porque sí, había pensado en pedirle un beso…

—Vaya, así que te pones listillo ante un sabio —farfullé—. Pues ya no te cuento el secreto.

Él apretó los labios. Se estaba divirtiendo, toda la tensión de la conversación con la princesa había desaparecido.

Lo cual me hizo pensar (confiar, soñar, no lo sé) que quizás (quizás) él *quería* darme ese beso.

—Está bien, acepto.

—Cierra los ojos. —Obedeció. Le puse una mano en el pecho, luego la otra. Bajo la chaqueta, el vello de los brazos se me erizó—. Respira. —Esperé unos instantes. Me concentré también en mi propia respiración. Después, seguí hablando en voz baja—. He visto esas sombras salir de ti, dos veces. Sé que te horroriza. Sé que piensas que es peligroso; y te creo, creo que tú eres quien mejor sabe eso. —Él empezó a respirar más deprisa, pero no abrió los ojos—. Georg. Georg Kahn. ¿Sabes que cuando escribo sobre ti siempre te llamo por el

apellido?

Su voz apenas fue un poco más alta que el silbido del viento.

—¿Escribes sobre mí?

No había sido consciente de que estaba confesando aquello y ya no había forma de retirar lo dicho. Seguí hacia delante.

—Sí. En el papel eres Kahn, en persona eres Georg.

—¿Y en tus pensamientos?

No me esperaba esa pregunta. Él volvía a respirar tranquilo. El ritmo de su pecho era mi única guía.

—En pensamientos no tengo que llamarte —susurré— porque siempre estás ahí.

Y él repitió, también en voz muy baja, como para sí:

—Ay, Hugo.

El frío nos trepaba por las piernas, por los brazos, se colaba por el cuello de nuestras camisas. Éramos un único ser, conectado por la piel de mis manos, la de su pecho y la fina capa de tejido de su camisa.

—El secreto que no ves —anuncié, sin alzar la voz— es que no solo te he visto dos veces soltando sombras por la boca. Te he visto dos veces *conteniéndolas*. Te he visto dos veces impidiendo que llegasen a mí y a otras personas. Te he visto dos veces tragándotelas con tal de proteger a los demás, Georg Kahn.

Él soltó el aire, como en un suspiro profundo, como si se debatiese contra mis palabras. Abrió los ojos. Levantó las manos y me las colocó en la cara, cálidas contra mis mejillas congeladas. Más conexiones entre los dos, más puentes.

—No es solo ese momento. No es solo cuando invoco las sombras. —No dije nada, y como yo seguí escuchando, él siguió hablando—. Es todo el tiempo, Hugo. Cada segundo que paso despierto estoy preocupado por si vendrán, alerta para reaccionar deprisa si sucede, horrorizado ante la posibilidad de que, antes o después, no pueda controlarlas. Cada vez que me voy a dormir, me pregunto si serán capaces de aparecer en sueños, si llegarán cuando no pueda hacer nada contra ellas, si una pesadilla puede invocarlas sin estar yo consciente. Cada segundo, todo el tiempo, y estoy *tan cansado*.

Me estaba mirando y yo lo miraba a él, y esto había pasado ya

muchas veces, pero aquella fue distinta porque lo estaba viendo. Veía el porqué de su rostro demacrado y las ojeras; veía su aprensión al sentirse cerca de otras personas; veía la dureza con la que se juzgaba a sí mismo, porque su inflexibilidad era lo único que contenía el desastre. Veía también miedo y vulnerabilidad y agotamiento, veía soledad, veía la pasión que solo se permitía volcar en sus libros, y veía que el ejercicio de escribir era la única oportunidad que se daba para cabalgar sin riendas y ver a dónde lo llevaba su montura.

Dije lo único que podía decir.

—No me extraña que estés cansado.

Y él hizo el amago de sonrisa, y después sonrió, y después incluso rio un momento por lo bajo, como si necesitase rebajar la intensidad de aquel momento de madrugada en un jardín invernal. Lo acompañé en esa sonrisa. Abrí las manos, dejé que mis dedos presionasen contra él.

Georg Kahn estaba cerca, cerca, cerca.

—Oh, sabio —me dijo—, ¿cuáles son tus peticiones?

El beso era una realidad entre los dos, una presencia prácticamente tangible.

Como él lo había mencionado antes, no me atreví a pedirlo. Me dio vergüenza.

Parecía algo tan irrelevante después de todo lo que me había dicho.

—Ábreme la puerta —pedí, en vez de eso—, déjame entrar en tu mundo, con sombras o sin ellas.

—Bien. —Su voz era aterciopelada y grave—. Hace tiempo que está abierta.

—Segunda petición —continué, porque si me detenía sería incapaz de pedirlo—: Un baile. No has bailado con nadie esta noche.

Él asintió.

—Un baile. Está bien.

Y entonces una de sus manos se deslizó despacio hasta mi nuca, en una caricia que me mareó como si me hubiera levantado en brazos y lanzado al aire. Se inclinó un poco hacia mí, en una pregunta muda, y yo respondí cerrando los dedos sobre su camisa para tirar de él hacia

mí. Apenas cerré los ojos, sus labios estaban sobre los míos, que entreabrí sin pensar, y en medio de aquel frío y aquella exposición, en el mirador entre los árboles desnudos, encontré calor e intimidad, y recuerdo que pensé: *Menos mal que no estoy haciendo esto para documentarme, porque jamás seré capaz de plasmarlo por escrito*, y después, durante un buen rato, no pensé en nada más.

Cuando nos separamos, él tenía algo de color en las mejillas y yo lo hubiese besado cien veces más, en aquel preciso momento, y si me hubiese congelado y convertido en una estatua de hielo en un beso interminable, no me habría importado.

—No te lo había pedido —tartamudeé.

—No ha hecho falta —replicó él.

Sin dar más explicaciones, dio un paso atrás y me tendió el brazo. Coloqué una mano sobre la suya, la otra en su hombro. Él me atrajo hacia sí; la firmeza del gesto arrancó de mi pecho una promesa muda que (lo supe entonces) no iba a incumplir jamás.

Y bailamos. Con la lejana música del interior del palacio, sobre la piedra blanca del mirador, con los árboles como testigos, bailamos en la pista de las estrellas. Mis pasos acompasados a los suyos, el roce de su piel, la confianza del apoyo, él en mí, yo en él. Las imperfecciones, los tropiezos, las risas que nos arrancaban. Todo mezclado y, mientras tanto, mi cuerpo contra el suyo, y cada vez que nos separábamos, nos volvíamos a encontrar.

Sábado 17

Dormí hasta bien entrada la mañana, porque no quería deshacerme de aquel sueño en el que había entrado despierto; y también para evitar enfrentarme a la censura con la que inevitablemente me esperaban mis hermanos. Cuando por fin me desperecé y llamé a Annika, faltaba solo una hora para el mediodía. Me dolía la garganta, pero no me arrepentía de nada. Hice que me trajesen un almuerzo a la cama, me di un baño y salí a dar un paseo a tiempo para no cruzarme con Johann ni con Therese (no sé a cuál de los dos le correspondía hoy

comer en casa). Volví a media tarde. Una carta me esperaba sobre mi escritorio.

Era de Kahn, que me daba una noticia excelente: ¡ha recibido una oferta para publicar *Ayer*! Además de darme las gracias (según él, esto es consecuencia directa de publicar regularmente en *Slora*), me invitó a celebrarlo con él y «los suyos». Al leerlo por primera vez, pensé que se refería al grupo de escritores y me sorprendió que me citase en el Jardín del Pueblo en lugar de en el Café Hagel; no fue hasta que nos encontramos allí que entendí, de pronto, que Kahn había atendido a mi petición y me abría la puerta para entrar en su mundo.

Caminamos uno junto al otro largo rato, hablando de *Ayer*, de lo que estaba escribiendo yo (nada que valga la pena: la semana pasada terminé una obra de teatro que no trata sobre nada y que he titulado *Palabras estúpidas*) y sobre Michael Teichergreber, que seguía trabajando en aquel poema de amor que había comenzado con la intención de ganarse el corazón de su amada Hedwig Ludmilla, pero en el que, según nos había comentado en la fiesta del Palacio Bartolotti, no lograba avanzar.

—Estoy convencido de que se piensa cada verso cien veces, lo reformula otras cien y finalmente lo acaba borrando —bromeé, como si a mí no me sucediese lo mismo.

—No creo que lo acabe —opinó Kahn—, pero no por exceso de perfeccionismo, sino de sentimientos. Si intenta plasmar todo lo que su amada le inspira, el poema será interminable. ¿No lo oíste ayer? Seguro que suma ya más de veinte páginas…

Me reí, aunque me avergüenza reconocerlo. No quisiera estar yo en la piel de Michael Teichergreber; encauzar amor en versos debe ser como domar un huracán.

Llegamos a uno de los distritos más alejados del centro, que no alcanza siquiera el tranvía tirado por caballos. Las calles, anchas y polvorientas, me recordaron a las de un pueblo. Aquel lugar, en la periferia de Ciudad Blanca, no tenía nada en común con las avenidas, los parques y las fachadas de los museos.

En medio de una de estas vías se hallaba una casa, como si alguien la hubiese dejado caer ahí, sin prestar atención a la disposición del

resto de los edificios. Era una construcción extraña, de una sola planta, con un tejado a dos aguas que solo abarcaba dos tercios de ella, y un anexo de doble altura, probablemente con dos pisos, cuyo ángulo en picado caía al contrario que el otro, de modo que parecía una casa y media, desordenadamente mezcladas. Todos los marcos de las ventanas que podían verse en aquella fachada espantosa eran distintos.

—¿Es aquí? —pregunté, precavido, en lugar de pronunciar lo primero que había aparecido en mi mente: *¿Quién ha construido esto?*

—Bienvenido al Remedio —anunció Kahn, y después me miró e hizo eso con los labios al leer la aprensión en mi rostro—. ¿Quieres entrar?

Yo no había llegado tan lejos para echarme atrás.

—Claro.

Así que él abrió la verja primero, atravesó conmigo un jardín pequeño y selvático, y empujó la puerta principal antes de cederme el paso. Entré al recibidor, estrecho pero sorprendentemente confortable. A un lado, un armario rectangular, de líneas muy rectas, decorado con cuadrados de madera oscura enmarcados por otra de un tono más claro, con dibujos geométricos. En el centro había dos personas dibujadas, simétricas, mirándose a los ojos. Una en cada puerta, separadas por la rendija, todo en tonos marrones. En una esquina, dos butacas redondeadas, con patas cuadradas y decoradas con cuadrados a juego con los del armario, invitaban a sentarse. El color de la tapicería, verde manzana, armonizaba con el estilo juvenil, moderno, de los muebles. Era el completo opuesto a la decoración clásica de mi casa, con relieves y piezas antiguas, algunas de ellas de cientos de años de historia.

Kahn me guio por una de las puertas hasta un salón de dimensiones moderadas pero igualmente amueblado con gusto y atrevimiento. Sillones negros, con respaldo y asiento cubiertos por un estampado de flores y mariposas sobre un brillante fondo color amarillo. Una mesita baja de mármol blanco roto con gruesas vetas en dorado y gris. A su alrededor, tres personas conocidas: Marianne, la mujer pelirroja a la que le faltaban algunos dedos; la dama grande y

musculosa con las cicatrices y quemaduras, y el tipo de cabello casi blanco al que los hombres y mujeres vestidos de amarillo llamaban «maestro».

Seis ojos que me miraron con distancia y desconfianza. Me sentí como un conejo que aterriza en una jaula llena de tigres.

—Ya conoces a Marianne Linke —dijo Kahn—. Ellos son Bettina Mottl y Gustav Neumann. Chicos, él es Hugo.

—Un placer —musité.

Ellos respondieron sin demasiado entusiasmo. Entonces, la mujer musculosa, Bettina, soltó una carcajada. Gustav sonrió.

Pareció por un momento que Kahn iba a decir algo, pero Marianne esbozó una sonrisa incómoda e intervino primero:

—Hugo, ¿quieres beber algo? ¿Hago café?

—Sí, por favor —respondí—. Muchas gracias.

—Gracias, Marianne. —Kahn me hizo un gesto para que me sentase en una de las butacas, para acomodarse él a continuación en el reposabrazos, muy cerca de mí—. ¿Vosotros dos os vais a quedar ahí de pie?

Bettina y Gustav compartieron una mirada antes de sentarse, al otro lado de la mesita, lejos de nosotros.

—Bettina es hiperempática —me explicó Kahn en voz alta—. Puede sentir a las personas con las que tiene un vínculo, de modo que supongo que le ha hecho gracia algo que ha percibido en Gustav.

Ella chasqueó la lengua.

—Vaya, qué agradable es oír cómo se desgrana y analiza mi comportamiento en voz alta.

—Casi tan agradable como que alguien se ría en tu cara antes incluso de saludar —replicó Kahn, con el mismo nivel de acritud, ni un ápice más ni un ápice menos.

—En eso tienes razón —admitió ella—. Perdóneme, señor Holbein. ¿Sus hermanos cómo están?

Tenía la garganta tan seca que no sé cómo fui capaz de hablar.

—No te lo puedo decir con seguridad, pero sí sé que estarían mucho peor si supiesen dónde estoy —respondí con sinceridad.

—Y con quién —añadió ella—. Será mejor que no lo sepan nunca,

entonces.

Empecé a darme cuenta de que había hecho una tontería. Tal vez Kahn tenía razón al apartarme de su vida privada y, por lo tanto, de esas personas con las que la compartía. Ellas no tenían ningún motivo para querer conocer al hermano pequeño de los capitanes de la Partida de Caza.

Y yo, en cuanto Marianne regresó con el café y una bandeja de galletas, me encontré merendando con Gustav, el líder de aquella inquietante secta en la que la gente envejecía deprisa, moría o era sacrificada, no lo sé. Me esforcé por recordar lo que me habían contado mis hermanos aquel domingo en el cementerio. No lo logré. Solo sabía que la gente vestida de amarillo había matado a Oskar Walch, que había sido un buen amigo de mi hermana, y que ella los odiaba y, por lo tanto, odiaba a Gustav más que a ninguno… Y yo, al verlo tan calmado, con esos ojos que parecían muertos, deseé echar a correr y no detenerme hasta el centro de la ciudad, hasta encontrarme de nuevo bajo el amparo de mis hermanos.

La conversación, animada por Marianne, giraba en torno al libro de Kahn. Yo no me sentía capaz de participar. Al cabo de un rato, me puse en pie:

—Perdón, ¿puedo ir al aseo…?

Kahn me indicó la dirección. Salí al pasillo, mareado por el agobio que caía sobre mí como una losa, entré al baño y me mojé la cara con una jarra que había frente a un barreño y el espejo. Me pregunté si aquel distrito estaría conectado a la red de agua de Ciudad Blanca; me sentía en el fin del mundo. Sostuve mi propia mirada en el reflejo y decidí no regresar al salón por el momento.

Recorrí el pasillo, lleno de puertas cerradas, hasta encontrar una entreabierta. Me bastó asomarme para reconocer el olor de Kahn: aquel debía ser su dormitorio. También estaba decorado con un estilo moderno, geométrico y de colores planos. Todos los muebles y el suelo eran blancos. Las paredes estaban cubiertas por un papel pintado con líneas negras que formaban espirales de ángulos rectos, como cajas dentro de cajas. La ropa de cama, también monocroma, tenía rayas verticales. Contra una pared había dos armarios y un tocador con

cajones y un espejo, todo a juego, como si se hubiese construido ex profeso para aquella habitación. Bajo la ventana había un escritorio con un estante, cuadrado y rectilíneo, con una silla cuyo respaldo dibujaba una bella sombra en el suelo: cuadrados y diamantes negros en trazos anchos, limpios.

La única nota de color eran los libros sobre la mesa y el estante, apilados en el suelo, sobre los armarios por todas partes. Libros bellamente encuadernados, con tapas de cuero y bordados en oro, libros de ediciones modestas, libros que eran apenas un fajo de papeles. Entré en la habitación para verlos bien, envalentonado, como si la presencia de los libros fuese un escudo protector y nada malo pudiese pasarme si ellos estaban presentes.

Cuando me acerqué a observar los de la mesita de noche, descubrí que Kahn había dejado sobre ella nuestro poema.

Me senté en la cama con reverencia; después, incapaz de contenerme, me tumbé boca abajo, con la cara aplastada contra la colcha. Olía como la ropa de Kahn, como el jabón de Kahn, como la piel de Kahn. Me hubiese podido quedar así durante meses, haber hibernado como un oso.

Sin embargo, como no quería que me encontrase así, utilicé toda mi fuerza de voluntad para ponerme en pie. Pensé que, si estaba muy incómodo, lo mejor sería irme a casa; y valoré la opción durante unos segundos antes de echar un último vistazo al dormitorio y al poema sobre la mesilla y decidir que no, que me quedaría.

Me quedaría, les gustase a los otros o no.

Al regresar por el pasillo, oí sus voces desde el salón. Era Bettina la que hablaba:

—Al margen de que sea o no una pésima idea tontear con la Jauría, solo digo que te estás precipitando. Ni siquiera controlas aún las sombras, no deberías tener *ningún contacto estrecho* con los comunes… ni con este chico ni con ninguno de los demás, solo relaciones profesionales, eso es todo.

—Y yo solo digo —replicó Kahn, sin alterarse— que no te he pedido consejo, gracias.

—Tu vida no es solo tuya —gruñó ella—. Lo que hagamos nos

afecta a todos y lo sabes. Si te pones en peligro, nos pones en peligro a todos. Eres el último que ha llegado y el que más verde está todavía… y nosotros aceptamos ese riesgo, el que conlleva que no sepas controlar las sombras, pero…

—Basta —intervino Marianne—. Bettina, sabes que está haciendo lo que puede. Es un proceso.

—Sí, ¿y hace falta entorpecer el proceso flirteando con aquellos que nos quieren muertos?

—Hugo no es responsable de lo que hagan sus hermanos —me defendió Kahn.

—Ya está bien —insistió Marianne—. El hecho es que Hugo está aquí, sabe quiénes somos, sabe lo que hacemos. De nada sirve ponérnoslo en contra ahora. Tratémoslo como el invitado que es, y lo demás ya se verá.

Retrocedí unos pasos y volví a avanzar, esta vez haciendo más ruido para avisar de mi presencia. La conversación se apagó. Entré en el salón.

Todos clavaron la vista en mí. Necesitaba un tema de conversación y, por suerte, me fijé en un escritorio pequeño y oscuro en un rincón, con un taburete debajo. Lo señalé.

—¿Vosotros también escribís?

—Bettina escribe —respondió Kahn—. Es muy conocida en el extranjero.

—Las traducciones han tenido más éxito que los originales —comentó ella, con cierta amargura—, tal vez porque en otros lugares hay menos recelo hacia la autora.

—¿Puedo leerte?

Ella no respondió. Pude leer en su expresión que le agradaba que preguntase, pero que aún no se había decidido a ser amable conmigo.

—Ya te pasaré alguno de sus libros —ofreció Kahn—. Y algunos relatos que ha publicado en *Mots et Vers*.

Después, me contó que Marianne es artista también: diseña y construye los muebles que hay en el Remedio. La admiración me salió sola, completamente honesta. Marianne sonrió.

—También hago bordados —reveló—. ¿Quieres verlos?

Sacó cajas y cestos de prendas, una sucesión interminable, cada cual más bella que la anterior. Marianne estaba entusiasmada y, ante mi educado interés, se mostraba más que dispuesta a hablar de su trabajo. Lo agradecí enormemente, porque provocaba una charla fácil y fluida, agradable, en la que yo solo tenía que intervenir con preguntas y halagos que, por otro lado, no me costaba nada dispensar.

Gracias, *Fräulein* Lilla, por haberme instruido en el arte de la conversación cortés.

El resto de la tarde transcurrió sin incidentes. En cuanto cayó la noche, Kahn se ofreció a acompañarme de vuelta a casa. Paseamos sin prisa por unas calles que me hubiese aterrado recorrer a solas, hasta llegar a los distritos mejor iluminados.

Poco antes de llegar, nos detuvimos, como si ninguno de los dos quisiera despedirse. Hablamos de nada (no sabría recordar ahora mismo qué dijimos), mientras yo luchaba contra el deseo de besarlo y la timidez. Me pareció que él estaba esperando que lo hiciera, pero ¿y si me equivocaba? Al final no me atreví. En su lugar, le di un abrazo largo, estrechándolo fuerte y hundiendo la cara en su abrigo en busca de ese olor a jabón y a limpio. Después, nos dimos las buenas noches.

Entré en casa y me escabullí escaleras arriba para evitar a los mellizos, cuyas voces oía en el salón. Avisé a Annika de que había llegado, le dije que me iba a dormir y me metí en la cama deprisa, aunque fuese muy pronto. Al poco rato, se abrió la puerta. No sé si era Therese o Johann. Me hice el dormido hasta que se marchó.

Horas después, con la casa ya en silencio, sigo despierto. ¿Cómo puede ser que un beso que no se ha dado se instale en mi pensamiento con más fuerza incluso que los que sí tuvieron lugar?

Lunes 19

Envié a primera hora el borrador de mi drama *Palabras estúpidas* a siete teatros de la ciudad, desde salas alternativas y humildes hasta, ¿por qué no?, el Teatro del Pueblo y el Teatro Imperial. Después, me enfrenté a Johann, que se había quedado en casa para hacerme una

emboscada en el desayuno. Quería interrogarme sobre Georg Kahn y averiguar qué me traía entre manos con él, pero hace tiempo que aprendí a callarme cuando Johann hace preguntas que no quiero responder. Solo cuando empezó a volverse demasiado insistente, le dije:

—¿Estás siendo mi hermano o el capitán de la Partida?

Él torció el gesto, se puso en pie con brusquedad y abandonó furioso el comedor.

No tuve tiempo de preocuparme por su enfado, porque en ese momento (ya era media mañana) llegó Annika con una carta para mí.

—La ha traído un mensajero —comentó—, lo han mandado hasta aquí solo para traerla, no cargaba con más sobres ni paquetes.

Llevaba el sello del Teatro Imperial.

Pensé que era imposible, imposible, imposible. No podían haberme respondido, no a mi propuesta absurda de *Palabras estúpidas* y no, sobre todo, el mismo día que les había enviado el manuscrito. Con manos temblorosas abrí el sobre. Tuve que leer la carta dos veces.

La directora del teatro, la señora Wittman, agradecía el envío y expresaba su deseo de verme esa misma mañana, «si mi horario lo permitía», antes de las doce y media. Eran las doce menos diez, por lo que salté de la silla, corrí escaleras arriba y me vestí con toda la rapidez que me permitía el temblor de las manos. Bajé la escalera mientras me anudaba la corbata y pedía a gritos un coche que me llevase al Teatro Imperial. Aguardé con impaciencia hasta que lo trajo Konrad, el mozo; después subí sin esperar su ayuda.

Eran ya las doce y catorce minutos.

El trayecto era casi en línea recta hasta el Nuevo Ayuntamiento y sus jardines. El Teatro Imperial esperaba justo delante, al otro lado del Anillo, y tuve que aguardar a que el coche lo cruzase y se detuviese frente a la entrada principal. Los caballos aún no tenían los cuatro cascos en el suelo cuando abrí la portezuela.

Mi reloj marcaba las doce y veintitrés.

La puerta del teatro, entre grandes columnas de piedra blanca, era impresionante. Me quedé quieto en el escalón, sobrecogido por la magnitud del momento, reflejada en aquella entrada imponente. Tres

veces más alta que yo, de madera pesada y decorada con una filigrana hecha de metal negro, parecía impensable que se abriese para dejarme paso y aun así lo hizo. Un hombre uniformado me esperaba al otro lado.

—Vengo a ver a la señora Wittman, por favor.

—¿Cuál es su nombre?

—Hugo Holbein. —Me faltó la voz para pronunciar la coletilla «de Holbeinsberg».

—Bienvenido, señor Holbein. Sígame, por favor.

El suelo del teatro, que alternaba el blanco con el rojo vino, iba a juego con el uniforme de aquel hombre. Caminé tras él por los pasillos curvos en los que resonaban nuestros pasos. A un lado, grandes arcos de piedra y escaleras; al otro, puertas y ventanales que daban a la calle, vidrieras y bancos vacíos. ¡Qué extraño lugar es un teatro sin espectadores! El silencio me resultaba desolador. Volvía el lugar irreal, como si perteneciese al mundo de los sueños, como si no estuviese permitido existir en él mientras no estuviese activo. Pensé, en aquel momento, que el teatro con las puertas cerradas era como uno de sus actores sin el vestuario ni el maquillaje, y que yo estaba quebrantando una norma no escrita al verlo así…

Subimos las escaleras, vestidas con una alfombra roja; después, mi guía abrió una de las puertas que conducen a la zona del edificio cerrada al público, en la que los suelos son azules. Nunca había estado en ella. Carecía del esplendor del recibidor o de la bella sala con sus butacas. El teatro, en la intimidad, escondía lo mismo que muchas personas fabulosas en apariencia: era de lo más anodino. A un lado, sobre una mesa, alguien había dejado olvidados una taza y dos vasos. Al otro, un carrito de metal cargado de antiguos programas que nadie había encontrado el momento de almacenar. Más adelante, un par de salas de ensayo vacías; y, por fin, al final del pasillo, un despacho pequeño, de suelo de madera, con una gran ventana que daba al Nuevo Ayuntamiento.

—El señor Holbein —anunció mi guía antes de dar un paso atrás y abandonarme.

Creí que me iba a desmayar. No sé de dónde saqué fuerzas para

dar un paso adelante y entrar en el despacho. Tras un gran escritorio lleno de papeles, la señora Wittman se había puesto de pie y me tendía la mano. Esquivé con torpeza un par de sillas tapizadas en rojo (el mismo que las butacas o el telón: un recordatorio de dónde nos encontrábamos, pese a todo) que se interponían entre nosotros para estrechársela.

—Gracias por venir con tan poco tiempo —me dijo con una sonrisa cálida.

Era una mujer de mediana edad, de cabello castaño y ondulado bien recogido en la nuca. Llevaba un vestido elegante pero sencillo, funcional, de persona seria y práctica. Iba maquillada con gran estilo. Sus ojos, de mirada inteligente, se dirigieron a mi manuscrito, que reposaba frente a ella sobre el escritorio.

—Gracias a usted por recibirme. —Mi voz era la de un niño.

—Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo? ¿Una taza de café?

—No, gracias —murmuré, aunque tenía la garganta seca como si nunca hubiese probado el agua y los dedos de las manos helados.

—Muy bien —dijo ella, y se sentó frente a mí—. He leído el drama que me envió. No le voy a mentir, normalmente el material que recibo debe esperar semanas o incluso meses a ser leído; el suyo lo empecé apenas llegó. El motivo es que ya conocía su nombre. Ha despertado algo de interés desde su aparición en *Slora*. —No supe qué responder. Estaba boquiabierto. Ella hizo una pausa y, al ver que yo no decía nada, continuó—: Me gustaría mucho contar con una obra suya en el programa. Tengo un hueco esta temporada, pero tendríamos que estrenarla de aquí a un par de meses, lo que significa que necesito el texto hace una semana, más o menos. Y este —levantó mi *Palabras estúpidas*— no me vale. Me ha servido para ver de lo que es usted capaz, pero por lo demás, si me perdona la honestidad, no vale nada.

Asentí. No sabía cómo explicarle que ni en mis sueños más delirantes había esperado que ella lo leyese y lo *considerase*. No sé si hubiese sido capaz de enviarlo de haber sido plenamente consciente de aquello.

—Puedo escribir algo mejor —aseguré, sin demasiada convicción.

No me sentía un gran autor. Me sentía un fraude que, de algún

modo, había logrado engañar a alguien importante.

—¿Puede hacerlo en una semana?

Lógicamente, respondí que sí. En esa situación, solo podía decir que sí.

Aunque ahora no tenga ni la menor idea de qué voy a hacer.

Martes 20

Esta mañana fui a la universidad, porque no podía soportar quedarme en casa frente a la hoja en blanco, sin pensar en nada más que en el tiempo que corría sin que a mí se me ocurriese un mísero tema para mi debut como dramaturgo. Cuando regresé para comer, descubrí que la señora Wittman se había pasado a verme y, al no encontrarme, había dejado su tarjeta.

¡La directora del Teatro Imperial me ha devuelto formalmente la visita!

El honor me sentó como un golpe y me dejó tan mareado que tuve que sentarme. La señora Wittman, al tratarme como a un igual (¡¡la directora de semejante institución, tratándome como a un igual *a mí*!! ¡Devolviéndome la visita! No tengo palabras), me confirma como autor del Teatro Imperial con todo lo que eso conlleva. Soy un escritor al servicio del emperador. Un *gentleman*. Un miembro del equipo del teatro, con todos sus privilegios: entradas gratis para toda la vida, invitaciones a las recepciones oficiales, huésped de la casa imperial…

Sentí (y aún siento) una punzada de culpa al preguntarme si Kahn, de haber enviado un drama a la directora, habría recibido el mismo trato. Si su nombre (que está aún más vinculado a *Slora*) habría despertado tanto interés como el mío. Sé que probablemente no habría sido así y también sé por qué.

Pienso que las entradas al teatro me apetecen menos si sé que mis amigos (salvo aquellos que, como Ida Tornaforte, también son autores de la casa), con Kahn entre ellos, siguen teniendo que hacer cola desde las tres para conseguir las únicas localidades a precios asequibles…

Aun así, tras recibir la tarjeta de visita de la directora estaba tan

contento que no pedí que me llevasen la comida a mi dormitorio, sino que bajé a tomarla con mi hermana en el comedor. Ella empezó a hablar conmigo de *Slora* y de libros, porque igual que Johann, quería hacerme hablar de Kahn, pero es más artera que él, más diplomática, y tiene la paciencia necesaria para dar vueltas alrededor de un tema y acechar durante el tiempo que haga falta antes de atacar. La esquivé aprovechando el pie para hablar de mi reciente triunfo. Esto dominó por completo la conversación. Georg Kahn no sería mencionado en voz alta en la casa Holbein, al menos por hoy.

Therese pareció alegrarse sinceramente por mí. Johann estaría ocupado toda la tarde, pero ella solo tenía que hacer una pequeña gestión y después estaba decidida a celebrarlo conmigo, así que aproveché para mencionar que por la noche había un concierto de la Filarmónica. Sé que a ella no le entusiasma la música, y me sorprendió agradablemente que aceptase el plan (¡e invitando!).

«Démonos prisa entonces, porque primero he de pasar por el ayuntamiento».

Era tan pronto todavía que debí sospechar entonces que su pequeña gestión iba a durar en realidad varias horas. No me di cuenta hasta un buen rato después, cuando ya estábamos en el Nuevo Ayuntamiento. Therese me había dejado en una sala de espera y se había retirado a uno de los despachos cerrados. Esperé con creciente impaciencia durante algo más de una hora; después, porque no podía aguantar más del aburrimiento y del enfado (si me hubiese advertido que me iba a tener ahí sentado tanto rato, me habría traído un libro), me puse en pie y me acerqué a la puerta cerrada.

Distinguí la voz de Therese primero, aunque ahogada tras la hoja de madera, y apenas unos segundos más tarde, para mi sorpresa, la de la princesa. Después oí otra voz, grave y atildada: la del ministro Wolff.

No me habría quedado escuchando de no ser por…

No. ¿Qué sentido tiene mentirme a mí mismo? Sí lo habría hecho. Me habría quedado escuchando en cualquier caso, porque desconfío de Wolff. Pero lo que realmente clavó mis pies en aquel lugar y me obligó a acercar la oreja a la puerta, pese al miedo a ser descubierto,

fue la palabra que capté repetida una, dos, tres veces en aquella conversación: «monstruos».

—… históricamente —decía la princesa—, y no se puede negar que tienen habilidades con las que nosotros solo podemos soñar. Imaginen hasta qué punto algunos de estos monstruos, puestos al servicio de nuestro ejército, podrían cambiar las tornas… una presión que sabemos que necesitamos… —bajaba y subía la voz, sin darse cuenta, y algunas partes de su alegato me resultaban incomprensibles— … las fronteras…

—… en teoría —Therese hablaba muy bajito, serena, contenida. Maldije su compostura, en silencio, porque no me permitía escuchar lo que decía—, pero…

—… Ptolomeo —dijo Wolff—. El talismán… No deja de tener razón… antiguas reliquias… las antiguas murallas… protección de Ciudad Blanca.

—… peligro —insistía Therese.

Parecía que la princesa compartía con ellos sus ideas sobre la utilidad que podrían tener los monstruos, si se les permitiese explotar sus poderes en lugar de contenerlos; siempre al servicio del Imperio, por supuesto. Ese talismán de Ptolomeo, que antaño protegió la ciudad, era un precedente. Interpreté que Wolff estaba de acuerdo con ella, más por su tono que por sus palabras, y que incluso podía tener más información sobre el talismán, porque no dejaba de mencionarlo… La posición de mi hermana estaba clara. No me hacía falta oír lo que dijese Therese para saber que ella siempre se manifestaría en contra de cualquier colaboración con los monstruos.

El súbito sonido de una silla al arrastrarse me hizo apartarme de la puerta de un salto. Me replegué todo lo deprisa que pude, sin hacer demasiado ruido, hasta la sala de espera, para sentarme de nuevo e intentar disimular mi respiración agitada. Debía parecer que llevaba todo el rato ahí, de modo que ensayé mi mejor aire de aburrimiento. No hizo falta: la princesa Néné, que pasó deprisa por el pasillo, ni siquiera reparó en mí. Parecía enfadada y, para mi sorpresa, iba completamente sola, abandonada de su séquito.

Therese se reunió conmigo al poco rato y se disculpó por la

tardanza. Me quejé, para evitar sospechas, antes de salir a la calle con ella.

El concierto de la Filarmónica fue excelente, pero me impidió concentrarme en él mi desconcierto por la extraña situación que había espiado. No entendía nada ni lo entiendo ahora. Hay veces (aunque pocas) que poner las cosas por escrito no ayuda lo más mínimo.

Jueves 22

Algunas tardes no aguanto en el Café Hagel, porque por mucho que aprecie la compañía del resto de escritores, todos me sobran frente a la perspectiva de estar a solas con Kahn. Así que hoy le propuse retirarnos a la biblioteca de Magdalene Ster. Le dije que necesitaba escribir (y es verdad, porque estamos a jueves y se supone que voy a entregar una obra de teatro interesante, de calidad y, sobre todo, *completa* para el lunes, y por ahora todo lo que he escrito ha acabado en la chimenea). Da lo mismo. Hay ocasiones en las que Kahn es capaz de leerme los pensamientos y hurgar en ellos hasta sacar todo lo que me avergüenza decir en voz alta: me miró, puso esa maldita sonrisa y respondió:

—Claro, *escribir*. —Las palabras se me atragantaron en la garganta. Él aprovechó para continuar—: ¿Por qué a casa de Ster? Podemos ir a la mía.

—Georg —intenté decírselo con toda la delicadeza posible—, la última vez tuve la impresión de que a tus… —¿amigos?, ¿familia?— a las personas que viven contigo no les agrada mi presencia.

—Deja que sea yo quien se preocupe por eso.

Comprendí que era importante para él que su gente me aceptase, y eso me enterneció. No fui capaz de protestar, aunque cuando volví a poner los pies en aquella casa estaba nervioso, con una gran sensación de malestar de la que me resultaba difícil desembarazarme. Me habría gustado refugiarme con Kahn en su cuarto, pero él me invitó a sentarme en el salón, en el que no había nadie, y me ofreció una taza de café.

Sé que esto es una tontería. Lo sé. Soy plenamente consciente. Aun así, lo escribiré. Estoy acostumbrado a verlo en la calle, en el café, en librerías, siempre con esa distinción sombría, con una altivez casi involuntaria, de la que no tengo claro que él mismo sea consciente, rodeado de misterio, de oscuridad, sutil como la llama de una vela; Kahn el escritor y Kahn el monstruo, ambos distantes, fascinantes, enigmáticos. Y al contemplarlo como esta tarde, caminando despacio hacia mí desde la cocina, con cuidado para no derramar una taza de café, para no quemarse las manos, acercándome un terrón de azúcar, la sencillez y la cercanía creaban un contraste que me resultó abrumador. El poema *Tú y yo* me pareció poco en aquel momento. Podría haberle escrito cien inspirándome solo en su forma de colocar la taza frente a mí.

Trabajamos durante algo más de una hora, cómodamente dispuestos en el sofá, con solo algunos pequeños momentos de distracción. No avancé nada en la obra de teatro. No podía concentrarme. Me resultaba mucho más entretenido observar disimuladamente a Kahn, como si fuera un pintor dispuesto a plasmar sobre el papel cada detalle de su expresión abstraída al escribir. Entonces, la puerta principal se abrió y entraron Bettina y Marianne. Kahn alzó la vista hacia ellas, y la mujer musculosa se detuvo en la entrada del salón como si le hubiese dado un empujón.

—Si tanto te estorbamos, puedes irte a cualquier otra parte —bufó.

Fruncí el ceño, extrañado, porque él no había dicho nada ni hecho ningún gesto. Marianne, en cambio, no mostró la menor extrañeza. Se echó a reír.

—Bettina, ¿has sentido a Georg? —por su tono, aquello debía ser infrecuente.

Ella se cruzó de brazos.

—¿Ha sido involuntario? —preguntó Kahn, en un tono cristalino y afilado como un trozo de vidrio roto—. Curioso, teniendo en cuenta que controlas tu habilidad a la perfección.

Bettina no quiso responder. Se dio la vuelta y abandonó la habitación. Marianne miró a Kahn con reproche y suspiró antes de ir tras ella.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No siempre es fácil controlar… —Kahn no terminó la frase—. En fin, qué te voy a contar que no hayas visto. Bettina tampoco podía al principio, y compartía sentimientos, quisiera o no, con todo aquel que estuviese a su alrededor. Hace años ya que no es así. Solo *siente* a aquellos a quienes quiere: Marianne y Gustav. A mí no suele captarme, pero hoy no lo ha podido evitar… —Hizo una larga pausa que no interrumpí. Era evidente que estaba pensando—. Me pregunto si ha sido un lapsus o si le resulta más difícil cuanto más conoce a la otra persona.

—¿No os conocéis hace mucho?

—Hace años, pero es reservada y no es fácil acercarse a ella. —Sonrió un poco, como hace él. Parecía sentirse culpable—. Supongo que no soy nadie para criticarle eso.

En ese momento, la puerta de la calle se abrió de nuevo. Esta vez fue Gustav quien se asomó al salón.

—Ah —dijo a modo de saludo—. Sois vosotros.

—Están en su cuarto —indicó Kahn.

—Muy bien. —Gustav hizo ademán de irse, pero cambió de opinión y entró en el salón con una sonrisa. Se la devolví, sin saber bien a qué se debía—. Hugo Holbein —me llamó—. Tan joven y lleno de vida. Deseoso de formar parte de algo más grande que tú mismo, ¿verdad?

Había algo magnético en su voz. Sin saber por qué, me puse en pie. Habría caminado hacia él, como un pajarillo hasta las fauces abiertas de una serpiente, si Kahn no me hubiera detenido con una mano sobre mi antebrazo.

—Gustav —gruñó—. Déjalo en paz.

El encanto se rompió. Un escalofrío me recorrió la columna vertebral, como si alguien me hubiese lanzado un puñal y hubiese fallado, y hubiese sentido el frío del metal rozándome el costado de la cabeza, muy cerca del ojo.

Gustav resopló y me miró con desgana. ¿O era lástima?

—No supondría una gran diferencia —señaló, imperturbable—, año arriba, año abajo, lo mismo da.

Kahn estaba tenso, en guardia, como si no tuviera reparo en saltar sobre el otro si se acercaba a nosotros.

—*Gustav* —repitió.

—Un consejo —Gustav se alejó, hacia la puerta, dando la espalda a Kahn—: No te encariñes demasiado. Le quedan cinco años, y yo no tengo nada que ver en ello.

Tragué saliva. Aquellas palabras se me anudaron en torno al cuello como una soga. Me ahogaban aún varios segundos después de que el hombre de ojos amarillentos se hubiese marchado.

—¿Sabe…? —Mi voz sonó como un chasquido.

Kahn mantenía el rostro inexpresivo, como solía hacer, pero yo había aprendido a leer las pequeñas señales que indicaban su preocupación.

—Sí —admitió—. Gustav sabe cuánto tiempo de vida le queda a la gente.

Fui incapaz de preguntar si aquel adivino de la muerte acababa de predecir la proximidad de la mía; me aterraba demasiado la sola posibilidad de recibir una confirmación.

—¿… y él…? —musité.

Kahn entendió.

—Lo roba. Sí.

—¿Vive…?

—A costa del tiempo de los demás. No sé cuántos años tiene. Muchos.

Noté el llanto a la altura de los pulmones, a punto de desatarse. Gustav robaba tiempo de vida a los demás. Gustav tenía un grupo de seres humanos vestidos de color amarillo que lo adoraban como a un dios y que envejecían demasiado deprisa. Gustav alimentaba su fe y se nutría de ellos.

Gustav había matado a Oskar Walch, el amigo de mi hermana.

Las náuseas, el miedo y el odio se mezclaron con la angustia. No sabía qué hacer con todo ello; entonces sentí los brazos de Kahn que me rodeaban.

Y me dejé abrazar. Me refugié contra su pecho. Respiré hondo.

—Hugo —susurró él—. Creo que lo ha dicho para fastidiar. No

creo que fuese a robarte tiempo de verdad, siquiera. Está jugando a asustarnos porque le molesta que te haya traído aquí.

Entonces me separé de él, porque su incomprensibilidad, que hasta ese momento me había parecido atractiva, ahora me inquietaba. Me puse en pie y pasé por la habitación. Mis ojos se desviaban, quisiera o no, hacia la puerta.

—¿Por qué me has traído? —pregunté—. Si ellos no me quieren aquí y yo… —*tengo miedo*, pero no terminé la frase.

—Porque tú me lo has pedido —replicó él, con serenidad—. Los míos creen que eres un peligro y yo *sé* que ellos pueden serlo para ti, pero esto no es una novedad, Hugo. Te lo he dicho cientos de veces, he intentado apartarme de ti, y no me has dejado. Aquí estamos. Te he traído porque tú quieres estar conmigo, ¿no es así? —Hubo una pausa, una pausa larga, tan insoportable que di un paso hacia la salida; un amago de huida que interrumpí en cuanto Kahn volvió a hablar—: Y yo comparto ese deseo.

No estaba dispuesto a dejarme ablandar. Al menos, no del todo.

No sin oponer un poco de resistencia.

—¿Cómo puedes vivir con alguien así? ¿Cómo puedes considerar «de los tuyos» a alguien que mata para alargar su vida?

Kahn meditó la respuesta. Mientras tanto, pensé en los mellizos; en si tendrían o no razón al dar caza a personas como Gustav, que sí parecía adecuarse a la definición de «monstruo» que enseñaban en los colegios; y también pensé que ellos consideraban igual de abominable a Kahn, y supe que le darían caza si pudieran. En aquel silencio extenso como un desierto me pregunté si tendrían razón o no, como tantas otras veces; y por vez primera añadí otra duda: si Kahn *no* era peligroso, si Kahn era el que conocía yo y no el que temían mis hermanos, ¿cuántos como él habrían sido víctimas de la Partida de Caza?

Pensé, pensé, pensé, y Kahn dijo despacio:

—Yo no soy Gustav. Conozco sus motivos, sus ideas. No sé si sería capaz de hacer lo que él, pero sí sé que puedo vivir bajo el mismo techo. Entiendo que quizá necesites saber más sobre lo que hace y sus implicaciones morales, pero eso no me corresponde a mí hablarlo

contigo, sino a él. —Me miró con gravedad—. Por otro lado, Hugo, no soy quién para juzgar a nadie. También he hecho cosas terribles.

No pude tragar saliva, tenía la garganta seca. El movimiento, inconsciente, me resultó desagradable.

—Involuntariamente —aventuré.

—Sí —confirmó él—. Eso no las hace menos terribles.

Quise creer que sí. No lo dije en voz alta. Tenía la sensación de ser un niño metido en el traje de un adulto, incapaz de asomar las manos por las mangas.

No podía marcharme. Habría sido demasiado injusto. Era cierto que él me había advertido, y, sin embargo, yo le había rogado que me abriese la puerta. Supe que si me iba no volvería nunca, lo cual significaba que jamás habría otro poema escrito por los dos ni más tardes de horas perezosas en compañía mutua ni más roces distraídos ni más besos con los brazos enredados.

Volví con él. El mundo se había tambaleado a nuestro alrededor y los dos seguíamos allí. La sensación de realidad era tan poderosa que me atreví a sentarme no sobre el sofá, sino en su regazo; y él me abrazó, me atrajo hacia sí y escondió el rostro en el hueco entre mi cuello y mi hombro.

Suspiré.

—Ay, Georg, yo necesito una obra de teatro para dentro de tres días y tú solo me proporcionas quebraderos de cabeza sobre los que no puedo escribir.

Él rio en voz baja, sin ser consciente del efecto que tenía en mí su risa cálida, suave, infrecuente.

—Te equivocas en una cosa y aciertas en otra —señaló—. No es mala idea en absoluto escribir sobre aquello que te preocupa personalmente. Sin embargo, es verdad que no nos conviene nada que escribas sobre mí y los míos concretamente; vaya gana de ponernos una diana en la espalda.

—Además —añadí, sin pensar—, nadie vendría a ver una obra sobre monstruos.

Por un momento pensé que el comentario había sido inadecuado, pero a Kahn no le molestó.

—¿Y qué? El Teatro Imperial lo financia el emperador, no depende del público. Precisamente por eso puede permitirse ser un altavoz de ideas, sin la obligación de complacer y entretener…

Más tarde, ya en casa (Kahn me acompañó, de nuevo, hasta una calle cercana, en la que le di un beso, uno solo, muy rápido, que nadie vio), reflexioné sobre esto. Me da lástima que el arte, que debería ser libre, dependa del mercado; que su función como vehículo de mensajes y realidades deba quedar en segundo plano tras la necesidad de ser atractivo, de generar dinero, de cubrir gastos; cosa que, por otro lado, es indudablemente necesaria. Salvo en casos como el del Teatro Imperial, como ha dicho Kahn…

Me hubiera gustado preguntarle si él, en sus libros (que, al fin y al cabo, deben ser considerados *vendibles* por algún editor para ser publicados), tiene esto en cuenta o no. Se me ocurre que estas aguas que navego mentalmente son más profundas de lo que he considerado a primera vista, y que tal vez en ellas esté la llave del éxito; lo que no tengo claro es si consiste en callar algunas ideas para obtener un producto más atractivo o, al contrario, en desafiar lo establecido y contar las historias que uno verdaderamente desea mostrar al mundo, ya sea sobre la página o sobre el escenario…

Con todo esto, una última nota sobre algo que sucedió hoy. Sumergido en estos pensamientos, rescaté aquel manuscrito antiguo, el relato que fabriqué hace tiempo basado en aquella conversación entre Annika y otra de las criadas, ni siquiera recuerdo cuál. Releyéndolo, encontré en él palabras que no conocía; tampoco entonces las entendí, solo las reproduje porque se me antojaron exóticas y creí que aportaban autenticidad al diálogo. Hoy las detesté. ¿Qué autenticidad hay en repetir como un loro aquello que no se comprende?

Hice subir a Annika a la biblioteca y le pedí que me las explicase. Ella estaba perpleja, incluso un poco disgustada, pero obedeció… Aunque no me preguntó nada, me vi en la necesidad de justificarme:

—La forma en la que habláis es tan genuina… Yo quiero escribir sobre la gente de verdad…

—Esto no tiene nada de verdad —replicó ella—. Las historias de

verdad no son así.

Quise contestar que lo sabía, que solo había transcrito el diálogo, como buenamente había podido, y que el resto del relato era invención mía, claro. Algo de literatura también tenía que haber en ello, de otro modo no sería un relato sino una crónica… Por suerte, me contuve a tiempo y, en lugar de defenderme, pregunté:

—¿Cómo son las historias de verdad?

Entonces ella me contó, con distancia y sin dramatismo, que hacía doce años había nacido su tercer hijo.

—¿Tres? —interrumpí—. No los conozco.

—No me queda ninguno —explicó ella—. Los dos primeros murieron al poco de nacer, y mi marido y yo deseábamos tanto otro que por fin nació, aunque el pobrecito también debilucho y enfermo. Lo bautizamos enseguida porque estábamos los dos convencidos de que no iba a vivir. Ese mismo invierno, una mañana, amaneció muerto.

—Lo siento —intervine. Estaba muy incómodo, ¿qué puede decirse sobre algo así?

Ella no me hizo caso.

—Habrán ido directamente al Paraíso los tres, y ya se sabe que tres niños muertos en el Cielo tienen tanta fuerza que la salvación del padre y de la madre está asegurada; pero créame que eso no es ningún consuelo. El caso es que mi marido enterró al pequeño, el tercero y último, porque ya no he vuelto a tener ninguno; y yo mientras tanto estuve aquí con usted, que tendría entonces seis o siete años, y empezaba a hacer filitas de letras que le enseñaba *Fräulein* Lilla.

—¿No estuviste en el entierro de tu hijo?

—No, porque el señor Holbein, su hermano, no me quiso dar el día libre, ni tampoco él ni su hermana fueron, y yo trabajé toda esa semana y la siguiente y la siguiente y así hasta ahora, porque como le he dicho por suerte ya no he tenido más.

Me quedé sin palabras. Me hubiese gustado tomar la mano de Annika entre las mías, pero eso hubiese significado derrumbar un muro que había estado ahí desde siempre.

—¿Cómo se llamaban?

Ella no esperaba aquella pregunta. Le llevó unos segundos recomponerse.

—La mayor, Anna; la siguiente, Ilka; el último, Otmar, como mi marido. Así son las historias de verdad, señor: usted sin madre y yo sin hijos, y los dos yendo los domingos por separado al cementerio. Si quiere plasmar la realidad, escriba sobre eso. Ahora, si me disculpa…

Asentí y, sin decir nada más, se fue a recoger la cena.

Viernes 23

No es posible que la predicción de Gustav fuese verdad. Kahn tiene razón, solo quería asustarnos. Ni siquiera me creo del todo que su poder funcione así, hay demasiadas variables en el destino como para poderlas prever con exactitud.

Ya puede esperar sentado si cree que me van a preocupar tonterías como esa. Morir joven yo, ¡con la de cosas que tengo por delante!, ¡justo ahora que soy el flamante nuevo autor del Teatro Imperial! Morirme de aquí a cinco años sería de lo más inoportuno.

Lunes 26

Tras escribir frenéticamente durante dos días y dos noches, esta mañana envié a la señora Wittman el manuscrito original de mi obra *Madre*. Es un borrador y seguramente haya una pequeña infinidad de cambios que hacerle, pero algo es algo y por algún sitio hay que empezar. Si no le gusta, aquí habrá acabado mi carrera como dramaturgo. No creo que pueda escribir nada mucho mejor que esto.

Después salí a dar un paseo, necesario para regresar al mundo de los vivos después de tantas horas encerrado. Tenía los ojos enrojecidos y las piernas entumecidas; me sentó tan bien el aire fresco que anduve y anduve hasta el Jardín del Pueblo, en el que encontré a Alois Licht. Le conté mi pequeño triunfo (una obra en dos días) y él me dio la enhorabuena. Me contó que había aceptado un segundo encargo, otro

libreto para la Ópera, lo cual me sorprendió gratamente. Le propuse ir a comer juntos para celebrarlo.

Nos sentamos en el Café Funke, justo al lado del Teatro Imperial. Desde sus sillones vetustos junto a los grandes ventanales podíamos ver a la gente pasar. Distinguí el carro de la princesa, con las cortinas descorridas: iban dentro ella y el ministro Wolff. Recordando la conversación que había espiado en el Nuevo Ayuntamiento, me pregunté si estarían hablando del talismán de Ptolomeo. No me había dado la sensación de que Wolff estuviese en contra de utilizar objetos o habilidades extraordinarios en beneficio del Imperio, lo cual es sorprendente, porque sé de sobra que él no es muy amigo de los monstruos en general.

Y entonces, como si me leyera la mente, Licht dijo:

—¿Le estará hablando a la princesa del condenado talismán?

Lo miré boquiabierto.

—¿El…? —Mi asombro era tal que no pude formular una pregunta siquiera.

Licht se echó a reír.

—¡Discúlpame! Estaba hablando solo. Conoces a ese hombre, ¿verdad? Es el ministro Wolff, con quien comparto nombre de pila; se llama Heinrich Alois Wolff. Sin embargo, es lo único en lo que nos parecemos.

—Sí —respondí—. Lo conozco por mis hermanos.

—Ah, por supuesto. No había caído. Yo lo he tratado en más de una ocasión porque antes revisaba escritos y discursos oficiales, ¿sabías? Trabajaba para la familia imperial, no solo redactando y corrigiendo sino, sobre todo, tomando notas, haciendo copias, en fin… Cosas de mi padre, que me colocó con la esperanza de que hiciese contactos, y aquí me tienes…

Lo interrumpí.

—¿Y qué es eso del talismán?

—Un viejo cuento de hadas. Al parecer, un estudioso griego, Ptolomeo, escondió un amuleto protector en la muralla que antaño rodeaba la ciudad, y gracias a él fracasaron todos los intentos de conquista a lo largo de los siglos… Imagino que con el clima inestable

que hay actualmente en las fronteras del Imperio, el ministro Wolff sueña con un objeto mágico como ese que lo libere de sus preocupaciones.

—¿Y crees que está hablando de eso con la princesa?

Alois Licht volvió a reír.

—No, era solo una conjetura. ¡Últimamente me parece que no habla de otra cosa, todo es Ptolomeo por aquí, Ptolomeo por allá! En un hombre que no es muy de leer, como él, tanto interés en escritos antiguos resulta raro.

El coche de la princesa había desaparecido de nuestra vista.

—Ciertamente parece carecer por completo de fantasía —comenté, divertido—. ¿Quién iba a decir que Wolff creería en cuentos de hadas?

—Bueno —resolvió Licht—. Si planea lanzarse en búsqueda de talismanes, será mejor que lo haga a espaldas del emperador. Cada vez es menos amigo de lo extraordinario, y eso tus hermanos deben saberlo bien. La Partida de Caza está más activa que nunca; hay quien dice que pronto no quedarán monstruos en la ciudad.

No creo que la princesa Néné esté de acuerdo, pensé, pero no me apetecía seguir hablando sin saber, por lo que cambié de tema.

Por la tarde, no encontré a Kahn en el Café Hagel, de modo que me presenté en su casa, en el Remedio. Esperaba poder pasar un par de horas a solas con él, con la mente libre de la presión por acabar el drama, pero me encontré a toda la familia (¿familia?) en el salón. Bettina, que me había abierto la puerta, solo dudó un segundo antes de hacerme un gesto para que entrase y me sentase.

—Tenemos visita —anunció.

Marianne, que estaba hablando en ese momento, me hizo un pequeño gesto de saludo, sin interrumpir su discurso. Yo estaba demasiado atento a la situación para atender: Kahn me miraba, de modo que me acerqué a él y tomé asiento a su lado, muy cerca de él en el sofá; demasiado cerca, tal vez. Aunque en cualquier otra circunstancia hubiese sido más discreto, me permití aquel despliegue de intimidad porque imaginé que no sería una sorpresa para el resto de los presentes y, por otro lado, llevaba *dos días enteros* sin verlo.

Además, en el otro sofá, Bettina se había sentado sobre el

reposabrazos y Gustav se había recostado contra su muslo. Ella le había posado una mano en el hombro, cerca del cuello, y me pareció entrever que le acariciaba un mechón de pelo con el pulgar.

—Me niego —estaba diciendo Marianne—. Me niego.

—Estaríamos más tranquilos —dijo Bettina—. En la Luminosa se vive bien, y yo tengo suficientes contactos como para ponernos en marcha. Artísticamente, está a la cabeza de todo el continente, ¿qué digo?, del mundo. Ciudad Blanca se está quedando atrás. Nos beneficiaría a todos, excepto tal vez a ti —añadió en dirección a Gustav.

Él se encogió de hombros.

—No —insistió Marianne—. Si nos vamos, por mucho que ganemos en comodidad, estaremos renunciando a nuestros derechos.

—En comodidad —bufó Bettina—. Ganar en *seguridad*, querrás decir. La Jauría está a nuestros talones como si llevase una semana sin comer.

Clavó en mí los ojos, como si yo fuese de alguna forma responsable.

—Bettina, eso no va a cambiar aunque abandonemos los Dominios del Este —suspiró Marianne—. No nos quieren en ninguna parte, y la única forma de cambiar eso es *quedarnos*. Quedarnos y reclamar nuestro sitio, en igualdad de condiciones a los demás.

Quedó a la espera de una respuesta de Bettina que no llegó. El debate había muerto. Marianne se encogió de hombros, Bettina negó con la cabeza. Gustav las miraba a ellas, Kahn evitaba mirarme a mí, o eso me pareció.

—¿Estáis pensando en iros por mi culpa? —pregunté.

Marianne me sonrió con tristeza.

—No, no por tu culpa. Tú, de momento, no nos has traído ningún problema.

Agradecí la concesión, aunque Bettina añadió como un eco:

—De momento.

Martes 27

¿Por qué iba yo a morirme de aquí a cinco años? No tiene ningún sentido. Mi vida es plácida y lo más peligroso que hago es subirme a la noria del Prater. Bueno, y relacionarme con los monstruos. No hay motivo alguno para pensar que la predicción de Gustav sea acertada. Seguramente Kahn tenga razón y solo haya querido inquietarme; pues muy bien, porque no lo va a lograr, no me preocupan en absoluto ni él con su calma de reptil ni sus predicciones absurdas.

Miércoles 28

Esta mañana recibí una vez más una carta de la señora Wittman en la que se requería mi presencia para una reunión urgente, ¿es que esta mujer jamás avisa con antelación? Tal vez no lo haga porque los demás estamos más que dispuestos a dejar lo que sea que estemos haciendo y correr hacia ella: eso fue lo que hice, claro está, y en menos de media hora estaba en su despacho.

Como había previsto, ha encontrado varios cambios que hay que hacer a mi drama. No me importa. Volví a casa andando, prácticamente dando saltos de alegría porque ¡lo ha aceptado! Será una producción rapidísima, casi hecha a la carrera, porque la fecha prevista es a mediados de frostmond, en nada más que seis o siete semanas…

¡Dios mío!

Jueves 29

De la noche a la mañana ha cambiado todo.

Debí darme cuenta de que sucedía algo extraño, porque ni Therese ni Johann desayunaron conmigo; y, pensándolo bien, tampoco recuerdo que estuviesen ayer por la noche en casa. En los últimos días los he visto muy poco, pero estaba tan concentrado en otras cosas (la obra de teatro, Kahn, la ¿familia? de Kahn, mi nuevo estatus como autor del Teatro Imperial, Kahn, etcétera) que no me he parado a

prestarle atención a su ausencia.

Grave error por mi parte.

Me terminé el café sin preguntar siquiera por ellos y me dirigí a la facultad como si fuese un día cualquiera. No me enteré hasta media mañana de que, la noche anterior, la Partida de Caza había irrumpido en el Café Drei Raben, aquel antro que claramente era un punto de reunión de monstruos, en el que yo, de la forma más inconsciente del mundo (se me cae la cara de vergüenza al recordarlo) había recitado mi poema sobre la muerte del hombre oso y Kahn, apareciendo en mi vida inesperadamente, me había salvado de una (tal vez merecida) paliza.

Un grupo de estudiantes lo comentaba, a medio camino entre la risa y la fascinación. La Partida de Caza arramplando con el lugar, los monstruos («las bestias», dijo uno de los estudiantes) defendiéndose, los soldados al mando de mis hermanos hiriendo, matando o arrestando a diestro y siniestro. Pude ver la imagen con tanta claridad como si hubiese presenciado la masacre.

No me atreví a interrumpir la conversación (habría querido hacerlo de mala manera). En lugar de eso, recogí mis cosas y me fui de inmediato al Café Hagel, en el que encontré a Ernestine Kmunke y compañía: una reunión extraordinaria, porque jamás nos juntábamos antes de comer. Supuse que habían oído las noticias también.

—Holbein —me saludó Kmunke—. ¿Sabes algo de Kahn?

—No. —La peor palabra en aquel momento.

—¿Qué habían hecho? —me preguntó Michael Teichergreber—. ¿Por qué fue a por ellos la Partida de Caza?

Tardé un instante en comprender que se dirigía a mí porque mis hermanos son quienes son; yo debía saberlo, yo lo habría sabido de haber estado menos abstraído, de haber sido menos egocéntrico.

—No lo sé —confesé.

—¡Serás imbécil…! —gritó Kmunke. Me encogí antes de darme cuenta de que no me lo decía a mí, sino a Teichergreber—. Como si la Jauría necesitase un motivo real para atacar. Son monstruos. Los odian. Ya está. Seguramente no hicieron nada más que cometer la imprudencia de reunirse en aquel local y que todo el mundo lo

supiese.

Como para confirmar sus palabras, la puerta del Café Hagel se abrió de golpe, sobresaltándonos a todos, y cuatro o cinco miembros de la Partida de Caza entraron con ímpetu. Una camarera malencarada salió a su encuentro cuando derribaron un par de sillas.

—¿Qué pasa?

—Estamos buscando a Georg Kahn.

Tras ellos, en el quicio de la puerta, estaba mi hermano Johann. Lo miré, me miró. Ninguno de los dos dijo nada.

No lo tienen, pensé. *Kahn está bien.*

Ernestine Kmunke, furiosa, se puso de pie.

—¿Por qué lo buscan?

—¿Usted sabe dónde está?

—No, y si lo supiera no se lo diría. —Escupió en dirección al soldado que le había hablado. Él, sin miramientos, le cruzó la cara de un golpe.

Magdalene Ster gritó. Erwin Slokowich, que había estado muy callado (y lo seguía estando), se cayó de la silla hacia atrás.

—Basta —dijo mi hermano.

Se dio la vuelta y abandonó el café, con sus perros de caza detrás.

—Me cago en todos sus muertos —gruñó Ernestine Kmunke.

Los muertos de Johann eran los míos también, nuestro padre y nuestra madre, sin ir más lejos, pero no iba a ofenderme en aquel momento; si hubiera podido desvincularme completamente de mis mellizos y del resto de los Holbein, lo habría hecho sin dudar.

—No podemos seguir reuniéndonos aquí —dijo Magdalene Ster—. No con Kahn, al menos. Lo mejor será que nos veamos en mi casa. Hugo, si logras hablar con él…

—Sí —interrumpí—, se lo diré.

—Si necesita un lugar seguro…

—Sí —repetí.

Ella asintió.

—Esta misma tarde nos vemos allí —añadió, mirando a los demás —. Quien quiera venir, que venga.

—Yo no —dije con voz temblorosa—. Quizás hayan venido

siguiéndome a mí.

No pude quedarme mucho más tiempo con ellos. Salí a la calle, miré a un lado y a otro: no había rastro de mis hermanos. Eso no significaba nada ni me tranquilizó lo más mínimo. Eran expertos en rastreos, estaba convencido de que podían vigilar mis pasos sin que me percatase de ello; ni siquiera aunque caminara buscándolos en cada esquina, en cada ventana. Anduve deprisa, al ritmo del remolino que me desbarataba la mente.

¿Por qué? ¿Por qué la Partida de Caza se había decidido, sin razón aparente, a perseguir a los monstruos inofensivos que durante tanto tiempo habían vivido entre el resto de ciudadanos del Imperio?

O tal vez mis hermanos hubieran detectado un peligro que yo no. Tal vez tuviesen motivos para actuar como lo hacían. Tal vez esos monstruos fuesen realmente peligrosos, tal vez hubieran cometido actos abominables que no se habían hecho públicos para evitar el pánico entre la población… Admito que, en el fondo de mi alma, una voz buscaba creer en los mellizos. Confiar en que aquello no era una locura ni una crueldad inexplicable.

En contra de esa voz estaba la conciencia muda de que no era así. Una intuición.

No me costó llegar a la conclusión de que o bien Kahn había hecho algo horrible o bien mis hermanos estaban dispuestos a hacerlo. Ninguna de las dos opciones era fácil de aceptar.

Caminé y caminé, subí y bajé del tranvía, hice un par de trayectos en el incomodísimo ómnibus, cambié de dirección, me colé bajo soportales, hice todo lo que pude para despistar a un cazador hipotético. Anduve durante horas por las afueras de Ciudad Blanca, hasta que cayó la tarde y, con el corazón convertido en una pesada piedra, llegué al Remedio.

Me abrió la puerta Bettina, pálida y preocupada.

—No estáis todos aquí —adiviné.

Ella tiró de mí hacia dentro y miró a un lado y a otro antes de dar un portazo.

—Imprudente —masculló—. ¿A quién has mostrado el camino a nuestra casa?

—A nadie —aseguré—. A nadie. —Contuve las ganas de llorar, porque llevaba horas andando por la ciudad, estaba agotado y no podía soportar aquella desconfianza—. Léeme, ¿no puedes leer pensamientos? Lee los míos, yo no os he traicionado ni lo voy a hacer…

—No —respondió ella.

—¿Está aquí Kahn o no?

Sin responder, Bettina me dio la espalda y fue al salón. La seguí. Gustav estaba sentado en uno de los sofás, en silencio. Entendí que faltaba Marianne.

En el pasillo solo había una puerta abierta, y no era la de la habitación de Kahn. No pude resistirme y encendí la luz: una cama grande, una cómoda, un sillón desvencijado. La ropa de cama, un poco revuelta. Las almohadas juntas: las dos personas que compartían aquella habitación dormían abrazadas.

¡Qué poco conozco a Marianne, y qué amable ha sido siempre conmigo, teniendo en cuenta las circunstancias! Deseé con todas mis fuerzas que regresase. Apagué la luz, espoleado por el temor a no ver nunca más a alguien: la imagen de Marianne se confundía con la de Kahn en mis pensamientos.

Las lágrimas que llevaba horas tragándome se me escaparon al abrir la puerta de su dormitorio y encontrarlo sentado al borde de la cama.

Él dio un respingo. Había algo nuevo en sus ojos, no sé si miedo, horror u odio. Pensé que tampoco él me quería en el Remedio, pero entonces se puso en pie y en dos zancadas llegó hasta mí. Me rodeó con los brazos.

—Estás bien —susurré.

—Estoy bien —respondió él.

Se apartó de mí para mirar a Bettina, que había aparecido a mi espalda.

—Tenemos que hablar —demandó.

—No sé nada del trabajo de mis hermanos —adelanté—. Puedes comprobarlo si quieres.

—No funciona así.

Entonces se abrió la puerta. Bettina se volvió hacia ella, dispuesta a pelear desarmada contra la Jauría entera, supongo, pero quien acababa de entrar era Marianne, así que corrió hacia ella, le agarró la cara entre las manos y la besó.

—¿Estáis todos? —preguntó Marianne, en cuanto se separaron.

—Sí. —Bettina se hizo a un lado, para que la otra pudiese vernos a Kahn y a mí—. Ven, siéntate.

Fueron al salón. Kahn me puso una mano en el hombro y me empujó en la misma dirección.

Gustav no se había puesto en pie para recibir a Marianne; no hubiese sabido decir si se había sentido aliviado al verla o no. Ella, por su parte, se había negado a tomar asiento y paseaba por la habitación. Kahn y yo nos quedamos de pie junto a la puerta.

—Han estado buscando a Kahn por toda la ciudad —estaba diciendo Bettina—. Marianne, no cierres los ojos ante lo evidente. Los Holbein saben que su hermano pequeño se entiende con él y no les hace la menor gracia. Mientras Georg insista en metérnoslo en casa, ellos nos querrán muertos. Diablos, es que incluso si dejasen de verse ahora mismo, no creo que ese par de bestias nos permitiría vivir tranquilos.

—No ha sido específicamente contra nosotros —replicó Marianne —. Ayer, en el Drei Raben…

—Me da igual —exclamó ella—. Me da lo mismo. Me da igual que sea contra nosotros cuatro o contra *nosotros* en general. Me da igual. El hecho es que este chico es un peligro, por sus hermanos, y el otro —señaló a Kahn—, por su insensatez. Te permitimos vivir con nosotros con algunas condiciones, ¿lo has olvidado, Georg? Que alcanzases sobre ti mismo el control necesario para llevar una existencia discreta, que no supusieras un riesgo. Y aquí estás tú, tonteando con quienes nos odian, absolutamente incapaz de…

Alcé la vista hacia Kahn. Su aire de conocer el mundo, su distancia y su reserva me hacen verlo siempre mayor de lo que es. En aquel momento, enfrentado a aquella mujer, más alta y más corpulenta que él, me pareció un muchacho desvalido y preocupado. Por primera vez, fui del todo consciente de que apenas es un par de años mayor que yo.

—Lo siento —dijo Kahn.

Estaba tan cerca de él que pude ver cómo las sombras le asomaron por la boca.

—Georg —dije.

Los demás se habían dado cuenta. Él también. Apretó los labios, pero era inútil: se escapaban como el agua por una pequeña grieta de un estanque. Y cuanto más lo rodeaba la oscuridad, más se tensaba Kahn y más perdía el control; las sombras se le desbordaban por los oídos y los ojos. Marianne decía algo, creí oír también a Bettina. No distinguí sus palabras.

Solo prestaba atención a Kahn.

—Georg —repetí. Y tenía miedo, tanto miedo que se me habían paralizado los pies y me sentía fuera de mi propio cuerpo. Tal vez por eso fui capaz de colocarle una mano en cada hombro.

—No las toques, Hugo.

Registré el pánico en la voz de Marianne. No pensé en qué sucedería si ignoraba su advertencia. Supe, eso sí, que había precedentes. Que ella sabía lo que sería de mí si me dejaba invadir por aquellas tinieblas.

No las toqué. Lo toqué a él. Me mantuve a su lado y le hablé en voz baja. ¿Qué le dije? No lo recuerdo, no lo supe ni siquiera entonces. Mis palabras se mezclaron con sus sombras.

Tenía una fe inamovible en que la oscuridad siempre acababa retrocediendo. Todas las veces que había visto a Kahn desatarla, también había presenciado cómo la contenía. Estaba seguro de que Bettina estaba equivocada.

Poco a poco, las sombras regresaron a él. Fue mucho más rápido que en ocasiones anteriores: en un abrir y cerrar de ojos, Kahn me abrazó de nuevo y regresó la luz de la única bombilla que iluminaba el salón. Marianne y Bettina cruzaron una mirada llena de significados que a mí, en aquel instante, se me escapaban. Después, nos separaron con delicadeza y llevaron a Kahn hasta el sofá para que se sentase. Me mantuve a su lado. Alguien le puso una taza caliente entre las manos.

—Perdóname —dijo Bettina.

Marianne asintió casi imperceptiblemente.

—No. —Nadie esperaba mi intervención. Marianne se sobresaltó. Me escurrí del sofá al suelo; necesitaba mirar de frente a Kahn, así que me agaché y apoyé las manos en sus rodillas—. Bettina tiene razón. Hace tiempo me dijiste que tu amistad me ponía en peligro… y al final ha resultado ser al revés. —Fue a interrumpirme y yo no se lo permití. Había sentido por primera vez el miedo real y cercano de perder a alguien, y no podía imaginar cómo habría sido descubrir que la Partida de Caza le había hecho daño a Kahn. Si hubiera pasado, la culpa habría sido mía; Bettina, los demás y yo mismo lo habríamos sabido. Me hubiera gustado explicarle esto a Kahn, pero no pude—. Georg, no quiero que te pase nada.

Y con eso quería decir: «Te quiero, y por eso voy a apartarme de ti». ¡Qué ridículo suena! Al escribirlo, me acuerdo de lo mucho que me enfadó esa misma actitud en Kahn al poco tiempo de conocerlo; pero es diferente, porque entonces la ruptura no suponía un sacrificio. Hoy, en cambio, lo era demasiado. Mientras lo decía, tuve la horrible sensación de que me moriría si no volvía a verlo.

Ojalá pudiera decir que hice aquel ofrecimiento con valor y nobleza, sinceramente dispuesto a llevarlo a cabo. La verdad es que no fue así. Sí pensaba que estaba obligado a decirlo y, si Kahn se mostraba de acuerdo, a hacer lo que estuviese en mi mano por olvidarme de él (como si eso fuese posible). Pero en el fondo deseaba que Kahn se negase.

Él me miró con seriedad. Me colocó las manos sobre las muñecas y apretó con suavidad.

—Ay, Hugo.

Entonces fue Marianne la que intervino.

—Tonterías. Igual que no vamos a tolerar que se nos diga dónde podemos vivir y dónde no, tampoco pienso permitir que no podamos relacionarnos libremente con quien queramos. ¡Faltaría más!

—En cualquier caso, el daño está hecho —suspiró Bettina. Y después añadió a regañadientes—: Nunca te había visto contenerlas tan deprisa, Georg. Tal vez este chico no sea del todo una mala influencia.

Lo tomé como una victoria. Era más de lo que esperaba.

Gustav se puso en pie y se estiró, como si hubiese estado asistiendo a una charla agradable pero irrelevante.

—¿Tenéis hambre? —preguntó—. Deberíamos comer algo.

Imagino que las prioridades de alguien extraordinariamente longevo (*a costa de otros*, el mero pensamiento me horroriza) son distintas a las del resto de las personas. Se encendieron las luces de la cocina, alguien prendió la chimenea, Marianne me puso un cuchillo en las manos y me pidió que pelase unas patatas. Obedecí sin pensarlo demasiado. Ella puso un caldero al fuego, Bettina y Gustav cortaban verduras al otro lado de la cocina. Agradecí ser partícipe de aquello; aquel ritual parecía una aceptación más genuina que la que había sobreentendido en sus palabras. A mi espalda, oí a Kahn reír en voz baja al ver el destrozo que estaba provocando en las patatas. Se pegó a mí, me envolvió las manos con las suyas y guio mis movimientos.

La situación había cambiado drásticamente, pero el día seguía siendo el que era, y la conversación, mientras se hacía aquel guiso improvisado y después, al comer (Marianne puso cinco platos en la mesa como si siempre hubiese sido así), giró en torno a la Partida de Caza y la persecución de monstruos en el Drei Raben.

—Lo raro no es que nos hayan atacado —señaló Marianne, con una naturalidad que me abrumó—, llevan mucho tiempo deseándolo. Lo que me pregunto es: ¿por qué ahora? ¿Por qué súbitamente hoy? ¿Qué es lo que ha cambiado?

Callé mientras los demás hablaban. En realidad, pese a que los monstruos nunca hayan sido *iguales* a los demás desde que puedo recordar, sí se les ha considerado ciudadanos del Imperio, siempre y cuando no sean *peligrosos* (o demasiado diferentes, tal vez); es decir, que si logran vivir como cualquier otra persona, también tienen los mismos derechos y deberes, ni más ni menos. La política del emperador Franz Leopold II, el padre de Néné, se ha caracterizado desde siempre por la aceptación y normalización de las distintas identidades nacionales y grupos sociales que albergaba el territorio del Imperio; todos sus súbditos somos ciudadanos libres, todos los idiomas son oficiales, todas las creencias son legales.

Esto no significa que las leyes del emperador sean perfectas.

Muchos grupos critican que esta igualdad desdibuje su identidad; las naciones de menor peso político dentro del Imperio exigen más competencias y reconocimientos culturales y lingüísticos. La postura de Marianne, entendí, no dista mucho de esta: los monstruos quieren ser ciudadanos imperiales, pero no disfrazados de persona común, sino reconocidos por lo que son realmente.

No tiene sentido la falsedad aquí. Yo siempre he pensado (aunque sin dedicarle mucho tiempo de reflexión, lo admito) que la postura del emperador es más que razonable. Que los monstruos sean como cualquier hijo de vecino solo y únicamente cuando se comporten como tales. Y cuando fuesen peligrosos (que era con frecuencia), por el bien del resto de la población, debían ser eliminados, del mismo modo que se encarcela a otro tipo de criminales y sujetos que supongan una amenaza.

Claro que ahora conozco a Kahn. Imagino el riesgo que entrañan las sombras; y escribo «imagino» a conciencia, porque sé que si no lo he visto con mis propios ojos es gracias a él. Kahn no es peligroso. Ni siquiera su poder, bien manejado, lo es. Marianne no es peligrosa (que yo sepa). Bettina tampoco.

Gustav… Gustav es el único que me parece *monstruoso*, ¡y precisamente es al que seguramente pasaría por alto la Partida de Caza, porque su forma de agredir es sibilina y no deja pruebas! Si no fuese así, mi hermana se habría ocupado de atraparlo hace tiempo.

Creo que el emperador se equivoca. Veo la necesidad de reconocer la diferencia de los monstruos *sin perseguirla*, porque solo de esa forma se puede normalizar de un modo eficaz; es decir, logrando que la gente común (como yo antes de conocerlos) no les tema y dándoles los apoyos necesarios para que no pierdan el control de sus habilidades…

¿Quién sabe si la historia de Kahn hubiese sido muy diferente de haber tenido desde la infancia información y referentes? Pero me estoy adelantando, porque en la cena solo hablábamos de por qué la Partida de Caza había decidido hoy saltarse las normas que habían imperado hasta ahora…

—Es asombroso —señalé, sin pensarlo demasiado—, porque precisamente la princesa Néné está moviendo hilos para ayudaros…

¿recuerdas lo que te dijo en la fiesta, Georg?

Él asintió.

—No sabe muy bien cómo hacerlo, pero está dispuesta a escucharnos, y eso es mucho más de lo que se puede decir de su padre.

—¿Crees que desarmará la Partida de Caza cuando sea emperatriz? —preguntó Bettina—. ¿O solo nos ayudará en tanto que no implique meterse en el fango por nosotros?

Marianne dio un golpe en la mesa.

—¿No será por eso? —exclamó—. El viejo Franz Leopold ve llegar el fin de sus días sobre el trono, y consciente de las simpatías que su hija siente hacia nosotros, intenta deshacerse de cuantos más mejor mientras aún pueda…

Los demás emitieron un murmullo de conformidad, alguno de simple interés por lo que ella había dicho. Yo callé. Aquello podía ser verdad, aunque me daba la impresión de que el emperador, anciano y bonachón, podía haber necesitado el empuje de alguien para actuar. En mi fuero interno, deseaba sospechar de Wolff, pese a haber sido testigo de que él se juntaba con la princesa y hablaba (o eso decía Licht) del talismán de Ptolomeo con admiración… Sin embargo, también odiaba a los monstruos y lo había demostrado.

Cuando terminamos de cenar, todos ayudaron a recoger. No sabía bien qué hacer ni recibí ninguna indicación, de modo que traté de echar una mano con la sensación de estar estorbando; cuando por fin acabamos, Georg exclamó «¡Buenas noches!» y tiró de mí hacia su dormitorio.

—¿Quieres que te acompañe a casa? —preguntó—. Se ha hecho tarde.

Llevaba un tiempo rehuyendo a mis hermanos y en aquel instante deseaba menos que nunca verlos.

—¿Puedo quedarme un rato más?

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —respondió él—, siempre y cuando eso no signifique que los capitanes de la Partida de Caza van a presentarse preguntando por ti.

—Es muy improbable —aventuré, porque no podía asegurar nada —. No saben dónde estoy. —Y entonces, porque no podía soportar

más seriedad en un mismo día, porque estaba agotado después de tanta tensión, me senté en su cama y le sonreí y dije—: No saben que estoy, no solo en tu dormitorio… sino en tu cama.

Y él echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír, y yo con él, y se sentó a mi lado, y yo con la valentía de un borracho me senté a horcajadas sobre sus rodillas y él me abrazó y yo lo besé.

Y él me besó y yo lo besé y él me besó, y así hasta que fue tarde, muy tarde, y él me preguntó otra vez si quería que me llevase a casa, y yo le dije que no, y él entendió que me quería quedar y no dijo nada.

Estábamos despiertos cuando llegó esa hora concreta de la madrugada, la hora de las confesiones y de la verdad; una hora sobre la que yo había leído pero que nunca había compartido con nadie… Aun así, la supe reconocer cuando llegó, cargada de intimidad y de sosiego. Me permitió preguntar:

—¿Qué es lo que pasa? —Kahn emitió un sonido de pregunta, un «¿mmh?», y no sé por qué lo quise mucho (más) y me atreví a reformular en un susurro—: ¿Qué pasa cuando las sombras tocan a alguien?

La lámpara de gas era insuficiente para iluminar la habitación. Kahn estaba boca arriba, mirando al techo; las sombras inofensivas bailaban sobre sus mejillas y las otras, imagino, en su interior.

—Muere.

Su respiración era liviana al lado de la mía.

—¿Desde cuándo has…? —No supe terminar.

—Desde que nací. —Él se giró hacia mí, con las pupilas grandes, grandes, profundas—. ¿De verdad quieres oír esta historia?

Le sostuve la mirada sin dificultad.

—¿Cuándo te he dicho que no a una historia, Georg Kahn?

—Esta no la he escrito. —Hizo eso con los labios, eso que es una sonrisa aunque me niegue a llamarlo así.

—Tal vez algún día.

—Tal vez —concedió.

Y entonces me la contó. La narró como solo sabe hacerlo él; me resulta casi sacrílego pasar a mis propias palabras, en una traducción

que no puede ser sino burda, un relato tan personal. Lo haré lo mejor que pueda, con la esperanza de que, en el futuro, pueda olvidar que alguna vez redacté las siguientes líneas y, en su lugar, leerla escrita por él.

Mientras tanto, aquí está.

La historia de Kahn comenzaba con una mujer que deseaba tener un hijo pese a que la naturaleza se lo negase. Había ayudado a traer a muchos de ellos al mundo, pero ansiaba tener entre los brazos uno al que criar como propio, y por eso, en un momento de debilidad, robó al recién nacido al que acababa de recibir en el mundo. El bebé, de apenas unos minutos de vida, percibió que algo iba mal e invocó a mil tinieblas que devoraron a la comadrona.

Sus padres lo recuperaron, lo llamaron Georg y lo contemplaron crecer sin olvidar nunca que su hijo se había defendido con fuerzas oscuras, poderosas, que ellos apenas podían comprender. Estaban seguros de que el niño crecería para convertirse en un héroe mágico, un elegido por los dioses que limpiaría el mundo de maldad; así que lo criaron con reverencia y le llenaron la cabeza de leyendas aún por suceder.

No guardaron en secreto que su hijo era especial. Los vecinos acudieron para escuchar sus historias, pero no vieron en ellas la virtud que apreciaban los padres. Convencidos de que la criatura era una personificación del demonio, cuatro hombres especialmente voluntariosos asaltaron la casa de los Kahn una noche, dispuestos a acabar con el niño, que para entonces tenía unos seis años. El padre lo alzó en brazos, preparado para huir con él; los atacantes los acorralaron. La madre gritaba y lloraba, intentando que los extraños retrocedieran. Asustado, el niño volvió a llamar a aquellas sombras que le salían por los ojos, las orejas, las narices, y esa oscuridad rodeó a los cuatro hombres y a la madre. El padre abandonó la casa con el pequeño Georg. Buscó otro refugio. Lo calmó. Le aseguró que su madre merecía morir, que si los espectros del bien que invocaba su hijo la habían atacado, debía haber sido por algo. Los espíritus conocían la verdad, mientras que ellos se movían por el mundo con los ojos vendados.

Cuando Georg dejó de ser un chiquillo, su padre empezó a presionarlo para que usase sus poderes para la labor que le había sido encomendada por los dioses; es decir, castigar a los malvados y perseguir a los impuros, lavar con sombras la faz de la Tierra para dar paso a la luz. Georg debía dedicar cada segundo de su tiempo a su labor, debía juzgar si cada persona con la que trataba merecía o no seguir viviendo, debía prepararse para ser una suerte de ángel justiciero y cruel.

El atosigamiento continuo era tal, que el muchacho no pudo contener a las sombras. Estas se llevaron al padre, permitiendo huir a Georg. Aterrado por su propio poder, convencido de haber fracasado como salvador puro y bueno, de ser una criatura corrupta, se refugió en los bosques entre montañas, en un valle cercano al pueblo en el que vivía. Durante mucho tiempo, demasiado, malvivió creyéndose una abominación; hasta que otro monstruo lo encontró. Marianne, junto a sus dos compañeros de viaje, lo halló asalvajado e infeliz. Convencerlo de que los acompañase fue fácil; Georg no tenía mejores opciones. Lo difícil fue hacerle ver que no era, pese a todo lo que le habían inculcado, ni un salvador ni un demonio.

Solo una persona.

—Más que eso —susurré—. Eres mi persona favorita.

Él me acarició la mejilla.

—Los maté —murmuró—. Mi historia está teñida de sangre.

—Eras un *niño* —lo defendí.

—Era un monstruo como los que combaten tus hermanos. Lo sigo siendo.

—Basta. —Lo besé, una vez, dos veces. El tiempo pasó, perezoso; Kahn no mostró interés en seguir hablando. Sin embargo, yo recordé de pronto que tenía un mensaje para él—. Hablando de monstruos, tus compañeros tampoco creen que debas ser perseguido. Magdalene Ster te ofrece su casa como refugio.

Kahn respiró profundamente. No sé si la constatación de que había gente que lo apreciaba y respaldaba era el consuelo que yo me figuraba. Me pareció que estaba más tranquilo, como si narrar su historia lo hubiese desinflado y ya no quedase tensión en él. Solo una

distensión suave, como la de un muñeco de trapo; y una calidez también similar.

No quise hablarle más de monstruos y él no quiso hablarme de sombras. El resto de la noche lo dedicamos a los besos y a las caricias, que dominaron las horas de oscuridad y nuestros pensamientos. La lámpara se apagó cuando se agotó el combustible, nosotros no nos dimos cuenta. El frío no nos impidió desnudarnos bajo las mantas, entre nosotros había un incendio que no se podía apagar, y las llamas ardieron durante horas y horas, hasta que el agotamiento pudo con los dos.

Dormirme a su lado ha sido un descubrimiento; y despertarme entre sus brazos…

Escribo esto el viernes 30, aunque en realidad es sobre el jueves 29. He empezado afirmando que todo ha cambiado de la noche a la mañana, pero en realidad no creo que haya sido así. Creo que pocas cosas son súbitas; cuando me lo parecen, es porque no he prestado suficiente atención.

Nochtmond

(Mes de la noche)

Sábado 1

Ayer por la mañana desperté junto a Kahn.

No puedo creer que escribiese aquí y no lo mencionase. Ojalá hubiera tenido tiempo para detenerme en ello, páginas y páginas sobre cómo es abrir los ojos, posarme en el mundo poco a poco y sentir su respiración a mi lado.

Sin embargo, ayer no hice más que relatar lo que pasó el jueves, y hoy no puedo detenerme en el viernes; hoy es hoy y exige su justa ración de protagonismo. Así que lo dejaré en que ayer por la mañana desperté junto a Kahn y confiaré en que esto, cuando lo lea en un futuro, baste para devolverme a aquel instante con todos sus matices.

Desayuné en el Remedio y después, solo porque Kahn empezaba a lamentarse de ser una mala influencia para mí, regresé a mi vida cotidiana. Intuyo que él quería que volviese a casa para que los míos no me diesen por desaparecido, pero no tenía ninguna gana de hacerlo, así que acabé en la facultad. Sentado en uno de los bancos de madera ante el estrado, me pregunté a quién asombraría más mi presencia, si a los profesores o a mí mismo…

Cuando llegué a casa a mediodía me encontré a todo el servicio en pie de guerra y a Therese esperándome en el salón. No fue una bienvenida agradable. Me agarró por los hombros, me zarandeó y me gritó: cómo se me ocurría desaparecer sin avisar a nadie, que me habían buscado por toda la ciudad, que ella y Johann habían pasado la noche aterrados ante la sola idea de perderme…

«Como yo buscando a mis amigos, creyendo que podían haber

caído en vuestras manos», respondí. Me temblaba la voz, pero no estaba dispuesto a dejarme impresionar.

Ella se quedó sin habla unos segundos. Me equivoqué al pensar que había logrado ganar aquella discusión. Therese solo estaba tomando carrerilla para continuar. Intercambiamos gritos un rato más, y cuanto más nos acalorábamos, más increíble me parecía aquella situación. Me sentía desligado de ella, como si fuese otro Hugo el que se enzarzaba en una pelea con su hermana.

Una hermana, desconocida para mí hasta ese momento, que intentaba convencerlo de que debía «respetar su trabajo». Que no entendía nada, decía. No entendía nada de lo que hacía, no entendía sus planes, no entendía el porqué.

Y yo, que había desayunado en el Remedio esa mañana, que vi el miedo y el alivio de todos los *monstruos* la noche anterior al ver a Marianne sana y salva, estoy tan convencido de que es ella la que no entiende que me resulta inconcebible que no se dé cuenta.

Aquello no iba a llegar a ninguna parte, por lo que me marché a mi cuarto y llamé a Annika para que me trajese algo de comer. Me entretuve durante varias horas dando los toques finales al manuscrito de *Madre* según las indicaciones de la señora Wittman, y no salí hasta la tarde. Tenía la esperanza de que Therese se hubiese ido a trabajar, pero mi hermana seguía en el salón.

No hizo ningún comentario. Yo tampoco. Ambos tomamos un té junto a la chimenea, como si nada hubiera pasado.

Entendí que estaba montando guardia. Desistí de salir, desistí de escribir cartas a mis amigos, ¿para qué? No quería que se convirtiesen en sospechosos y que algún miembro de la Jauría empezase a seguir sus pasos.

Me enrosqué con un libro en uno de los sillones. Therese escribía, probablemente documentos oficiales; yo leía. Una imagen de calma y paz doméstica, falsa y auténtica a la vez. Éramos hermanos y nuestra relación resistía la presión de una riña a voces. Me pregunté durante cuánto tiempo, cuántas riñas, de cuánta gravedad. Es una relación sólida y valiosa, pero en ese momento me di cuenta por primera vez de que eso no significa que sea inmortal.

Cenamos pronto y me retiré a dormir antes de que llegase Johann. Estoy seguro de que Therese lo puso al tanto de nuestra discusión, porque hoy por la mañana, en el desayuno, coincidimos los tres y él no me hizo un solo reproche relativo a mi desaparición. En lugar de eso, leyó el periódico con el ceño fruncido, se lo pasó a Therese, que hizo lo propio, y después se retiraron los dos a la salita, para hablar en su idioma inventado de cosas que no querían que me enterase.

Leí la primera plana con regocijo: Su Alteza Imperial, la archiduquesa y princesa heredera de los Dominios del Este, On-Ogur y Bohemia, la mismísima princesa Helene, escandalizada por la brutal operación llevada a cabo por la Partida de Caza del Emperador y autorizada por su padre, se había reunido con el emperador para replantear su estrategia en relación a los monstruos. El resultado de este encuentro era la más absoluta condena de las acciones de la Partida de Caza, la orden terminante de detener esta persecución de inmediato y la promesa de que emperador y heredera se reunirían con sus consejeros para tratar el problema.

Aunque esta muestra de las discrepancias entre las políticas de Franz Leopold II y de su hija sin duda alarmará a parte de los ciudadanos del Imperio, yo la considero una importante victoria. Consecuentemente, he disfrutado durante todo el día de las expresiones de disgusto de los mellizos, que no han pronunciando delante de mí ni una sola palabra al respecto.

Domingo 2

Esta mañana, la princesa dio un discurso en defensa de la igualdad de derechos entre los ciudadanos del Imperio. Aunque el emperador no la acompañaba, lo cual puede significar que no apoya esta imposición de su hija, creo que es un buen síntoma que ella haya hablado de este modo delante de todos. No deja de insistir en que lo sucedido durante la semana fue una atrocidad que no volverá a repetirse, e incluso ha pedido perdón a todos (*todos*) los ciudadanos.

Con la sensación de que los ánimos estaban más templados, me

atreví a escribir a Ernestine Kmunke y ella me respondió de inmediato para decirme que Magdalene Ster nos había invitado a merendar en su casa. Fui, por supuesto, y nada más llegar me llevé una desilusión, porque Kahn no había acudido. Kmunke me aseguró que se le había invitado, aunque no sé exactamente cómo se comunicaron con él. No creo que Kahn haya llevado a nadie al Remedio; esto es, a nadie más que a mí.

—¿Ha pasado algo? —pregunté en voz baja a Kmunke—. ¿Sabes por qué no ha venido?

—Seguramente por prudencia —respondió ella—; no te preocupes. La princesa ha dado un buen tirón de la correa a la Jauría.

No estoy seguro de si había olvidado por un instante que estaba hablando de mis hermanos o si se acordaba pero le daba absolutamente igual. Con Ernestine Kmunke nunca se sabe.

Nos acomodamos en el salón de Magdalene Ster, en torno a una mesita baja que enseguida se llenó de tazas y pasteles. Enfrente de mí, Michael Teichergreber se arrellanó en un sillón viejo y confortable. Solo un vistazo sobre él bastó para enfadarme: me pareció que se mostraba visiblemente aliviado por no tener que hacer nada por Kahn. Le venía bien que la princesa hubiese puesto coto al asunto para no tener que ofrecer él ningún tipo de ayuda. O tal vez se alegraba de que Kahn no hubiese ido a la reunión, como si en secreto tuviera la esperanza de no tener que volver a tener que ver con él nunca más y ahorrarse así problemas. Fuese como fuere, estaba demasiado alegre y a mí me fastidió su satisfacción.

Escuché con mal humor cómo hablaba sin parar de su poema de amor; según él, lo mejor que ha escrito en su vida.

—Si no cae rendida a mis pies al leerlo, no lo hará nunca —declaró, ufano, sin saber que yo habría apostado una cantidad considerable de dinero por la segunda alternativa.

—Habrá que leerlo —respondió pacíficamente Magdalene Ster.

—Hablando de lo cual —intervino Erwin Slokowich—, lo que está leyendo todo el Imperio es al parecer el último número de *Espíritu*. Si no me han llegado cincuenta cartas, Kmunke, no me ha llegado ninguna. Enhorabuena.

—Enhorabuena a ti —replicó ella—. Tu relato es una joya.

Es cierto que lo es. Devoré *Espíritu* en cuanto cayó en mis manos, y la pieza de Slokowich es a la vez perturbadora y de una delicadeza singular. La he leído más de dos veces.

—¿Tienes ya planes para el siguiente número? —le preguntó Magdalene Ster.

—No —admitió Ernestine Kmunke con naturalidad—. No le he dedicado ni un segundo. Estoy demasiado ocupada con este último, porque ha surgido la oportunidad de publicarlo en la Luminosa y Olga Ulmann se va a encargar de la traducción… La semana que viene me iré a hablarlo todo en persona con ella…

—¿Te llevas al perro? —preguntó Erwin Slokowich, un tanto inquieto.

—Por supuesto. No voy a ninguna parte sin mi Dante —replicó Kmunke con dignidad—. Tengo que confesarte, Slokowich, que no sé si reírme de ti por ser un pusilánime o agradecértelo. Me has regalado el mejor perro del mundo.

Slokowich no es de ofenderse.

—De nada —contestó con buena voluntad—. Me alegro por igual de que estés tan contenta y de que ese ser infernal esté lejos de mí. Al menos ahora puedo dormir por las noches, aunque la melancolía me sigue atormentando, y no consigo dar con un doctor que sepa cómo tratar mis males. —Su tono se había vuelto taciturno—. El último me recomendó que cultivase más aficiones, ¿será ese un consejo propio de un médico? No me lo parece.

—No pierdes nada por probar —sugirió Magdalene Ster.

—Solo mi tiempo —replicó él—, y siento que cada vez es menos. Le hice caso, ¡ya lo creo! Me apunté a un club de pintura para aficionados y el maestro nos encargó hacer un proyecto inspirado en las artes escénicas. A mí se me asignó la tragedia.

—Muy propio —comentó Michael Teichergreber, y provocó que me atragantase con el café.

—Mucho, sí —concordó Erwin Slokowich—. Leí las obras sugeridas y me gustaron mucho. Sentí una gran desesperanza. Sin embargo, tras pasar cuatro días encerrado en mi cuarto, enfrascado en

la pintura, la llevé a la siguiente reunión del club y el maestro señaló que había escogido colores demasiado vivos… Me miró a los ojos y dijo que sin duda tenía una alegría innata que se reflejaba en mis pinturas… ¡Una alegría innata, eso dijo…! ¡Una alegría innata, yo…! Con lo cual, me he desapuntado…

Charlamos hasta que se puso el sol. Después, Ernestine Kmunke paró un *fiaker* y tuvo la amabilidad de acercarme a casa antes de poner rumbo a la suya.

Martes 4

No podía aguantar mucho más sin ver a Kahn, así que nada más salir de la facultad di un largo paseo por Ciudad Blanca, cambiando de dirección sin ton ni son durante un buen rato (con una pequeña pausa en el Café Hagel para comer), hasta que supuse que los hipotéticos husmeadores de la Jauría me habrían perdido la pista. Entonces me dirigí al Remedio.

Me abrió la puerta Gustav. Al verme, esbozó una media sonrisa que me provocó un escalofrío.

—Buenas tardes —me saludó con una voz suave como el morro de un lobo—. Pasa.

Lo miré con desconfianza.

—¿Está Georg en casa?

Él amplió la sonrisa. Mi miedo le divertía.

—Sí. —Se hizo a un lado para dejarme entrar y yo acepté la invitación.

Pese a mi incomodidad, me escoltó hasta el pequeño salón. Kahn estaba sentado en uno de los sofás, con los pies descalzos sobre el asiento y un cuaderno en el regazo. Garabateaba línea tras línea con letra muy pulcra y muy recta.

—Mira quién ha venido —anunció mi visita Gustav—: Ni más ni menos que el cachorro de cazador.

La molestia que me causó el apelativo fue paliada de inmediato por la mirada de Kahn, que demostraba sin sonreír que se alegraba de

verme. Me acerqué deprisa a él, olvidando la presencia de Gustav.

—No, no te levantes. —Me deshice del abrigo, que dejé caer de cualquier manera sobre una silla, y me acomodé a su lado. Mis manos buscaron las suyas y las encontraron enseguida—. Te eché de menos ayer.

No nos besamos, ni siquiera cuando Gustav se marchó. Kahn no lo hizo y yo no me atreví, aunque me pareciese que todo él me daba la bienvenida, con su postura, con su forma de mirarme, con los puntos de contacto entre su cuerpo y el mío, las manos, las rodillas. Me acurruqué en el sofá con él, apoyado en sus piernas, y saqué de la maleta que había llevado a la facultad una carpeta con algunos escritos antiguos. Los releí, lápiz en mano para hacer anotaciones, mientras Kahn seguía escribiendo por encima de mi cabeza.

Hay veces que el tiempo pasa deprisa y, a la vez, está quieto como una estatua. La única pista que teníamos era la luz que desaparecía poco a poco al otro lado de la ventana. Ni Kahn ni yo le prestamos la menor atención. Tampoco nos inmutamos al oír la puerta de la entrada abrirse y cerrarse un par de veces; Gustav se marchó y poco después llegó alguien, seguramente Bettina o Marianne o las dos, y la puerta del salón permaneció cerrada.

Cuando estuvo demasiado oscuro, él se puso en pie con un gruñido de protesta y encendió una de las lámparas de gas. Regresó enseguida conmigo. Nos enroscamos de nuevo en el sofá, arropados con una manta. Volví a prestar atención al poema que tenía entre las manos: el poema que escribí a principios del otoño, sobre una niña que se convertía en mil ratas negras.

Retoqué algunos versos y añadí otros tantos para referirme al segundo encuentro, el intento de rescate fallido, cuando me colé en la zona que no está abierta al público y presencié cómo la taquillera hostigaba a la niña con una vara encendida. «Sé lo que eres en realidad, sé lo que eran tus padres». Y las ratas chillando, aterradas, atrapadas.

El recuerdo era tan poderoso que me sorprendió haberme olvidado de aquella niña durante las últimas semanas. Tragué saliva, di el poema por terminado y se lo pasé a Kahn sin darle ninguna

explicación.

Él no la necesitaba. Lo leyó en silencio. Yo lo contemplaba, encantado con la oportunidad de recrearme en sus ojos atentos y cansados, con espesas pestañas que iban clareando hasta ser rubias en las puntas y profundas ojeras por debajo; una paleta de negros y grises y lilas en contraste con su piel clara. Apretaba los labios al leer, un signo inconsciente de concentración. No se había dado cuenta de que algunos mechones de pelo le caían desordenados sobre la frente, tal vez colándose en su campo de visión. Alargué la mano para apartarlos, interrumpiendo sin querer su lectura. Él, con un rápido movimiento, me besó la mano.

Se abrió la puerta del salón. Era Bettina.

Suspiró al vernos y se dio la vuelta para marcharse, pero Kahn la llamó en voz baja.

—Échale un vistazo a esto.

Ella entró en la sala y agarró los papeles. Aunque empezó a leer con dejadez, bastaron un par de líneas para intrigarla, y se permitió enfrascarse en el poema hasta acabarlo.

—Esto está muy bien —juzgó—. Claro que hay algo de margen de mejora. —Señaló algunos puntos concretos en los que flojeaban el estilo o el ritmo, propuso algunas alternativas para cambiar una o más palabras y también eliminar algunos versos. Sentí el inevitable impulso de defender mi texto, pero fui capaz de contenerlo y reconocer, al menos para mí, que las correcciones de Bettina eran acertadas y, sin duda, aplicarlas mejoraría la calidad del poema. Me invadió una ola de admiración por ella; sabía que escribía y que tenía más tablas que yo, pero no que fuese tan hábil—. Esta no es tu letra —añadió Bettina, tras releer el poema.

Kahn dibujó esa media sonrisa suya.

—No —admitió—. Es de Hugo.

A ella le disgustó esta información, no sé si porque no le agradaba haberme ayudado a corregirlo o porque le irritaba descubrir que yo no escribía del todo mal.

—Bueno —respondió con parquedad. Le devolvió los papeles a Kahn, que me los entregó a mí—. Esta niña es como nosotros —agregó

—. ¿Lo escribiste antes o después de conocer a Georg?

Me encogí de hombros. El dato era irrelevante; al fin y al cabo la niña que se convertía en mil ratas negras no tiene nada que ver con Kahn.

—No está inspirada en él, sino en una niña real —expliqué.

Les conté cómo la había visto, el horror al verla en la pista, el instante de conexión cuando por un momento fugaz logró escapar, la segunda visita, la violencia y el miedo.

—¿Y esa niña sigue ahí encerrada? —preguntó Bettina—. ¿Y no nos lo habías dicho hasta hoy?

—Bettina —intervino Kahn—, no perdamos el tiempo con reproches y centrémonos en que ahora lo sabemos.

No merecía que me defendiese. Una vez más, le daba la razón a Bettina: decía muy poco de mí que me hubiese permitido olvidar a la niña que se convertía en mil ratas, que hubiese considerado las menudencias de mi vida más importantes que la terrible situación en la que se encontraba aquella criatura.

En mi defensa solo podía alegar que ni siquiera se me había ocurrido que la gente de Kahn, los *monstruos*, pudieran sacar de su encierro a la niña.

—Lo siento muchísimo —murmuré—. Haría cualquier cosa para ayudarla.

Algo en mi voz transmitió la sinceridad suficiente como para aplacar el enfado de Bettina.

—¡Marianne! —llamó—. ¡Marianne!

Ella llegó desde la cocina con una taza humeante entre las manos.

—Anda —dijo al entrar—. Hola, Hugo.

—Deja eso —ordenó Bettina—. Nos vamos al Prater.

—¿Los cuatro? —Marianne frunció el ceño y bebió—. Vamos a llamar demasiado la atención.

—Solo tú y yo —especificó Bettina.

—Romántico —bromeó Marianne, insensible a la seriedad de su compañera—. ¿Vamos a montar en la noria?

—No. —Bettina le contó la situación en pocas palabras y con cierta crudeza.

La expresión de Marianne se endureció. En apenas unos segundos, dejó de ser una risueña hermana mayor y se convirtió en la capitana de un barco rodeado por un mar furioso.

—¿Sabes dónde está?

—En la Menagerie —apunté—, el circo de fenómenos.

Bettina y Marianne se marcharon sin mucha dilación. Supongo que no había más que hablar. Kahn y yo quedamos atrás; probablemente tenían razón en que no era buena idea ir los cuatro en comitiva. Por otro lado, a mí no me apetecía hacer una expedición al Prater. Me había invadido una agobiante sensación de culpa y aprensión. Estaba convencido, aunque no sabía por qué, de que la misión de rescate de aquella niña llegaba por mi culpa demasiado tarde. No me habría gustado descubrirlo de primera mano.

De modo que permanecimos en el salón, pero la magia acogedora a nuestro alrededor se había desvanecido y la oscuridad dominaba las calles al otro lado de la ventana. Kahn se ofreció a acompañarme a casa.

«Pero me escribes mañana a primera hora o esta misma noche», le pedí, «me escribes tan pronto regresen Marianne y Bettina, y me cuentas…».

Él me lo prometió y, al despedirse de mí en la esquina a dos manzanas de mi casa, me dio en los labios el beso que yo había estado deseando toda la tarde.

Miércoles 5

Salí de casa con toda la intención de ir a clase, pero por el camino me encontré con Alois Licht, que no había desayunado y me propuso tomar algo rápido en el Café Funke, junto al Teatro Imperial. Pedí solo un café, con cierta amargura, porque no tenía hambre, pero en el Funke hacen el mejor *apfelstrudel* de la ciudad.

No quise sacar el tema, porque era muy consciente de que la ópera basada en sus versos había obtenido críticas devastadoras; fue él quien me preguntó si las había leído. Asombrado por su deportividad, admití

que sí. Él se rio. Me confesó que le daba igual lo que dijesen los expertos y me mostró una carta de sus padres en la que ellos aseguraban que les había gustado mucho. Me pareció gracioso que no se lo hubiera creído hasta tenerlo por escrito. Por otro lado, resulta tierno que Licht llevase el sobre en el bolsillo tanto tiempo después.

Le pregunté por la obra de Ida Tornaforte, a cuya lectura dramatizada habíamos asistido en aquella habitación del Hotel Bellaria. Él tampoco sabe nada al respecto. Aunque creo que la señora Wittman llegó a admitirla, no recuerdo que Tornaforte haya comentado nada de ensayos ni mucho menos de una fecha de estreno.

—¡Por cierto! —exclamó él—. Al final queda demostrado que el ministro Wolff sí cree en cuentos de hadas.

Aquello me interesaba.

—¿Ha seguido dándote la lata con el talismán de Ptolomeo? —pregunté.

—Y tanto —replicó Alois Licht, animado por la perspectiva de compartir el chisme con alguien. Imagino que el resto de sus amigos no conoce a Wolff y en los círculos en los que sí se mueven los dos no sería apropiado hablar de él, lo cual me convertía en el candidato ideal para comentar lo sucedido—, y no solo a mí. El hombre está desquiciado, para empezar, con el tema de los monstruos…

—Él y muchos más —señalé—. La Partida de Caza se volvió loca hace menos de una semana, y eso tuvo que estar autorizado por el emperador.

—O por el mismo Wolff —adivinó Licht—. Están todos erizados como gatos porque cuanto más se delega en la princesa, más autoridad tiene ella, y más evidente es que su política simpatiza con los monstruos y las identidades culturales minoritarias dentro del Imperio… Ha habido varios enfrentamientos entre el emperador Franz Leopold y Néné, empezando por la oposición de la princesa a los planes de permanencia en los territorios otomanos que siguen bajo nuestra administración imperial…

—Sí —le interrumpí para impedir que la conversación se trasladase al ámbito de la política exterior—, pero ¿qué pasa con los monstruos y con Wolff?

Alois Licht sacudió la cabeza, como si lamentase mi falta de interés en todo lo que hay más allá de las montañas.

—En resumen, el emperador tolera los monstruos siempre y cuando no se les sienta, la princesa quiere ponerse de su parte y Wolff, que los detesta, ha hallado una forma de unir todas estas posturas.

—El talismán de Ptolomeo —propuse, porque de algún modo tenía que salir a colación este objeto misterioso.

—Exactamente. ¿Sabes que el ministro tiene a una docena de personas trabajando en la biblioteca? Varias de ellas son antiguas compañeras mías. A raíz de su investigación han elaborado la teoría de que el talismán de Ptolomeo está diseñado para eliminar de un plumazo al mayor enemigo de la ciudad, o algo así. Esto, por supuesto, ha alegrado mucho a Wolff, porque piensa que, si consigue activar el talismán, purgará la ciudad de monstruos.

—Pero él no sabe dónde está el talismán.

—No lo sabe a ciencia cierta, pero tanta investigación le ha proporcionado algunas teorías. Hay escritos antiguos que apuntan a que el talismán podría estar escondido en la antigua Cripta Imperial, uno de los pocos edificios anexos a las viejas murallas que continúa en pie. ¿Sabes dónde está?

—Sí, aquí al lado —respondí—. Aunque no he entrado nunca. Pensé que la puerta estaba sellada.

—Así es. Claro que eso no es un obstáculo para Wolff.

El café se me había quedado frío, así que me lo terminé y llamé a la camarera, que acudió con la habitual expresión solemne, y accedió a traerme otra taza y (¿por qué no? Ya había pasado más de una hora desde el desayuno) un trozo de *apfelstrudel*.

—¿Va a abrir la cripta? —pregunté, con algo de malestar ante la idea y, a la vez, lo admito, algo de curiosidad morbosa—. No se lo permitirán.

—A él no, pero a la princesa sí —replicó Licht, encantado de tener toda mi atención. Le deleita contar historias, lo cual teniendo en cuenta quién es, no resulta en absoluto sorprendente—. Wolff es un tipo astuto. Se le ha ocurrido que puede convencer a la princesa para que participe en su caza de tesoros y al emperador para que lo

consienta… A uno le ha dicho que, de este modo, se deshará por fin de todos los monstruos peligrosos para su Imperio. A la otra, que si ella tiene razón y los monstruos no son peligrosos, esto lo demostrará y le dará argumentos de peso para desmontar la Partida de Caza.

Me quedé boquiabierto. La camarera me trajo el café y el *strudel* antes de que pudiera responder, lo cual me permitió reunir fuerzas con un par de cucharadas de dulce de manzana y salsa de vainilla antes de decir:

—¿Y si es Wolff el que tiene razón?

—Entonces, teóricamente, el talismán acabaría con *todos* los monstruos. —Licht ladeó la cabeza. No parecía preocupado—. Pero tú y yo sabemos que eso no pasará, porque Wolff se equivoca.

Asentí.

—Y además, el talismán *es* extraordinario en sí mismo, por lo que quizá fue creado por alguien con habilidades… un *monstruo.* —La palabra me resultó incómoda. Cada vez más.

Licht se terminó el café y pidió otro. No quiso ni probar mi *apfelstrudel* ni encargar nada dulce para sí mismo. Su desayuno era de lo más insustancial.

—¿No te ha dicho tu hermana nada de esto?

—¿Mi hermana lo sabe? —Lo miré, asombrado—. ¿Quién te lo ha contado a ti?

—A mí, el criado al que pusieron en la puerta para impedir que nadie ajeno a la conversación se acercase a escuchar. Lo sabe tu hermana, porque estaba presente en esa reunión, y no sé si había alguien más allí aparte del propio Wolff. La princesa y el emperador lógicamente están al tanto. No quieren que se haga público, porque habrá muchos que se opongan a abrir la cripta y hay mucho noble dispuesto a ofenderse.

—No sé cómo se las arreglará Wolff para llevar a la princesa hasta la cripta *sin que nadie se dé cuenta* —comenté—. Aunque, como has dicho, en realidad todo esto es irrelevante para nosotros. Lo más probable es que el talismán ni siquiera funcione y el ministro quede en ridículo.

—Sí —coincidió Licht—. Las leyendas son solo leyendas.

Charlamos un rato más, hasta que se me hizo demasiado tarde para ir a clase. Volví a casa pronto, un buen rato antes de la hora de comer, y me encontré con una nota de Kahn. Me decía que Bettina y Marianne habían regresado ayer al Remedio con malas noticias.

Se me encogió el corazón al leerlo, pero fui capaz de continuar, afortunadamente, y así me enteré de que la niña que es mil ratas negras sigue viva (menos mal, porque había llegado a pensar lo peor). La mala noticia era que no había podido ser rescatada, porque ya no se encontraba en el Prater. Había sido trasladada, junto con otros integrantes de la Menagerie, a los Jardines Imperiales, donde aguardarían con otros tantos artistas del mundo del espectáculo a las celebraciones por el cumpleaños de la princesa.

«La vigilancia en los Jardines Imperiales nos impide acercarnos a ella», me escribió Kahn. «Pero hemos de pensar que se trata de una circunstancia temporal, y Marianne ya está trazando un plan para actuar en cuanto la Menagerie regrese al Prater».

No me dio tiempo a responderle antes de que llegasen los mellizos para comer. Nos sentamos juntos a la mesa, en nuestro silencio habitual de los últimos días, y me aguanté las ganas de preguntarle a Therese si realmente iba a participar en el delirante plan de Wolff.

Viernes 7

Pasé la tarde con Kahn. No nos atrevimos a ir a los cafés, aunque todo parezca estar más tranquilo; es mejor ser prudentes. Nos conformamos con el salón del Remedio, en el que una manta gruesa basta para abrigarnos a los dos, y más tarde, cuando regresaron Marianne y Bettina, nos retiramos a la privacidad tranquila del dormitorio.

Cenamos todos juntos y, después, Kahn me acompañó a casa. Me habría quedado de buen grado a dormir en el Remedio, pero no quiero hacer enfadar a los mellizos y reavivar su esfuerzo por controlarme. Me conformo con llevarme papel y tinta a la cama y plasmar estas líneas deprisa para, después, pensar en él y escribir, aprovechando que la noche aturde al pudor y me hace capaz de expresarme con una

transparencia que de día sería impensable.

Sábado 8

El día pasó sin ninguna novedad reseñable. Sin embargo, por la noche, vinieron a cenar cuatro de los integrantes de la Partida de Caza, así como dos mujeres y un hombre que creo que trabajan para el emperador. Me pareció entender que tenían un puesto superior al de mis hermanos, aunque no tanto como para impedir a los mellizos invitarlos a casa y tratarlos con bastante cercanía.

Yo no estaba invitado a la cena. Comí pronto, en la biblioteca, y se lo puse fácil a mis hermanos diciendo que me dolía la cabeza y que prefería irme a dormir pronto. Esperé a que los invitados entrasen al comedor antes de salir a hurtadillas de mi habitación y sentarme en la escalera, en los primeros escalones, para poder escapar si oía a los mellizos salir al recibidor. Las idas y venidas de Annika no me preocupaban. Estaba seguro de que ella no me delataría.

Con las puertas del comedor abiertas para que pudiese pasar la criada cargada de bandejas, pude oír parte de la conversación. Los mellizos comentaban con sus compañeros una redada que había tenido lugar hoy mismo, lo cual al principio me asustó, porque por la pasión con la que hablaba Johann era seguro que se trataba de presas a las que tenía ganas desde hacía mucho, y eso me hizo pensar que habían encontrado el Remedio (tal vez, incluso, por mi culpa).

Me equivocaba (por suerte). No habían encontrado el Remedio. Tardé un poco en pescar las suficientes frases sueltas de la conversación para entenderlo, pero por fin lo hice: la redada había sido en aquella gran construcción de fachada color mostaza que destacaba entre los edificios blancos de la Landstraße. Lo recordé muy nítidamente: el jardín frondoso, la reja negra, las escalinatas… y las personas de las túnicas amarillas, cantando todas en círculo…

La secta que había matado, según los mellizos, a Oskar Walch, el amigo de Therese. La secta cuyo núcleo era Gustav.

—Gustav Neumann —oí claramente que decía mi hermana en el

comedor—. Y maldita sea la gracia… —El tintineo de los cubiertos sobre el plato me impidió oír las siguientes palabras—. Porque ese es uno al que me muero de ganas de ver encerrado en la Torre de los Locos.

—O bajo el cañón de un fusil —propuso Johann.

Interpreté el murmullo lejano de uno de los invitados como la pregunta que yo mismo me hacía: ¿cómo había logrado Gustav librarse de ellos? Porque era evidente que no lo habían atrapado: de haber sido así, Therese habría estado de mucho mejor humor.

—Sabemos bien lo que hace. —El tono grave de Johann era más difícil de captar—. Los desgasta… víctimas consumidas… mortal. —Me sentí tentado de bajar un poco más para oírlo mejor. Avancé, muy despacio para evitar que la escalera crujiese, hasta el primer descansillo—. Sin sangre, sin heridas…

Sin pruebas, deduje.

—Y no se deciden a acusarlo —intervino Therese, con voz más clara—. Hemos interrogado uno a uno a esos lunáticos, y todos se empeñan en protegerlo, en negarlo todo y en afirmar, incluso, que los ayuda. Es una devoción enfermiza. —Therese soltó aquellas palabras como si las escupiese—. Me pone mala.

En ese momento, Annika, que había terminado de servir el primer plato, cerró la puerta del comedor para conservar dentro el calor de la chimenea. Al dirigirse a la cocina, me miró directamente a los ojos, intrigada. Yo me encogí de hombros y trepé por las escaleras, de vuelta a mi dormitorio antes de verme obligado a dar alguna explicación.

Lunes 10

Fui invitado a uno de los ensayos de *Madre* y quedé impresionado por lo poco que ha tardado la obra en empezar a tomar forma. La señora Wittman me aseguró que queda mucho por hacer, pero para mí solo ver a actores y actrices recitar en voz alta las líneas que escribí supone ya un pequeño milagro.

La señora Wittman planea estrenarla el sábado doce de frostmond, de modo que la obra forme parte de las celebraciones que tendrán lugar esa semana con motivo del cumpleaños de la princesa Néné, que es el día trece.

No puedo creer que quede apenas un mes.

Martes 11

Tres días después de la redada en la sede de su secta, me volví a encontrar a Gustav en el Remedio. Estaba exultante. Un torrente de vitalidad parecía recorrerle las venas y desbordar por las pupilas; derramaba luz del mismo modo que Kahn en ocasiones rebosa oscuridad. Tuve la escalofriante certeza de que el domingo varias personas con túnicas amarillas habían estado adornando más de una lápida nueva en el cementerio.

—Buenas tardes —saludó Gustav, con su habitual sonrisa inquietante—. Pasa.

Me asomé al salón. Estaba vacío, aunque las luces estaban encendidas.

—¿Está Kahn en su habitación? —pregunté.

Gustav había cerrado la puerta de la entrada.

—No —respondió—. Está fuera. No creo que tarde en volver. Siéntate, por favor. —Quise negarme, pero la cortesía me lo impidió—. ¿Quieres tomar algo?

Quiero salir de aquí.

—No, gracias.

—He hecho té. Te pondré una taza —resolvió él, antes de insistir—: Siéntate. —Y al ver que dudaba, añadió—: No voy a hacerte nada. —Pensé que iba a argumentar que no haría daño a un amigo de Kahn, pero en vez de eso, él me dio una razón aterradora y creíble—. Hoy no me hace falta.

Después, desapareció en la cocina. Lancé una mirada a la puerta de la entrada, preguntándome cuán desconsiderado sería irme corriendo, y también cuánto me importaba quedar bien o mal con Gustav.

No me dio tiempo a decidirme. Mi anfitrión inesperado apareció con una bandeja cargada con una tetera, tazas y un plato de galletas, y me hizo un gesto para que pasase al salón. Pensé que era improbable que me atacase si realmente Kahn estaba a punto de regresar; esto me animó a seguir su indicación y sentarme en uno de los sofás. Acepté la taza y la envolví con las manos, agradeciendo el calor.

—Tus hermanos me han hecho pasar un mal trago —comentó Gustav, como si no le importase demasiado.

Y peor te lo harían pasar si se te ocurriera tocarme un pelo. No me atreví a pronunciar aquella amenaza en voz alta. Tampoco era necesario. Los dos lo sabíamos bien.

—Eso he oído —respondí, con deliberada vaguedad—. Sin embargo, te veo con muy buena cara.

Él amplió la sonrisa. Comprendía perfectamente las implicaciones de lo que yo decía, y le constaba que yo también y que, pese a mi esfuerzo por aparentar impasibilidad, me aterraba pensar en ello.

—Gracias —dijo con naturalidad—. Se lo debo a mi gente.

—Tu gente. —Mi tono estaba empapado de desconfianza.

—Sí. El leal círculo de damas y caballeros influyentes que me otorgan donativos permanentes y apoyo incondicional, de forma *completamente voluntaria*, como no han tenido ningún problema en confirmar a tus hermanos —explicó él, con una sonrisa—, aunque estoy convencido de que esto ya lo sabías.

—Algo había oído —repetí, sin faltar en absoluto a la verdad—. ¿Qué es lo que quieres de mí? —atajé. Algún motivo debía de tener para contarme todo aquello.

—¡Oh! —exclamó él—. Nada. Sé que no tienes demasiada influencia sobre ellos.

—No, no la tengo.

—Sin embargo, si quisieras, podrías decirles dónde está el Remedio. Estoy seguro de que encontrarían una excusa para darme caza aquí, donde no tengo tantos testigos que me defiendan. Una excusa que podría ser, perfectamente, que tú declarases que te he atacado…

—Cosa que no has hecho.

—Efectivamente —coincidió, sin ocultar que se sentía complacido, probablemente al ver que yo no mostraba intención de mentir—. Cosa que no he hecho ni planeo hacer.

—Porque soy amigo de Kahn —adiviné.

Él rio. Lo miré, desconcertado.

—No —aclaró—. No tengo nada contra Kahn; convive conmigo, como tantos otros han hecho, y no me agrada ni más ni menos que la mayoría. Cuando se vive tanto como yo, el resto de las personas resultan tan efímeras que no da demasiado tiempo a estrechar lazos y cultivar afectos. No, no tomo decisiones por algún tipo de amistad hacia Kahn, espero que perdones mi franqueza al decírtelo. Tomo decisiones por mí. Y no tengo ningún interés en hacerte daño. Por un lado, porque tus hermanos son quienes son. Por otro, porque no me hace ninguna falta. Como te he dicho, tengo un nutrido grupo de donantes encantados de proporcionarme todo lo que necesito.

Gustav hablaba con crudeza, pero por primera vez desde que lo conocía, me creí lo que decía.

—Muy bien —respondí—. Entonces lo que quieres es estar seguro de que no te voy a vender a mis hermanos.

—Eso es. Quiero tener la seguridad de que no supones un riesgo, del mismo modo que tú debes saber que estás a salvo en lo que a mí se refiere.

—No voy a delatar dónde está el Remedio —aseguré—. Yo sí siento —quería decir «afecto», pero me dio vergüenza— lealtad hacia Kahn. Nunca lo pondría en peligro de esa forma.

Gustav sacudió la cabeza.

—Sí, lo sé. No es suficiente. No quiero que mi seguridad dependa colateralmente de tu relación con otra persona. Hugo —recuperó la sonrisa—, sé que no te fías de mí. Podría afirmar, incluso, que me temes. Y yo soy viejo y sabio —contuvo la risa, como si aquello fuese un chiste que se hacía a sí mismo—. Uno no debe fiarse nunca de aquel que le tiene miedo.

Apreté los labios. Me acordaba de Kahn interponiéndose entre Gustav y yo cuando él, una de las primeras veces que nos vimos, me habló con ese tono de encantador de serpientes. Me pregunté si estaría

intentando engatusarme otra vez.

—Hay recelos insuperables —respondí comedidamente.

Él sacudió la cabeza.

—El temor en muchas ocasiones se vence con conocimiento y comprensión —replicó, sin alterarse lo más mínimo—. ¿Quieres saber qué es lo que hago?

—Robas tiempo de vida a los demás. —Me costó pronunciarlo. Dicho así, parecía una tontería, una fantasía absurda, una pesadilla de niño chico.

Nadie podía robar vida a los demás. Y, sin embargo, a la vez, los ojos amarillos de Gustav me decían que sí, que las fieras como él podían y lo hacían.

—*Puedo* robar tiempo de vida a los demás —matizó él—, y así lo he hecho en muchas ocasiones. Actualmente, por suerte, no tengo la necesidad. Mis benefactores me lo donan.

Me tembló la voz. La honestidad en su voz me impulsaba a ser sincero.

—No te creo.

—Verás —continuó él, sin permitir que mis dudas lo molestaran—, para mí el tiempo de vida es algo perceptible, palpable. Puedo verlo, calcular cuánto le queda a cada cual, tomarlo y también regalarlo. Mis benefactores no me mantienen por pura generosidad, sino porque les presto un servicio, ¿entiendes? —Aquello empezaba a tener más sentido para mí, pese a lo cínico que pueda parecer. Gustav se dio cuenta y continuó hablando con su voz aterciopelada, seguro de su poder de convicción—. Vienen a verme porque necesitan que insufle vida en un niño muy débil, moribundo en su cuna. O en la anciana abuela que el doctor ha dicho que no vivirá hasta la primavera. O en el bebé que crece en su barriga, que lleva dos días en los que apenas se le siente mover. Otras veces son ellos los que están enfermos y, como les es igual morir un mes antes o un mes después, quieren regalar ese tiempo a otras personas queridas.

—Y tú haces el intercambio. —Supe leer entre líneas la parte del trato que él no había mencionado—: Y te quedas con una parte.

—Sí —confirmó él, sin vergüenza—. Ellos, por supuesto, lo saben y

están de acuerdo.

Pensé en mis padres. ¿Alguno de los dos, si hubiesen sabido que morirían jóvenes, habría transferido parte de su tiempo al otro? ¿Habría servido esa dosis de energía vital para vencer la cólera en el caso de mi padre? Tal vez; en cambio, la caída fatal del caballo habría acabado en cualquier caso con mi pobre madre, de eso no me cabía duda.

—¿Y los accidentes? —pregunté—. ¿Si alguien a quien has entregado más tiempo de vida es atropellado por el ómnibus o recibe un disparo…?

Gustav se encogió de hombros.

—Yo solo sé el tiempo que le queda a alguien en el momento en el que le miro. Eso puede cambiar si las circunstancias cambian, el futuro es voluble. Y no sé *cuál* será la causa de la muerte, solo sé *cuándo* tendrá lugar. Pero una cosa te digo: hasta ahora, siempre que le he pasado a alguien tiempo de vida de otra persona, he comprobado que el suyo ha aumentado. Nunca se ha quedado igual. Y eso les basta a mis benefactores.

Me revolví sobre mi asiento, aún un poco incómodo. Me creía lo que Gustav había dicho y, en el fondo, tenía que reconocer que en sus palabras había algo de razón: al entender mejor cómo funcionaba su poder, mi miedo había disminuido. Sin embargo, seguía sin encontrarme del todo a gusto a su lado.

—Gracias por explicármelo —dije—. Aunque, como tú mismo has dicho, yo no tengo influencia sobre mis hermanos. Ni siquiera me escucharían si tratase de contarles todo esto.

Él estiró las piernas, desperezándose como un gato a la hora de la siesta. Sin nada en el mundo que le inquietase.

—Lo sé; de todos modos, no hace ninguna falta. Ya han podido comprobar que, al menos en público, no pueden tocarme. Solo quería que nos entendiésemos nosotros dos.

Asentí en silencio. En aquel momento, se abrió la puerta principal, ¡por fin!, y llegó Kahn. Nos retiramos a su dormitorio, donde pasamos la tarde tumbados en la cama, sin escribir ninguno de los dos, «documentándonos», como dijo él. Me hizo reír.

Cuando anocheció, oímos las voces de Marianne y Bettina en el salón y nos reunimos con ellas y con Gustav, que seguía en el sofá, arrebujado en una manta. Ni Kahn ni yo intervinimos en la conversación de primeras; nos contentamos con hacernos con un par de tazas de té y escuchar.

Agradecí que no se me preguntase nada, porque el tema era una vez más la redada de la Partida de Caza en la sede de la secta (*los benefactores*, pensé con sorna) de Gustav, y yo no podía sentirme más desvinculado de las acciones de mis hermanos.

—Tenemos que irnos —decía Bettina—, tenemos que marcharnos a la Luminosa antes de que sea demasiado tarde.

—No podemos ceder —insistía Marianne—. No podemos renunciar a nuestra casa, a nuestra vida… No. Eso sería *dejarles ganar*.

—Eso sería *sobrevivir* —corrigió Bettina—. Estar a salvo debería ser nuestra prioridad siempre.

—Dejamos demasiado atrás. —Marianne se cruzó de brazos—. Gustav tiene raíces aquí. Yo tengo mi taller y una lista de clientes. —Y una lista nada modesta para ser un (¡uf!) *monstruo*. Desde que sabía que Marianne diseñaba y construía muebles, además de hacer bellos bordados y confeccionar mantas y manteles, había empezado a distinguir su estilo en numerosos sitios. El arte de Marianne era popular en Ciudad Blanca—. Georg comienza a despegar… Sus libros…

Bettina bufó.

—Sinceramente, no sé hasta qué punto eso es mérito de Hugo —señaló con amargura—. Sin ánimo de ofenderte, Georg, ni de despreciar la calidad de lo que escribes. Es una realidad que no tienes las mismas oportunidades que otros escritores. Aquí aceptan tu obra *a pesar* de lo que eres. Si te ven como un obstáculo, un punto negativo a la hora de valorar tus escritos, entonces no te merecen.

—Nadie me asegura que en otros sitios no vaya a pasar lo mismo —musitó Kahn.

Me apenó que el único argumento para rebatir lo que decía Bettina fuese tan pesimista. Apreté su mano entre las mías, en silencio.

—¿Y la niña de la Menagerie? —intervino Marianne, con fuerzas

renovadas—. ¿Quién ayudaría a esa criatura si nos marchásemos?

—No digas tonterías. Nosotros. Cuando pase el maldito cumpleaños de la princesa y ese circo de fenómenos regrese al Prater, la sacaremos de ahí —declaró Bettina—. Pero precisamente después de eso sería inteligente por nuestra parte desaparecer para que no puedan encontrarnos.

—Esa niña no es solo esa niña. —Marianne se negaba a claudicar —. Es todas las personas que son como nosotros y que sufren y sufrirán si nos marchamos, si huimos en lugar de quedarnos aquí y demostrar que esta es también nuestra ciudad y, lo que es más, que somos tan valiosos para ella como cualquiera…

Kahn no volvió a decir nada. Más tarde, cuando caminábamos juntos por las calles blancas en dirección a casa, le pregunté a bocajarro:

—¿Tú querrías marcharte?

Él me entendió sin necesidad de contexto.

—No —respondió, rodeándome los hombros con el brazo—. Ahora menos que nunca.

Seguía pensando en él, con el pecho burbujeante como si mi corazón bombease champán, cuando entré en mi cuarto y encontré en el escritorio un sobre y una nota escrita con la inconfundible letra estirada y angulosa de Therese: «Pensé que te gustaría».

Intrigado, abrí el sobre y encontré una fotografía de la famosa actriz Pauline Adler, a quien lógicamente idolatro (¿y quién no?). Estaba autografiada. «Para Hugo» y su preciosa firma.

Ahogué un chillido y me llevé la fotografía al pecho. ¡Un autógrafo de Pauline Adler! No sé dónde la habrá conocido Therese, pero he decidido tomarme esto como una ofrenda de paz. Y, quizá (aunque puede que esto sea demasiado optimista), una promesa de que en el futuro la Partida de Caza nos dejará en paz a mí y a Kahn.

Domingo 16

Esta tarde Kahn tenía una reunión con su editora, así que en lugar de

al Remedio fui al Café Hagel y me encontré en él con Ernestine Kmunke, que ha vuelto esta misma mañana de la Luminosa. Tomamos un par de *franziskaner* humeantes mientras ella me contaba todo lo que había hecho. Me intentó convencer de la importancia de visitar la Luminosa, donde sucede todo lo relevante en el panorama literario y resuenan más las nuevas voces, no como en Ciudad Blanca. Aquí, según Kmunke, nos ahogan los veteranos, y los editores no ponen dinero significativo en nadie menor de cincuenta años…

«No se trata solo de publicar», afirmó Kmunke, categórica, «sino de publicar bien. Y en los Dominios del Este no se publica bien».

Tengo que admitir que no estoy del todo seguro de que tenga razón, pero me callé porque no en vano tiene mucha más experiencia que yo. La conversación cambió de rumbo para volcarse en su magazín *Espíritu*. Al parecer ha recibido una cálida bienvenida en la Luminosa y el proyecto es más prometedor que nunca. Justo antes de irse, Ernestine Kmunke me hizo feliz con unas pocas palabras, pronunciadas con tanta ligereza como si ella no fuese consciente de lo mucho que implicaban:

«¿Cuándo me vas a enviar algún escrito?», me preguntó, mientras se ponía el abrigo. «Es un escándalo que aún no haya publicado en *Espíritu* ninguna colaboración tuya y de Kahn. Voy a acabar pensando que preferís el maldito *Slora* antes que a mí. Más os vale producir algo y hacérmelo llegar cuanto antes».

Se fue deprisa, como una tormenta de verano fuera de lugar en el paisaje nevado que se veía a través de los ventanales del Café Hagel.

Jueves 20

El lunes me volvieron a invitar a un ensayo de *Madre* y, desde entonces, he ido todos los días a maravillarme muy callado, desde la primera fila de butacas, ante el milagro que suponen mis personajes encarnados en personas reales. Entre esto y las tardes en el Remedio, he estado demasiado ocupado para escribir.

Sin embargo, hoy quería sentarme y redactar al menos unas líneas

para dejar constancia de que la princesa me ha enviado una carta. Esto ha despertado una vez más la curiosidad de los mellizos, de modo que para evitar que la leyeran por encima de mi hombro he subido con ella a mi cuarto.

En su mensaje, Néné me habla con pesar de lo sucedido el mes pasado. Me cuenta que lucha a diario contra una ola de rechazo por los monstruos que amenaza con envenenar la corte entera. También me pide que le recuerde a Kahn y a los suyos que ella está de su parte y asegura que tiene una forma de demostrar que no son un peligro. No da más detalles. Me pregunto si esto significa que ha accedido a abrir la cripta con Wolff para encontrar y activar el talismán.

Me gustaría poder hablar con ella en persona, pero, aunque cuando coincidimos ha sido muy amable y cercana conmigo, sé que no estoy en posición de pedirle a la princesa que me reciba, no digamos ya que comparta conmigo sus planes. Así que me limitaré a transmitirle su apoyo a Kahn y a los demás, y a confiar en que signifique algo.

Martes 25

He recibido una carta de Felix Vizner, lo cual me ha hecho sentir indescriptiblemente culpable porque ni siquiera soy capaz de recordar cuándo fue la última vez que saqué tiempo para enviarle unas líneas, y sin embargo él se sigue acordando de mí después de tantas semanas.

En su carta, me cuenta que su hermano murió hace quince días y que él lo ha pasado mal, no solo por la pérdida, sino porque el fallecido dejó atrás muchas deudas: al fin y al cabo, llevaba una larga temporada sin trabajar debido a su enfermedad, a lo cual había que sumar los gastos por los médicos y el propio funeral. Una vez saldadas las cuentas, Vizner se encontraba sin dinero suficiente como para poder permitirse residir en la capital del Imperio. No regresará a Ciudad Blanca, sino que se irá a vivir al campo, a una casa humilde.

«Querido Hugo, sé que siempre te interesas por mi obra y me veo obligado a confesar que he abandonado la escritura de *Un extraño*. En

mi futuro inmediato, concentraré mis esfuerzos en hallar otra ocupación con la que mantener a la viuda de mi hermano y al pequeño Olli. Esto, por otro lado, no me impide encontrar ratos para leer, y me siento cerca de vosotros gracias a la sección de Georg Kahn en *Slora*, los textos de amigos que aparecen regularmente en el *Espíritu* y el resto de vuestras publicaciones».

Le he escrito de inmediato, hablándole de los demás, de mi obra *Madre* en el Teatro Imperial y de mis últimas lecturas. Mi carta es tan larga que ha caído la tarde, tendré que esperar y enviarla mañana a primera hora.

Viernes 28

Quedan solo dos semanas para el estreno de *Madre* en la víspera del cumpleaños de la princesa, y la señora Wittman me ha ofrecido dos invitaciones y un palco. Imagino que las entradas son para los mellizos, pero tuve desde el principio a otras personas en mente, con tanta claridad como si vinieran sus nombres escritos en ellas.

Ha pasado un mes desde la brutal incursión de la Partida en el Café Drei Raben, y en todo nochtmond no se han repetido sucesos tan graves como este, siendo el más parecido (y sin consecuencias) la redada fallida de mis hermanos en la sede de la secta (quiero decir, los benefactores) de Gustav. Poco a poco, la acostumbrada sensación de seguridad y paz de los Dominios del Este regresa a las calles de Ciudad Blanca, y los habitantes del Remedio empiezan a hacer vida normal.

Esto significa que Kahn vuelve a dejarse caer por el Café Hagel de cuando en cuando, y últimamente nos vemos allí con los demás algunos días, y a solas en su casa otros. Me alegra que estemos juntos otra vez. Es evidente que a Kahn también: hoy anunció muy complacido que, aunque la publicación de su novela *Ayer* se ha visto retrasada, la editora le ha asegurado que la obra verá la luz a finales del año que viene. Y como ya le ha adelantado algo de dinero, nos invitó a todos a una primera ronda…

Esto también lo hemos celebrado en el Remedio, con una cena

fantástica de comida típica onogúrica que preparó el propio Kahn. El ambiente en su casa, aun así, no siempre es festivo, ni siquiera al comentar que todo parece en calma y que no han tenido problemas con la Partida de Caza desde hace un mes.

«Sí, muy bien», dijo Marianne, con preocupación anidada en las pupilas. «Un mes sin disgustos, pero también un mes sin que sepamos nada de aquellos a los que apresaron en el Drei Raben. ¿Qué ha pasado con ellos? ¿Los han matado también? ¿Va a decir algo el emperador sobre estos desaparecidos o sobre los que fueron asesinados sin miramientos? Mientras tengamos demasiado miedo para preguntar, esta paz solo es aparente».

Tiene razón, tanta que me aturde pensar en desaparecidos, en arrestados, en personas quizás asesinadas en la Torre de los Locos, donde la Partida de Caza encierra a sus prisioneros. No quiero imaginar las manos de mis hermanos manchadas de sangre de ese modo. Pensarlo me obliga a deshacerme de lo que queda de la imagen que siempre he tenido de los mellizos, tan rectos, tan apegados a las normas, a lo correcto, a la autoridad… absolutamente incapaces de hacer algo tan deshonesto, tan ruin. Y pese a todo, nunca he dudado de que sean capaces de desplegar una frialdad dura y cruel que tal vez sí coincida con lo que Marianne les acusa de haber ordenado…

Y yo no quiero pensarlo. No quiero pensarlo.

En lugar de eso, me he permitido recrearme en la paz aparente y entregarle a Kahn una de las dos invitaciones.

Él suspiró y me miró con ternura.

—Me encantaría, Hugo, pero no parece prudente.

—No va a pasar nada. ¿Qué van a hacer, atacarte en el entreacto, delante de todo el mundo? Imposible. No después de lo que ha dicho la princesa. —Sonreí, acordándome de pronto—. Además, ¡ella misma estará presente! Es la víspera de su cumpleaños. Nadie se atreverá a tocarte un pelo *delante de la princesa.*

Supe que estaba acercándome a conseguir lo que quería, pero Kahn aún se resistió un poco más.

—No lo sé —dijo, desviando la mirada—. Creo que Bettina y Marianne se preocuparían demasiado. ¿No deberías ir con tus

hermanos?

—Te estoy invitando a ti —insistí yo. Y lancé una exclamación al ser tocado por una inspiración repentina—: ¿Sabes qué? Conseguiré invitaciones para los demás. Para Bettina, Marianne y —a mi pesar— Gustav. Estarán con nosotros todo el rato, sabrán que todo está bien y nadie se preocupará en vano.

Él rio por lo bajo, sorprendido (agradablemente, creo) por mi propuesta. Jugueteó con su pipa, perennemente apagada, y pensé que estaba a punto de decirme que sí.

—Bueno, deja que lo piense y lo hable con ellos.

Volví a casa ilusionado ante la perspectiva de compartir mi momento de triunfo con Kahn y con su gente que ya siento un poquito mía. Aunque no me atrevo a pedir más invitaciones a la señora Wittman, eso no será un problema. Pagaré con gusto tres entradas más para colocar a Marianne, Bettina y Gustav en otro palco si eso garantiza la presencia de Kahn en el estreno.

Al llegar a casa, Johann me preguntó por la obra y por la fecha y hora exactas de la función. Miré a Therese, asombrado, y ella se encogió de hombros.

—Lo siento, Hugo, esa noche estaré de servicio —me dijo, malinterpretando mi expresión.

—¿Y tú irás? —pregunté a Johann, solo para confirmarlo. Me costaba creerlo.

—Sí —dijo él, como un soldado que acepta una misión por puro sentido del deber—, por supuesto que sí. ¿Necesitaré una entrada?

Me sentí complacido por su interés, pero al mismo tiempo seguía teniéndole un poco de rencor por no haber manifestado hasta entonces más que indiferencia hacia lo que yo hago (siempre y cuando no tenga que ver con Kahn; en ese caso, su interés es desmedido e indeseable), por lo cual me permití un poco de placer malicioso al decirle:

—Supongo que podrás comprarla en taquilla.

Él asintió y así quedó la cosa. Me pregunto si vendrá de verdad. No me extrañaría que en el último momento le surgiese una tarea ineludible lejos del Teatro Imperial.

Frostmond (Mes de la escarcha)

Lunes 7

Ha pasado la primera semana del mes sin que me dé cuenta apenas, siempre corriendo entre el Teatro Imperial, el Remedio y, por las noches, mi casa. (La facultad ha quedado olvidada por el momento, me enfrentaré a ella más adelante, cuando no tenga más alternativa).

Pese a la fascinación que ejercen sobre mí los ensayos de *Madre*, que ya son de corrido, desde el principio hasta el final de la obra, mis horas favoritas del día son siempre en el Remedio. Kahn y yo charlamos, tonteamos con la pluma en la mano para escribir esa colaboración que Ernestine Kmunke quiere publicarnos en *Espíritu* (y yo fantaseo con la posibilidad de volver a llamar la atención de muchos lectores y que la gente hable de nosotros como Kahn y Holbein otra vez) o sencillamente dejamos pasar el tiempo en los brazos del otro.

Esta tarde, Kahn tuvo que ausentarse un rato para hacer un recado, e insistió en que me quedase en el Remedio; según él, hacía demasiado frío y bastante malo era que uno de los dos tuviera que salir. Como sería cuestión de minutos, me acomodé en el salón y revisé sobre la mesita baja de mármol blanco los versos que habíamos hilado hasta entonces. Aún no parecía del todo un poema, pero aquello, fuese lo que fuere, no estaba del todo mal. Empecé a pasarlo a limpio y me quedé sin tinta…

Revisé el escritorio de Bettina, en el rincón, pero no encontré ningún tintero. Con un suspiro, salí al pasillo, abandonando el agradable calor del salón, y me dirigí al dormitorio de Kahn. Tampoco en su mesa ni en los cajones había tinta. Tras un instante de duda, me atreví a entrar en el cuarto de Marianne y Bettina: ellas ni siquiera

tenían un escritorio, y en los armarios no era razonable rebuscar.

Solo quedaba una puerta cerrada.

«¿Hola?», pregunté en voz alta, solo para asegurarme. Nadie respondió. Estaba solo en la casa.

Pasé al dormitorio de Gustav con el alma en vilo. Era un cuarto de lo más corriente, en apariencia; decorado con el estilo moderno de Marianne, contenía una cama estrecha, un escritorio pequeño sin cajones, sobre el cual descansaban dos pilas de libros y una caja de madera con cierre de metal, y una mesita de noche. En lugar de armario, había un baúl grande, cerrado, que debía guardar el resto de las pertenencias de Gustav. Daba a entender que su dueño estaba preparado para marcharse en cualquier momento; era un nómada para quien todo era temporal.

Curioseé los libros: no había leído ninguno de ellos. Con la esperanza de que la caja contuviese material de escritura, la abrí. Estaba dividida en multitud de compartimentos pequeños, cada uno con una pequeña etiqueta manuscrita que describía concisamente el ínfimo tesoro allí almacenado: «Botón del abrigo de Minna». «Anillo de Hermann». «Carta de Luise».

Debo admitir que, en un primer momento, pensé que aquellas eran las víctimas de Gustav, las personas a las que había exprimido toda la vida que les quedaba, y conteniendo el horror, busqué el nombre de Oskar Walch. Solo al no encontrarlo, y tras leer por encima el par de cartas y tarjetas dobladas que había en la caja (¡una de ellas, datada en 1702!), se me ocurrió que aquello eran mementos. Recuerdos de la gente querida de Gustav a lo largo de los siglos. Pequeños rastros de su memoria.

En mi mente resonaron las palabras de Gustav: «Cuando se vive tanto como yo, el resto de las personas resultan tan efímeras que no da demasiado tiempo a estrechar lazos y cultivar afectos». No pude contener una sonrisa. Gustav puede decir lo que quiera, y yo tengo el derecho a no creerme ni una sola palabra.

Al fin y al cabo, nadie guarda un botón o una flor seca o la esquinita bordada de un pañuelo si no es por motivos personales.

Dejé la caja en su lugar, porque la había movido al abrirla, y me

fijé en que uno de los compartimentos estaba vacío. La etiqueta rezaba: «Cuco rojo del reloj de Benedikt», pero la figurita se debía haber perdido.

Oí que se abría la puerta y el corazón se me disparó. Cerré la caja rápidamente para escurrirme hacia el pasillo. Respiré, aliviado, al ver a Kahn.

—¿Todo bien? —preguntó él.

Le sonreí.

—Sí —respondí, bajando la escalera para darle un abrazo, aunque apenas hubiese pasado media hora desde que se marchó—. Aunque he dejado seco el tintero.

—Eso se puede solucionar.

Lo malo es que, como entonces me dio un beso, ya no retomamos la escritura en todo el resto de la tarde. Así que al final no hizo falta la tinta.

Sábado 12 Sin fecha

Escribo esto casi tres semanas después del estreno de *Madre*, por lo que puede que no lo recuerde todo tal y como fue. Como es normal, esa misma noche me fue imposible escribir nada, y lo mismo las siguientes. Incluso hoy me cuesta abrir este cuaderno, pero creo que debo hacerlo. Toda historia necesita un cierre, incluso un diario que se escriba para uno mismo. Este termina aquí.

El cuidado con el que me vestí aquella tarde, la ilusión que sentía por aquel punto álgido de mi carrera y la ingenua sensación de que a partir de entonces todo iría bien me hacen sentir rabia. Repulsión, incluso. Enfado. No sé por qué. No tenía la culpa entonces, no podía saber lo que me deparaba el futuro mientras bajaba la escalera con mis galas más elegantes y le tendía el brazo a Annika, a quien había pedido que me acompañase esa noche. Ella, vestida con más sencillez que yo pero también arreglada, me sonrió. Era una situación extraña, en la que ella era mi invitada pero, al mismo tiempo, no podía deshacerse (ni yo tampoco) de la sensación de estar trabajando. Dio

igual. Nos sobrepusimos como pudimos y subimos a un *fiaker* que nos llevó al Teatro Imperial.

¡Qué bonito estaba el Anillo, todo nevado, la ciudad entera se había vestido de blanco para reflejar las luces de las lámparas! Yo estaba contento porque era mi noche de gloria y, también, porque Annika estaba a mi lado. Su marido Otmar no había podido acompañarnos, pero ella había aceptado la invitación que le había ofrecido; de no haber sido así, la velada se hubiese quedado coja.

Al llegar al teatro, nos encontramos en el vestíbulo con mis amigos, todos guapos y dicharacheros: Ida Tornaforte, Magdalene Ster, Michael Teichergreber y Ernestine Kmunke; incluso Erwin Slokowich, siempre atormentado en exceso por la existencia en general, encontró las fuerzas suficientes para sonreír al darme la mano y felicitarme.

Se los presenté a Annika, uno a uno, y me interrumpí al ver a Kahn, que subía por las escaleras de la puerta principal. Le seguía Marianne, con la barbilla bien alta y el cabello rojo como una estela tras ella. Era como la estatua de una diosa, nadie en su sano juicio se hubiese atrevido a detenerla. Los demás asistentes la miraban al pasar, algunos con más disimulo que otros, y había, incluso, quienes lo hacían con algo de desconfianza. Nadie puso una sola objeción a su presencia, que era en realidad una declaración de principios. Unos pasos tras ellos, los acompañaban Bettina, con gesto hosco, y Gustav, relajado como si no estuviese metiéndose en la boca del lobo.

Los saludé igual que a los demás, sin dudar un segundo antes de presentárselos a Annika. Los escritores, los monstruos, ella y yo, todos convertidos por una noche en público del teatro, sin más distinciones que el número de nuestras butacas.

Alois Licht, que se acercó a nosotros con esa sonrisa cálida que regala con generosidad, me dio un abrazo y la enhorabuena con mucho entusiasmo. Intercambié con él un par de frases, aturdido por la alegría, y casi no lo entendí cuando me murmuró al oído: «Hay quien dice que Wolff planeaba abrir la cripta hoy. A estas alturas, no creo que lo haga, pero debo admitir que me tiene intrigado». Iba a responder que si la hubiera abierto nos habríamos enterado, pero no

tuve tiempo, porque mi hermano Johann apartó a un grupo de personas de en medio para acercarse a mí.

—Felicidades, Hugo —dijo con el ceño fruncido, sin desviar la mirada de Kahn y los demás. Después, se fijó en Annika y pareció aún más desconcertado y molesto—. Veré tu obra desde uno de los palcos anexos al imperial, dado que la princesa así lo ha solicitado. A la salida, te esperaré para marcharnos juntos.

Encogí un hombro.

—Seguramente vaya a celebrarlo al terminar —protesté. Estaba rodeado de amigos, no pensaba irme a cenar a casa.

—Así será —repuso Johann, sin admitir ni un ápice de rebeldía—, lo celebrarás con Therese y conmigo.

Comprendí que era la única forma que se le había ocurrido de impedir que me fuese del teatro rodeado de compañías del todo impropias e hice una mueca.

—Disfruta de la obra, Johann.

Él asintió y se fue escaleras arriba. La princesa no entraría por la puerta principal, sino por uno de los laterales, reservados a la familia del emperador.

Mis amigos se despidieron hasta el final de la función, porque ellos tenían entradas para el patio de butacas. Kahn, su gente, Annika y yo subimos hacia nuestros palcos, que eran contiguos. «Portaos bien», nos dijo Marianne, con una sonrisa, antes de meterse en el suyo con Bettina y Gustav. Nos reímos.

Me derrumbé sobre la silla tapizada con terciopelo rojo, muy satisfecho, porque la visibilidad era excelente. A un lado, tomó asiento Kahn; al otro, Annika.

—¿Estás nervioso? —me preguntó ella.

—Mucho.

—Va a ir bien —aseguró Kahn—. Tu trabajo está hecho, ahora solo tienes que disfrutar de la obra.

Me llevé a los ojos los binoculares dorados y rastreé con ellos el palco imperial. El emperador no se hallaba presente, lo cual no me sorprendió, porque pese a lo mucho que valora las artes escénicas (el Teatro Imperial, que como negocio es famosamente deficitario,

funciona gracias a él) es conocido por pisar muy rara vez teatros u óperas. Sí pude distinguir la figura de la princesa, con un amplio vestido y un elaborado peinado, un recogido acompañado por un velo de color rojo oscuro, a juego con los pesados telones del escenario.

Me sentí más tranquilo al verla. Lo que le había dicho a Kahn era cierto: con la princesa como testigo, nadie se atrevería a hacer daño a los *monstruos*. Y, por otro lado, que ella estuviese en el teatro significaba que Wolff no había abierto la cripta ni pensaba hacerlo esa noche. Probablemente Licht o su informante se habían enterado mal, o tal vez el ministro hubiese cambiado de idea…

Las luces se atenuaron, por lo que dejé de pensar en Wolff y me centré en el escenario y en Kahn, que había aprovechado para colocar su mano sobre la mía en la oscuridad, y me acariciaba la piel con los dedos. Agarré aquel instante y deseé poder convertirlo en una canica que guardar en una caja, como los recuerdos de Gustav, y revivirlo siempre que lo tuviera en la mano.

Fui feliz durante el primer acto. También en el entreacto, cuando Marianne, Bettina y Gustav vinieron de visita a nuestro palco y comentaron con amabilidad algunas impresiones favorables sobre la obra con Annika (yo fui incapaz de aportar nada a la charla, porque la emoción me dejaba sin palabras).

Las cosas se torcieron unos minutos después de que el telón se volviese a abrir.

Un crujido sordo y apabullante, como si se hubiese partido el suelo bajo nuestros pies, dejó sin palabras al actor que se encontraba en aquel momento en escena. Él mismo guardó silencio y su mirada guio la de todos los espectadores hacia arriba, siguiendo el crecimiento de una grieta que se abría camino desde el suelo hacia el techo por una de las paredes del teatro, tan ancha y profunda que ni siquiera la oscuridad de la sala podía ocultarla.

El temblor llegó unos segundos más tarde, como si un coloso hubiese golpeado el edificio por fuera, y el Teatro Imperial colapsó sobre sí mismo, y en un abrir y cerrar de ojos pude ver el cielo claro y despejado desde mi butaca, como si me encontrase al aire libre, y el aire gélido cayó sobre nosotros como un manto de nieve invisible.

Sentí que la butaca se torcía, el suelo se inclinaba hacia abajo, y me agarré al reposabrazos sin pensar, como si pudiera sostenerme así. Era inútil porque me precipitaba hacia abajo, todos nos precipitábamos, caíamos en una nube de piedra y tierra y retazos de tejido y trozos de cuerpos humanos.

Recibí un golpe en la cabeza, perdí el conocimiento durante un rato, y cuando lo recuperé el Teatro Imperial se había desvanecido y un infierno de sangre y polvo había ocupado su lugar. Abrí la boca, que me dolía como si me hubiese roto la mandíbula, y grité: «¡Georg! ¡Georg! ¡Annika!» y creo que también dije «¡Therese!». Pero a mi alrededor no había nadie conocido. Todo el mundo huía hacia las salidas, el patio de butacas había sido desalojado y la gente escapaba como podía, sangrante, llorosa. Una estampida de supervivientes, mientras que otros pocos se quedaban atrás y atendían a aquellos incapaces de marcharse, heridos o muertos…

Intenté moverme, pero mi cuerpo no respondió. Era presa de un dolor inimaginable, que me recorría desde la cadera hasta los omóplatos y me palpitaba en la cabeza.

La pared del teatro más cercana a mí se había derrumbado. Desde donde estaba, podía ver el Jardín del Pueblo y, al fondo, el palacio de invierno del emperador. Y entonces, entre los rosales, creí distinguir un rostro conocido, huesudo y aterrorizado: la niña que se convertía en mil ratas negras. ¿Cómo podía ser? ¿Qué hacía allí? Y en aquel momento de confusión, llegué a preguntarme si había sido ella la causante de aquel desastre.

La nube de polvo empezó a disiparse, permitiéndome ver a Kahn a varios pasos de mí. Estaba de pie, aparentemente ileso, con los brazos colgando a cada lado del torso y la cabeza extrañamente inclinada hacia atrás y a un lado. Lo llamé, pero él no escuchó mi voz, que era un quejido. Cuando le iluminó la cara el rayo de luz de uno de los faroles de una de las partidas de rescate que poco a poco se adentraban en las ruinas, pude ver que tenía los ojos cerrados, y supe que estaba sumergido en las profundidades de su propia oscuridad interior, conteniéndola, encerrándola.

Entonces él abrió los ojos y me miró. Leí en sus ojos el

reconocimiento, la preocupación, la intención de ayudarme. Y en su cuerpo tenso y agarrotado, la inmensa dificultad para hacerlo, la concentración que le impedía dar un solo paso sin liberar cien sombras.

No lo hagas, pensé. *No me ayudes. Concéntrate. Sal de aquí, sálvanos y sálvate.*

Alguien se agachó a mi lado.

—Sí —dijo Bettina, respondiendo a una súplica inaudible para los demás—. Sí, yo me encargo de Hugo.

Empezó a hacer algo cerca de mis piernas. Me di cuenta de que un pesado trozo de piedra, que había formado parte de la pared, había caído sobre ellas, machacándolas hasta convertirlas en papilla. Las miré como si perteneciesen a otra persona. No podía moverlas, no me dolían, no eran mías.

A lo lejos se veían más luces y se oían los silbatos y las llamadas de la Partida de Caza.

—¡Bettina! —chillé—. ¡Déjalo! ¡Déjalo! ¡Tenéis que iros!

Ella me miró, sudorosa y espantada.

—Hugo, tus piernas…

—¡Vosotros me importáis más! ¡Marchaos de aquí! ¡Llévate a Georg!

Ella dudó solo un segundo antes de llegar a la misma conclusión que yo. Aquellas personas vendrían a rescatarme a mí y a matarlos a ellos si los encontraban en medio de semejante carnicería. Serían los primeros sospechosos, sin pruebas, sin razones.

Corrió hacia Kahn. Yo volví la vista hacia la rosaleda, pero la niña había desaparecido; me pareció ver los ojillos brillantes de las ratas que escapaban entre los tallos, como si hubiese entendido mi advertencia, como si supiera que la Jauría también cargaría contra ella.

Alguien se agachó a mi lado, sobresaltándome. Volví la cabeza a tiempo para ver a Annika antes de que Johann, que llegaba justo detrás, la apartase de un empujón para poder verme.

—¿Estás vivo? ¿Estás bien? —preguntó, con esa voz rápida y clara de dar órdenes—. ¿Puedes moverte?

—No —respondí—. Mis piernas…

Johann soltó una maldición. A dos voces suyas, un grupo de soldados de la Partida de Caza se acercaron. Me incliné hacia un lado, con un gemido de dolor, para ver lo que estaban haciendo. Se arremolinaban en torno al trozo de pared que me había caído encima… Unas manos frías en mis sienes llamaron mi atención. Era Annika, que me consolaba arrodillada en el suelo junto a mí.

—No mire…

Los soldados levantaron a pulso las piedras, entre todos. Emití un lamento grave, gutural, al darme cuenta con espanto de que seguía sin sentir dolor en las piernas, ni siquiera un hormigueo. Estaban dobladas de la forma más antinatural, como las extremidades de un muñeco roto.

Johann envió a los suyos a que continuasen con su trabajo y me alzó en brazos él solo, haciéndome un daño horroroso. Insensible a mis gemidos de dolor, me sacó de entre las ruinas hasta llegar al Jardín del Pueblo, en el que se había montado una enfermería con sábanas y cortinas que debían haber pertenecido al teatro. Mi hermano me dejó en una de aquellas camillas improvisadas.

Caí en ese momento en lo extraño que era que él, el capitán de la Partida de Caza, estuviese conmigo en medio de una crisis, cuando su deber le exigía otras prioridades.

—Johann —llamé—. ¿Y la princesa…?

Él me ignoró.

—Quédate con él —ordenó a Annika.

—¿Dónde está Therese? —Esta pregunta tampoco fue contestada. Johann me lanzó una mirada breve, calculadora, como si se preguntase si de verdad era tan ignorante que no había llegado por mí mismo a la respuesta.

Después, mi hermano echó a correr entre los rosales, hacia una de las esquinas del parque. Se oían gritos amenazadores que venían de esa dirección, pero mi postura no me permitía mirar, e incorporarme solo era imposible porque me dolía demasiado todo (al menos de cintura para arriba).

—Annika, ayúdame, por favor.

—No debería…

Un grito. Una voz conocida.

—*Por favor*. —Ella negó con la cabeza—. Dime qué está pasando —formulé una última súplica, y ella cedió.

—Han acorralado a una mujer pelirroja, es… es una de las que…

De las que habían venido a saludarnos en el vestíbulo del teatro.

—Marianne.

—¡Dios mío! —Annika se llevó las manos a la boca.

—¿Qué? ¿Qué le han hecho?

—Se ha convertido en un león… En un león enorme. —Ella no parecía creer lo que decía, aunque estuviese pasando ante sus propios ojos. Oí el rugido de Marianne—. No pueden acercarse a ella. Ha dado un zarpazo… El capitán Holbein se acerca a ella…

¿Dónde estarían los demás? ¿Dónde estaría Bettina?

Justo entonces, Kahn entró en mi limitado campo de visión. Él no se fijó en mí. No me vio. Entró en el Jardín del Pueblo, imagino que al oír los rugidos de su amiga, y se quedó helado al verla acosada por la Jauría, acorralada…

Permaneció unos segundos inmóvil como una estatua, y las sombras que con tanto esfuerzo había estado conteniendo emergieron por su boca abierta en un grito mudo. Salieron a borbotones, más rápido de lo que nunca las había visto aparecer antes, y enseguida le nublaron la vista y le desfiguraron la cara. Ya no era Kahn, sino una figura de piedra negra y retorcida, una roca de acantilado desgastada por las olas, el tronco nudoso y carbonizado de un árbol tras un incendio. La oscuridad salía de él e inundaba el suelo.

—¡No! ¡Georg! —Tuve la impresión de ser el único que había oído mi grito, porque quedaba oculto entre otros tantos que las sombras arrancaban de las gargantas de todos aquellos a los que tocaban.

Voces que se apagaban tan pronto como las tinieblas devoraban a sus dueños.

Miedo. Alarma. Revuelo. La enfermería se levantó deprisa, igual que se había montado, y varias personas voluntariosas desalojaron a los heridos. Permití que me retirasen del parque, ¿cómo podría haberlo impedido?, y dejé atrás a Kahn, paralizado, a Marianne, que

rugía, a Bettina desaparecida, al resto de mis amigos de quienes no sabía nada…

Annika pidió un carro y con ayuda del cochero me subió a él. La calle era un laberinto de gente que se arrastraba, que corría, que huía; los coches tenían que detenerse constantemente y mantener bien sujetos a los caballos para que no echasen a galopar despavoridos y arrollasen a alguien. En una de estas pausas, pude ver el interior del parque a través de la ventanilla. Al otro lado de la verja negra se podía adivinar la silueta de Marianne, levantada sobre las patas traseras y rugiendo con los ojos desorbitados, rabiosos. La Jauría le había echado una red por encima, mi hermano la apuntaba con un fusil y oí la detonación. Era imposible distinguir a Kahn, inmerso en una nube negra y penetrante. Con decenas de cadáveres a los pies, tal vez más.

Grité su nombre, grité hasta que me falló la voz y se me quebró en un sollozo.

Sin fecha

Los siguientes días, después de despertarme de una pesadilla para caer en otra, se mezclan en mi memoria. Pasé un tiempo a medio camino entre el sueño y la vigilia, me visitaron distintos médicos y expertos, me atendió Annika y me veló *Fräulein* Lilla, que pasaba las horas encorvada en un sillón que había hecho traer a mi cuarto. Siempre me recibía con una sonrisa al abrir los ojos y me despedía con sus palabras quedas, contándome cuentos hasta que me quedaba dormido, como cuando era niño.

Para mí, todos los días eran el mismo, y no entendía por qué tras un parpadeo se había hecho de noche y, al momento, volvía a amanecer.

Tendido en la cama, dejé de existir durante un plazo indefinido de tiempo.

Después, desperté con mil preguntas.

Fräulein Lilla, que había estado igual de apartada del mundo que

yo, hizo lo que pudo por contestar a las más sencillas: el resto de escritores, Kmunke, Licht, Ster y los demás, estaban bien; la mayoría habían salido heridos del teatro, pero ninguno de gravedad. Algunos me habían escrito mientras estaba inconsciente: ella me aseguró que me había leído sus cartas en voz alta, aunque yo no lo recordase. Me las entregó y las releí con avidez.

Otras preguntas no supo responderlas, pero se encargó de averiguar la información que yo requería. Una moneda a uno de los mensajeros sirvió para convencerlo de que subiese a mi dormitorio a darme el parte de lo que pasaba fuera de la casa de los Holbein, y así me enteré de que prácticamente todas las criaturas de la Menagerie habían escapado durante el caos que provocó el temblor del suelo. De modo que quizá fuese de verdad la niña que se convertía en ratas negras a la que creí ver durante el derrumbe del Teatro Imperial.

También pudo confirmar que la princesa estaba viva, aunque herida.

—¿Pudo salir del teatro? —pregunté.

Me miró con gesto extrañado.

—Ay, madre, es cierto que no se ha enterado de nada, señor. La princesa no estaba en el Teatro Imperial la noche del estreno.

—La vi…

—Era una actriz, Pauline Adler. La contrataron para hacerse pasar por ella y que nadie supiera que estaba en realidad en la antigua Cripta Imperial, junto a la vieja muralla.

No creo que el mensajero supiese muchos detalles sobre el talismán, de modo que me guardé de mencionarlo. Supuse que entonces lo que me había contado Alois Licht era verdad; Wolff había elegido aquella noche para abrir la cripta y encontrar el talismán. Por lo que parecía, había logrado activarlo. Aunque ¿qué clase de protección otorgaba a la ciudad un terremoto?

—¿Ella sola?

—No. —El mensajero se encogió de hombros—. Imagino que con su escolta. Y el ministro Wolff también estaba con ella. Dicen que una de las pesadas estatuas de metal, una de un ángel con una espada en la mano, resbaló desde una de las sepulturas y lo atravesó de lado a

lado.

—¿Wolff está muerto?

—Y tanto que está muerto. Nadie hubiese sobrevivido a eso. Estaba tan ensartado en la estatua que han tenido que desistir de sacar el cadáver de la cripta, y ahí se ha quedado de momento, o eso me han dicho.

Dudaba que eso fuese cierto, pero en cualquier caso disgustó a *Fräulein* Lilla, que echó de la casa al mensajero y fue a hacerme una taza de té. Medité largo rato, preguntándome si no habría sido precisamente Wolff uno de los peligros para Ciudad Blanca…

Apoyado en un montón de cojines y con la ayuda de un atril, pude escribir a mis amigos. Completé mi burda recomposición de lo sucedido gracias a sus respuestas. Al parecer, Wolff sí había sido extraído de la Cripta Imperial, y vivo, aunque herido de gravedad. Murió unas horas después; aprovechó ese rato y su último aliento para declarar que los monstruos habían causado aquel desastre. Sin pruebas, pero deseando encontrar a alguien a quien culpar de su dolor, la gente de Ciudad Blanca no dudó en creer las últimas declaraciones de un muerto…

«La princesa Néné cuenta todo tipo de historias sobre talismanes», me escribió Ernestine Kmunke. «Pero en su versión, el villano es Wolff, y eso no quiere oírlo nadie. Prefieren considerarlo un santo mártir, poco más o menos, y demonizar a los monstruos. Total, que de Kahn no sabemos nada, lo cual es síntoma claro de que se encuentra bien y escondido, como haría cualquier chico sensato en su lugar».

Los demás no parecían demasiado optimistas respecto al futuro de los monstruos en el Imperio. Aunque Néné continuaba defendiéndolos, tras el temblor de la tierra el emperador estaba más dispuesto que nunca a retirarles su simpatía. Por eso los mellizos estaban siempre fuera de casa, rastreando las calles, cazando monstruos con más sed de sangre que nunca.

Yo no podía escribir a Kahn ni, tampoco, dar un paseo hasta el Remedio para ver cómo estaba. Los médicos dictaminaron pronto que era improbable que volviese a andar. Mis piernas, absolutamente inútiles, se habían convertido en un lastre. Por otro lado, tenía huesos

rotos por todo el cuerpo: no podía moverme sin dolor. Aún iba a estar anclado a la cama una buena temporada.

Aislado. Entre preocupaciones de día, entre pesadillas de noche.

Las primeras semanas, tonto de mí, pensaba en ese poema que Kahn y yo habíamos empezado a componer, perezosamente, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo, y que ya no terminaríamos, que nunca publicaríamos en *Espíritu*. Lloraba por eso, porque no me atrevía a plantearme la posibilidad de no volverlo a ver a él.

Y de madrugada, en la hora en la que los pensamientos se vuelven más peligrosos, pensaba que Kahn me había abandonado cuando más lo necesitaba, que estaba escondido en alguna parte y que ni siquiera me había enviado un mensaje que me permitiese interpretar que estaba vivo. Nada. Silencio.

En aquellas horas, llegaba a creer que para que desapareciese de mi vida de ese modo, tenía que haber algo deliberado. Como si lo de aquella noche hubiese sido de verdad un ataque. Como si hubiese sido una traición. Como si Kahn hubiese sabido algo que yo no.

De día, en cambio, sabía que todo eso eran fabulaciones. La verdad, llana y dolorosa, era que si Kahn no me escribía seguramente fuese porque estaba muerto.

Reposo

Sin fecha

El emperador ha condecorado a Johann por su gestión heroica de la crisis del derrumbe. Ha habido un acto oficial al que no hemos asistido ni Therese ni yo. Tengo una excusa obvia, dado que sigo en la cama, pero me intrigó que mi hermana, por primera vez desde el desastre, decidiera quedarse conmigo; me pregunto si esto es porque tenía motivos realmente buenos para no estar a mi lado más que fugazmente en las últimas semanas o si le molesta que Johann reciba honores que se le niegan a ella. Tal vez sean las dos cosas.

Mientras tenía lugar la ceremonia, mi hermana se sentó en la butaca bajo la ventana de mi dormitorio y colocó la mesita de madera entre ella y la cama. Jugamos a las cartas durante un largo rato.

—¿Estabas delante? —pregunté.

—¿Perdona?

—¿Estabas delante cuando Wolff murió?

Vigilé atentamente el rostro de Therese, consciente de que encontraría en su expresión la respuesta que ella se resistiría a darme.

—No sé qué quieres decir —contestó ella, pero se dio cuenta de que yo había leído la verdad en sus ojos, y se rindió—. Sí. Estaba junto a la princesa.

—Contratasteis a Pauline Adler para que la sustituyese en el teatro —acusé. Therese asintió—. Wolff quería destruir a los monstruos. Tramaste con él y con el emperador para engañar a la princesa…

Ella sacudió la cabeza.

—La princesa lo sabía todo. El talismán eliminaría la mayor amenaza para la ciudad; el emperador pensaba que serían los monstruos, ella no lo veía de ese modo…

—Y resultó ser el propio Wolff —concluí.

Therese no añadió nada a aquello. Jugamos durante un rato más.

Para mi sorpresa, fue ella quien volvió a romper el silencio.

—Creo que he estado equivocada —murmuró, y yo la miré con el alma en vilo, porque pensé que iba a decirme que se arrepentía, que estaba de mi parte, que dejaba la Partida de Caza, pero ella continuó —: Es cierto que el emperador quería que el talismán acabase con los monstruos y que la princesa confiaba en que no fuese así. Pero ¿qué quería Wolff? Pensé que lo mismo que yo, lo mismo que el emperador. Demostrar que los monstruos son el mayor peligro al que nos enfrentamos. Ahora creo que no. —Therese tomó aire—. Wolff nunca ha estado de acuerdo con la política de la princesa, ni en cuanto a los monstruos ni en ningún otro aspecto.

Hice memoria, porque Alois Licht me había explicado alguna diferencia entre la visión de Wolff y la de Néné, pero no fui capaz de recordarla con exactitud.

—Política exterior —resumí.

—Eso es. Él siempre ha deseado…

— … sustituir a la princesa —completé, porque todas las piezas acababan de encajar—. Él jamás ha sido partidario de Néné. Para él son mejores otras candidatas con educación militar, como Constanze de Suabia… Wolff no quería que la princesa Néné llegase al trono.

—Wolff pensaba que *la princesa* era la mayor amenaza para el Imperio —declaró Therese, pálida.

Mi hermana estaba implicando que el ministro Wolff había conducido a la princesa a la cripta con la esperanza de que el talismán, al activarse, la destruyese a ella. Qué ciego había estado.

Y qué ciega había estado Therese, que había escoltado a su estimada princesa a una trampa mortal.

—No es lo único en lo que te has equivocado —señalé, tal vez en tono demasiado despiadado.

Ella suspiró.

—Y los monstruos no eran el problema —admitió—. Al menos, no *el mayor* problema.

—Therese…

—No —me interrumpió ella—. Hugo, conozco a más monstruos que tú. Sé que algunos de ellos son muy peligrosos. Estoy dispuesta a

ceder y a apoyar a la princesa en que *la mayoría* pueden ser útiles al Imperio y en que hay que replantear la Partida de Caza, pero eso es todo lo que soy capaz de ceder ahora mismo. No me presiones más.

Apreté los labios, enfadado. Ella jugó una carta, como si nada. Cuando comprobó que yo no iba a seguir jugando, recogió la baraja sin decir palabra y se reclinó en la butaca.

—¿Habéis matado a Georg Kahn? —pregunté. Therese me miró. Esta vez tuvo cuidado con su expresión, que no delataba nada—. ¿Está muerto?

—No.

—Therese. Dime la verdad.

—Eso he hecho. No tengo constancia de que esté muerto.

No me creía una sola palabra, ¿cómo podía hacerlo? Therese sabía lo que yo quería escuchar y, seguramente, también estaba segura de que si la respuesta era afirmativa todos los puentes entre nosotros se derrumbarían. La brecha sería irreparable. Si habían matado a Kahn, no me lo dirían jamás.

Aun así, no pude evitar preguntar:

—¿Y los demás?

Ella se puso en pie. Parecía muy cansada.

—Te he entretenido toda la tarde. Deberías dormir un rato antes de la cena.

No lo hice. En lugar de eso, vi cambiar lentamente el color de la luz que entraba por la ventana, hasta que desapareció del todo. *Fräulein* Lilla entró a encender la lamparita y charló un rato conmigo. Cuando se fue, cerré los ojos, y estaba a punto de rendirme al sueño, aunque tan tarde ya no tenía sentido, pues en pocos minutos me despertarían para cenar, cuando volvió a abrirse la puerta de mi dormitorio y entró Johann, condecorado y exultante.

—Hugo —saludó, con una sonrisa—. ¿Estás despierto?

No tenía paciencia para él, no quería saber nada de los galardones que le hubiesen dado por matar a Marianne. Me hice el dormido.

Sin fecha

No quise recibir a ninguno de mis amigos escritores, aunque se pasaron para verme y algunos incluso varias veces. Me alegraba que estuvieran todos bien. Eso no quería decir que me sintiera preparado para verlos, andando y habiendo sobrevivido al derrumbe sin más que algunas contusiones o arañazos.

De día me decía a mí mismo que era por eso que no quería dejarlos pasar. De noche, admitía en la oscuridad que, en el fondo, me aterraba que trajesen noticias de Kahn que no pudieran poner por escrito, y que estas fuesen malas. Porque si Kahn estuviese vivo, si estuviese vivo y en contacto con ellos, habría alguna señal suya en el papel, una firma, una despedida escrita con su letra, una alusión o un guiño escondidos entre las noticias intrascendentes que me contaban los demás…

Así que no los recibía, pero sí leía sus cartas, a la caza de un mensaje escondido que no encontraba en ninguna.

Ida Tornaforte me contaba que había obtenido un importante premio en la Luminosa y que se sentía por fin con ánimos para acabar la obra, aquella que llevaba dando vueltas tantos meses y que ya no se representaría en el Teatro Imperial, al menos no a corto plazo. Me decía que la señora Wittman estaba bien y que no dejaba de escribirle para preguntar por el drama: claramente, el tema del premio le había hecho confiar un poco más en que la obra de Tornaforte, aunque escandalosa, podía ser buena. Me aseguraba que, si llegaba a representarla por fin, me invitaría al estreno.

Yo no quería saber nada de dramas ni del Teatro Imperial ni de la señora Wittman. Respondí a su carta con unas líneas escuetas.

Michael Teichergreber me escribía para hablarme de su amada, como si no hubiese sucedido nada más relevante en nuestras vidas e ignorando absolutamente las circunstancias en las que me encontrase yo, a excepción de un fugaz «espero tener pronto noticias tuyas» al acabar la carta. Me alegré al leer que su amada se había casado finalmente y que esperaba un niño. Teichergreber, al enterarse, había conseguido mantener el temple el tiempo suficiente para darle la enhorabuena y después había ido a emborracharse. Me decía en la carta que pensaba quemar el poema.

Por pura maldad le respondí, pidiéndole más detalles y

regocijándome en su desgracia, que se me antojaba trivial…

También Slokowich me escribió, y su carta logró sacarme una sonrisa pese a todo. Había descubierto, me revelaba, que la fuente de su melancolía era una vocación frustrada, pues nadie comprendía la profundidad de su escritura. Ese era el motivo por el cual sus textos no resultaban populares, y había acabado aceptando que no gustarían nunca a lectores ni editores. Satisfecho por, al menos, haber hallado el origen de sus males, se había dispuesto a escribir sobre ello, y el solo hecho de hacerlo le hacía sentir mejor. Incluso sus pequeños triunfos están ligados a la amargura. Aun así, me alegré por él, pobre Erwin Slokowich.

La carta de Ernestine Kmunke era emocionante. Me relataba, como solo ella sabe hacerlo, el enfrentamiento que había tenido con un reputado editor que, absolutamente borracho (según ella), la había arrinconado para espetarle, delante de un nutrido grupo de testigos también profesionales del mundillo, que había creado un magazín solo para publicar a sus amigos y promocionar su propia obra, convirtiéndose en la cabecilla de una secta, poco más o menos, cuyos integrantes se peleaban por besarle los pies y no hacían más que adularse unos a otros sin tener ni pizca de sentido crítico… Ernestine Kmunke le había respondido con orgullo que ella no publicaba por amistad, sino por calidad literaria, y que eso no estaba reñido con que fuese precisamente amiga de los mejores escritores de la generación… En la misma carta, Kmunke volvía a expresar su deseo de recibir algún texto mío, «cuando te hayas recuperado y vuelvas a tener ganas de compartir tus palabras con nosotros», y aunque tuvo la delicadeza de no mencionar a Kahn, me entristeció lo suficiente como para no encontrar ánimos para responder.

Sin fecha

«No volverás a caminar».

Y yo miré por la ventana, sin querer sostenerle la mirada al doctor, y preferiría que me hubiese dicho «no volverás a llorar», «no volverás

a hablar», «no volverás a reír», porque sentía que la cárcel en la que se había convertido mi cama se derrumbaba bajo mi peso y colapsaba sobre mí igual que lo había hecho el edificio del Teatro Imperial.

Johann me dijo que no me preocupase, que él se haría responsable de mí hasta mi muerte, que se encargaría de que no me faltase nada. Lo afirmó como quien hace un juramento solemne, no a mí, sino a una entidad superior. Yo no era más que el objeto, la carga, la excusa para hacer el sacrificio. Él me miró con emoción dentro de su formalidad, como si en lugar de decirme que aceptaba la obligación de mantenerme estuviese confesándome que me quería. Sus palabras y su postura, a varios pasos de mi cama, sin tocarme como si mi condición fuese contagiosa, me resultaron insuficientes y frías.

Esperé a que se fuese, sin decir nada, sin comer nada, bebiendo solo lo justo, sin ser consciente de si dormía o estaba despierto, durante lo que me parecieron varios días y varias noches.

Entonces, una mañana, los mellizos subieron a mi cuarto una silla de ruedas.

Sin fecha

Aprendí a mover la silla impulsando las ruedas traseras con las manos, y en cuanto estuve cómodo, los mellizos volvieron a bajarla al piso inferior, y a mí tras ella, y ordenaron que se acondicionase como dormitorio la salita pequeña, junto al comedor, que olía a humo y a noches largas. Di vueltas con la silla, aburrido porque no podía acceder a la biblioteca. Al cabo de unos días, insistí en salir de paseo. *Fräulein* Lilla me acompañó, aunque a los mellizos no les hiciera gracia e intentasen convencernos de que hacía demasiado frío, entrañaba un riesgo demasiado grande y mil razones más que me negué a escuchar.

Paseé con *Fräulein* Lilla por calles y parques, me llené las manos de ampollas que se convirtieron en callos bajo los vendajes. Me endurecí hasta que fui capaz de pasear más rato del que podía aguantar mi anciana acompañante, y entonces paseé solo, arriba y abajo, a un lado y a otro, con las ruedas subiendo y bajando dolorosamente el

empedrado desigual de la mayor parte de las vías.

Cuando mis paseos se volvieron usuales y todo el mundo se acostumbró a ellos, cuando se desvaneció el eco de los «no nos gusta que salgas solo» de los mellizos, entonces y nada más que entonces, hice llamar a Magdalene Ster.

—¿Puedo confiar en ti?

Y ella respondió sin dudar, aunque no sabía qué le iba a pedir:

—Siempre.

Echó a andar, a veces a mi lado, a veces empujándome. El día había amanecido frío, y empezó a nevar en copos pequeños, pero no nos detuvimos. Tardamos varias horas en llegar al Remedio, y en todo el trayecto ella no me hizo una sola pregunta. Se lo agradecí en silencio.

El jardín estaba más asalvajado que nunca, cubierto de maleza muerta y de nieve. Ster tuvo que luchar un buen rato para abrir paso a mi silla, y después tirar penosamente de ella, mientras yo empujaba las ruedas con todas mis fuerzas, para pasar sobre las ramas y alcanzar el umbral de la puerta, que estaba abierta.

Abierta, no. Destrozada.

Comprendí que la Partida de Caza había encontrado el Remedio; la única pregunta era si habían hallado a alguien dentro o no.

Entramos en la casa, completamente vandalizada. Nadie se había refugiado en ella pese a su evidente abandono, y no me extrañaba: los cristales estaban rotos, había agujeros en las paredes, de las cuales se habían arrancado los muebles antaño sujetos a ellas, y el viento helado entraba por todas partes. Las obras de Marianne habían sido sin duda robadas. No quedaba ni uno de sus sillones, ni uno de sus cojines.

Señalé el cuarto de Kahn, al que me era imposible llegar debido a los dos escalones que había frente a la puerta. Magdalene Ster entró en él por mí.

—Esto está en el mismo estado que el resto de la casa —me informó—. ¿Qué estoy buscando, Hugo?

—Papeles, cartas, cuadernos —dije, esperanzado—. Un mensaje. Una nota. Cualquier cosa.

Ella empezó a registrar diligentemente la habitación. Mientras tanto, pasé al único cuarto que estaba a mi alcance: el de Gustav. La cama estaba de lado, apoyada contra la pared. No había rastro del colchón ni del baúl. En el suelo, volcada, se encontraba la caja de recuerdos. Me dio la sensación de que el corazón me daba un bote en el pecho al ver los pequeños objetos desparramados por el suelo.

Magdalene Ster apareció en el dintel de la puerta.

—No he encontrado nada. Ni siquiera libros, nada.

Asentí.

—¿Me das esa caja?

Ella la recogió, levantando con cuidado cada uno de los tesoros que contenía y secándolos antes de guardarlos de nuevo, atendiendo a las etiquetas. Después, me colocó la caja en el regazo. La sostuve con una mano. Tenía ganas de llorar.

—Gracias.

—Te estás quedando helado —comentó Ster, frotándose las manos—. ¿Volvemos a casa? ¿O te apetece que nos tomemos algo? El Café Hagel tiene escalones a la entrada —reflexionó en voz alta—, pero el Funke creo que no.

—No, gracias —musité, a la vez que echaba una ojeada al Remedio, que había sido un hogar y ya no era nada—. Estoy muy cansado. ¿Me acompañas a casa?

Acompañar es poco. Había perdido todas las fuerzas, por lo que mi amiga empujó la silla a través de la nieve, los desniveles y los adoquines, hasta llegar a la puerta de la residencia de mi familia.

Le di las gracias de nuevo, ella me dijo que no había necesidad de agradecerle nada. Entonces miró la silla de ruedas, con la lástima pintada en los ojos, y dijo:

—Ay, Hugo.

Y esas palabras, que en mi cabeza estaban ligadas inevitablemente a Kahn, pronunciadas con tanta pena, dolieron tanto como un puñal en el pecho.

Ster llamó a la puerta, y entre Annika y Konrad, el mozo de ojos cobrizos, me metieron en la casa. Ella dejó la caja de recuerdos de Gustav sobre mi mesa, me ayudó a cambiarme de ropa, me trajo algo

de beber y me reconvino por salir de casa en medio de una nevada. No pude defenderme. Estaba tiritando, completamente destemplado, y no fue hasta después de un buen rato frente a la chimenea, envuelto en una manta, que recobré el pulso necesario para abrir las cartas que me habían llegado y responderlas.

Había recibido una de Felix Vizner, cuyo humor era similar al mío. Estaba triste por la pérdida de su hermano y, aunque él no incidía demasiado en ello, también la de su carrera como escritor. Sin embargo, me describía cómo había encontrado consuelo en ser el tutor de su sobrino, Olli, y a la vez un apoyo para su cuñada, con quien siempre ha tenido buena relación y es, en sus palabras, como una hermana para él. Me confesaba que, finalmente y al contrario de lo que me había dicho en cartas anteriores, sí había terminado de escribir *Un extraño*. «Ha sido mi forma de despedirme de este oficio», decía Vizner, y yo sentía una melancolía dulce y punzante al leerle. «Es dolorosa, como muchas despedidas lo son, pero no es grave. Estoy encontrando una nueva forma de ser feliz».

En otro orden de cosas, Michael Teichergreber también había terminado una obra: el larguísimo poema que le había escrito a esa amada con la que no tenía ninguna oportunidad. Me escribió, muy complacido, que lo había releído y le gustaba. Gracias a ello, su motivación se había visto renovada y se sentía con fuerzas para intentar conseguir un importante puesto como funcionario, entre los trabajadores que el emperador destinaba al ámbito cultural. Tengo que admitir que, aunque sentía que era mi deber alegrarme por mi amigo, solo fui capaz de suspirar, lanzar su carta a la chimenea (no logré que llegase hasta las llamas: quedó ridículamente posada en el suelo, donde no la podía alcanzar) y resolver que no le respondería. No quería seguir hablando de la amada de Michael Teichergreber ni de sus nuevas ambiciones ni de su poema. No podía más. Me parecía irrelevante e incluso una falta de respeto, aunque no supiera razonar muy bien por qué.

Llamé a Annika para que me trajese la caja de recuerdos de Gustav. Ella se sentó a un lado, en uno de los sillones de la sala, mientras yo repasaba uno a uno todos los objetos y sus etiquetas,

hasta llegar a «Cuco rojo del reloj de Benedikt». La escarcha o la lluvia habían emborronado la tinta.

—Annika, ¿recuerdas ese reloj de cuco que teníamos en el vestíbulo, que era de mi abuela?

—Sí —respondió ella—. Está en el desván. Su hermano quiso que lo retirásemos por estar roto. Hacía ya muchos años que no daba bien la hora.

—¿Podrías quitarle la figura del cuco y traérmelo?

Ella me dio el capricho sin preguntarme para qué lo quería. Tardó un buen rato en volver, tanto que pensé que no habría encontrado el reloj, pero cuando regresó, puso en mis manos el pajarillo de madera. Mi memoria no me había fallado: aunque el color estaba muy desgastado, en algún momento había sido rojo.

Lo coloqué con cuidado donde correspondía. El sustituto del cuco de Benedikt.

Me proporcionó cierta paz haber completado la colección, aunque no me perteneciese a mí. Cerré la caja y se la tendí a Annika.

—Guárdala en el altillo de mi armario, por favor. —Y enseguida, en un arrebato de inspiración, añadí—. Y baja del desván mis baúles.

Como si hubiese terminado todo lo que me quedaba por hacer en Ciudad Blanca, había comprendido de pronto que no podía quedarme en ella. No aguantaba más en aquella casa en la que mis dominios, el dormitorio y la biblioteca, estaban a una escalera de distancia; en la que venían a verme día sí y día no amigos a los que no podía soportar ver; en la que estaba obligado a lidiar con los mellizos, su presencia y su, aún peor, ausencia; en la que los recuerdos de lo que mi vida fue y ya no era acechaban en cada esquina.

Así que hice las maletas. Negocié con los mellizos. Inventé explicaciones. Argumenté que me sentía enfermo, que necesitaba el aire puro del campo, la soledad, la quietud. Ellos lo organizaron todo, a regañadientes, pero lo organizaron. Contrataron servicio para que me atendiese allí, se aseguraron de que un carro cómodo me llevase a mí, los baúles y la silla de ruedas e incluso insistieron en acompañarme en el largo viaje a caballo, escoltando el carro. Conseguí convencerles de que no lo hicieran. Su trabajo en la ciudad

era demasiado importante.

En poco más de dos semanas, me despedí de ellos, de *Fräulein* Lilla y de Annika y puse rumbo hacia la vieja casa de nuestra familia en Holbeinsberg, en un viaje que se parecía mucho a una huida.

Principios de siglo

Rägämond

(Mes de la lluvia)

Jueves 3

Hoy, después de tanto tiempo, he encontrado este cuaderno. Creía que lo había dejado en Ciudad Blanca, estaba seguro de que no quise traerme ningún recuerdo, y sin embargo aquí está. Tal vez cambié de opinión en el último momento, un instante de debilidad bastó para meterlo en el baúl y olvidarme de él después.

Lo he releído todo. Me ha hecho daño, aunque menos del que había anticipado.

Han pasado cinco años y un mes.

Cinco años y un mes en los que no he escrito nada.

Cinco años y un mes en los que no he recibido visitas, salvo de los mellizos y de *Fräulein* Lilla, que pasa aquí los veranos, cuando el clima de la montaña se lo permite.

Cinco años y un mes de silencio, de reflexión, de despertarme con la luz de la mañana, comer cuando tengo hambre y dormir cuando me apetece. Cinco años y un mes sin horarios. Cinco años y un mes de quietud en el mundo, cinco años y un mes en los que todo se ha detenido.

Una hibernación larga, larga.

El tiempo pasa plácidamente en Holbeinsberg. Dejo que las horas se estiren perezosas sobre las páginas de los libros. Me dejo llevar por una cadena interminable de historias, desde clásicos hasta las últimas publicaciones de mis amigos, que me llegan regularmente por correo. Me tomo mi tiempo para leer sus cartas y responderlas. No se han olvidado de mí. Se los agradezco. No les he invitado a venir: la vieja

casa familiar se ha convertido en mi refugio, en el que solo existo yo y media docena de criados de los que solo conozco el nombre. Estoy viviendo hacia dentro, sin ánimo de entablar conversación con nadie.

Como si los últimos meses en Ciudad Blanca me hubiesen agotado. Como si aún me estuviese recuperando de haber conocido gente hasta la extenuación, de haber charlado hasta la extenuación, de haber amado hasta la extenuación.

Cinco años y un mes han sido como otra vida dentro de mi vida. El Hugo que soy cuando estoy solo no es el mismo que el que había conocido hasta ahora, y he descubierto que estoy cómodo con él. Conmigo.

Al releer mi diario, tengo que reírme al recordar lo mucho que me asustó que Gustav predijese mi muerte en cinco años. ¡Ay, Gustav! No tengo previsto morir en los próximos meses. Tal vez se equivocase, tal vez mi destino cambiase cuando dejé de andar, tal vez en el fondo era todo una invención con el objetivo de angustiarme. Quizá se divirtió a mi costa.

¿Pudo Gustav predecir su propia muerte? ¿Se desperdiciaron de un solo golpe todas las vidas que él había acumulado?

Pienso en el resto, pero sus nombres me resultan más dolorosos de evocar.

Así que no los escribo.

Como mis amigos, que también lo eran suyos, nunca lo mencionan en sus cartas.

Viernes 4

Doy paseos por el pueblo, a veces en la silla, a veces a caballo. El habilidoso mozo de cuadras, Konrad, que me ha acompañado desde la ciudad, diseñó una rampa para ayudarme a montar y, también, la montura especial que utilizo; mantiene mis inútiles piernas inmóviles y bien sujetas, de modo que no es necesario que haga fuerza para mantenerme a lomos del caballo. No me permite el trote a la mano, y de todos modos sería incapaz de ayudarme de los muslos para

levantarme, pero no pasa nada.

Di mis primeros paseos con Merlin, porque es el caballo del que más me fío, aunque sea muy mayor y no tenga la suficiente energía para cargar conmigo, que he ganado aún más peso en estos años. Konrad se encargó de acostumbrar a otro animal, más joven y también de buen temperamento, a responder a mi voz y a mi mano. Se trata de una yegua de tiro ancha y de peso medio, con centro de gravedad bajo, buena pisada y mucho sentido del equilibrio. Me gustó nada más verla por primera vez, por sus ojos inteligentes y su cabeza llena de austera nobleza. Es una yegua típica de granja, criada en el valle, cuyos padres y hermanos trabajan en los campos vecinos. Es completamente negra, salvo por un calcetín color canela en la pata delantera derecha y una estrella del mismo tono en la frente. La he llamado Zimtstern.

A los mellizos no les hace demasiada gracia que monte a caballo y viven permanentemente preocupados por el accidente que auguran. No les gusta la idea de que quede aún más tocado y me pase el resto de mi vida en la cama. Las pocas veces que han venido a Holbeinsberg en verano no han querido acompañarme en mis excursiones. Según ellos, los corceles que montan, ambos regalos del emperador e hijos de la misma yegua, Symphony (el de Johann) e Ikarus (el de Therese), son demasiado enérgicos y pondrían nerviosa a mi Zimtstern.

Cuando los mellizos no están, voy con ella por bosques y campos, siempre acompañado de Konrad, que va a lomos de otro de nuestros caballos. Juntos nos atrevemos a alejarnos del pueblo y recorrer la ladera de la montaña hasta la linde de los Bosques Blancos. Si quiero ir solo, debo ir con mi silla de ruedas y no salir del pueblo. Esa es la norma que han puesto mis hermanos y que, sin consultarme a mí, se han asegurado de que cumplan los criados.

Domingo 6

Hoy por la mañana, durante mi paseo por el pueblo, dos vecinas estaban manteniendo un intenso diálogo en una de las esquinas por las

que paso todos los días. Eran Hilda Friedl y Gertrude Wechselberger. Me detuve a saludarlas, intrigado, y ellas no tardaron en satisfacer mi curiosidad. Al parecer, la mayor de las dos, dueña de la casita blanca en el recodo del arroyo, había distinguido una figura acechando en la oscuridad la noche anterior, cuando salió a meter las gallinas en el corral.

—Estaba junto al comedero, robando las mondas que había tirado a primera hora de la tarde. Era un niño o un osezno, una criatura así de alta —marcó con la mano algo menos de metro y medio del suelo—, pero agachada, en cuclillas como un animal salvaje… Me vio y tenía los ojos rojos, me pareció que era un demonio…

—Quizá fuera un gato —propuso la otra señora en tono constructivo.

—Debió pegarse un susto —comenté.

Ella hizo un aspaviento.

—No lo sabe usted bien —continuó—. Pegué un grito, claro, ¡y la criatura desapareció!

—¿Desapareció?

—¿Estás segura, Hilda? —dudó la otra—. Ya no ves tan bien como antes, y en la oscuridad…

La señora Friedl puso los brazos en jarras y fulminó a su vecina con la mirada.

—Estoy tan segura como de que el cielo es azul y la hierba es verde. Estaba frente a mí, me miró con esos ojos cargados de sangre y de maldad y desapareció. En su lugar aparecieron ratas, ¡muchísimas ratas!, todas negras, horribles, con los mismos ojos rojos que el demonio. Llenaban el gallinero, se subían por las paredes… y chillaban…

La otra mujer resopló.

—Eran ratas todo el rato —resolvió, con algo de exasperación—. Las viste amontonadas, unas sobre otras, y creíste que era una bestia más grande…

—Te digo que no —protestó Hilda—. Era un demonio. Si hoy estoy aquí para contarlo es solo porque me di la vuelta y corrí a la casa, y no dejé de rezar hasta que amaneció… toda la noche estuve…

No pude acercarme al arroyo, aunque me hubiera gustado comprobar si en los alrededores había una niña flaca y pálida, de cabello enmarañado. Me pregunto si será posible que haya sobrevivido, tal vez convertida en ratas más tiempo que en persona, en los bosques que cubren el valle de Ciudad Blanca. Holbeinsberg no está tan lejos…

Martes 15

Pedí por carta a *Fräulein* Lilla que me hiciera llegar mis cuadernos y, cuando por fin recibí la caja con ellos, desenterré de entre mis viejos escritos aquel poema que escribí sobre la niña que es mil ratas negras. Por primera vez en los últimos años, no pasé las tardes leyendo, sino trabajando, reescribiendo y puliendo, hasta que quedé contento con la obra.

Antes de ayer la metí en un sobre, junto a una breve carta, y se la envié a Ernestine Kmunke, que hace mucho que dejó de pedirme que le pasase algo para publicar en *Espíritu*. Me llegó su respuesta esta misma mañana: Se burla de mí por «haberme hecho tanto de rogar» y comenta que «me tomo los encargos con una calma excepcional». También se alegra, me dice, de que no me haya oxidado del todo. El poema le gusta y probablemente lo publique.

En mi respuesta, he tenido que confesar que sigo absolutamente oxidado; el texto es antiguo y no he escrito nada nuevo en los últimos años. Sé que me va a decir que me deje de tonterías y lo retome antes de que se me olvide el abecedario. Seguramente tenga razón.

Viernes 18

Esta mañana llegó una carta de *Fräulein* Lilla. El paquete es voluminoso, porque incluye un par de periódicos, como si la prensa no llegase al pueblo antes o después. La noticia es que la enfermedad del emperador ha empeorado y que el anciano ha sido temporalmente

sustituido en *todas* las funciones por su hija. La princesa Néné se ha reunido con políticos y responsables de diferentes departamentos de gobierno tanto de Ciudad Blanca como de los Dominios del Este y delegaciones de otras naciones dentro del Imperio.

Excepto con la Partida de Caza. La princesa no solo se ha negado a recibir a Therese y a Johann, sino que ha declarado públicamente su deseo de desarticular la Jauría. Ha afirmado que durante el terremoto que derribó el Teatro Imperial y otros edificios del centro de la ciudad, y que tantas vidas se cobró, la Partida no solo no nos protegió a ella y al resto de ciudadanos, sino que nos puso en peligro. Ha hablado en favor de los monstruos y condenado la política que se ha mantenido hacia ellos a lo largo de los años, llegando al extremo de hacer responsables del terremoto a Wolff y a todos los que comparten su odio por las «personas con habilidades extraordinarias» (así lo expresó Néné según el periódico), lo cual incluye a la Partida de Caza al completo y a sus capitanes en particular.

El emperador, al enterarse, se obligó a comparecer también en público para hacer callar a su hija. En medio de su discurso, el cuerpo le traicionó haciéndole tambalear y cortándole la voz. Sostenido por sus asistentes, el hombre se retiró de nuevo a descansar, lo cual (tal vez injustamente) ha restado una buena cantidad de fuerza a sus palabras.

Todo esto, según me cuenta *Fräulein* Lilla en su carta, ha sido un duro golpe para los mellizos, sobre todo para Therese, «por su admiración y apoyo a la princesa».

Un sobre más pequeño acompañaba al paquete de los periódicos. Es una carta de Ida Tornaforte, en la que me informa de que su obra, aquella que empezó a escribir hace cinco años, por fin va a estrenarse en el Teatro Imperial recién reconstruido. Y, como lo prometido es deuda, me invita a verla el día treinta de este mes.

La sola idea de regresar al teatro me da náuseas. He sido incapaz de comer nada a mediodía y voy a pasar la tarde en la cama, en penumbra, con la esperanza de que el sueño disipe el malestar. Aun así, me enternece que Tornaforte se acuerde de mí. Cuando me encuentre mejor, mañana o pasado o la semana que viene le escribiré

para desearle todo el éxito del mundo y declinar la invitación.

Jueves 24

En mi paseo matutino me detuve en la encrucijada de la que parte el sendero hacia el arroyo. Tengo que admitir que me mentí a mí mismo. *Necesito descansar*, por un lado, y *me apetece disfrutar un rato del sol* por otro, pese a que la luz de invierno no era mucha y, aunque ha dejado de nevar, las temperaturas continúan siendo muy bajas. La mentira era necesaria para armonizar la firme intención de dejar atrás todo lo que me hizo daño, a la que me he aferrado en los últimos años como si mi vida dependiera de ello, y la necesidad, tal vez necia, de volver a las andadas y seguirle la pista a un monstruo.

Así que descansé y disfruté del sol, tiritando bajo el abrigo y la manta que llevo sobre las rodillas, hasta que vi salir de su casa a Hilda Friedl, la vecina que hace poco más de dos semanas encontró en el gallinero a una niña que se convierte en mil ratas negras.

Me saludó, charlamos durante unos minutos, y después le pregunté directamente por ese demonio que había visto. Noté enseguida la vergüenza que intentaba esconder. Tras algo de insistencia por mi parte, acabó cediendo.

—No me gustaría que usted pensara… Yo temo y rechazo a los demonios, eso se lo dirá cualquiera que me conozca, pero, señor Holbein, si esta criatura es un demonio le doy mi palabra de que es imposible distinguirlo de una niña pequeña. La volví a encontrar, sí, otra vez robando comida. En esta ocasión aún no se había puesto el sol y pude verla, con el cabello tan enredado y sucio que estaba rígido, tapada con un abrigo grande, un trapo y otro anudados de cualquier manera, trozos de tela que habrá ido llevándose de los patios o encontrando perdidos… Y pensé, Dios me perdone, que antes prefiero que me engañe un demonio a negarle mi ayuda a una niña que la necesite.

Asentí, para tranquilidad de la señora Friedl, que parecía temer un juicio negativo.

—¿Qué hizo con ella?

—¿Qué iba a hacer? Intenté meterla en casa pero no quiso entrar, así que le saqué un cuenco del guiso que había preparado por la mañana, para que tomase algo calentito… Se quemó metiendo los dedos dentro, esa niña es una salvaje que no sabe utilizar una cuchara… A mí me parece que la han debido abandonar en el bosque y por algún milagro ha sobrevivido… Me gustaría decirlo en el pueblo para ver si se le puede dar cobijo, pero no las tengo todas conmigo porque, puede creerme, señor Holbein, la vi convertirse en ratas delante de mis ojos.

—Le creo —respondí, con gravedad—. Una vez, hace mucho tiempo, vi yo mismo a una niña que se convertía en mil ratas negras. Se la exhibía como un fenómeno en una atracción de feria, en Ciudad Blanca. Tal vez sea, incluso, la misma niña. ¿La ha vuelto a ver?

Ella, aliviada por mi explicación, suspiró.

—Sí, señor, volvió a mi patio a la tarde siguiente, y a la de después, y así todos los días. No quiere entrar en la casa, de modo que he acondicionado un rincón en el cobertizo, para que pueda dormir en él y esté abrigada, y alguna vez que ha hecho más frío se ha quedado también durante el día. Le doy de comer y agua limpia. No habla conmigo, pero entiende todo lo que le digo; si le pido que me alcance el cuenco, me lo da. No me he atrevido a acercarme a ella con unas tijeras para cortarle el pelo, aunque me espanta la cantidad de bichos que pueda tener en la cabeza. Sí que me deja tocarla, poco a poco ha ido tomando confianza, y me ha dejado limpiarla con un trapo y agua tibia, al menos los brazos y la cara, y le he dado alguna ropa de mis hijos que tenía en casa de cuando aún eran pequeños.

La señora Friedl quería saber si, en mi opinión, habría que informar a las autoridades de la aparición de la niña, y también si podría encargarme yo. Le dije que no veía necesidad de alertar a nadie. Yo me enteraría de si alguien la estaba buscando y, de ser así, se lo haría saber. Por lo demás, ella no debía preocuparse por nada salvo por seguir demostrando el buen corazón que tenía al hacerse cargo de la pequeña.

Volví a casa dispuesto a hacer lo que estuviese en mi mano para

garantizar la supervivencia de esa niña; por todos los *monstruos* a los que, a lo largo de mi vida, no he podido ayudar.

Sábado 26

Recibí a primera hora una carta urgente de Johann. *Fräulein* Lilla, que llevaba enferma unos días, ha empeorado mucho. Mi hermano me propone que le escriba una carta. Con el corazón en un puño, he dado orden de preparar mi maleta para un viaje de al menos una semana.

Martes 29

Llegué a Ciudad Blanca ayer, tras un largo rato quietos ante un convoy de guardias uniformados, muy parecidos a la Partida de Caza, que pedían identificación a todos y cada uno de los coches que entraban. Un verdadero fastidio hasta que por fin pudimos pasar. Era una tarde fría y oscura, de cielo nublado y viento gris que borraban los rostros de las personas que se cruzaban con el carruaje. En Holbeinsberg conozco a todos los vecinos, y volver a la capital era sumergirme en un torrente de caras desconocidas. Las calles de piedra clara, las fachadas de los palacios y la magnífica avenida imperial contemplaban con tristeza mi regreso. No había ni un ápice de bienvenida en aquel lugar en el que había pasado los meses más felices de mi vida.

No quería volver a casa.

Konrad, que me ha acompañado para asistirme, me ayudó a bajar del carro frente a la casa. Nada más cruzar la puerta me encontré con Annika, que recogió mi abrigo y me ofreció una bebida caliente. «Lo siento, niño», me dijo, aunque ella ya me hubiese conocido bastante mayor y fuese del todo inapropiado que me llamase así. En aquel momento, esa palabra fue una aportación más a la sensación de irrealidad que me rodeaba. Como en un sueño, me dirigí al salón, en el que esperaban mis hermanos con expresión seria, cansada.

Fräulein Lilla había muerto hacía unas horas.

Me quitaron el abrigo y empujaron mi silla hasta dejarme frente a la chimenea. Estaba temblando, no sé si de frío o de la impresión. Bebí la taza de té que me trajo Annika. «Lo siento, Hugsi», dijo Therese, como si la pérdida fuese solo mía, como si *Fräulein* Lilla no la hubiese cuidado a ella también, aunque era distinto, porque los mellizos tuvieron a mamá y a papá; mientras que yo, por el contrario, solo tuve a *Fräulein* Lilla.

Escuché todos los preparativos que habían hecho. Aunque oía las palabras, no lograba que estas tuviesen sentido. Tardé en entender cuándo serían el funeral y el entierro, y que los mellizos no serían capaces de acudir siquiera a la misa…

No intenté siquiera discutir con ellos. Hay cosas que o se hacen voluntariamente o es mejor no hacerlas. Por la mañana los oí prepararse y desayunar mientras a mí me vestía un criado torpe y lleno de timidez, que no estaba acostumbrado a ayudarme y al que le abochornaba sentir que invadía un momento que debería ser privado. Me molestó su vergüenza, porque era contagiosa e incómoda, y hubiese preferido que me echase una mano sin darle mayor importancia. Impaciente, hice llamar a Konrad y me deshice del otro criado; sería difícil decir quién de los dos se alegraba más de separarnos. Él huyó a la cocina, «El señor está esperando el desayuno», y yo terminé de vestirme y dejé que Konrad me llevase al comedor. Llamé a Annika.

—¿Tú vas a ir?

Ella asintió.

—Estaré encantada de acompañarlo.

No supe si ella también tenía pensado ir al funeral, si hubiese querido hacerlo pero no podía por estar trabajando, si no tenía el menor interés pero estaba dispuesta a acompañarme… Decidí no preguntar. Acepté su ayuda, en cuanto terminé de desayunar, para ponerme el abrigo y el sombrero. Mis hermanos habían tenido la amabilidad de no llevarse nuestro coche de caballos; menos mal, porque no hubiese habido forma de meter la silla de ruedas en un *fiaker*.

La misa tuvo lugar en la iglesia a la que solía ir *Fräulein* Lilla. Me saludaron varias personas, todas ancianas, a las que no supe reconocer. Amigas y amigos de mi niñera, que me conocían desde bebé y a los que yo había ignorado como todos los niños hacen con los adultos que no les atañen. Agradecí sus palabras de consuelo, sintiendo que las mías eran débiles en comparación, como si estuvieran hechas de papel.

El entierro sería en el cementerio central, y salimos con mucha antelación porque había helado a primera hora de la mañana y no queríamos tener que apresurarnos. Llegamos con tiempo a Simmering tras algo más de una hora de trayecto, durante la cual callé y dejé que Annika me hablase del cementerio central, que aún no tenía iglesia, pero sí estación de ferrocarril, y que aun así era mucho menos bonito que el de Inzersdorf, el único que yo había visitado, porque era en el que descansaban mis padres…

Después, una vez llegamos al cementerio, silencio. El silbido del aire entre las ramas de los árboles. Los cascos de los caballos del carruaje funerario. La tierra, la hierba, las hojas. Me pregunté por qué todo parecía tan natural en una situación tan extraña. Tan vacío, en un instante que debería estar tan lleno.

Solo Annika y yo estábamos presentes.

Entonces, un copo de nieve ligero y crujiente se me posó en la nariz. Al mismo tiempo, casi como si hubiese llegado con él, me vinieron al pensamiento los versos de aquella canción de invierno que tantas veces había cantado de pequeño con *Fräulein* Lilla, una de las que se nos mezclaban con los villancicos, aunque no fuese uno de ellos, una que hablaba con aquel copo de nieve, «copo de nieve que bajas del cielo nevado, qué largo es tu camino». Y se me llenaron los ojos de lágrimas que pronto escaparon y me resbalaron por las mejillas al mismo ritmo que el cielo dejaba caer sobre nosotros copos y copos y copos.

Copo de nieve,
tú que cubres deprisa las semillas;
ellas se hielan y tú les das calor…

Y así, sentí que mi corazón congelado era arropado por la nieve,

por el recuerdo de una mujer que me enseñó a cantar y a leer y a escribir. Y la mano de Annika, sin que se lo pidiera, encontró la mía, derribando con facilidad una barrera que hasta entonces había existido entre nosotros. *Gracias*, pensé; aunque fui incapaz de pronunciarlo me parece que ella lo entendió.

Cuando mi respiración volvió a la normalidad, me sequé las lágrimas con el pañuelo. Lo guardé en el bolsillo del abrigo hecho un burruño. Annika empujó la silla por el camino entre los árboles, dejando atrás las tumbas.

Era pronto, pero las nubes color plomo oscurecían el día. Me sentía extrañamente agotado. No pensaba en nada, excepto en las canciones que había aprendido de *Fräulein* Lilla, las letras de Enslin y Mohr y Haberkern y también aquellas tan antiguas que no se sabía quién las había inventado. Recordaba las noches de invierno, las tardes de otoño recorriendo de su mano las calles con un farol, cantando por San Martin.

Salíamos del cementerio y no era de noche aún, pero sí un invierno muy largo, y yo cantaba en silencio, y *Fräulein* Lilla, quizá, también.

Camino con mi farol
y mi farolillo conmigo.
Arriba brillan las estrellas
y abajo brillamos nosotros.
Mi luz se ha apagado.
Vuelvo a casa.

Miércoles 30

Therese no trabajaba hoy por la tarde, con lo que me estuvo encima desde después de comer, preguntándome si quería jugar a las cartas, dar un paseo o ir a un concierto. Sinceramente, me enterneció esa última propuesta, porque sé que no tiene el menor interés por la música, pero de todas formas me negué a seguirle la corriente. No, si no estuvo con nosotros ayer, no iba a representar el papel de mejor hermana del mundo hoy. Al menos, no conmigo.

De modo que, para librarme de ella, dije que tenía una invitación para el Teatro Imperial y, cuando Therese preguntó si no podría conseguir otra entrada para ella, le dije que no. Insistió en acompañarme hasta la puerta (menos mal, porque no hubiese encontrado forma de subir todas aquellas escaleras de no ser por su ayuda y la de un amable miembro del personal del teatro). Después, comprendiendo que su compañía no era deseada, se dio por vencida y me dejó solo.

Bueno, «solo» es un decir.

Ida Tornaforte me había asignado una localidad del patio de butacas, en la misma línea que el resto de la *troupe*. En el vestíbulo me encontré con Alois Licht, Erwin Slokowich, Magdalene Ster, Michael Teichergreber y Ernestine Kmunke, todos ellos tan parecidos a como los recordaba, mientras que yo estaba tan innegablemente distinto. Me avergonzó mirarlos desde abajo, pero Ster se agachó junto a mi silla como si fuese lo más normal del mundo, y eso hizo que me diese menos apuro que, unos minutos después, Teichergreber me levantase en brazos (aunque la intimidad del contacto me avergonzó, lo admito, pero no estaba en posición de quejarme, de modo que callé y me maravillé en silencio por su fuerza) y me llevase hasta mi butaca, dejando la silla abandonada junto a las escaleras interiores.

Entonces, sentados todos juntos, a la misma altura, volví a sentirme como hace cinco años; me dejé mecer por sus bromas y sus conversaciones llenas de ironía y de referencias a personas que no conocía y a libros que sí había leído; todo fue como era antes, salvo porque faltaba uno de nosotros, y si se me empañaron los ojos ellos tuvieron la delicadeza de fingir que no se daban cuenta.

La obra fue un magnífico despropósito; escandalosa, brillante y desvergonzada, perfecta para indignar a los espectadores más tradicionales (la mayoría) y hacer las delicias de los que conocíamos personalmente a la autora. Más o menos la mitad del público se puso en pie antes de llegar al entreacto y abandonó la sala. El resto se quedó, probablemente por morbo. Al terminar, después de que saludasen los actores, hicieron salir a Tornaforte para que la vitoreásemos, cosa que hicimos lo más alto que pudimos, para ahogar

los abucheos de otros espectadores. Un señor empezó a gritar barbaridades y Kmunke, que se había puesto en pie para aplaudir, ni corta ni perezosa le arreó una buena bofetada; la tuvieron que sacar del teatro…

Cuando terminó el jaleo y empezó a vaciarse la sala, Ida Tornaforte salió de entre bambalinas para bajar al patio de butacas. Se acercó a nosotros sonriente. Le pregunté si estaba contenta y ella exclamó con rotundidad que consideraba que la función había sido un éxito.

«¡Esto va a dar mucho que hablar!», declaró, y todos estuvimos muy de acuerdo.

Mientras todos se apelotonaban a su alrededor para felicitarla, alcé la mirada y contemplé el nuevo interior del Teatro Imperial. Hasta ese momento había estado demasiado entretenido para darme cuenta del todo de dónde estaba y lo que significaba para mí. Había temido encontrarme en aquella sala y verme obligado a enfrentarme a fantasmas, pero me di cuenta de que el sitio era completamente diferente al que conocía, no solo por los materiales nuevos, la madera brillante y los colores distintos, sino por la atmósfera que reinaba en él. El alma del viejo teatro había muerto aquella noche, y hoy lo habitaba un nuevo espíritu.

Entonces, cuando ya me había hecho a la idea de no hallar fantasmas, mi mirada se cruzó directamente con la de uno de ellos.

Un fantasma en los asientos de la parte más alta del teatro, el gallinero, asomado por la barandilla y observándonos a nosotros.

Un fantasma de rasgos rectos, cabello rubio y despeinado, ojeras y labios que no acostumbran a sonreír. Sin chaqueta, sin corbata ni pajarita. Con un viejo abrigo como los que se llevaban antes en la Luminosa.

El peor de los fantasmas. El que más anhelaba ver. El que más dolía.

Pensé, por un segundo, que era una mala pasada de la imaginación. Pero sus ojos se clavaron en los míos, e igual que yo lo había reconocido, él me reconoció a mí. Y entonces se dio la vuelta y desapareció.

Huía.

Yo grité.

—Tengo que salir de aquí —dije a mis alarmados compañeros—. Tengo que salir ahora mismo, rápido, por favor, rápido…

Todos cruzaron miradas sin entender, excepto Alois Licht, que aunque no tenía la menor idea de lo que sucedía, reaccionó a la urgencia en mi voz, se adelantó y me alzó entre sus brazos. Me apoyé en sus hombros para facilitarle la tarea. Él anduvo lo más deprisa que pudo hacia la salida, bajó las escaleras cargando conmigo y lanzó un grito antes de llegar al vestíbulo:

—¡La silla! —Después se dirigió a mí—. ¿A la calle?

—Sí, sí —confirmé.

Podía ver una figura alejándose del teatro, de espaldas, y aunque llevaba una gorra puesta para esconder su cabello, habría reconocido aquel abrigo en cualquier parte. Alguien del teatro bajó la silla por la escalinata que llevaba a la avenida del Anillo, y Licht descendió con precaución, tambaleándose conmigo en brazos, para dejarme en ella. Agarré las ruedas traseras para impulsarme.

—¡Gracias! —Ya estaba en movimiento.

—¿Te llevo? —ofreció él, trotando a mi lado.

—No, no, no. —No tenía apenas aliento para responder—. ¡Gracias!

Crucé la calle en línea recta, obligando a detenerse a coches, caballos y peatones, y me interné en el Jardín del Pueblo, en la rosaleda en la que lo había visto por última vez. Tenía las manos despellejadas y me dolían todos los músculos del cuerpo por el esfuerzo imprevisto, por el frío, porque me había dejado el abrigo en el teatro.

Dejé de impulsar la silla.

Tomé una bocanada de aire helado.

—*¡Por favor!* —supliqué en el único grito que tuve fuerzas para lanzar.

Y él se quedó inmóvil.

Él, que había oído el jaleo de los carros al cruzar la calle y las quejas enfadadas de los conductores. Él, que nunca antes me había

visto en silla de ruedas. Él, que sabía que, si de verdad quería perderme, no tenía más que seguir corriendo.

Se quedó inmóvil y se volvió hacia mí.

Nos miramos por segunda vez. Lo vi más flaco, más cansado, más viejo. Él me vio sentado, triste, tiritando.

Entonces Georg Kahn, como rindiéndose a lo inevitable, avanzó hacia mí, voló los pasos que nos separaban, cayó de rodillas frente a mí y, en un mismo movimiento, tomó mi rostro entre las manos y me besó.

Sus labios ardían y los míos estaban congelados.

—Lo siento, Hugo —susurró, casi sin separarse de mí.

Y yo entendí, porque lo conozco, que no me pedía perdón por haber desaparecido, por no haberme mandado ningún mensaje, sino por besarme, por ese momento de debilidad al detenerse y volver a mí, porque en el fondo de su corazón él pensaba que lo correcto habría sido dejarme atrás, no ir al teatro, evitar que nuestros caminos volviesen a cruzarse.

Solo pude decirle:

—Llevo cinco años creyéndote muerto.

Esas palabras tenían peso suficiente como para que no fuese necesario añadir nada más, salieron de mi boca listas para luchar su propia batalla sin más apoyo. Y ganaron.

—Prácticamente lo he estado —admitió Kahn. A continuación, miró a un lado y a otro. No había muchas personas en el parque, solo una o dos, pero bastaron para inquietarlo—. No podemos estar aquí. Nadie debería verte hablando conmigo.

—No te atrevas a marcharte sin mí —exigí.

Sabía que lo que le pedía, si deseaba pasar desapercibido, era imposible. Mi silla de ruedas no es discreta. Sin embargo, había estado llorándolo tanto tiempo que no iba a aceptar perderlo otra vez, y Kahn debía ser consciente de esto, porque se colocó detrás de mí y, tras una pequeña pausa en la que yo asentí para darle permiso (me agradó que se tomase la molestia de pedirlo, aunque fuese en silencio), empujó la silla deprisa, hasta sacarnos del parque.

—¿A dónde vamos? —pregunté.

—Estamos haciendo una locura —masculló él—. No deberías estar conmigo. No deberías.

—*Cállate* —bufé—. Si no quieres volver a verme porque es demasiado peligroso para ti, hazlo. Hazlo. Nadie te obliga a relacionarte conmigo. Y si aun así quieres, entonces hazlo pero deja de lamentarte y decir que es mi seguridad lo que te preocupa.

—Tu seguridad *es* lo que me preocupa —gruñó él.

—Mi seguridad es cosa mía.

—Ay, Hugo.

Me giré para obligarlo a detenerse, tiré hacia abajo del cuello de su camisa y lo besé.

—Vamos —le dije al separarnos, liberándolo—. Llévame a donde sea.

Salimos a toda prisa del centro de la ciudad. Cuando nos internamos en las calles menos transitadas de una zona residencial, empezó a nevar y Kahn se detuvo para quitarse el abrigo y ponérmelo por encima. Intenté quejarme, pero él no me lo permitió:

—Yo estoy moviéndome. —Siguió avanzando, a un ritmo más pausado que antes, aunque sin detenerse—. Ya no estamos en el Remedio. Lo encontraron después de…

—Sí —lo interrumpí—. Lo sé.

—¿Fuiste…?

—Fui a buscarte, claro. Fui a buscarte y no estabas por ninguna parte. Solo encontré una explicación. Pensé que si estuvieras vivo me habrías escrito, me habrías hecho una señal…

—No me atreví. Vives con los capitanes de la Partida de Caza. Asumí que toda tu correspondencia sería revisada.

—Un comentario de pasada en la carta de otra persona, de Ster o de quien sea, algo que solo yo pudiese entender… —Se me saltaban las lágrimas de rabia, porque había sido muy injusto que me hiciera sufrir de esa forma.

—Tampoco he mantenido contacto con ellos —explicó Kahn, y el pesar en su voz era profundo—. Desde la noche en la que mataron a Marianne… —Sentí que la sangre me desaparecía de las venas, que el corazón se paraba, y en mi cabeza esa frase se reformuló, *la noche en*

la que Johann mató a Marianne— no hemos tenido contacto más que con otros como nosotros. Pese a lo que dijese la princesa, nadie se siente a salvo, y la Partida de Caza ha cerrado las fronteras de Ciudad Blanca para que no podamos entrar ni salir…

Recordé el convoy y fruncí el ceño.

—¿Por qué estarán haciendo eso? ¿Qué interés…?

—Mi teoría es que la princesa nos exige que seamos útiles para el Imperio —declaró Kahn—, queramos nosotros o no. No quieren llevar registro de quién pasa por la ciudad: es solo una excusa para interceptarnos.

—Pero ellos mataron a Marianne. —La cooperación con el emperador, la princesa o cualquiera de las autoridades era impensable después de aquello. Habían matado a Marianne. La habían arrinconado para culparla de un desastre en el que ella no tenía nada que ver y la habían matado cuando intentó defenderse, cuando intentó escapar.

—Sí. —Y Kahn no añadió nada más, porque no hacía falta.

Le expliqué todo lo que sabía: que el ministro Wolff había arrastrado a la princesa (y a mi hermana) al interior de la Cripta Imperial para despertar la antigua magia de un talismán protector; que él confiaba en que este se deshiciera de los *monstruos* o de la propia princesa, no lo sé; que el talismán, al activarlo, había provocado el derrumbe y acabado con el propio Wolff…

Kahn suspiró. Me pareció entender que ya conocía esta historia o, al menos, la otra versión; la de los propios monstruos, tal vez.

—Wolff quiso aprovecharse de un poder que no entendía y que despreciaba. Lo más probable es que no funcionase como él había anticipado, que fuese un arma y no una defensa, y que le saliese el tiro por la culata. —Suspiró—. La gente como yo ha sido aceptada en algunas ocasiones y perseguida en la mayoría. No tenemos mucha historia escrita, aunque alguna información pasa de *monstruo* —pronunció la palabra con ironía— a monstruo. Supongo que en Ciudad Blanca habrá alguien que tenga más datos sobre el talismán que Wolff, pero lógicamente él nunca se hubiese rebajado a preguntar a quien debía. Peor para él.

Me encogí de hombros.

—Necesito una palabra para referirme a vosotros —comenté—. Odio llamaros «monstruos».

Kahn sonrió, sonrió de verdad, y no respondió nada. Me acarició la cara con una mano, sacó con la otra su pipa apagada del bolsillo del abrigo (¡qué absurdo que me recorriese una oleada de alegría al ver que la seguía teniendo! Algunas cosas no cambian nunca) y volvió a colocarse detrás de la silla para empujarla.

—Nos vamos a quedar tiesos. —Pude adivinar por su voz que tenía la pipa entre los labios y que masticaba la boquilla pensativamente, como solía hacer…

Continuamos largo rato, alejándonos cada vez más del centro de la ciudad, hasta el distrito de Liesing, y me di cuenta de que nos acercábamos al cementerio de Inzersdorf, donde están enterrados mis padres. Lo cual significa que llevábamos andando dos horas o más.

Kahn se inclinó para hablarme al oído, por encima de mi hombro. Su aliento trepó por mi oreja y me bajó por la espalda en forma de escalofrío.

«No te asustes», murmuró, mientras nos dirigía al cementerio, como si hubiese leído mis pensamientos.

La verja de hierro estaba cerrada, pero bastó un pequeño empujón a la puerta para abrirla. No tenía candado. El leve murmullo de las ruedas de la silla sobre el suelo y las pisadas de Kahn apenas se oían, ahogadas por el viento en los cipreses. La estatua blanca de una mujer, cubierta de musgo verde, con las manos juntas en gesto de plegaria o de desesperación, miraba al cielo con insistencia, como si no quisiera vernos pasar. La única luz que llegaba hasta nosotros era la del farol que colgaba del tanatorio, un edificio de tejado extrañamente abombado y paredes por las que trepaba la hiedra. Aun así, Kahn era capaz de guiar la silla sin vacilar, como quien recorre un camino bien conocido.

«No te asustes», me repitió al llegar a uno de los rincones más recónditos, lejos del bello paseo donde descansaban mis padres. Se alejó de mí para volver sobre nuestros pasos y borrar concienzudamente la huella de las ruedas, antes de regresar y

agacharse junto a una de las tumbas. Contuve una exclamación de espanto al verlo mover la losa de piedra que cubría la sepultura. Era una trampa, un engaño que debía pesar mucho menos de lo que parecía, y bajo ella se abría un túnel. Kahn se volvió hacia mí.

—¿Escaleras? —pregunté en voz baja.

Él no podría levantarme como habían hecho Teichergreber y Licht. De eso estaba seguro.

—Rampa —respondió él. Hubiese suspirado de alivio de no haber estado tan preocupado. Me aferré a los reposabrazos de la silla mientras él la empujaba, tirando hacia arriba para frenar, y nos adentrábamos en aquel túnel—. ¿Puedes sostenerte sin bajar?

Agarré las ruedas con todas mis fuerzas para que no se moviesen y la silla no se precipitase hacia abajo. Kahn volvió a colocar la piedra falsa, sumiéndonos en una oscuridad total. Mis dedos estaban a punto de rendirse cuando él volvió a sujetar la silla.

El pasadizo descendía hasta una curva muy cerrada y abrupta, después seguía bajando hasta la siguiente, y así al menos cuatro o cinco veces. Tuve el presentimiento angustioso de estar entrando en una trampa de la cual no sería capaz de salir sin ayuda, y solo la presencia tranquilizadora de Kahn a mi espalda me impidió gritar. Finalmente, el túnel se ensanchó en una habitación pequeña y de suelo recto, con paredes de tierra sujeta con madera; frágil, un cuarto a punto de convertirse en una tumba.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

Kahn me chistó.

—Calla.

Se acercó a una puerta improvisada con una lámina de metal oxidado y llamó con los nudillos, marcando un ritmo concreto, *toc toc-toc toc-toc*, y la puerta se abrió.

—Me cago en todos tus antepasados —saludó Bettina. La luz de la vela que tenía en las manos acentuaba las sombras en su rostro—. ¿Con quién hablabas? —Entonces se fijó en mí y su ánimo empeoró visiblemente—. Mierda, Georg.

—¿Preferirías que me quedase charlando con él en la calle? —replicó él—. Déjanos pasar.

Ella se apartó, no sé si para abrir paso o para alejarse de él y de la tentación de darle un golpe. Kahn la siguió con mi silla y después me dejó en una sala de apenas unos pasos de ancho, sin ventanas y de techo bajo, sin luz de ningún tipo a excepción de la vela, mientras él se giraba para volver a cerrar la puerta. Bettina ni siquiera me miró. Paseó por la habitación, murmurando palabrotas y maldiciones. Yo la seguí con la mirada. Había algunos colchones en el suelo, junto a las paredes, y nidos de mantas sobre ellos. Cajas de madera que hacían de mesa y de despensa, con algunas latas de conserva, bolsas de papel y botellas. En una esquina, un agujero daba a una cámara anexa. Por él salió otra figura, flaca y sucia. Tardé unos segundos en reconocer a Gustav.

Él me miró en silencio, inexpresivo.

Era Bettina la que hablaba, imaginé que por los dos, porque él no hizo ademán alguno de intervenir cuando, al regresar Kahn, ella explotó. Sin gritar, porque la inestabilidad de aquella madriguera no invitaba a alzar la voz, desató su rabia en un discurso largo, imparable, pese a las respuestas de Kahn, que intentaba explicarse: ¿cómo se atrevía Kahn a salir y pasearse por la ciudad, cómo, cuando después de años viviendo en la clandestinidad, sabiendo que si le atrapaban a él correrían peligro todos? ¿Cómo, habiendo sido testigo del arresto y el asesinato de tantos conocidos y amigos, incluso? ¿Cómo, después de la cadena de sacrificios y favores que los habían llevado de un escondite a otro; cómo, si sabía de la precariedad de su situación, lo rápido que podían dejar de estar seguros? ¿Cómo había podido poner todo aquello en peligro por una tarde en el teatro?

Y Kahn pidió perdón, y le dio la razón, y bajó la cabeza.

Bettina continuó: ¿cómo había podido darse el lujo de volver a tratar conmigo, cuando precisamente eso los había llevado al desastre? ¿Y en qué cabeza cabía haberme traído a su refugio…?

Él le plantó cara llegado a ese punto. La culpa de lo sucedido, al fin y al cabo, no había sido mía. Yo no les había delatado en el pasado ni lo haría ahora.

Quise intervenir para darle la razón e invitar a Bettina, una vez más, a leerme el pensamiento o lo que fuese que hiciera, para que así

pudiera confirmar mi sinceridad, pero ella no me dejó…

La discusión continuó, cada vez más acalorada, hasta que las sombras se agolparon tras los ojos de Kahn y él calló de golpe, concentrado en contenerlas. Esto, en lugar de calmar a Bettina, la espoleó. Airada, le echó en cara a Kahn no ser capaz de controlar su poder, mencionó las muertes que había provocado (y yo, con un escalofrío, pensé en las que había presenciado la noche del derrumbe; no quise siquiera imaginar lo que ese recuerdo abominable debía significar para Kahn) y repitió que él, en su insensatez, en su falta de disciplina, en su egoísmo, era un peligro para ellos.

Entonces a Kahn se le escaparon de los ojos lágrimas en vez de sombras, y se apoyó en mi silla para no derrumbarse. Y Bettina lloró también, aunque su expresión aún era iracunda, y en su interior parecían mezclarse la furia y la desesperación y la culpa y la rabia. Lo soportó unos segundos, apenas, antes de desplomarse. Gustav dio un paso adelante, rápido como una serpiente en plena caza, y la sostuvo entre los brazos.

Me impresionó ver la convulsión de sus hombros al llorar. Bettina me había parecido siempre inmune a ese tipo de debilidad.

«Vamos», dijo Gustav, y sin volver la vista hacia Kahn o hacia mí, se la llevó a la sala anexa. Los oímos murmurar, pero la tierra era un buen aislante y no fui capaz de entender lo que decían.

Kahn temblaba a mi espalda. Tuve que someter mi cuerpo a una extraña torsión para tomar su muñeca entre los dedos y tirar de él hasta que se apoyó en uno de los reposabrazos de la silla y pude acariciarle los costados, calmarle mediante el contacto, sin palabras, sin preguntas. Él se escurrió hasta quedar arrodillado en el suelo, con la cabeza apoyada en mis piernas. Enredé los dedos en su cabello, le pasé las yemas frías por la frente y sobre los párpados cerrados.

Él respiró hondo y yo, en ese parpadeo, supe que haría cualquier cosa por él. Habría dedicado mi vida entera a vaciar con mis propias manos el océano de penurias que llevaba él navegando toda su vida, aun sabiendo que desconocía su profundidad, sus recovecos y su naturaleza. Deseé, en silencio, poder ser yo cualquier cosa que él necesitase, la fortaleza que lo rodease, el amparo cuando no tuviese

adonde ir, la paz cuando todo el mundo estuviera en su contra. Deseé ser mucho más de lo que soy, mucho más de lo que nunca podré ser.

Hasta ese momento, habría dado la vida por escucharlo decir «Quiero estar contigo»; por escucharlo decir «No voy a irme nunca de tu lado». A partir de ese instante, en el que no cambió nada pero a la vez cambió todo, un «Estoy bien» suyo y sincero era todo lo que yo quería.

—Georg —susurré—. ¿Habéis pasado los últimos cinco años en un agujero?

Él habló en voz baja, como si estuviese describiéndome un sueño. Sí, mis cinco años de soledad y retiro habían sido para ellos de miedo y respiración contenida. La Partida de Caza, ante la perspectiva de ser desmantelada en cuanto el emperador muriese, daba los últimos coletazos en forma de arrestos, desapariciones y muerte. Ningún monstruo se sentía seguro y la mayor parte de ellos vivía escondida; otros, los que podían, huían de Ciudad Blanca y del Imperio, con la ayuda de organizaciones secretas, aliados y protectores a los que no era fácil acceder.

Los primeros catorce meses los pasaron en el palacio de una de las protectoras de Gustav, que había conseguido adecuar varios espacios para esconder fugitivos: un armario con doble fondo, una estantería que ocultaba la puerta a un desván, un compartimento secreto bajo una cómoda. Claro que a los miembros de la secta de Gustav se los investigó y, cuando los registros en el palacio fueron demasiado frecuentes y exhaustivos, tuvieron que abandonar ese escondite y reunirse con otros que se ocultaban en la extensa red de alcantarillado de la ciudad.

El siguiente refugio fue un sótano secreto, bajo la vivienda de una familia sin habilidades extraordinarias, en cuyo seno había nacido una niña capaz de hacer levitar objetos pequeños. Para que la Jauría no se llevase a su pequeña, los señores Gruber habían escondido una trampilla bajo la alfombra del salón y construido en la habitación inferior una segunda vivienda. Aunque pensada en un primer momento para esconder solo a su hija, habían acabado acogiendo a otros nueve como ellos. Así se habían sucedido un refugio tras otro en

una cadena interminable de mudanzas improvisadas, sobresaltos y guaridas sin luz, sin ventilación, sin contacto con el mundo exterior. Hasta la tumba falsa, construida por un grupo de monstruos que habían emprendido el viaje hacia el extranjero y le habían cedido su escondite, que quedaba vacío, a Bettina. Si habían conseguido llegar a su destino o no era algo que Kahn desconocía; solo estaba claro que no habían vuelto.

Me resultó fácil entender el enfado de Bettina al oír la descripción de Kahn de la vida en aquella madriguera. Las largas horas esperando. Los escasos encuentros con el guardés del cementerio, que les proporcionaba agua y comida. Las salidas, pocas y controladas, para hacer sus necesidades y estirar las piernas en la noche. El miedo cada vez que uno de ellos abandonaba el refugio, la incertidumbre sobre lo que pasaría con él y, si era capturado y torturado, con los demás.

—Sí —asintió él, y yo solo podía adivinar sus ojos en la oscuridad, porque la vela de Bettina, al caer al suelo, se había apagado—, sí, yo también sé que fue una imprudencia haber ido al estreno de la obra de Tornaforte, pero llevo *cinco años* aislado de todo. No pude contenerme. Y sé que es insensato haberte traído aquí. Lo sé.

—Me puedo ir inmediatamente —propuse, agobiado. Se me partía el corazón al decirlo—. Georg, yo nunca he querido…

—Sé que es insensato —me interrumpió—, y lo siento por Bettina y por Gustav, lo siento de verdad, pero no me arrepiento lo más mínimo.

—Eres incorregible —murmuré—. Un estúpido. Estoy completamente de acuerdo con Bettina.

Él se rio. Lamenté no poder verle la cara, no poder disfrutar de esa risa también con los ojos.

—Sea —aceptó.

—Ay, Georg —bromeé. En la seriedad de la situación, la mofa era un salvavidas—. ¿Y tus libros? ¿Qué has estado haciendo este tiempo?

—Nada —confesó él con amargura—. No tengo la luz ni el papel ni la tinta necesarios. Sobre todo, no tengo la concentración ni el ánimo. Los han descatalogado todos, Hugo.

—¿Los han descatalogado? —No lo podía creer.

—Sí…

—¿Y *Ayer*? —Aún recordaba su última novela, aunque no había conseguido hacerme con un ejemplar desde Holbeinsberg.

—No lo llegaron a publicar.

—¿Y tu sección en *Slora*?

—Ahora la lleva Anton Graf. —No reconocí el nombre siquiera—. Da igual, no podría enviarles nada más de todas formas. Katherine Klein ya no es la editora, dejó el puesto no se sabe muy bien por qué. Tal vez la obligaron a hacerlo por simpatizar demasiado con la gente indebida —Kahn suspiró—, no lo sé. No conozco a la persona que edita el periódico ahora.

Callé un momento largo.

—¿Cómo puedo ayudarte?

En respuesta, Kahn me apretó las muñecas entre los dedos. Tiré de él hacia mí y por fin, por fin, *por fin*, nuestros labios se encontraron otra vez. Me sentí desorbitadamente afortunado. Qué no hubiera dado yo por ese beso y, sin embargo, el universo me lo regalaba sin pedir nada a cambio.

Los inconfundibles pasos de Bettina resonaron al acercarse, y Kahn y yo nos separamos.

—Quizá deberías mantenerte tumbada —sugirió Gustav, sin implicarse demasiado.

—No —cortó ella—. Estoy bien. ¿Qué hacéis vosotros dos a oscuras? —Dio a tientas con una caja de fósforos y volvió a encender la vela—. Bueno, ya está bien. Ya está bien. Hugo —dijo, mirándome a los ojos—. Lo voy a decir aunque se me dé bastante mal hablar de estas cosas. La que hablaba bien y unía a la gente y conciliaba lo irreconciliable era Marianne. —Se le cortó la voz, tragó saliva y respiró hondo antes de seguir—. Yo no tengo nada en tu contra. Sabes que, al contrario, algo de afecto te tengo. Pese a todo. Y creo que tú no eres responsable de quienes sean o lo que hagan tus hermanos. Pero las cosas son como son, y todo esto no quita que seas un peligro para nosotros y que Georg no tendría que haber traído a nadie, a nadie, pero sobre todo no a ti. Punto.

—Tienes toda la razón —respondí—. Y yo no habría venido de

haber sabido cuál era la situación. No podría vivir si os pasase algo por mi culpa, Bettina.

Ella asintió. Me pregunté si estaba leyendo mi alma o lo que fuese que hacía.

—El caso es que el mal está hecho. En fin. Supongo que tampoco estamos en situación de rechazar tu ayuda, si es que quieres dárnosla.

—Sí —asentí con fervor, porque Kahn no me había pedido nada, pero Bettina tenía menos de ese pudor sin sentido—. Dinero, comida, lo que necesitéis.

—Todo eso —asintió ella—. El guardés del cementerio será nuestro enlace. El dinero, mejor en un sobre cerrado.

—Bettina —protestó Kahn.

—Calla —lo interrumpí—. Es vuestro. Todo lo que pueda hacer por vosotros.

Ella asintió.

—Gracias.

—No, nada de eso —rechacé—. Es lo menos que puedo hacer. —Y a continuación añadí—: ¿Estás bien?

Ella tomó asiento en uno de los colchones. Como si se desinflase. Como si de pronto bajase la guardia, deshaciendo una tensión que ya no hacía falta.

—Estoy —contestó—, y me doy con un canto en los dientes. —Lanzó una mirada a Gustav, que permanecía de pie junto a la puerta como una estatua vigilante, y después se volvió hacia Kahn—. Aún tengo algo más que decir. Georg. —Tomó aire—. Escucha, siento lo que te he dicho. No todo, creo que tengo razón al reprocharte tu imprudencia…

—Sí —aceptó él escuetamente—. Lo siento.

—Sí, sí —cortó ella, sin querer escucharlo—. Pero no he tenido razón al echarte en cara que no controles tu habilidad. —Hizo una pausa—. Sé que has mejorado. Lo controlas más, te conoces mejor a ti mismo a cada día que pasa. —Él asintió y ella calló, tal vez porque estaba reuniendo fuerzas para confesar algo que le costaba todavía más decir en voz alta—. Y yo, en cualquier caso, no soy quién para hablar.

Kahn sacudió la cabeza.

—Tu poder nunca nos ha dado problemas.

—No, pero eso no significa que sepa controlarlo. —Bettina respiró hondo—. Cada vez son más las veces que, sin yo quererlo, dejo que tus emociones me invadan, Georg. Es lo que ha pasado hace un rato. Me llegan de pronto, tan intensas y caóticas, tan mezcladas con las mías propias, que no soy capaz de… no puedo… —Bettina desistió de encontrar las palabras correctas—. El hecho es que no puedo cerrarme a ellas.

Entonces, ante nuestro silencio respetuoso, Bettina siguió hablando. Habló y habló, sin que comentásemos nada, sin que respondiésemos, porque ella había abierto una brecha en el muro que normalmente la rodeaba, y ante la verdad que escapaba por ella solo podíamos callar y escuchar y comprender.

Bettina nos contó la historia de una niña capaz de percibir y compartir lo que sentían las personas a las que amaba. Una niña que no había sido deseada por sus padres, una niña que había supuesto un problema más para ellos, una niña que no solo había crecido en una familia en la que faltaban la comida, el abrigo y el cariño, sino que además era dolorosamente consciente del desprecio y el aborrecimiento que su madre y su padre sentían por ella. Una niña en cuyo interior confluían el cariño que les profesaba y la inquina que los dominaba a ellos cuando le pegaban. El amor y el odio en cada coscorrón, en cada bofetada, en cada tirón de pelo.

Una niña que no fue capaz de abandonar a su familia hasta que se convirtió en una muchacha.

Una muchacha a la que le aterraba querer a nadie. Una muchacha que salió al mundo con un muro grueso y sólido que la separaba de los demás, porque no podía exponerse a sentir sus emociones y que estas fuesen negativas. Una muchacha que, al no poder percibir lo que los demás sentían por ella, asumía que era lo mismo que había conocido hasta entonces: rabia, antipatía, animadversión. Y esto la apartaba aún más de ellos.

Una muchacha que creía controlar su poder, aunque en realidad solo lograba mantener esa ilusión porque estaba sola.

Una muchacha que no se atrevió a formar ningún vínculo hasta que se convirtió en una mujer y Marianne entró en su vida.

«Y Marianne», explicó Bettina con una sonrisa triste, «Marianne era imparable».

Así que amó a Marianne, y sintió sus emociones, y descubrió que podía vivir con ello. Entonces conoció a Gustav, y tampoco él la odiaba, y Bettina se atrevió a quererlo también.

Aunque dos personas en las que confiar le parecían muchas y algunas noches permanecía en vela, asustada por lo que podría pasar si se equivocaba la siguiente vez, si elegía fiarse de alguien que le hiciera daño. Al fin y al cabo, no podía tener suerte tantas veces seguidas.

Así que, cuando Marianne permitió que Kahn viviese con ellos, Bettina se mantuvo distante. Y continuó percibiendo las emociones de Marianne y de Gustav, pero no las de Kahn, y se reafirmó en que controlaba su poder, cuando en el fondo eso solo significaba que el muro con el que se protegía era más grueso y alto que nunca.

Porque Bettina no necesitaba a nadie más que a quienes ya estaban dentro. Podía permitirse aislarse del mundo, o eso creía.

«Nadie debería prohibirse el contacto con el resto del mundo», añadió ella. «Las personas necesitamos una red de gente a nuestro alrededor. No es justo apoyarse solo en una o dos personas… No, no es justo ni para una misma ni para ellos».

Y no pudo evitar empezar a sentirse cercana a Kahn. No pudo evitar reírse con él. Enternecerse. Tomarle el pelo. Empezar a quererlo.

Le aterrorizó percibir sus emociones. Las de Kahn no eran tan estables como las de Marianne o Gustav. Kahn había perdido a sus padres, se sentía solo, vivía espantado por las sombras, por su propia habilidad. Se sentía culpable, aterrado, desesperanzado. Y Bettina también. «Pero eso», concluyó ella, «no es tu culpa».

De modo que no, ella no controlaba su poder tan bien como había pensado y como le había transmitido a Kahn. Y a ella también le asustaba su propia habilidad, el no saber dónde estaban los límites de su propia percepción. Dónde acababa ella y dónde empezaban los

demás. Cuándo y con quién merecía la pena bajar la guardia.

La estaba bajando con nosotros en ese instante. Lo agradecí en silencio.

Kahn lo hizo en voz alta. Los dos hablaron quedamente un rato, con Gustav y conmigo como testigos callados, invitados como espectadores pero no como participantes. Para mis adentros, prometí hacerme merecedor de aquella confianza; y por eso, en cuanto consideré que podía hablar sin interrumpirlos, anuncié que era hora de que volviese a casa, antes de que mis hermanos revolvieran toda la ciudad buscándome.

—Te acompaño —dijo Kahn.

—Ni hablar. Tienes que quedarte —me opuse con firmeza—. ¿Qué quieres, que alguien te encuentre paseando por ahí conmigo?

—¿Cómo vas a volver solo? —Lanzó una expresiva mirada a mi silla.

Gruñí.

—Necesitaré que me ayudes a subir la rampa, pero a partir de ahí me las arreglaré. No os preocupéis —incluí a Bettina y a Gustav—, no llamaré la atención de nadie sobre vuestro escondite.

Volví a besarlo antes de irme, junto a la tumba falsa. Llevaba puesto su abrigo (se empeñó en que no me dejaría ir sin él), olía a él, y una alegría que había creído apagada para siempre volvía a arderme en el pecho.

«Te escribiré», le dije. «Respóndeme con un nombre falso. El guardés podrá enviar la carta por ti».

Y él volvió a besarme, y habríamos permanecido allí horas y horas de no ser porque noté que tiritaba de frío…

Empujé las ruedas de la silla hacia la salida del cementerio. Mis pensamientos se ordenaban poco a poco, como las hojas caídas se posan en la tierra después de que una ráfaga de aire las haga volar dando vueltas. Cuando por fin me serené, cuando volví a la realidad después del frenesí del descubrimiento y de los besos largo tiempo anhelados, me eché a llorar. No sabría decir por qué.

Rodé por la calle con el rostro empapado y sorbiendo por la nariz. Debía ser muy llamativo, porque no tardó mucho en acercárseme un

guardia a caballo que me preguntó si todo iba bien. Me reconoció cuando le pedí que me llevase a casa, y sabiendo quiénes son mis hermanos, se mostró muy solícito. Hizo llegar un *fiaker*, me subió a él con la ayuda del cochero y después consiguió encajar la silla de ruedas por la puerta (aunque levantó un poco de la pintura, para enojo del dueño del coche).

Me dejaron en la puerta de casa. Johann salió a darle las gracias al guardia y una buena recompensa al cochero.

—¿Dónde estaba? —preguntó, como si yo no estuviese presente.

—Lo encontré en Inzersdorf, señor —respondió el guardia.

Mi hermano esperó a que se fuesen para mirarme.

—Hacía mucho que no iba a verlos —le dije.

Aún se notaba el rastro del llanto en mi rostro, en mis ojos hinchados, en la nariz congestionada. Johann entendió a lo que me refería y le conmovió.

—Pensé que habías ido al teatro —señaló.

—Fui —respondí, porque las mejores mentiras se asemejan mucho a la verdad—, pero al salir me pareció ver a alguien entre el público que abandonaba el edificio… Fue entonces cuando me separé de mis amigos para perseguirlo, y logré llegar hasta él en el Jardín del Pueblo. —Clavé los ojos en los de mi hermano y permití que me temblase la voz—. No sé qué me dio, Johann, estaba seguro de haber visto a papá. Pero no era él, por supuesto, y al comprobarlo la tristeza fue tal que no pude reprimir el deseo de ir al cementerio…

Aquella era una fantasía creada a medida para agradar a mi hermano. Ni siquiera pensó en que mis recuerdos de nuestros padres son pocos y confusos, y que si me cruzase con sus fantasmas por la calle a plena luz del día es más que probable que no los reconociese. Asintió, enternecido, y me colocó la mano en el hombro durante unos segundos. Una eternidad, viniendo de él.

—Vamos, pasa al salón. Estás helado.

Empujó la silla hacia el interior de la casa, donde Therese nos esperaba preocupada. A ella no la logré engatusar con mi cuento sobre el padre muerto, y me riñó como si fuese un niño pequeño por desaparecer sin avisar. Después, se rindió y me dio un abrazo. No se

fijó en que el abrigo que llevaba puesto era distinto a aquel con el que había salido de casa.

Wolfmond

(Mes del lobo)

Jueves 1

Fui con Konrad al estanco a comprar papel de embalaje y varios sobres. Como es lógico, mi silla llamó poderosamente la atención de muchos viandantes, pero el único que se me acercó fue Michael Teichergreber, que quería saber a dónde había ido después de la función y que, cuando le di largas, confesó que «él también creyó ver a Georg Kahn en el gallinero» e insistió en que solo quería saber si lo había alcanzado y si se encuentra bien, ya que él también es amigo suyo. Aunque logró conmoverme, no le respondí.

Seguí mi camino hasta el estanco y al volver (di un paseo largo para poner en orden mis pensamientos) me encontré con que Michael Teichergreber, a quien nuestra fugaz conversación le había resultado insuficiente, se había tomado la libertad de pasar por mi casa. Al no encontrarme, había dejado su tarjeta de visita y una nota dentro de un sobre (abierto, probablemente por alguno de mis hermanos). En ella, había tenido la precaución de no citar nombres. Me pedía, sin entrar en detalle, que pusiese mi confianza en él para lo que necesitara, porque él siempre se había caracterizado por ayudar a sus amigos en lo que estuviese en su mano.

Esto me hizo pensar que también yo podía ayudar a los monstruos (¡uf!) de más formas que las que mencioné ayer. Podría, tal vez, conseguirles otro refugio más amable; ya habían pasado demasiado tiempo bajo tierra. Y quizá, a medio plazo, incluso sacarlos de Ciudad Blanca. Fantaseé con la idea de darles cobijo a los tres en Holbeinsberg, en mi propia casa, que está vacía prácticamente todo el

año.

Le escribí a Kahn una carta hablándole de este y otros planes, preocupándome por él y (egoístamente) por cómo íbamos a hacer para vernos sin ponerlos en riesgo. (La idea de saber que él está vivo y no verlo me resulta insoportable). Metí la carta en un sobre, envolviendo con ella un fajo de billetes del banco central, para que no se notase desde fuera que estaba enviando dinero. En el exterior escribí: «Para los moradores de las tumbas». A los criados les conté que iba a encargar al guardés del cementerio unas flores para adornar la lápida de mis padres (encontré cierta satisfacción en mencionar que la había hallado descuidada el día anterior, a sabiendas de que esta información llegaría a Johann y que a él no le haría gracia la crítica). Me inventé una triste historia de una esposa enferma para justificar que también quisiera enviarle comida a ese señor: animados por mi buen corazón, la cocinera y el mayordomo me permitieron arrasar la despensa y llenar el paquete de queso, pan, embutidos y latas de carne, fruta y galletas. Añadí otro sobre (abierto) con una generosa suma de coronas para el guardés, por las molestias. El paquete pesaba tanto que tuve que hacer llamar no a uno, sino a dos mensajeros para cargar con él…

Por la noche, fui recompensado con una carta de un solo folio, traída por la propia hija del guardés. Annika la hizo pasar, le invitó una taza de caldo caliente y la envió de vuelta a su casa con un bizcocho recién hecho y los mejores deseos para su madre. Contuve la risa mientras la chiquilla disimulaba la estupefacción y se dejaba agasajar.

La carta la firmaba «Emil Bilgeri» y era inequívocamente de Kahn. Incluía un sobre más pequeño dirigido a Michael Teichergreber. Kahn me pedía que se lo hiciera llegar discretamente; si lo había visto en el teatro, más valía contactar con él antes de que corriese la voz. También me daba un número de teléfono con el que podía hablar con «unos amigos» suyos en caso de emergencia (y solo en ese caso). Releí la carta varias veces, intentando memorizarla: decía que desde ayer volvía a ser feliz por primera vez en mucho tiempo y muchas otras cosas que no debo poner por escrito, porque son sus palabras, no las

mías, y al repetirlas se vuelven vergonzosas; es como gritar a plena luz del día y en medio de una concurrida plaza los susurros que se intercambiaron con un amante a medianoche…

Una vez memorizadas aquellas líneas, lancé la carta de Emil Bilgeri al fuego.

Domingo 4

No he tenido tiempo de escribir en los últimos días.

Emil Bilgeri me volvió a escribir (yo a él todos los días, ¡qué admirado estaba todo el mundo por lo preocupado que estaba súbitamente por la tumba de mis padres! Pocas veces he visto a Therese tan complacida y me atrevería a decir que Johann se ha sentido incluso un poco celoso) para contarme que había hablado, no sé si en persona o por teléfono, con Michael Teichergreber. Este se había ofrecido a ayudarlo, para empezar ofreciéndole su propia casa como refugio. Lleva dos años viviendo en un antiguo edificio familiar con el segundo piso permanentemente cerrado, ya que a él no le hace falta tanto espacio. Nadie sabrá que tiene a tres personas dentro, nadie se extrañará si nunca abren las ventanas. Con él, Kahn, Bettina y Gustav disfrutarán de agua, comida y todas las comodidades; Teichergreber se encargará de que el servicio sepa lo mínimo y de que, en cualquier caso, no les compense irse de la lengua.

El primero en abandonar el cementerio ha sido Kahn, a modo de prueba, para comprobar que el destino es seguro. A mí se me pidió que me mantuviese al margen durante toda la operación de traslado, para no llamar la atención sobre ella, de modo que contuve el aliento en casa, intentando parecer relajado ante mis hermanos, hasta que a la mañana siguiente me llegó una carta de Teichergreber en la que me preguntaba cómo me encontraba y me invitaba a cenar con él.

Salí de casa emocionado como si fuese a encontrarme por primera vez a solas con mi enamorado, sin darme cuenta hasta que llegué de que la cena iba a ser con Michael Teichergreber y solo con él.

Aunque le estoy agradecido por proteger a Kahn hasta el extremo

de acogerlo en su casa (desafiando al emperador, ni más ni menos… si es que esta persecución realmente obedece a sus órdenes y no a que mis hermanos hayan aprovechado la debilidad del monarca para tomar las riendas), su compañía me resultó pesada y la velada se hizo eterna. Cuando por fin terminamos de comer, me llevó a una salita para fumar (él) y beber (yo, quizá demasiado, por la impaciencia). Aguardamos hasta que fue lo bastante tarde como para que Teichergreber diera permiso al servicio para retirarse, y aún esperamos un poco más, hasta que no se oyó nada en la casa salvo la voz monótona de mi amigo hablando sobre lo difícil que era conseguir un puesto como funcionario encargado en las actividades culturales de la capital del Imperio («Hace falta tener un par de amigos con influencia que estén dispuestos a hacerte un favor», dijo Teichergreber), el amor y cómo él no había permitido que el dolor inhumano al que había sido sometido su corazón afectase su escritura.

Estaba a punto de volverme loco cuando, por fin, él puso fin a su disertación y me dijo: «Creo que ya puedes dirigirte al piso de arriba, si quieres».

Y tanto que quería.

Contemplé a Michael Teichergreber intensamente hasta que comprendió, se ruborizó y musitó una disculpa por su torpeza.

—No pasa nada —intenté reír—. ¿A lo mejor puede bajar él?

—No, no, es demasiado arriesgado, ¿y si alguien lo viese por una ventana o…? No. —Se me cayó el alma a los pies, pero Teichergreber añadió—: Si te parece bien, te subiré yo mismo. No podré con la silla, eso sí. Te sentaré en una butaca…

—Gracias.

Me daba vergüenza que mi amigo me levantase, era el camino más rápido para sentirme una carga en todos los sentidos; pero mi deseo de ver a Kahn era mayor que mi bochorno, así que permití que Teichergreber me subiese escaleras arriba con gran dificultad. Kahn nos esperaba en el descansillo. Nos siguió hasta una de las habitaciones, la que Michael Teichergreber había preparado para él. Lo miré por encima del hombro de nuestro amigo y él me devolvió una expresión de simpatía y extrañeza compartida. La situación era

peculiar, es cierto. La sinceridad muda de Kahn logró arrancarme una sonrisa.

Michael Teichergreber me dejó en un sillón junto a la ventana cerrada.

—Puedes quedarte todo lo que quieras, Hugo —me ofreció amablemente—, pero si necesitas ayuda para bajar, ten en cuenta que de aquí a una hora me iré a dormir.

No supe qué responder. ¿Todo aquel preámbulo para pasar solo una hora con Kahn? Por suerte, él ladeó la cabeza e hizo ese gesto tan típico suyo de sonreír sin sonreír.

—Quizá lo mejor sea que se quede a dormir, Michael, y así no te molestamos más.

Teichergreber pareció aliviado.

—¡Oh! Si eso es lo que queréis, claro, por supuesto. Perfecto así.

—¿Podría enviar una nota a casa para avisar de que me quedo? —pregunté.

—Sí, sí. Pensaba aún escribir una carta urgente para el ayuntamiento —explicó Michael Teichergreber—. Tengo que insistir si quiero que me consideren para el puesto, aunque estoy encontrando que es como hablar con una pared. —Nos describió durante un rato su lucha con la administración, que no valoraba como era debido su impecable perfil profesional, antes de volver al asunto que nos ocupaba—: En fin, que puedo escribir la nota yo mismo y enviarla antes de retirarme a mi dormitorio.

Nos deseamos buenas noches y después, por fin, Teichergreber se marchó.

Estaba más que dispuesto a perdonarle que fuese tan pesado por la enorme generosidad que estaba demostrando hacia nosotros. Iba a comentarlo en voz alta, pero Kahn se inclinó sobre mí y me besó, y yo me olvidé inmediatamente de Michael Teichergreber. Un beso y otro beso y otro beso, como gotas de lluvia durante una tormenta, hasta que fueron tantos que el mundo exterior desapareció tras ellos. Una barrera ensordecedora de besos, una campana protectora en aquella habitación cerrada y alumbrada solo por una pequeña lámpara eléctrica.

Kahn se acomodó en el suelo y se apoyó en mi regazo, como un niño.

—¿Emil Bilgeri? —pregunté. Le empecé a acariciar el cabello casi sin darme cuenta, luego la nuca, las orejas.

Kahn emitió un murmullo parecido a un ronroneo.

—Bilgeri significa algo así como «nómada» —explicó—. El viajero. El que no tiene hogar fijo. —Hizo una pausa—. Emil… —Le costaba decirlo, como si supusiese la admisión de una debilidad ignominiosa —. Mi madre se llamaba Emilie.

—Ay, Georg.

Él alzó la mirada hacia mí y sonrió, sonrió de verdad.

—Te he echado mucho de menos.

Se me humedecieron los ojos. No deseaba llorar, pero las lágrimas no atendían a razones. Kahn se incorporó para besarme las mejillas y hacer desaparecer las dos o tres aventureras que se me habían escapado.

No quería hablar de lo mucho que lo había echado en falta. No quería siquiera recordar la herida mortal en mi pecho, la convicción de que no volvería a verlo. Era demasiado reciente. Aún no se había cerrado del todo.

—Ahora me tendrás aquí todo el tiempo —aseguré, esforzándome en recuperar la sonrisa—. Nadie debería sospechar de que venga a ver a mi buen amigo Michael Teichergreber. Podría incluso hacer circular el rumor de que me he enamorado de él —bromeé.

Kahn hizo una mueca.

—Nunca pensé que fuese tu tipo.

—¿No? —fingí asombrarme—. ¿Creerás acaso que solo me gustan rubios y esmirriados… a poder ser con ojeras… y una pipa apagada siempre a mano, para mordisquear la boquilla abstraído…?

Él ahogó una risa.

—Sencillamente pensé que de quedarte prendado de otro… no sería Michael. —Encogió un hombro—. Yo tendería más a enamorarme de Alois Licht. —Volvió a reírse, esta vez de mi expresión (exagerada en favor de la comedia) de celos.

—Claro que sí —refunfuñé—. Como que tienes tú alguna

oportunidad con Alois Licht.

Más tarde (no sabría decir cuántos besos después, cuántas caricias; íbamos alternándolos con la conversación a media voz) le pregunté por el traslado de Bettina y Gustav, que tendría lugar el martes.

—No estoy preocupado —me explicó—, dado que el mío no tuvo la menor complicación.

La sola idea de que hubiese podido sufrir algún daño me provocó un arrebato de afecto. Le besé la cara, el cuello, los hombros, allá donde llegaran mis labios.

—Cuánto me alegro de que estés bien —murmuré—. No solo por lo que haya sucedido durante estos cinco años, sino también… —Busqué las palabras—. A nuestros amigos no les pasó nada, claro que ellos estaban en el patio de butacas. Durante el estreno de mi obra, quiero decir. La noche del derrumbe. Pero tú y yo estábamos arriba, y… y yo no salí precisamente indemne. Sin embargo, tú… tú estás bien —concluí, agradecido—. Menos mal que estás bien.

Kahn asintió, pensativo, e hizo inconscientemente un gesto con la mano derecha que me hizo sonreír: buscaba la pipa en el bolsillo del abrigo que no llevaba puesto. (Está, de hecho, todavía en el armario del recibidor de mi casa).

—Fue extraño —confesó—. Durante unos segundos perdí el control y las sombras… —Se interrumpió. No hacía falta que lo describiese. Yo sabía a lo que se refería—. Fueron los primeros instantes, los crujidos escalofriantes, el momento en el que nos dimos cuenta de que nos precipitábamos. Temí que las sombras atacasen a los demás… y en lugar de eso, me salvaron a mí.

—¿Te salvaron?

—Me levantaron en el aire. No sé explicarlo bien. Descendí como flotando, despacio, rodeado por ellas… y no llegaron a disiparse del todo cuando toqué el suelo. Salí del teatro, del barullo de cuerpos y heridos, buscándoos a vosotros, al resto de escritores o a Marianne, Gustav o Bettina… Solo desaparecieron cuando estuve fuera, cuando me sentí otra vez a salvo y más sereno, y la preocupación por vosotros eclipsó al miedo. Entonces oí a Marianne gritar y corrí hasta el Jardín del Pueblo…

—Te vi. Te vi contener las sombras después del derrumbe, entre las ruinas —especifiqué—, y más tarde en la rosaleda, porque habían acorralado a Marianne, y tú llegaste…

—Llegué y se me escaparon todas —resumió él—. Quería ayudar a Marianne, pero mi cuerpo no respondía. Y entonces…

No fue capaz de terminar la frase. Tampoco yo. Los gritos de las personas a las que habían devorado las sombras resonaban en nuestra memoria.

—No sé qué pasó después —dije con tacto—. Me sacaron del parque.

Kahn asintió, más para sí que para mí.

—Consiguieron reducir a Marianne —explicó—. No fue pacífico ni por parte de ella ni por la de los otros. No dejaron de herirla aunque la tuviesen apresada, la pinchaban con sus palos y quemaban con antorchas. Bettina… —Kahn tomó aire—. Bettina lo soportó, no sé cómo. Sentía el dolor de Marianne y también el mío e, imagino, el suyo propio; pero se sobrepuso al horror y me arrastró lejos, al otro lado del Anillo y por las callejuelas, y a cada paso sentía y sentía y sentía la tortura a la que era sometida Marianne, hasta que de pronto dejó de hacerlo, y ya no sintió nada en absoluto; entonces se derrumbó y cayó al suelo de rodillas. Así nos quedamos los dos un buen rato, hasta que el miedo a la Partida de Caza, que empezaba a peinar la zona, nos espoleó y regresamos al Remedio, para descubrir que lo habían registrado ya… y que había dejado de ser un lugar seguro…

Estaba tan impresionado que no me atrevía a hacer ninguna de las preguntas importantes y profundas. Toqué la piel alrededor de la herida, sin atreverme a mancharme los dedos de sangre.

—¿Cómo lo descubrieron?

No era importante.

—No lo sé —admitió Kahn—. Bettina, muy consciente, más que nadie, de la ausencia de Marianne, me dijo… —Suspiró—. No sé si lo piensa de verdad. Tal vez sí. Me dijo que el culpable de su muerte soy yo…

Bufé.

—Tonterías. En todo caso, lo sería yo. Yo fui quien os invité al estreno.

—Todos nosotros decidimos libremente ir —dijo Kahn.

Y la sensación de culpa quedó pegada a nosotros como un barro denso y aceitoso que se mete hasta debajo de las uñas.

—¿Y Gustav? —pregunté.

Kahn se encogió de hombros.

—No vi a Gustav durante el derrumbe ni después. Desapareció completamente. Lo encontramos esa noche, mucho más tarde, cuando acudimos en busca de asilo a la sede de su… —Kahn dejó la frase en suspensión, yo la terminé con la palabra «secta»—. Nos recibió como si hubiese pasado la tarde tranquilamente en el salón. Se había cambiado de ropa y nos dijo que se alegraba de que estuviésemos bien.—Noté que Kahn se tensaba. Aquel era un enfado aún vivo—. Bettina le dijo que Marianne había muerto, y él se mostró extrañado… Ella me ha intentado convencer de que es solo su forma diferente de ver el mundo y de que en realidad sí le importa, a su manera, la pérdida de una persona querida. A mí me parece que, por mucho que diga ella, lo que pasó fue que en cuanto hubo un problema él nos dejó atrás y se puso a salvo. Eso es lo que pienso.

—¿Se lo has dicho?

—Sí. —Kahn torció el gesto—. Le he echado esto en cara y él me ha reprochado habérselo hecho perder todo por mi relación contigo. No te vayas a preocupar por eso tú ahora. Es una acusación infundada, porque ya lo he dicho, al estreno fuimos porque quisimos, y tú no tienes nada que ver con Wolff ni el talismán. Que yo sepa, no fuiste quien le dio la idea de toquetear artefactos cuyo funcionamiento ignoraba.

Sacudí la cabeza. Le acaricié de nuevo la nuca, las mejillas, y con mucha suavidad los párpados cerrados.

—No dejes que sus palabras ni las de Bettina te afecten demasiado —recomendé—. El dolor obliga a la gente a defenderse de quien sea, como sea. También atacando a aquellos que están a su alrededor, por injusto que resulte.

Kahn me besó las manos.

—Eso es verdad —susurró—. Veo que tanta filosofía te ha servido para algo.

Reí, aunque no fue una risa alegre.

—No soy filósofo —admití con algo de pesar—. No llegué a terminar la carrera. Sin embargo, en los últimos años he leído mucha más filosofía que en los meses que pasé yendo a la facultad… Puede que algo haya calado.

A decir verdad, no he leído filosofía porque me interesase especialmente, sino por necesidad: no hay libro en la biblioteca de Holbeinsberg que no haya ojeado. Varios de ellos los he leído más de una vez, incluso; y los intereses de mi madre, que dio forma a aquella colección, eran amplios y dispares.

—Los meses que pasaste en la facultad —repitió Kahn, con sorna—. Es un decir. Los minutos, más bien.

Esta vez la risa fue avergonzada, pero también menos triste.

—Bueno, si vamos a ponernos *exactos* —bromeé.

Me incliné para besarlo. La conversación me había agotado, me parecía que me iba a quedar dormido de un momento a otro. No tenía fuerzas para hablar más. Por suerte, tampoco Kahn quería seguir despertando recuerdos. Con su ayuda, aparatosamente, logré llegar a la cama; nuestra torpeza compartida, en lugar de resultarme embarazosa, fue una excusa para estar más cerca de él.

Se aseguró de que estuviese bien tapado con la manta y, después, dio la vuelta a la cama y se tumbó junto a mí por el otro lado. Nos abrazamos y volvimos a construir con besos ese muro que nos aislaba del resto del mundo.

En fin, aunque durante un instante me había creído a punto de dormirme, pronto quedó claro que me había equivocado. Las primeras luces del amanecer nos sorprendieron todavía despiertos y si Michael Teichergreber hubiese aparecido por la puerta diciéndonos que habían pasado varios días sin que nos diésemos cuenta, no me habría sorprendido demasiado.

Martes 6

Hoy Bettina y Gustav han abandonado el escondite del cementerio para instalarse en la casa de Michael Theichergreber.

Una vez más, me he mantenido completamente al margen, como si no supiese nada de ellos ni de su plan ni de Teichergreber siquiera. Therese se había mostrado sorprendida y creo que un poco disgustada por el hecho de que el domingo pasase la noche en su casa, y no quería atraer más atención hacia mi amigo.

Pasé la mañana en el salón, tranquilamente, y aproveché para escribir una carta a Ida Tornaforte, para contarle mis impresiones de su obra y pedirle perdón por no haberme quedado a saludar al final. Por la tarde fui al Café Funke, porque el Hagel, aunque está más cerca, tiene escalones en la entrada. Tuve suerte, porque encontré en él, taciturno, melancólico y con ganas de perder el tiempo, a Erwin Slokowich. Una camarera malencarada y seria apartó una silla para que pudiese acercarme a su mesa. Me fijé en las palabras que había estado garabateando en un cuaderno y tardé un segundo en darme cuenta de que si no las entendía no era (solo) por la pésima caligrafía de Slokowich, sino también porque estaban escritas en un idioma desconocido para mí, onogúrico o adrino o tal vez bohemio.

Necesité un rato y un café para sobreponerme a la admiración que me produjo la sola idea de escribir *libros* en un idioma que no es el materno. Si los textos de Erwin Slokowich, claustrofóbicos y fantasmales, me erizaban la piel tal y como los conocía, ¿qué efecto tendrían si el autor pudiera redactarlos en su primera lengua, aquella en la que los ideaba, sin necesidad de traducirlos?

—Bueno —Slokowich se encogió de hombros, sin darle demasiada importancia—, tristemente existe una jerarquía lingüística en la literatura. Los que escribís en las lenguas dominantes no sois conscientes de la dificultad que supone para los demás. Para que a mí me lean en la Luminosa tengo que cruzar primero los Dominios del Este. Ya son dos barreras que hay que traspasar, mientras que desde tu casilla de salida se puede llegar a cualquier parte. —Y ante mi estupefacción, lanzó una carcajada—. Hugo Holbein, ¿no te acabará de revelar este peón que eres nada menos que la dama?

Tuve que reírme también.

—Basta —protesté—. Admito que puedo ser corto de miras. Egocéntrico, si quieres. Me doy cuenta tarde de las cosas, ¡pero tienes que concederme que me doy cuenta! Y ahora que lo he hecho, admiro aún más tu habilidad —señalé. Él sacudió la cabeza— y entiendo mejor el trasfondo de tu último proyecto. Era precisamente sobre la dificultad a la hora de escribir, ¿o me equivoco?

—Sí —replicó él, con algo de alegría en su habitual tono lúgubre —, te equivocas. Es sobre la incomprensión, por parte del mundo, de mi escritura, lo cual produce en mí esta melancolía de la que no puedo escapar. Es sobre la aceptación de que mi obra nunca gustará a editores ni lectores.

Asentí con energía. Me intriga esa historia; o mejor dicho, me inspira curiosidad la forma en la que Slokowich ha condensado esas ideas en una narración.

—¿Y la escribiste?

—Sí —suspiró él, como si fuese una mala noticia—. Y por primera vez sentí que me encontraba a mí mismo en ella, que estaba escribiendo algo genuinamente *verdadero*.

—¿Se puede leer?

—Se podrá pronto —se lamentó—. Tuve la pésima idea de enviarle el borrador a un editor al que conozco, que lleva una colección terriblemente comercial, absolutamente opuesta a lo que escribo. —Erwin Slokowich hizo una larga pausa, consciente de que podía permitírsela. No perdió ni un ápice de mi interés—. Le gustó, naturalmente —añadió, resignado a las injusticias del mundo—. Ha insistido en comprar el libro, y por una buena suma de dinero, por lo cual no he tenido la fortaleza para negarme. Como podrás comprender, me hallo hundido en la miseria.

—Enhorabuena —dije con cautela— y lo siento mucho.

—Gracias —aceptó él con dignidad—. No puedo negar que tengo ganas de tener el libro en las manos —confesó, con algo de culpa—. He cosido un bolsillo interior a mi abrigo, con las medidas que consulté previamente al editor, para poder llevarlo conmigo a todas partes en cuanto me envíen los primeros ejemplares. También se lo enviaré a mi familia con una caja de bombones…

Me divirtió que el infortunio de Erwin Slokowich se pareciese tanto a la felicidad del resto de la gente, y disfruté celebrándolo con él, a su manera, hasta que oscureció. Después, mi amigo me acompañó caminando hasta casa, por lo que no tuve que enfrentarme al reto que se ha convertido para mí parar un *fiaker* y tratar de encajar en él la silla de ruedas.

En el comedor me esperaba una carta de Michael Teichergreber en la que me cuenta que ha estado muy ocupado todo el día terminando el «piso de arriba» de una maqueta que supuestamente está construyendo, y que está satisfecho con el resultado. Me invita cordialmente a pasarme por su casa mañana para verla.

Sonreí al pensar que, si los mellizos aún leen mi correspondencia (cosa que no sé con seguridad), deben pensar que mis amigos son aburridísimos.

Después de cenar, pedí a Annika que bajase de mi antiguo dormitorio algunas cajas con mis pertenencias. Abrirlas fue una aventura. No recordaba ni la mitad de las cosas que había almacenado, pero muchas me conmovieron al recuperarlas. Entre ellas, había una caja de madera que no abrí.

Miércoles 7

Fui a merendar a casa de Michael Teichergreber. Había dado la tarde libre al servicio, por lo que pude subir al piso de arriba antes de que oscureciese. En un pequeño estudio que habían acondicionado como salita me esperaban Gustav, Bettina y Kahn. Me quitó un peso de encima comprobar que tenían mucho mejor aspecto que en aquella horrible tumba. Estaban limpios, descansados, más relajados. Bettina no dijo nada, pero leí el agradecimiento en sus ojos. (Me alegré de que no me diese las gracias: ¡solo faltaría! Yo había tenido poco que ver en esto).

Había llevado en el regazo, con cierta incomodidad, la caja de madera. Se la tendí a Gustav, que me miró con desconcierto un segundo antes de reconocerla.

—Así que fuiste tú el ladrón —comentó, no sé si en broma o en serio.

La abrió. Debía intuir que su contenido no era secreto para mí y no debía importarle que lo viesen Bettina y Kahn. Paseó los ojos por la colección de pequeños objetos sin valor que, claramente, sí lo tenían para él.

Noté la calidez en sus pupilas. La ternura que intentaba contener.

Ah, Gustav, me dijiste que en tu vida los demás somos efímeros y quizá sea verdad, pero no me engañas fingiendo que no te importa.

Me pregunté si habría pensado ya qué guardaría para recordar a Marianne, si habría en la caja un hueco para ella. Si en el fondo de su alma, tal vez a altas horas de la madrugada, lo atormentaría su propia cobardía al haber huido durante el derrumbe, si los reproches de Kahn habrían dado en la herida…

Gustav sonrió.

—Veo que no has podido contenerte y has hecho una pequeña aportación —señaló.

Me dio vergüenza. Se me había olvidado que, hace años, coloqué una pequeña figurita en el hueco en el que, según la etiqueta, faltaba un cuco de madera de color rojo.

—Pensé que se habría perdido —me expliqué—. Y que, aunque no sea la original…

—Nunca estuvo aquí —me interrumpió Gustav—. Benedikt decía que *yo* era como uno de esos pájaros. Un cuco. Se cuelan en los nidos de otras aves y lanzan al suelo a sus polluelos para que los padres los alimenten solo a ellos. Él tenía uno de esos relojes y solía decir… —Perdió el hilo de lo que estaba diciendo, absorto en sus propios pensamientos—. En fin. No tengo nada de Benedikt, solo sus palabras. Hay personas que cuando se van solo te dejan eso, un hueco, una ausencia.

No me atreví a preguntarle nada más, pero pensé en ese tal Benedikt, que con tanta franqueza le decía a Gustav lo que pensaba de él y cuyo recuerdo, mucho tiempo después, aún era capaz de cambiarle la expresión.

Más tarde, mientras tomábamos el té que Kahn había ayudado a

Michael Teichergreber a preparar (no puedo juzgar a Teichergreber por no saber dónde está cada cosa en su cocina, porque yo no sabría manejarme en la mía ni siquiera si las encimeras y los cajones estuviesen a la altura de la silla de ruedas), Bettina habló de la posibilidad de salir los tres del Imperio y vivir en la Luminosa.

—Difícil —dijo Kahn escuetamente—. Necesitaríamos ayuda.

Quise decir que si era cuestión de dinero, lo considerasen resuelto, pero callé por pudor y porque sé que también son necesarios los contactos adecuados.

—Mi gente, en parte, ha emigrado a la Luminosa —comentó Gustav, casi a la ligera— y hay quien me ha ofrecido la posibilidad de acompañarlos.

—¿Tú solo? —preguntó Bettina, y cuando él asintió, añadió en tono deliberadamente inexpresivo—: ¿Lo estás valorando?

—Sí —admitió Gustav, transparente—. *Valorando*. Preferiría no irme, ya lo sabes, pero las circunstancias han cambiado y aún cambiarán más. —Ladeó la cabeza—. A la gente de aquí no le queda mucho tiempo —agregó, como si fuese explicación suficiente—. A pocos con los que me cruzo les quedan más de quince o veinte años de vida.

—Tus predicciones se equivocan —intervine.

—A veces —concedió él—. El destino no es inmutable.

—Dijiste que yo moriría este año —acusé—. Me conseguiste meter miedo con esto.

Esperaba que él se riese, pero no lo hizo.

—Aún no ha terminado el año —replicó.

Hay ocasiones, la mayoría, en las que Gustav me sigue resultando una persona odiosa.

Jueves 8

Hoy por la tarde vino a verme Ida Tornaforte, lo cual fue una agradable sorpresa. La invité a tomar un café y estuvimos charlando en el salón, como si yo fuese el señor de la casa. Mis hermanos

estaban fuera.

Me contó que la directora del Teatro Imperial había decidido no renovar su drama, aunque eso no le preocupaba a Tornaforte lo más mínimo. Estaba segura de que, si bien el Imperio aún no estaba preparado para ella, triunfaría en el extranjero. Ya había empezado a traducir el texto, con la ayuda de Ernestine Kmunke, y llevaría la obra no solo a la Luminosa, sino también al norte y al oeste.

Había oscurecido, por lo que parecía decente ofrecer algo de alcohol. Annika nos trajo una botella y brindamos por el éxito de mi amiga.

Después, ella me preguntó por lo que estaba escribiendo yo (que es nada) y pasamos a hablar de libros de amigos comunes.

En ningún momento me preguntó por Kahn, lo cual demuestra que Michael Teichergreber está siendo muy discreto. Bien.

Como no podría perdonarme jamás ser el que sin querer desvelase el escondite, he seguido el ejemplo de Erwin Slokowich y me he cosido (con poca maña, pero es igual) un bolsillo en mis camisas interiores. Cuando no estoy escribiendo en él, llevo este diario pegado a la piel de día y a mi almohada, guardado dentro de la funda, por las noches.

Sábado 10

Llegué a casa tarde de noche, y únicamente porque no me atrevo a pasar *demasiado* tiempo fuera y despertar la preocupación (o peor aún, las sospechas) de los mellizos. Aun así, en el salón, mientras tomaba su infusión junto a la chimenea, Therese comentó:

—¿Cómo se llama este amigo tuyo con quien has pasado la noche?

—Michael Teichergreber —respondí, y solo un segundo después pensé que podría haber mentido, que habría sido mucho más seguro contar que estaba en casa de Magdalene Ster o cualquier otra persona con cuya complicidad pudiese contar—. Es escritor también.

—¿Lo conoces desde hace mucho?

—Sí. Varios años.

Ella asintió. Sentí que estaba pasando el examen, aunque aún podía haber alguna pregunta sorpresa al final. Hubo un tiempo, cuando aún iba al colegio, en el que este tipo de pruebas no se me daba mal. En el presente me encuentro desentrenado.

—Debéis ser muy buenos amigos —insistió Therese.

Para acabar con el interrogatorio, decidí utilizar una carta imbatible: la lástima.

—Está siendo muy bueno conmigo —expliqué, compungido, como si Michael Teichergreber fuese un héroe por seguir hablándome—. No puedo seguir el ritmo a los demás y él es muy comprensivo…

Therese asintió con gravedad. Me costó contener una sonrisa. No sé a qué clase de actividades atléticas cree mi hermana que se dedican mis amigos escritores, pero la mentira cuajó perfectamente y, a sus ojos, Teichergreber se convirtió en el sacrificado ejemplo de lealtad que permanecía a mi lado, aburrido, mientras todos los demás se subían a los árboles, hacían acrobacias y escalaban montañas.

—En momentos difíciles, hacen falta amigos así —dijo ella—. Yo tengo a Johann… —Se dio cuenta, tal vez demasiado tarde, de que teóricamente él era igual de hermano mío que suyo— y a ti. Espero que también tú tengas presente que puedes contar con nosotros.

—Sí, claro.

¿Qué iba a decir?

No fue hasta un rato después, en mi dormitorio, que me he dado cuenta de que Therese quizás estaba indagando amablemente sobre mi vida amorosa. Sus preguntas sobre Michael Teichergreber pueden haber sido una invitación a compartir con ella si mi «amigo» era en realidad otra cosa. Me giré en la cama para hundir la cara en la almohada y que nadie me oyera reír a carcajadas.

¡Mi pobre hermana! ¿Cómo iba a imaginar que había pasado el viernes por la tarde, la noche entera y prácticamente todo el sábado en los brazos de Georg Kahn?

Aunque las circunstancias han cambiado, en los últimos días hemos conseguido recrear algo de la paz de la que disfrutábamos. Recostado contra él en su cama, leyendo sus líneas más recientes (con la luz, la tranquilidad y la tinta que le ofrece Teichergreber, Kahn ha

vuelto a escribir), con él sosteniendo un libro sobre mi cabeza, los dos acompasados en nuestras lecturas, se me llenaban los ojos de lágrimas al pensar en lo mucho que he anhelado esto en las largas tardes en Holbeinsberg. Recuperar lo que se ha dado por perdido puede ser al mismo tiempo feliz y doloroso, porque se conoce el peligro de que vuelva a faltar.

Él se revolvía para acercar el rostro al mío y me apoyaba los labios en la frente, sin llegar a besarme, un amago nada más. No veía mis lágrimas ni yo sentía su beso. No era necesario.

—Te quiero —le dije a Kahn ayer por la noche—. Creo que desde el primer momento.

Él amagó su habitual sonrisa que no es tal.

—Qué va —replicó—. Desde el primer momento no.

Me reí.

—Te querré desde cuando yo diga, faltaría más.

—No nos conocíamos —insistió él—. Nos encontramos por casualidad. Lo valioso son todas las veces que desde entonces hemos elegido seguir buscándonos, incluso aunque objetivamente sea de lo más insensato que nos veamos. Supongo que ahí está el amor —bromeó—, en el desafío a la sensatez.

—Por supuesto que no cambiaría a este Georg por la versión hosca que conocí aquella vez —repliqué—. Creo recordar que poco menos que me sacaste a rastras del Café Drei Raben y me reñiste en la calle. —Él arqueó las cejas, como diciéndome que sí, que lo hizo, y con razón—. Precisamente porque sé lo que eres para mí *hoy* puedo ver la relevancia de ese momento, porque no fue uno corriente, sino un principio… Que un árbol sea grande no resta valor a la semilla; al contrario, querido mío…

Él sacudió la cabeza, como si no estuviera de acuerdo, pero también se inclinó sobre mí y me besó como si yo fuese el árbol, la semilla y el bosque entero.

—Míranos, filosofando —susurró al separarse—. ¿Será verdad que es la ciencia de volver complicado lo sencillo?

—No lo sé. Nunca terminé la carrera.

—Aún estás a tiempo.

—Imposible. Implicaría salir de la cama y lo único que deseo es quedarme aquí contigo.

Al otro lado de las ventanas cerradas caía la nieve. Las calles estaban blancas cuando llegué a casa de Teichergreber, lo tenía presente porque mi silla de ruedas no se lleva bien con el frío. Tampoco yo. Hace años que me destemplo con facilidad.

Esto no era un problema en aquel momento. La manta sobre nosotros resultaba sofocante, los besos de Kahn daban tanto calor como si las llamas ardiesen en la chimenea apagada del dormitorio. Beso a beso, prendimos fuego a las sábanas.

Domingo 11

Acompañé por la mañana a los mellizos al cementerio, a visitar la tumba de nuestros padres, sobre la que quedaban los restos helados de las flores que había puesto por mí el guardés. Johann las retiró, habló un poco sobre ellos, como suele hacer, y después regresamos en silencio. Él empujó mi silla, Therese nos habló de la cacería en la que iba a participar; ella y sus compañeros viajarían hasta que oscureciera, dormirían en un refugio de montaña y saldrían a primera hora de la mañana en busca de ciervos, jabalíes o lobos.

De modo que después de comer nos quedamos solos Johann y yo. Me pasé buena parte de la tarde leyendo el nuevo libro de Magdalene Ster, que encontré llano pero entretenido. Le escribí mis impresiones en una carta, porque me las había pedido, y al hacerlo caí en la cuenta de que soy mucho más crítico que hace unos años, hilo más fino en mis apreciaciones y mis comentarios son más fundamentados. Estos cinco años de lectura intensa y variada me han proporcionado una base firme y extensa sobre la que construir mis opiniones.

No llegué a terminar la carta porque Johann entró en la sala, tomó asiento a mi lado y, completamente insensible a lo que yo estuviera haciendo, empezó a hablar sobre nuestros padres. Suspiré más ruidosamente de lo que permite la cortesía. Dos discursos en un solo día me parecía excesivo.

Cuando empezó a decir que para él lo más importante éramos Therese y yo y que consideraba un deber que permaneciésemos unidos, no pude contenerme más.

—No seas absurdo, Johann —dije con toda la cordialidad que pude—. Tienes una relación estrecha con Therese porque os entendéis bien, siempre lo habéis hecho. Eso no tiene nada que ver con un deber heredado. En cuanto a mí, solo me ves un par de veces al año y con suerte habremos cruzado una docena de palabras en cada ocasión. Ni a mí me gusta lo que haces tú ni a ti te interesa lo que hago yo.

—Tonterías. —Johann estaba genuinamente dolido—. Fui a tu obra de teatro…

—Estabas trabajando.

—Has conseguido publicar algo gracias a amigos nuestros… —Mi hermano había empezado a hablar en plural casi sin darse cuenta, y al hacerlo me daba la razón: eran ellos enfrentados a mí, siempre ellos por un lado, yo por otro—, te hemos apoyado…

—No has leído una sola cosa que haya escrito —señalé sin enfado. No sentía amargura alguna; al contrario, como mucho, asombro. Me sorprendía que Johann insistiese en negar lo evidente—. Y no pasa nada.

Él calló un momento, visiblemente contrariado. Suspiré. En el fondo, me daba lo mismo. El apoyo que habría querido de mis hermanos, en una situación ideal, iba más allá de leer lo que escribiese. Tenía más que ver con estar a mi lado tanto en los obstáculos como en los triunfos, de forma efusiva e inequívoca, tanto en los personales como en los profesionales.

No sabía bien cómo explicárselo a él. Decidí que no tenía por qué hacerlo.

—Johann, no quiero convencerte de nada —dije sencillamente—. Solo te informo de un hecho, y es que aunque te estoy agradecido por haberme cuidado de niño, que sé que no debió ser fácil para Therese ni para ti, es una realidad que no me siento demasiado querido ni comprendido por ti. No pasa nada. Somos adultos los dos. Podemos aceptar que no nos entendemos.

Estaba siendo *todo lo generoso que podía*. Increíblemente generoso.

No estaba diciéndole, al fin y al cabo, lo que llevaba callándome cinco años.

Mataste a Marianne.

Me dolió tragarme aquello, la cobardía de no gritar la acusación. Me dolieron el odio y el horror que me corroían al mirarlo. Me dolió, también, darme cuenta en su mirada herida de que él *me quiere.*

—No se me da muy bien eso, Hugo —dijo Johann.

Pocas veces ha sido tan sincero conmigo.

—Y que lo digas.

Él meditó, mirando al fuego de la chimenea. Tenía los labios apretados y el ceño fruncido. Parecía estar luchando una guerra en su interior.

—No recuerdo ningún gesto de afecto de mamá o de papá —comentó por fin, sin ningún juicio en su tono. Era lo más neutral que podía ser aquella afirmación—. Puede que los tuvieran con Therese.

Como si hubiese hablado demasiado, mi hermano no añadió nada más. Los dos nos quedamos en silencio, él parapetado tras su expresión seria, y yo pensando en él. En él, que se hizo adulto de pronto al morir nuestros padres, que recibió de ellos, si lo que me dijo era verdad, responsabilidades y expectativas, y nada más que eso. En él, que había cumplido con todas ellas lo mejor que había sabido. En él, a quien eso le había bastado y a quien ni siquiera se le había ocurrido, tal vez, que yo podía necesitar de él algo más.

Pensé en Bettina, que no quería admitir que se sentía tan cercana a Kahn que era capaz de percibir sus emociones. En Gustav, en si será verdad o no que la gente pasa por su vida sin que a él le importe, si sería capaz de dejar atrás a Bettina y a Kahn para huir de Ciudad Blanca él solo. En Therese, en su admiración por la princesa y en su incapacidad de transmitírsela.

Y de nuevo en Johann, en el inesperado descubrimiento de que, pese a todo, me quiere. Me sentí culpable por haber creído durante tanto tiempo que no. Me duró un par de horas. Después, cuando mi hermano me dio las buenas noches y fue al piso de arriba, reflexioné sobre las responsabilidades y concluí que no era la mía *adivinar* el afecto ajeno. *No se debe permitir que el amor sea una suposición*, pensé,

sino asegurarse de que sea una certeza.

Entonces, finalmente, pensé en Kahn.

Hace mucho tiempo que no escribo, no de esa forma, y si me atreviese a volver a abrir esa puerta, pondría sobre el papel todo lo que he confiado en que sepa pero que nunca le he dicho. Tendría mi cariño de forma tangible, entre las manos, para poder llevar la certidumbre siempre en el bolsillo. Le contaría cómo en algún momento, desde ese principio que tan poco significativo considera él hasta ahora, en algún momento, no sé cuál, su presencia en mi vida cambió el curso de esta para siempre. Mi camino se hizo a un lado para adaptarse a Kahn, al amor, a la necesidad imperiosa de tenerlo cerca. El paisaje de mi destino cambió, se llenó de ciudades que explorar con él, de refugios en los que acurrucarnos, de horizontes que nunca había imaginado antes; y en su ausencia, cuando pensé que no volvería a verlo, de puertas que no llevaban a ninguna parte y puentes derruidos.

Si yo volviese a escribir, le aseguraría que jamás cambiaría una sola piedra para regresar al paisaje que transitaba antes de que llegase él. Le prometería que lo único que deseo es explorarlo a su lado, que cualquier camino me parece el mejor si lo recorremos juntos. Y que nunca le pediré nada, no esperaré que el viaje sea cómodo ni fácil ni que el cielo esté siempre despejado; solo que me sostenga la mano y me diga que quiere que lo acompañe.

Lunes 12

La soledad de Holbeinsberg me ha arrebatado la costumbre de estar en una casa llena de gente y actividad. Esta mañana, exasperado por las interrupciones de los criados entrando y saliendo de la sala en la que intentaba concentrarme para leer, salí a dar una vuelta. Tuve que convencer a Annika de que soy perfectamente capaz de impulsar la silla sin ayuda y de que de ninguna forma deseaba que me acompañasen ni ella ni Konrad, y aunque más adelante encontré adoquines fuera de su sitio y escalones inesperados, tengo que admitir

que no lamenté mi decisión. Ciudad Blanca está llena de desconocidos, algunos de los cuales están más que dispuestos a acercarse a echar una mano. Gracias a ellos, paseé sin escolta y disfruté en silencio de la mañana invernal.

Al pasar por delante del elegante Café Velours, vi a través de la ventana a Ernestine Kmunke, muy concentrada en un fajo de papeles que tenía entre las manos. Golpeé el cristal con los nudillos. Ella alzó la vista y buscó un momento por encima de mi cabeza antes de hallarme. Sonrió, haciéndome gestos para que entrase, de modo que ingresé sin dificultad en el café (y lo apunté mentalmente en la lista de lugares sin escalón en los que puedo entrar sin ayuda).

—Lo siento, señor, no tenemos mesas libres —me saludó un camarero serio.

—Me están esperando —respondí con igual solemnidad.

Dirigí la silla a través del mar de mesas, obligando a más de un cliente a apartarse de mi camino. Kmunke me saludó con un ademán, se llevó la taza de café que tenía al lado a los labios e hizo una mueca de desagrado.

—Se me ha quedado frío. ¡*Herr Ober*, por favor! —llamó—. Tráigame otro de estos. Y lo que quiera él.

Pedí un chocolate caliente y un trozo de tarta. Lo que estaba leyendo Ernestine Kmunke era una impresión de pruebas del próximo número de su magazín literario *Espíritu*.

—¿Ya está listo? —pregunté, con interés—. Hazme llegar algún ejemplar, ¿quieres?

—Hombre, cómo no —respondió ella—, si eres uno de los autores.

Se me paró el corazón durante un segundo.

—¿Va a salir mi poema sobre la chica que es mil ratas negras?

—Claro. ¿No recibiste mi carta? —Negué con la cabeza y ella resopló—. Ya me parecía raro no haber tenido noticia, si tú siempre estás agazapado con una pluma y un pedazo de papel para responder a la vuelta de correo.

Me hizo reír con aquella imagen.

—¿Me vas a pagar algo? Será lo primero que gane en cinco años.

—Vaya, ahora con exigencias —bromeó ella—. Te pagaré, y más

vale que te me acostumbres, porque me gustaría que me enviases algo más. No para el próximo número, que ya lo tengo completo, para el que le sigue. ¿Harás eso por mí o todavía estás en huelga?

—Estoy en huelga —confirmé, divertido por la expresión—. Aun así, si consigo escribir algo, te prometo que no se lo enviaré a nadie más que a ti.

—Bien. —El camarero nos trajo el café, el chocolate y la tarta. Ella miró el reloj—. En este sales con un relato de Magdalene Ster, un poema de Alois Licht y una sección de recomendaciones, que no sé si mantendré, de Michael Teichergreber, además de un par de textos míos y unas traducciones de Olga Ulmann y de Bernhardine Beaulieu. Todo para que ese crítico del tres al cuarto pueda seguir diciendo que solo publico a mis amigos. —Chasqueó la lengua—. Bueno, y también dos o tres relatos que me ha enviado gente desconocida que sabe bien lo que hace con las letras. Mira que me llega basura, absoluta basura, pero merece la pena leerla solo porque de vez en cuando encuentro estos tesoros. Claro que eso no lo ven los críticos marisabidillos del mundo, ¿a que no?

Sonreí y asentí. Estaba demasiado complacido con el trozo de tarta como para enfadarme con los críticos del mundo.

—Hace mucho que no veo a Magdalene Ster —comenté.

—Tú y todo el mundo —replicó Ernestine Kmunke con una sonrisa de medio lado—. Como está enamorada y, por una vez, el objeto de su pasión tiene la cordura de corresponder… Siempre me he preguntado cómo puede ser alguien tan tonta como para no enamorarse de Magdalene Ster. Pasa más a menudo de lo que te imaginas. Por suerte, esta vez no. Se trata de una señora, además, toda una dama. Se mueve en el mundo de la pintura, pero no es artista, ¡menos mal!, sino marchante de arte. Ster está embobada, no se puede una comunicar con ella ahora mismo. Es lo normal.

Sentí que se me ensanchaba el pecho. Cada amor era una vela encendida en la noche, la luz del de Magdalene Ster se sumaba al mío. Me pareció que el mundo a mi alrededor era más amable.

—¿Y tú? —pregunté a Kmunke—. Si has estado embobada con alguien desde que te conozco, lo has disimulado estupendamente.

Ella se rio.

—A mí no me verás embobada nunca —declaró—. Tengo mis historias, un amigo aquí, otro allá, cuando mi muy ocupada vida me lo permite. Salvo que aspires a ser uno de ellos, debo decirte que todo el asunto no es de tu incumbencia.

No supe responder. Ella, satisfecha, abrió de nuevo las hojas del borrador del magazín y me enseñó la sección en la que había incluido mi poema.

Martes 13

Esta mañana me desperté pronto, antes de que Konrad viniese a levantarme. Desde la cama, puesto que ya no duermo en el piso de arriba sino en la salita de la planta baja, pude escuchar a mis hermanos, que hablaban en el salón. No alzaban la voz: se trataba de una conversación claramente privada, un arrullo que me acompañó en la transición del sueño a la vigilia casi sin que me diese cuenta. Solo podía distinguir sus palabras porque estaba muy cerca y la casa aún no había despertado; el ruido habitual de pasos, puertas y voces hubiese ahogado la charla de mis hermanos.

Sin embargo, todo estaba en silencio. Y yo, con los ojos abiertos y sin moverme del sitio, espié un intercambio que ellos confiaban llevar a cabo sin testigos.

Contuve la respiración, despierto y alerta de pronto, al oír las palabras «monstruo» y «león».

—Cinco años —estaba diciendo Therese—. Cinco años, Johann. Les hemos dado tiempo de sobra.

—Necesitarán el tiempo que necesiten… —respondió mi hermano.

—No —ella lo interrumpió con brusquedad—. Hay que informar a la princesa.

—Estamos a las órdenes del emperador, no de Néné. —El tono de Johann era hiriente—. Por mucho que te pese.

—El emperador no está ya al mando de nada.

—Esa es una opinión, y nosotros trabajamos con base en la

realidad. Franz Leopold sigue siendo oficialmente nuestro soberano. Cuando Helene sea emperatriz, será otra cosa. Aún no ha llegado ese momento.

Se me revolvió el estómago intentando adivinar de qué hablaban. Me imaginé (¡horror!) que habían conservado el cadáver de Marianne, quién sabe con qué fin, tal vez para estudiarlo, para saber más sobre los *monstruos*, sobre cómo acabar con ellos… La habitación daba vueltas a mi alrededor.

—No han conseguido sacar nada de ella en todo este tiempo. Nada. No sé exactamente qué es lo que pretenden, la verdad. Fui a verla ayer y su estado es deplorable, vergonzoso…

—¿Fuiste a la torre ayer?

Entendí que se refería a la Torre de los Locos. La prisión de la que nadie habla nunca. Un conjunto de calabozos y antiguo manicomio en el que se retiene por igual, o eso dicen, a todos aquellos que no se consideren *normales*. La Partida de Caza alimenta esa cárcel de prisioneros, siempre que atrapan a un monstruo con vida, y una vez que los encierra pierde el control sobre ellos.

—Fui para hablar con ella. Tantearla para ver si estaría dispuesta a colaborar con nosotros, como es el deseo de la princesa, a cambio de su libertad. Como es lógico, después de lo que le han hecho pasar, no quiso negociar conmigo… Se volvió a transformar en esa fiera ante mis propios ojos.

Tuve un escalofrío. Fui incapaz de seguir conteniendo la respiración, se me aceleró como si volviese a ser un niño corriendo por el jardín.

Marianne está viva.

Viva y encerrada.

Cinco años.

Pero está viva.

En un estado deplorable.

Pero viva.

—Es un monstruo, Therese —espetó mi hermano—, ¿qué esperabas? No se puede dialogar con las bestias.

—No se puede dialogar con alguien a quien se ha torturado

durante años —replicó ella—. Tampoco yo en su lugar confiaría en la capitana de la Partida.

En ese momento, se abrió la puerta del salón y entró Annika para anunciar que estaba servido el desayuno. Los mellizos se pusieron en pie y se marcharon, dejando la conversación a la mitad. Yo cerré los ojos. Esperé a que Annika se asomase a mi cuarto y fingí dormir hasta que volvió a marcharse. No podía permitirme que mis hermanos sospechasen que lo había escuchado todo.

Me quedé en el dormitorio hasta tarde, y no di señales de vida hasta mediodía; dejé que me lavasen y me vistiesen y aparecí en el comedor para el almuerzo. Therese estaba fuera.

—Buenos días, dormilón —saludó Johann. Me sonrió. Me di cuenta de que intentaba ser amable conmigo, incluso afectuoso.

Le devolví la sonrisa.

—Tenía mucho dolor de cabeza ayer por la noche —mentí—. No pegué ojo hasta las tantas de la madrugada.

—¿Estás mejor?

—Sí, por suerte. He dormido como un tronco hasta hace una hora, y se me ha pasado del todo. —Empecé a comer con apetito—. Esta noche iré a cenar con unos amigos. Seguramente después me quede a dormir allí. Volver de noche me da miedo, con el hielo y la silla… —añadí, porque no tengo complejos al usar la excusa que incomoda a mis hermanos.

—Claro, claro. ¿Te quedarás en casa de este… este amigo tuyo…? —Johann hizo una pausa, pero yo no tenía la menor intención de ayudarlo. Los dos sabíamos que no tenía mucha idea de cómo se llamaban mis amigos—. ¿Eichberger?

—Sí —respondí—. Precisamente.

Por mí podían revolver la ciudad buscándome en casa del señor Eichberger, fuese quien fuere.

Johann suspiró, no sé si aliviado u orgulloso de sí mismo.

—Espero que lo pases bien —me deseó con toda su buena voluntad.

No me sentía capaz de pasar la tarde con Michael Teichergreber, esperando con impaciencia a que su cocinero y sus dos criados se

marchasen para poder hablar con Kahn. En vez de eso, me quedé en casa y fingí que nada había cambiado. Solo me permití escribir una nota rápida («Para confirmar que iré a la cena», le dije a Johann, que asintió sin siquiera mirarme) a Teichergreber: «Dile a Emil Bilgeri que la amiga a la que lleva tantos años echando de menos dio ayer señales de vida».

Las horas se sucedieron lentas, pesadas, más cargadas de minutos que usualmente. Cuando por fin llegó la hora, fui a cenar a casa de Michael Teichergreber, que me recibió con ojos cargados de curiosidad.

—Cuéntame —me pidió, en cuanto estuvo servida la comida—. Ellos no me han querido decir nada.

—¿Crees que podrías dar refugio a una persona más?

Teichergreber me miró, pensativo. No hizo más preguntas. Dejé que hablase él hasta el postre. No tenía la concentración suficiente como para aportar nada valioso a la conversación, solo la justa para asentir y reaccionar a su monólogo sobre el puesto de cazatalentos imperial que ambicionaba, sobre puertas abiertas y cerradas, sobre contactos e injusticias.

Después pasamos a la salita, él fumó, los criados se marcharon y, por fin, Teichergreber me cargó al piso de arriba y me dio las buenas noches. Moví la silla hasta la sala. Las telas blancas que habían cubierto los sofás estaban retiradas. Hacía frío, al estar la chimenea apagada, pero unas velas sobre la mesa hacían lo posible por volver acogedora la estancia.

No llegué a saludar a Kahn. Bettina se interpuso entre nosotros como un tornado.

—¿Está viva?

Su rostro había perdido todo el color, salvo dos puntos de un rojo intenso en las mejillas, pinceladas de agitación, de miedo, de esperanza.

—Sí. Está en la Torre de los Locos.

El tono de su voz cambió. Se le endureció la expresión. Se preparaba para el golpe, se negaba a creer que yo trajese solo buenas noticias.

—¿Qué le han hecho?

—No lo sé. Está mal. Está viva, pero mal. Encerrada. Han intentado convencerla de que trabaje para el Imperio, sacarle información, imagino que sobre vuestro paradero, y quizá más cosas. Ella no ha dicho nada, que yo sepa. Y está viva. Eso es todo lo que sé.

—Voy a sacarla de ahí —declaró ella, casi desafiante, como si pensase que me iba a oponer. Que iba a pedirle que no me metiese en problemas. Que no se enfrentase a mis hermanos.

Una voz queda llegó desde la puerta.

—*Vamos* a sacarla de ahí.

Bettina miró a Gustav, con una mueca de enfado.

—Pensé que ya tenías un pie al otro lado de la frontera. ¿No estabas decidido a marcharte?

—Estaba decidido a que nos marchásemos los dos —dijo Gustav.

—Nunca fue una posibilidad marcharnos los dos —bufó Bettina, lanzándole a Kahn una mirada de reojo. Él, a mi lado, miraba a uno y a otro. Aquella conversación era tan novedosa para él como para mí.

Lo comprendí al instante, y supe que él también. Los dos sabíamos que a Gustav le habían ofrecido ayuda para salir de Ciudad Blanca. Debía haber tirado de la cuerda un poco más, para que le permitiesen llevar con él a Bettina… pero ella se había negado a dejar a Kahn atrás.

Sentí un ramalazo de aprecio que no supe cómo expresar. A falta de algo mejor, apoyé la mano sobre la de Kahn, que descansaba en el reposabrazos de la silla.

—Da lo mismo —replicó Gustav con suavidad—. Esto lo cambia todo.

Dejar a Kahn atrás era una posibilidad para él. Dejar a Marianne, no.

—Ya veo —murmuró Kahn. Noté cómo incluso su mano se tensaba bajo la mía.

Gustav le quitó importancia con un gesto.

—No tengo nada contra ti —dijo con cordialidad—. Solo podía llevar conmigo a una persona. Y siempre hemos sido yo —hizo una pausa deliberada—, Bettina y Marianne. Lo sabes.

—Hace tiempo que no —afirmó Kahn—. Vosotros me aceptasteis en el Remedio, yo os acepté a vosotros. No puede ser que la lealtad y la responsabilidad solo se me exijan a mí. Bettina —la miró con agradecimiento— lo sabe. Tú también deberías. Hace *mucho* tiempo que somos cuatro.

—Mucho tiempo para ti, muy poco para mí —rebatió Gustav desapasionadamente, sin implicarse demasiado en la discusión—. Es lo mismo. Si Marianne está viva, no nos vamos —añadió, dirigiéndose a Bettina—. No sin ella. Está bien. Ya habrá otras oportunidades.

Kahn retiró la mano para cruzarse de brazos. No estaba de acuerdo, pero la única salida que le quedaba era la rabia. Gritarle a Gustav. Plantarse. Exigir que se lo reconociese como parte del grupo. Nada de eso iba con Kahn, con su serenidad desconfiada, con su cautela, con su sobriedad.

Si gritaba, era hacia dentro. Gritos que nadie oía y que no servían de nada. Gritos que solo avivaban esas sombras en su interior.

Entonces, Bettina dio un paso al frente. Para luchar por Kahn. Por el miembro más nuevo de su clan, por aquel al que, hasta hace poco, ella misma se había resistido a acercarse.

—No —dijo con firmeza—. Tú no decides quién es uno de nosotros y quién no. Georg es importante tanto para Marianne como para mí. —Su voz perdió fuerza en esas últimas palabras, pero no por ello sonaron menos sinceras—. Francamente, Gustav, te quiero, pero a veces estoy más segura de su lealtad que de la tuya.

—Tú sabes perfectamente hasta dónde alcanza mi lealtad —respondió él tranquilamente—. No puedo engañarte ni tengo el menor deseo de hacerlo.

—No necesito leer vuestras emociones para eso —dijo ella—. Sé que puedo confiar en ti porque has decidido quedarte y ayudar a rescatar a Marianne. Y, del mismo modo, me basta saber que Georg hará lo mismo. No lo haría si no fuese… si no fuese familia. No necesito más pruebas.

Gustav sacudió la cabeza y no dijo nada más. Kahn respiró hondo.

—¿Cómo lo vamos a hacer?

Los tres se volvieron hacia mí. Impulsé la silla para acercarme a

uno de los sillones. Kahn entendió mi mensaje silencioso, se acercó y tomó asiento. Bettina y Gustav hicieron lo propio en el sofá de enfrente.

—La entrada principal de la Torre de los Locos está vigilada por la Partida de Caza. Cuatro personas, por lo menos. Sin embargo, existe una puerta trasera que está guardada por un único vigilante.

—Bien. Esa es nuestra vía. Una vez dentro, ¿dónde encontraremos a Marianne? —preguntó Bettina.

—No lo sé.

—Lo mismo da. Puedo persuadir a ese vigilante para que nos dé el dato —dijo Gustav—. Si Marianne está débil, tal vez tengas que cargar con ella, Bettina. Yo puedo encargarme del vigilante y después te acompañaré por si nos encontramos con alguno más. Y Georg —agregó, con una nota de ironía—, nuestro querido Georg, aunque forme parte de esta familia como el que más, todavía no controla del todo sus sombras. De modo que lo mejor es que se quede en la puerta.

Kahn apretó los labios.

No dejó que el tono de Gustav lo ofendiese. La idea no era mala.

—Suplantaré al vigilante —propuso—. Habrá que quitarlo de en medio, así que yo estaré en su lugar si llega alguien a buscarlo.

—Uno de los que estén en la puerta principal —señaló Bettina—. Ellos son nuestro principal problema. Si oyen algo de jaleo, acudirán rápidamente, y no tenemos nada que hacer contra cuatro de ellos a la vez.

—No —Gustav sacudió la cabeza—, contra uno solo soy muy eficaz, pero si son varios, mientras me encargo de uno tengo encima al resto. A ti te pasa lo mismo —dijo mirando a Bettina. No se refería a su capacidad de percibir emociones, evidentemente, sino a su fuerza física. Era la única de los cuatro presentes que podía enfrentarse a un miembro de la Partida de Caza; eso no quitaba que cuatro fuesen demasiados incluso para ella.

Kahn rechinó los dientes.

—Y a mí, todo lo contrario. Mis sombras no discriminan entre amigos y enemigos.

—La Partida de Caza no estará en la puerta principal —intervine,

para sorpresa de todos—. Los cuatro guardias se marcharán apenas unos minutos antes de que entréis vosotros.

—No se irán los cuatro —me contradijo Bettina—. Incluso si tuviesen que atender otro asunto, irán solo dos.

—No si reciben una llamada de los capitanes de la Jauría —rebatí—, una llamada desde su propia casa con órdenes de que cierren la Torre de los Locos porque ha ocurrido una emergencia en alguna parte. Si pasa cuando queden apenas diez minutos para el siguiente turno, es de lo más razonable que cierren bien la puerta y vayan los cuatro a donde hacen falta. En poco tiempo llegará el relevo… pero vosotros ya os habréis marchado.

—No hagas esto, Hugo —dijo Kahn—. Te meterás en problemas.

—Sí —reconocí—. Lo voy a hacer de todas formas.

Lo miré con fiereza. Aunque tal vez *yo* no fuese parte de aquel grupo de personas que se habían elegido unas a otras como familia, sí lo soy de otro más pequeño e igual de importante. Hugo Holbein y Georg Kahn. Nuestros nombres habían sido unidos por tinta y papel y, también, por otros lazos intangibles.

Por supuesto que realizaré esa llamada y sacaré a Marianne de la Torre de los Locos. Por supuesto que voy a hacer lo que esté en mi mano para liberarla de mis hermanos.

Lo haré por Kahn, por ella y por mí mismo.

Miércoles 14

Michael Teichergreber tenía que salir pronto hoy, por lo que nos despertó antes del amanecer llamando a la puerta. Me ayudó a bajar la escalera. «Espera a que llegue Humbert, él te traerá un coche». Asentí, muerto de sueño, y me quedé cabeceando junto a la chimenea apagada del salón. El mayordomo de Teichergreber, al llegar, me lanzó una mirada cargada de preguntas, pero tuvo la discreción de no formular ninguna de ellas y, en su lugar, me ofreció un café.

Había dormido apenas unas horas, por lo que al llegar a casa me fui directamente a la cama. Desperté a mediodía, a tiempo para comer

con los mellizos, que estaban ambos en casa. No me habían esperado para empezar: cuando entré en el comedor estaban terminando el primer plato mientras charlaban a media voz en su idioma compartido que nadie más entendía. Me dio un vuelco el corazón al pensar que tal vez lo hacían para evitar que yo les espiase. ¿Albergarían sospechas de que su conversación sobre Marianne había sido escuchada?

Estaba tan preocupado por esta posibilidad que apenas me di cuenta de que habían vuelto a hablar de un modo normal.

—Nos gustaría que vinieras, Hugo —dijo Therese, llamando mi atención—. Esta noche no será más que una cena en casa. Vendrán algunas personas a las que conoces, nuestra amiga Klara, la señora Horvath…

—Sí —respondí—. Claro, aquí me tendréis. ¿Dónde iba a estar si no?

Pensé: *En casa de mi viejo amigo Eichberger*, y contuve como pude una sonrisa burlona.

—Y mañana tenemos un acto oficial en el palacio de la princesa. Habrá una cena y un baile, por lo que puede que se extienda hasta tarde, pero si tú te sientes fatigado y deseas volver antes, no habrá problema…

Acepté todos los planes que me proponían mis hermanos. Mis pensamientos estaban lejos, en el piso superior de la casa de Michael Teichergreber y, también, en la lejana Torre de los Locos.

Después de comer, cuando Therese y Johann se retiraron, escribí una carta a Emil Bilgeri. El palacio de la princesa estaba a una hora a pie de la Torre de los Locos, tal vez a media hora cabalgando al trote y no más de diez minutos al galope, lo cual no estaba permitido en la ciudad, pero probablemente la Partida de Caza lo pasaría por alto al acudir a una llamada urgente de sus capitanes. De modo que si el plan de rescate de Marianne se llevase a cabo mañana, mientras los mellizos estuvieran en la fiesta, contaríamos con unos diez minutos de libertad desde que la guardia abandonase la puerta principal y hasta que llegase a donde estuvieran mis hermanos y se descubriese la mentira. A partir de ese instante, los mellizos llamarían sin duda a refuerzos que acudieran de inmediato.

Diez minutos deberían bastar para salvar a Marianne.

Me bañé y vestí para la cena, a la que asistí casi sin darme cuenta, ausente y distraído. Fui capaz de saludar con agradecimiento a Klara, recordando que gracias a ella empecé a hacer contactos en el mundo literario, y también me acerqué a intercambiar algunas palabras amables con la escritora Horvath, que había dado el visto bueno a aquellos poemas ingenuos y me había permitido recitarlos en su evento.

Ella me dedicó una sonrisa impersonal.

—Imagino que los libros son un gran consuelo para ti —dijo en tono cortés.

Tardé en entender que se refería a mi silla de ruedas.

—Estamos muy orgullosos de Hugo —intervino Johann, con un énfasis que se me antojó forzado—. Es un gran escritor.

Fui dolorosamente consciente de que llevo años sin escribir.

—¿De veras? En ese caso, te deseo mucho éxito —afirmó la señora Horvath, antes de darse la vuelta para hablar con otros de los invitados.

No le tuve en cuenta que me hubiese olvidado. Aquel recital fue hace tanto tiempo que incluso a mí me parece que es un recuerdo de otra persona.

Jueves 15

Hoy Michael Teichergreber pasó el día fuera, por lo que el servicio tuvo el día libre. Llegué a su casa a primera hora, antes de que saliese, para que pudiera dejarme entrar. «¿Te las arreglarás?», me preguntó, con el abrigo y el sombrero ya puestos. «Tengo que salir ya o perderé el tren».

Le dije que se marchase y no se preocupase por mí. En cuanto se fue, impulsé la silla hasta el recibidor. Las puertas estaban cerradas, no se nos veía desde la calle, con lo cual Bettina pudo bajar la escalera y llevarme, sin aparente dificultad, al piso de arriba, mientras Kahn hacía lo propio con la silla.

Nunca había estado tan cerca de Bettina y me dieron apuro el contacto y la posición vulnerable en la que me colocaba aquello, pero me sobrepuse. No sabía entonces que nuestra intimidad iba a crecer a pasos agigantados en las siguientes horas, porque ella había llegado a la conclusión de que su habilidad de leer las emociones de los demás nos sería útil durante el rescate de Marianne.

—Será una forma de saber si todo va bien aunque no estemos juntos —nos explicó.

—Eso es cierto —comentó Gustav, con su estoicismo habitual—, pero requiere una cercanía que no tienes ahora mismo con Hugo, y hasta hace poco no te sentías muy cómoda experimentándola con Georg. ¿Estás segura de que puedes hacer esto?

Ella sacudió la cabeza.

—Mi comodidad no es prioritaria cuando se trata de recuperar a Marianne —declaró.

Así que nos sentamos juntos en la sala, y a la luz trémula de las velas hablamos y hablamos y hablamos. No fue fácil empezar. La reserva de Kahn, la distancia de Gustav, la hosquedad de Bettina y mi propia timidez no eran buena combinación para afianzar lazos, pero todos teníamos un objetivo en mente. Éramos aliados en aquel plan. Todos nos pondríamos en peligro aquella noche, todos dependíamos de confiar en los demás.

No sé quién empezó. Tal vez Bettina, hablando de su habilidad, de cómo funciona, de cómo la siente, de cómo comenzó a hacerlo. De sus padres, inevitablemente, del amor y el sufrimiento, del rechazo, del maltrato. Kahn habló de las expectativas, del destino, del miedo. Gustav habló de la soledad y de la pérdida.

Yo hablé de los recuerdos de mis padres de los que carezco. De sentir que las raíces de los demás se hunden en el suelo como las de los árboles, mientras que yo soy un esqueje que cualquier golpe de viento podría despegar de la tierra. De cargar con un apellido que no significa nada. De *Fräulein* Lilla y de Annika. De no hablar el idioma que mis hermanos usan entre ellos. De la culpa por haber estado ciego a las realidades de las personas que me rodean. Hablé del encuentro con el oso en el jardín de Holbeinsberg, ese oso que resultó ser un

hombre, muerto y escuálido sobre la hierba. De la guerra en mi interior entre el cariño que siento por mis hermanos y el horror que me produce su odio.

Bettina nos pidió que respirásemos, que nos mirásemos, que abriésemos la puerta. Debo admitir que no lo entendí muy bien de primeras, pero después, en un parpadeo, tuvo sentido. Dejé de pensar y empecé a sentir algo que no era yo.

Percibí a Bettina con algo más que la vista. A ella y, a través de ella, a Gustav y a Kahn, a Kahn como nunca lo había sentido antes.

Me quedé sin respiración…

Y ahí estaban, abrumadoras, las conexiones. Entre Bettina y Gustav, ¡Dios mío!, fue como ser el espectador de un momento secreto. Entre Kahn y yo. Entre Bettina y Marianne. Entre Gustav y Marianne. Entre Kahn y Marianne. Vínculos distintos en muchos matices, idénticos en otros, poderosos.

Una red dura y brillante entre nosotros.

Pensé que era *imposible* que el odio de mis hermanos y de tantos otros ciudadanos del Imperio, por muchos que fuesen, lograse vencer frente a aquella unión. Lo que nos impulsa a nosotros es más fuerte. Me maravilló no haberme dado cuenta hasta entonces, que los que perseguían a los monstruos no lo supieran. Podían ganar en distancias cortas, sí, pero perderían inevitablemente en la carrera de fondo.

Salí de la casa de Michael Teichergreber con las primeras estrellas asomando en el cielo, sin haber comido ni bebido en todo el día. Estaba agitado y no sabía si el sentimiento era mío o de los demás o compartido. Ellos percibieron mi apuro cuando tuve que pedirle al cochero que me subiese al vehículo, yo sentí la intranquilidad que los gobernaba durante aquellas horas previas al rescate.

El amor de Kahn latía en mi pecho como un reloj mientras les decía a mis hermanos que finalmente no los acompañaría al baile en el palacio de la princesa, porque prefería acompañar a un amigo, Alois Licht, a una vigilia en conmemoración del Beato Berthold, un acto que al parecer sería muy bonito…

Kahn nunca me había dicho que me quería. Ya no hacía ninguna falta.

Therese y Johann aún no habían salido de casa cuando Licht vino a buscarme con su coche. Subir fue tan aparatoso como siempre, pero él, con su serenidad afable, lo hizo más fácil. Quería que mis hermanos me viesen marcharme, y así se lo había pedido a mi amigo, que me había recogido antes de tiempo. Dimos una larga vuelta, recorriendo las calles amplias de nuestro barrio.

Después, regresamos a casa.

—¿Te espero aquí? —preguntó Alois Licht.

—Si no te importa…

—Claro que no me importa. —Me ayudó a apearme—. Hugo, sabes que puedes confiar en mí si quieres contarme algo.

—Sí —respondí, agradecido.

—Y si lo único que necesitas es mi silencio —añadió él, comprensivo—, también estoy encantado de ofrecértelo.

—Gracias.

Le habría dado un abrazo. No podía. Daba igual; yo nunca he sido de muestras de afecto espontáneas. Nos miramos, nos sonreímos, y fue suficiente.

Mis hermanos debían estar cenando ya. Entré en casa y eché un vistazo al reloj. Faltaba algo menos de media hora para el cambio de guardia, que es al mismo tiempo en el Nuevo Ayuntamiento, en el palacio y en la Torre de los Locos.

Estaba completamente solo, porque al cenar toda la familia fuera, Annika y el personal de la cocina se habían retirado antes; sin *Fräulein* Lilla, el único servicio que se quedaba por la noche era Konrad, que permanecería en las cuadras, atento por si yo requería su ayuda para acostarme, por lo menos hasta que regresasen mis hermanos. Deslicé la silla por las estancias a oscuras. Descolgué el teléfono y me obligué a buscar en mi voz el timbre de la de mi hermano y su cadencia al hablar. Pedí que transfiriesen mi llamada a la torre.

Mientras esperaba, sentía la agitación de Bettina, la tensión previa a la acción.

Hugo.

Oí aquel pensamiento con tanta claridad que por un momento creí que me lo habían dicho a través del teléfono, que los guardias, de

alguna forma, habían descubierto que era yo quien llamaba y no mi hermano.

Hugo.

¿Bettina?

No me hizo falta que me dijese que era la primera vez que lograba no solo leer emociones, sino transmitir *palabras.* Percibí su sorpresa, pareja a la mía.

No tenía tiempo para preguntar cómo ni por qué. Acepté que nuestro vínculo y la implicación de Bettina en aquella operación eran tales que permitían ese milagro, y me centré en lo mío.

Están a punto de irse. Dame un minuto.

Entonces la Partida de Caza respondió a la llamada, y yo les ordené que cerrasen la puerta principal de la Torre de los Locos y acudiesen inmediatamente, que faltando tan poco para que llegase el relevo podíamos permitir que la torre quedase sin vigilancia durante un cuarto de hora, y ellos no cuestionaron mis órdenes y obedecieron, porque se lo decía su capitán. Ni siquiera preguntaron cuál era la emergencia. Eficientes. Raudos. Les bastó saber que debían ir de inmediato al punto más lejano que se me ocurrió.

En el mejor de los casos, cabalgarían hasta allí los cuatro y tendríamos un buen rato para efectuar el rescate. En el peor, alguno de ellos se dirigiría al palacio, donde sabían que estaba Therese (porque jamás dejaría sola a la princesa), para apoyarla o para pedirle órdenes más precisas. Si eso sucedía, tendríamos menos tiempo, pero aun así sería suficiente.

Se van, pensé, con la esperanza de que Bettina me estuviera recibiendo. *No os entretengáis.*

Salí de la casa y regresé con Alois Licht, que me ayudó a subir al coche. Durante el trayecto hasta la iglesia, él me habló del Beato Berthold, que en la Edad Media, además de predicar, se había preocupado por numerosas cuestiones sociales.

—Imagino que era una gran persona —decía Licht, consciente, tal vez, de que yo no estaba del todo atento—. Detestaba a los gatos, eso sí; al parecer exigió que los persiguiesen y matasen por ser animales del demonio, lo cual favoreció a las ratas y los ratones, con sus

consiguientes enfermedades… En eso no estuvo demasiado fino el buen hombre…

Él hablaba y yo leía a Bettina como si estuviese con ella en el asalto a la puerta trasera de la Torre de los Locos. Presencié, a través de sus ojos, cómo Gustav chupaba toda la vida restante del guardia, que era mucha; lo lamenté por aquel joven desconocido y egoístamente me alegré de que no fuera el anciano bonachón que me regaló una charla cortés hace años. Noté el nerviosismo de Kahn mientras desvestía al cadáver, se ponía sus ropas y escondía el cuerpo en un armario; le temblaban las manos y las sombras se le asomaban a los ojos. Compartí el temblor en su interior, el espanto que sentía.

Ese hombre era cómplice de algo terrible, pensó Bettina.

Y yo pensé, aunque intentando no transmitirlo (no sé si lo logré): *Ese hombre era un empleado sin ninguna autoridad sobre lo que sucede en la torre.*

Se me llenaron los ojos de lágrimas. No supe si aquella conmoción era propia o de Bettina o de Kahn. Alois Licht se dio cuenta y me apretó una mano con la suya durante un segundo, sin comentar nada.

Llegamos a la iglesia, bajamos del coche, entramos en el templo lleno de velas. Licht saludó a varias personas, era evidente que aquel sitio era un segundo hogar para él.

Bettina y Gustav subían los escalones de dos en dos. Recorrieron las cinco plantas de la torre, una por una. Un martillo en manos de Bettina, que oscilaba a un lado y a otro, iba reventando con puntería certera los cerrojos de las celdas. Ella y Gustav no se detenían a ver quién había dentro, solo liberaban y corrían, liberaban y corrían.

Deseé estar vinculado de aquel modo a mis hermanos, saber si tenían ya noticia de lo que estaba sucediendo o no.

Un coro armonioso cantaba en la iglesia, su canción llenaba de calidez el amplio espacio. Alois Licht sonreía a mi lado.

En la planta de la tierra no estaba Marianne, en la planta del fuego tampoco; en la planta del aire tampoco, en la planta del éter tampoco.

En la planta del agua, Bettina se detuvo en seco frente a una celda.

Cerrojo abierto.

Un rugido en el interior. Un felino asustado.

Bettina lloró.

Gustav dijo: «Marianne».

Y Marianne volvió a ser ella, ella humana en vez de ella león, y dijo: «Pensé que iba a morir aquí». Y Gustav dijo: «No lo creo».

Entonces sentí prisa, prisa, urgencia, esfuerzo. Bettina ayudó a Marianne a bajar las escaleras con Gustav trotando delante, atento por si oía llegar a la Jauría. Agua, éter, aire, fuego, tierra, y cuando se acabaron las cinco plantas de cinco elementos, llegaron al puesto de guardia, y Kahn les abrió la puerta y salió corriendo con ellos vestido de vigilante.

Y yo tenía miedo, miedo de que eso le hiciese reconocible, de que los atrapasen, de que pagasen todos por aquello. Y ellos tenían miedo (¿o era un reflejo del mío?), pero también estaban exultantes.

En la iglesia, oraciones, historias y canciones. La presencia benévola de Alois Licht junto a mí.

En la calle, huida, huida, huida.

Esperé, tieso como un muñeco de madera en mi silla, hasta que algo más de una hora después, recibí un último pensamiento de Bettina: *Estamos a salvo*. Respondí con agradecimiento. Y ella, imagino que exhausta, soltó el hilo que nos unía, cerró la puerta y volvió a recogerse para que sus emociones e ideas fuesen solo suyas.

Casi de madrugada, Alois Licht me llevó de vuelta a casa. Las luces estaban encendidas, mis hermanos esperaban despiertos.

—¿Has sido tú? —me gritó Johann, olvidados el orgullo y el cariño que había intentado expresar la noche anterior. Le respondí con un ceño fruncido y un silencio desconcertado, por lo que agregó—: Alguien ha hecho una llamada desde casa, haciéndose pasar por mí.

—¿Una llamada? —pregunté, antes de encogerme de hombros—. ¿A quién? Johann, he estado fuera toda la noche. No sé a qué te refieres.

A mi lado, Alois Licht y su firme calma avalaban mis palabras. Therese puso una mano en el hombro de Johann, que se deshizo de ella con brusquedad y desapareció escaleras arriba hecho una furia.

Me volví hacia mi amigo.

—Buenas noches —le deseé—. Muchas gracias por todo. No

olvidaré esta noche.

—De nada, querido. No hay nada como tener cerca a los amigos en los momentos importantes —replicó él con una sonrisa—. Sobre todo a aquellos de los que hacía mucho que no se sabía nada. Buenas noches, Hugo.

Lunes 19

Hace varios días que no veo a Kahn. Mis hermanos apenas me dirigen la palabra, aunque no puedan acusarme directamente y hayan pasado a preguntarse quién tendría la capacidad para colarse en nuestra casa sin dejar marcas de violencia en puertas ni ventanas. Han preguntado a los vecinos, que a la hora de los hechos estaban cenando o recogidos en sus casas. Las calles a oscuras de Ciudad Blanca, en lo más profundo del invierno, no son lugar para entretenerse.

Siempre que hablan de trabajo, esté yo en la misma habitación o no, lo hacen en su lengua inventada. Esto no me ha impedido distinguir el nombre de Gustav Neumann alguna vez; puede que en el cadáver del vigilante hayan reconocido su *modus operandi*. Dada la influencia de Gustav y la red de contactos que al menos en su momento tuvo, no es descabellado figurarse que haya podido orquestar el plan y contratado a un ladrón profesional que entrase en nuestra casa sin dejar rastro (y sin implicarme a mí).

Para no llamar la atención de los mellizos, he procurado seguir una rutina similar a la de los pasados días, saliendo con frecuencia a ver a amigos e incluso durmiendo fuera de casa alguna noche. Lo que ellos no saben es que, en lugar de estar en casa de Michael Teichergreber, he aprovechado para visitar el Café Hagel, el Café Funke y el Café Seide, me he puesto al día con el resto de amigos y he dormido en el acogedor cuarto de invitados de Magdalene Ster.

En el Café Funke me han hecho el favor de recibir mi correspondencia, que recojo todos los días a primera hora de la mañana y de la tarde. Esto me ha permitido mantenerme en contacto con Emil Bilgeri, con quien intercambio cartas a vuelta de correo.

—¿Bilgeri es Michael Teichergreber? —preguntó Ernestine Kmunke en una ocasión, leyendo por encima de mi hombro la dirección del sobre.

—Es un pseudónimo —respondí sin mentir.

En sus cartas, Kahn me cuenta cómo Marianne, débil, llena de heridas y dolores, se va recuperando gracias al sueño profundo entre mantas y con un colchón en lugar del suelo duro, a la comida y, sobre todo, a la esperanza. Rodeada por los suyos, sus dos cuerpos, el de león y el de humana, recuperan la energía que la caracteriza.

Los amigos misteriosos de Gustav, que se ofrecieron a sacarlo (con Bettina, incluso) de Ciudad Blanca, se han marchado sin que se sepa a dónde. Y aunque ese barco haya zarpado ya, ahora que Marianne vuelve a estar con ellos Bettina no deja de hablar del exilio. Con el apoyo de Gustav, intenta encontrar una forma de salir, repasa la lista de contactos que todavía tiene en la ciudad, las alianzas en el extranjero, las puertas que aún no se hayan cerrado del todo.

«Ciudad Blanca se ha vuelto venenosa para nosotros», me escribe Kahn. «Bettina lleva mucho tiempo queriendo marcharse. Gustav está por fin de acuerdo, dado que ha perdido su influencia. Yo siempre he querido quedarme, Hugo, pero no podemos vivir para siempre a costa de Michael Teichergreber, nuestra presencia aquí es un riesgo enorme para él. E incluso Marianne, que siempre se ha tomado la idea de marcharse como un fracaso o una rendición, es consciente de cuánto hemos sufrido los demás cuando ella fue atrapada… y ha dicho en varias ocasiones que, si bien es capaz de soportar su propio dolor, no tolerará el nuestro. Está dispuesta a dejarlo todo y a sacarnos de aquí».

Cada una de sus palabras se me queda colgada de una puntada en el pecho. Poco a poco, pesan tanto que me cuesta mantenerme erguido. Sin embargo, me trago las ganas de llorar y el terror a volver a perder a Kahn, porque sé que tiene razón, que irse es lo único que pueden hacer. Entiendo bien a Marianne. Yo tampoco soporto verlos encerrados, con miedo a salir a la calle, a vivir con normalidad.

Como no puedo suplicarle a Kahn que no se vaya, dedico las horas a fantasear sobre formas de cambiar la sociedad a marchas forzadas, para que el Imperio se convierta en un lugar en el que no haya nadie a

quien se considere un monstruo. Ninguna de las ideas realistas que se me ocurren es rápida y ninguna de las rápidas es realista.

Con las cartas de Emil Bilgeri me llegan también algunas de Michael Teichergreber, que me habla de la editorial que finalmente va a publicar su larguísimo poema, que ha titulado *Cartas de pasión*, y se lamenta porque apenas hará dinero con él. Sigue hablando de ese ansiado puesto como cazatalentos que se asignará antes de que acabe el mes (aún no sabe a quién se lo darán y eso lo tiene consternado), del gasto que supone para él la casa y de que, a la edad que tiene, había imaginado que tendría una posición respetable. No puede con la decepción de no ser el hombre de éxito que había esperado ser.

No encuentro la energía para consolarlo y asegurarle que es una persona muy admirable, un magnífico poeta y uno de los caballeros más cultos que conozco. Tengo otras cosas más importantes en mente. Sus cartas solo suman preocupaciones a las que ya tenía: me inquieta que Michael Teichergreber no hable de Kahn y los demás, que apenas lo haya visto nunca interactuar con ellos. Los tiene en el piso de arriba como si fuesen cajas de trastos en el desván. Intento recordar si alguna vez, cuando he ido a verlos, él se ha quedado un rato con nosotros, si lo he visto intercambiar palabras con Gustav o con Bettina. Ni siquiera me suena que haya conversado mucho con Kahn, aunque hace años eran buenos amigos.

Me pregunto a qué se debe esa distancia, esa aparente indiferencia, y pienso que, sea lo que sea, Kahn tiene razón. No es buena cosa que se alargue esta situación.

Miércoles 21

Antes de la medianoche del lunes murió el emperador.

La princesa Néné, ahora emperatriz de los Dominios del Este, reina de On-Ogur y de Bohemia, le ha sucedido en el trono. La ceremonia, que tuvo lugar ayer, fue muy solemne e incluso emotiva. Mis hermanos estaban orgullosamente tiesos con sus uniformes de la Partida de Caza, aunque imagino que, igual que yo, se preguntaban si

desmantelar su cuadrilla no sería una de las primeras cosas que haría la nueva soberana.

Desde luego, todo el mundo se ha enterado de que el desastre de la Torre de los Locos (porque Marianne no fue la única prisionera que escapó) ha tenido consecuencias para los capitanes de la Partida. Los mellizos han tenido una serie de reuniones de las que han regresado lívidos y tensos. El silencio en la casa Holbein es como el que sigue al chasquido de un arma de fuego lista para disparar.

Por la mañana Therese y Johann salieron juntos. Por cómo iban vestidos, no me cabe duda de que tenían que reunirse con la emperatriz y su consejo. Aunque al volver para comer no me han dicho nada, entiendo que Néné ha descubierto todos los detalles sobre cómo se ha tratado a los monstruos, las desapariciones, las muertes y la tortura en la Torre de los Locos, y que no está nada contenta.

El periódico de la tarde explicaba en primicia que la nueva emperatriz ha impuesto su estrategia de convertir a los monstruos en piezas útiles para el Imperio y ha insistido en que no dejen escapar a uno solo de ellos; asimismo, ha declarado que los gobiernos de los países vecinos han accedido a devolver al Imperio a todos aquellos que consigan fugarse y sean identificados en el extranjero.

Por otro lado, apenas unas horas después de que llegase el periódico, la Partida de Caza anunció una suculenta recompensa para aquel que entregue a uno o más monstruos vivos.

Jueves 22

Para distraer mis nervios, esta mañana fui a hacer un segundo desayuno tardío con Ernestine Kmunke, Magdalene Ster y Erwin Slokowich. Por supuesto, el tema de conversación fue principalmente la vida sentimental de Ster, que pese al bochorno inicial demostró que solo necesitaba un poco de hostigamiento por nuestra parte para hablar sin cesar de su enamorada y contarnos todo lo que necesitábamos para satisfacer nuestra curiosidad. Fue agradable verla tan feliz. Ninguna de las dos noches que he pasado en casa de Ster he

coincidido con su pareja, pero tanto Kmunke como Slokowich la conocen ya, lo cual me parece una injusticia y una deslealtad, y así se lo hice saber a Ster…

Los demás no teníamos muchas novedades que compartir. Slokowich nos contó que su familia por fin había contestado al paquete que él les había enviado con su nuevo libro y los bombones para celebrar la publicación: le habían enviado un telegrama para agradecer el chocolate, sin decir una sola palabra del libro. El hecho lo había sumido de nuevo en un estado de profunda melancolía, pero, como él mismo dijo, «esto no es ninguna sorpresa».

La conversación fue interrumpida por la llegada al café de un hombre a quien Ernestine Kmunke reconoció de inmediato. Se trataba de aquel crítico que tan duramente había valorado su magazín *Espíritu*.

—Le hice llegar un ejemplar del nuevo número, que acaba de salir —nos explicó Kmunke, antes de dirigirse a él a voz en grito para preguntarle qué le había parecido.

Las miradas de varios comensales, muchos de ellos del mundo artístico y la mayor parte de los cuales conocía sin duda el magazín, se volvieron hacia él. El hombre, sin mediar palabra, abandonó el café tan rápidamente como había entrado.

Kmunke bufó y volvió a sentarse. Por suerte, este incidente le recordó que traía un par de ejemplares de *Espíritu* para mí. Los ojeé, muy complacido al ver mi nombre en letras de imprenta una vez más, después de tanto tiempo.

Almorzamos en el café y nos despedimos cuando empezaba a oscurecer. Erwin Slokowich, en un arranque de ternura, nos dio las gracias por pasar el día con él. «¡Ah, si tuviera hermanos como vosotros!», exclamó, como hablando consigo mismo. «Aunque inevitablemente eso os obligaría a tenerme como hermano a mí». A continuación, me regaló un paquetito de papel. Lo abrí en el coche, de camino a casa de Michael Teichergreber: era un pequeño trompo de madera.

Pasé la tarde con Teichergreber, en su salón cálido e impersonal, que aún estaba decorado como lo habían dejado sus anteriores

dueños, los ancianos parientes de quienes había heredado mi amigo el edificio. No fue hasta más tarde, durante la cena, que él dejó caer sobre mí la noticia:

—Puedo ayudarlos a salir de aquí. —Lo miré, en silencio, sin saber qué responder. Él continuó—: Lo he hablado con Kahn. Conozco a la gente adecuada.

—¿Pronto? —Fue lo único que me atreví a preguntar. Él asintió. Me obligué a añadir—: Gracias, Michael. Estás haciendo mucho por ellos.

El sentimiento era agridulce. No quise pensar en ello, hasta el punto de no sacar el tema cuando, después de la cena, me refugié en el piso de arriba, entre los brazos de Kahn. Estábamos solos en la salita, muy ocupados en detener el tiempo. Sobre la mesa, dos velas se consumían hasta apagarse. Él y yo nos arrullamos, enredados el uno en el otro. El mundo era pesado a nuestro alrededor.

Me desperté un rato después, no sabría decir cuánto. Estaba arropado con una manta gruesa, tumbado en el sofá que había compartido con Kahn hasta hacía muy poco. Él se había levantado, pero no estaba lejos. Oí su voz cercana, baja, cuidadosa. No quería despertarme. Conversaba en murmullos con Marianne a varios pasos de mí, cada uno sentado en un sillón, en la oscuridad.

Los escuché como si fuesen una nana.

—No le faltaba razón. —El tono de Kahn era serio, mesurado—. La otra noche no pude ayudar porque sigo sin controlar mi habilidad.

—Ayudaste. Con uniforme y todo —intentó bromear Marianne—. Vestido para la ocasión.

Él no se rio.

—Ya sabes lo que quiero decir. —Hizo una pausa honda—. La noche que te apresaron maté a mucha gente.

—Tú no. Las sombras.

—Las sombras que yo liberé.

—Georg. No estoy intentando restarle importancia a lo que sucedió. Solo digo que creo que puedes llegar a controlarlas, igual que lo he hecho yo, igual que Gustav, igual que Bettina, igual que tantos otros. Eso es lo que tienes que hacer. Aislarte no solucionaría nada.

—Al menos no pondría en peligro a nadie.

—No, pero tampoco lograrías aprender. Y antes o después volverías a coincidir con alguien. Mira. Cuando nos conocimos, llevabas funcionando por tu cuenta un tiempo, ¿no es así? Y no mejoraste tu control sobre las tinieblas. Al contrario, incluso. Estabas completamente desbordado. —Kahn no respondió—. Sin embargo, desde que vives con nosotros te he visto contenerlas en más de una ocasión, y cada vez mejor y más deprisa. ¿Sabes lo que han tenido en común todas esas veces? —Pude ver la sonrisa de Marianne incluso con los ojos cerrados y sin moverme del sofá—. Estabas intentando proteger a otros. Esa es tu motivación. Las demás personas te importan. Esa es tu fuerza frente a las sombras.

Kahn suspiró. Aquello era demasiado bonito y sonaba demasiado sencillo. A él no se le daba bien lo bonito ni lo sencillo.

—A mis padres no los protegí —argumentó. Y tras un instante de duda, declaró—: Y los quería. Me importaban.

—Es verdad —concedió Marianne—. También eras un niño pequeño cuando eso ocurrió.

—Eso no quita que perdiese el control y ellos estén muertos.

—Si estuviésemos hablando de otra persona, de otro niño pequeño, ¿lo harías responsable? ¿O tal vez a los padres que no lo entendieron, que no lo ayudaron a comprender lo que sucedía y a aceptarlo? ¿O tal vez al mundo en el que vivimos, que nos llama *monstruos* y fomenta el desconocimiento sobre cómo somos y lo que necesitamos? ¿Del resto de la gente que, por ignorancia, nos contagia de su vergüenza y su miedo? —Esa vez fue Marianne la que suspiró—. Si todo fuese diferente, tal vez aprenderíamos a vivir con nuestras habilidades desde pequeños y nunca llegaríamos a situaciones terribles como las que has vivido tú. No eres una mala persona, Georg. Nunca quisiste hacer daño a nadie. Tus sombras no son malas en sí mismas.

—Tú has visto lo que hacen.

—He visto lo que hacen cuando estás aterrado por ellas. Ojalá pudiera ver algún día lo que harían si las vieses como una habilidad en lugar de como una maldición.

—Si pudiera contenerlas…

—No, no contenerlas. Usarlas. Descubrirlas. Antes o después, cuando las heridas se cierren, tal vez.

Entonces Marianne calló. Intuí que hacía un gesto. Debía haberse dado cuenta de que yo estaba despierto, porque se marchó silenciosamente y enseguida sentí a Kahn a mi lado, sentándose en el sofá. Se inclinó hacia mí y posó los labios sobre mi frente.

—Túmbate conmigo —le pedí.

Él se pegó a mi espalda y me rodeó con los brazos, y por un rato todo estuvo bien.

Sábado 24

En el periódico *Slora* salió un artículo muy divertido sobre cómo la directora de *Espíritu*, Ernestine Kmunke, se había enfrentado a su feroz crítico en un café y le había preguntado con toda la amabilidad del mundo qué le había parecido el último número de su magazín. «Cómo debe ser esa infame publicación», decía *Slora,* «para que el pobre hombre huyera del local sin atreverse a decir una sola palabra sobre lo que piensa de ella». Junto con la copia del periódico me llegó una nota manuscrita de Kmunke, en la que decía: «Tres días y ya está agotada la edición de *Espíritu*. ¡Solo necesitábamos que un periódico distinguido de primera línea nos llamase *infames*!».

La historia me habría alegrado mucho más de no ser porque Kahn y los suyos llevan dos días planeando su huida de Ciudad Blanca con Michael Teichergreber. Esta noche, cuando llegué a su casa a la hora de la cena, este me explicó que estaba todo preparado y debían actuar cuanto antes, porque todo retraso aumentaría las posibilidades de que alguno de los eslabones de la cadena se descolgase. La operación tendría varias etapas. Hoy mismo (se me cerró la garganta al oír aquellas palabras) debían trasladarse a otro escondite secreto («Por si acaso este está ya vigilado», dijo Teichergreber), y el domingo a un lugar distinto en las afueras, que ni él ni yo debíamos conocer («No sabemos quién puede estar observándonos… bueno, quiero decir, lo sabemos, ya me entiendes»). A partir de ese momento, dejarían de

depender de los contactos de Teichergreber y emprenderían un viaje por el bosque, por una ruta que nadie más que ellos sabe.

Escuché las explicaciones de Teichergreber como si de que las comprendiese a la perfección dependiese el éxito del plan. Mi estado de ánimo era el de un día nublado y oscuro que presagiaba tormenta. Lo único de lo que me alegré, aunque fuese una alegría nacida de la angustia, fue de no saber a dónde irían a esconderse. Nada me daba más miedo que ser yo mismo ese eslabón que fallase.

Sin embargo, más tarde, cuando Michael Teichergreber me llevó al piso de arriba, entró en la sala conmigo en brazos, intempestivamente, como nunca antes había hecho, y pude ver un mapa desplegado sobre la mesa, con una ruta marcada. Marianne lo arrugó al cerrarlo apresuradamente, pero el daño estaba hecho. Conocía bien aquel camino, que salía del valle a través de los Bosques Blancos, subiendo la ladera de la montaña no demasiado lejos de Holbeinsberg. Mis hermanos me habían hecho acompañarlos por él en largas excursiones cuando era aún demasiado pequeño para negarme.

Era un camino relativamente despejado, aunque con la nieve y la oscuridad de la noche podía resultar traicionero. Se me encogió el alma de preocupación y lo único de lo que disponía para intentar calmarla era el silencio. No podía decir nada, no podía admitir que había visto la ruta secreta.

Tuve un momento de debilidad, a solas con Kahn en su dormitorio, y le supliqué que se quedase. El emperador había muerto, la princesa estaba dispuesta a que la gente como él tuviese los mismos derechos que todos los demás. Era cuestión de tiempo que las cosas cambiasen a mejor.

«La princesa no quiere aceptarnos salvo que le seamos útiles», me respondió él, con suavidad. «Tenemos derecho a existir en un sitio donde se nos permita vivir sin más». No recuerdo qué le dije. «Además, incluso aunque las intenciones de la princesa fuesen altruistas, no es solo su postura la que cuenta. Durante estos cinco años, los habitantes de Ciudad Blanca han permitido que esto suceda. No digo que todos tengan algo contra nosotros: a la vista está que no, puesto que los hay quienes se juegan su propia seguridad para darnos

refugio o para ayudarnos a huir. Pero si políticos como Wolff o la Partida de Caza han conseguido que sus ideas echen raíces, es que el suelo en la mente del emperador y de muchas otras personas era el adecuado. La mentalidad de la gente cambiará, espero, cuando nos conozcan como lo que somos y no a través de la imagen asustaniños que han fabricado aquellos que nos odian. Y ser visible no es posible aquí ahora mismo… pero tal vez sí en otros lugares».

Después me dijo: «Estás loco si piensas que, de poder elegir, estaría en cualquier sitio que no fuese contigo».

Y a continuación todo lo que dijimos, en conversación intermitente, inconexa, incluso, es un recuerdo borroso en mi memoria.

Todavía entre sus brazos, callados los dos, sin saber yo si él se había quedado dormido, pensé en los motivos de peso por los que la gente como yo podía temer a los monstruos. Incluso con habilidades como la de Bettina había que confiar en que no la utilizaría para espiar a sus vecinos, para acumular poder, para manipular los pensamientos. Incluso con Marianne, que controlaba su habilidad, había que tener fe en que jamás, en un acceso de ira, le arrancaría la pierna a alguien. Y sin embargo, ¿era justo perseguirles por un daño hipotético? ¿Era mucho más peligrosa Marianne que cualquier cazador con su escopeta? Pensé en los horrores cometidos en los últimos años, los crímenes y la violencia que ocupaban la primera página de los periódicos, y me pregunté cuántos de aquellos habían sido obra de *monstruos*.

Noté los dedos de Kahn acariciándome el brazo. Estaba despierto.

«Debe ser la hora», susurró.

Me alcanzó como un rayo a un árbol solitario. Nuestros caminos se separaban esta misma noche. No sería su compañero por el paisaje que su presencia había alterado en mi destino. Nunca visitaría esas ciudades ni cruzaría esos puentes ni exploraría esos caminos junto a él. Nuestra historia terminaba aquí. En mi historia de amor con Kahn tendría que conformarme con ser un momento querido durante una época oscura; en el mejor de los casos, una ráfaga de llovizna fresca que le hiciera pensar en nuestros paseos nocturnos por Ciudad Blanca;

un beso que le trajera un recuerdo repentino, escondido entre los que compartiese con otras personas más adelante; un ánimo silencioso que lo ayudara a contener las sombras la próxima vez que lo desbordasen.

«Georg», llamó Marianne desde el pasillo. «Nos vamos ya. Hugo se quedará aquí hasta mañana».

Él cubrió mi cara de besos. No sentí ninguno de ellos. Se despidió de mí, se despidió como aquella primera vez, cuando lo hizo convencido de que no nos veríamos más, en aquella calle estrecha cerca del Café Drei Raben, él preparado para dejarme atrás y yo resistiéndome a apartarme de él.

Sí, él se despidió y yo no. Dejé que se marchase y me quedé solo, en una cama demasiado grande, y sabiendo que aunque hubiese querido seguirlo no habría podido.

Domingo 25

A primera hora de la mañana recibimos una llamada que según el operador venía de Holbeinsberg y que, por lo tanto, me pasaron directamente a mí. Sin embargo, por quien preguntaban era por el capitán Holbein; el único policía de la comisaría de Holbeinsberg y los dos pueblos más cercanos, el señor Dietrich, tenía que hablar con él porque habían conseguido atrapar a un monstruo. Deseaba saber si la recompensa que se había ofrecido se entregaría solo a la señora Wechselberger, que era quien había dado la voz de alarma, o si se repartiría entre ella y aquellos que habían colaborado para atraparlo…

—No le sé decir —respondí. El criado había hecho llamar a mi hermano. Le oí bajar la escalera—. ¿Dice que lo ha encontrado la señora Wechselberger? ¿Gertrude Wechselberger?

—Sí, señor. Estaba en casa de otra vecina, Hilda Friedl.

Respiré hondo.

—¿Cómo es el monstruo?

En ese momento, Johann se plantó a mi lado y me arrancó el auricular de las manos. Empujó con fuerza mi silla hacia atrás.

—Al habla el capitán Holbein, dígame.

No abandoné el salón, pero él se preocupó de responder solo con monosílabos para que no me enterase de nada. Después, telefoneó a Therese («Tenemos uno. Te espero aquí») e hizo llamar al mozo para que trajese a Symphony y a Ikarus, sus dos caballos, con la idea de salir en cuanto nuestra hermana llegase a casa.

—¿Querrá que les acompañe, señor? —preguntó Konrad. Las llamas ardían en sus iris cobrizos con más fuerza que nunca, reflejando la luz de la chimenea encendida.

—No. Iremos más rápido mi hermana y yo solos. La Partida de Caza nos seguirá con un carruaje y una jaula; no necesitamos más.

Pasaron fuera todo el día. La casa se quedó vacía, con el servicio recogido en la cocina y yo, sin concentrarme ni para leer, perdiendo el tiempo en el salón. Me sentía solo, tremendamente solo, y no podía dejar de pensar en Kahn. Para escapar de la tentación de seguir escribiendo cartas a Emil Bilgeri que jamás podría enviarle, pedí a Annika que me acompañase a un concierto de la Filarmónica.

Logramos entrar en el edificio con dificultad, debido a los molestos escalones, y tras largas deliberaciones y preguntas, los acomodadores consintieron que me sentase en uno de los pasillos laterales, junto a las filas de butacas. Todo este trasiego me agobió tanto que no fui capaz de prestar atención al principio del concierto. La segunda mitad sí la escuché, aunque no me gustó demasiado. Recordé cuando Therese me había acompañado, hacía muchos años, a un concierto en aquel mismo lugar. Quería complacerme por algún motivo, no recuerdo cuál. Las lágrimas se me agolparon en la garganta y tras los ojos, y lloré en todo el silencio que pude durante buena parte del concierto.

Annika no comentó nada. Al salir, me acompañó a casa sin decir una sola palabra, lo cual agradecí.

Encontramos la puerta principal abierta y el recibidor lleno de miembros de la Jauría. «Es el joven Holbein», dijo uno de ellos a su compañera, y entre los dos me bajaron del carro y me metieron con la silla en casa, sin preguntar siquiera si necesitaba ayuda.

—¿Dónde están mis hermanos?

—Están abajo, señor, con la bestia.

—Venga conmigo, señor —intervino Annika—. Le traeré algo caliente de beber para que entre en calor.

No me había dado cuenta de que estaba temblando.

El salón había sido conquistado por la Partida de Caza, pero Annika me llevó frente a la chimenea, avivó el fuego y se fue a la cocina. Escuché la agitación en el pasillo, aunque no conseguí sacar nada en claro. Annika regresó con una taza de té.

—La tienen en el sótano —me informó en un murmullo—. Una criatura muy menuda.

—¿La van a dejar aquí? —pregunté.

Alcé la voz algo más de la cuenta y una de las mujeres armadas que aguardaban en el salón me oyó. Claramente confundió mi horror con miedo, porque se apresuró a tranquilizarme:

—Solo hasta mañana, no se preocupe. La emperatriz quiere verla, por lo que la trasladarán a primera hora al palacio.

—¿Ante la emperatriz en persona?

—Sí, señor —confirmó ella con orgullo—. La Partida de Caza responde ahora directamente a la emperatriz. Una fracción se encarga de la asimilación de los monstruos para la defensa del Imperio, capitaneada por la señora Holbein; la otra, al mando del señor Holbein, se ocupará del control de las fronteras. Yo formaré parte de esta última.

Así que Néné, en lugar de desmantelar la Partida de Caza, la ponía a su servicio; del mismo modo que en vez de aniquilar a los monstruos, los convertía en herramientas. Admiré su coherencia, aunque no pude evitar preguntarme qué haría con aquellos que no considerase útiles o que no deseasen colaborar con ella.

Se abrió la puerta de la calle. Al cabo de unos segundos, Konrad, con sus ojos cobrizos, se asomó al salón.

—¿Están aquí los señores Holbein?

Fui a responder, pero uno de los soldados de mis hermanos se me adelantó, como si estuviese en su casa y como si no fuese yo, pese a todo, también «el señor Holbein».

—Están en el sótano. No se les puede molestar. ¿Qué pasa?

—He recogido los caballos y quiero saber si van a volver a

necesitarlos esta noche.

—Esta noche no —respondió el hombre en nombre de los mellizos —. Volveremos a Holbeinsberg mañana por la mañana.

—Muy bien. —Konrad hizo un saludo respetuoso con la cabeza—. Hasta mañana, entonces.

Los miembros de la Jauría se arremolinaron en torno al que había hablado, que debía saber más que el resto, y le empezaron a hacer preguntas. Al parecer, todos ellos se habían olvidado de mi presencia, lo cual me beneficiaba. Me quedé quieto, como un gato enroscado junto a la chimenea, sin mirarlos.

—No, hasta mañana nada—explicó aquel hombre—. La princesa tiene que autorizar todas las cazas, por lo que los capitanes se reunirán con ella a primera hora, aprovechando que tenemos que trasladar a la bestia. Con algo de suerte, estaremos saliendo de aquí antes de las nueve.

—De todos modos, esta noche es aún demasiado pronto —intervino otra de las mujeres presentes—. Si la información que nos dieron es buena, echarán a andar por el bosque esta noche, por lo que llegarán de madrugada a la altura de Holbeinsberg, subiendo la ladera por los Bosques Blancos. Su plan es descansar unas horas y llegar a la cima por la mañana. Piensan cruzar por los Requiebros, que es un terreno poco transitado pero traicionero, así que es normal que prefieran hacerlo en el momento de más luz. Ahí es donde los atraparemos.

—Conozco bien esa zona —añadió el primero—. He cruzado muchas veces, aunque por el Paso del Pastor. Es mucho más amable.

—Sí, pero también es más probable encontrarse a alguien, y estos están asustados como ratones.

—¿La información es buena? —preguntó una mujer de más edad, sentada con su uniforme desgastado en una de las sillas tapizadas del salón.

—Más vale que lo sea. Al parecer, el soplón obtendrá un puesto como funcionario si los atrapamos a todos.

Me esforcé en no levantar la vista del fuego, con la esperanza de que la sangre que la rabia había llevado a mis mejillas pudiese

confundirse por un sonrojo provocado por el calor. Me latía la cabeza como si alguien me hubiese atizado con un martillo.

Estaban hablando de Kahn y los demás. Podía ser cualquier otro grupo de monstruos que estuviese intentando huir de Ciudad Blanca esa noche, pero no lo era. Eran Kahn, Bettina, Marianne y Gustav, porque era precisamente hoy cuando huían, porque la ruta, que había visto por accidente, coincidía. Eran ellos, porque el miserable que los había vendido iba a obtener un puesto al servicio de la emperatriz.

El odio me empujó los hombros hacia abajo, me clavó en la silla, me puso la piel tan tirante que parecía que el cráneo se me quisiera salir de ella. Nunca había sentido un desprecio tan furibundo. Aunque sabía que Michael Teichergreber ambicionaba aquel puesto de cazatalentos imperial y que carecía de los contactos necesarios para obtenerlo («Hay que hacer algún favor a alguien influyente», o algo así me había dicho), nunca hubiese pensado de él que fuera a caer tan bajo. Me pregunté por qué lo había hecho ahora y no antes. ¿No había querido que los atrapasen en su casa, con el escándalo que eso habría supuesto? ¿Le resultaba más cómodo dar el aviso para que la captura o la masacre se produjesen en el monte, sin que nadie lo vinculase a ellas? ¿Habían sido en un principio sinceras sus ganas de ayudar y había cambiado de opinión con el tiempo, o desde el principio había estado deliberando para sacar el máximo partido posible de la situación?

Me mareé de las náuseas al pensar en todas las veces que me había llevado en brazos al piso de arriba de su casa, en lo agradecido que me había sentido, en lo buen amigo que había creído que era. Recordé que nunca había hecho mucho esfuerzo por relacionarse con aquellos a los que daba refugio.

Imaginé que mis hermanos estarían felices. Dos golpes de suerte seguidos; un monstruo en el sótano y otros cuatro a punto de ser atrapados. De los cuales tres son presas especialmente apetecibles; Marianne por ser recuperada, Gustav por haberle robado la vida a Oskar Walch, y Kahn por haber cometido el crimen imperdonable de haberme enamorado.

Lunes 26

No había tiempo que perder.

Me retiré a mi dormitorio en cuanto pude, dejé que Annika me ayudase a lavarme y a ponerme el pijama, y me quedé tendido en la cama. Esperé hasta que la Jauría abandonó por fin mi casa. La puerta de mi cuarto se abrió.

Therese comprobaba que estuviese dormido. O tal vez fuese Johann.

No me moví. La puerta volvió a cerrarse.

Esperé aún un rato largo, no sé cuánto. Después, me incorporé.

Me retorcí en la cama. Me arrastré. Me asomé por el borde. Tiré de la silla, la coloqué cerca. Se movía demasiado, tuve miedo, pero no había otra opción. Tiré de mi propio cuerpo con todas mis fuerzas. Salí de la cama, salté al vacío.

No caí en la silla. Caí dolorosamente parte en el asiento, parte sobre el reposabrazos, parte rozando el suelo sin sentirlo. La cadera me dolía, vaya si dolía, un pinchazo infernal que me recorrió toda la espalda. No haber gritado en ese momento ha sido la mayor muestra de heroicidad de toda mi vida.

Tiré, me retorcí, me aupé, luché contra la gravedad y contra mi torpeza, trepé a la silla y me derrumbé sobre ella resoplando y conteniendo un gemido. Estaba mal colocado, pero me daba igual.

Impulsé las ruedas hasta el arcón sobre el que había quedado mi ropa. Tardé una eternidad en ponerme los pantalones, sin lograr subírmelos del todo ni abrocharlos; al menos me abrigarían las piernas. Luego la camisa, un chaleco, un jersey de lana. El abrigo estaba fuera.

Estaba vestido de calle, con el pijama debajo. Menos mal que, si todo iba bien, no me vería nadie. Abrí la puerta de la salita que hacía las veces de dormitorio y me impulsé despacio, a oscuras, hasta el vestíbulo.

Ahí quedó el plan. Junto a la puerta principal encontré a Konrad. Nos miramos mutuamente, igualmente asombrados. Mi sorpresa estaba más que justificada: no solo estaba él dentro de la casa cuando

no tenía permiso ni motivos para haber entrado, sino que además llevaba la palma de la mano derecha hacia arriba y sobre ella danzaba una llama, a poca distancia de su piel. Con ella iluminaba la estancia y sus iris cobrizos, que también parecían estar hechos de fuego.

Lo entendí de pronto.

Era un monstruo.

Todo el tiempo lo había sido. Aquel hombre que había trabajado para mi familia durante años, cuyo apellido yo desconocía, era un monstruo y se había colado en la boca del lobo para salvar a la niña que estaba encerrada en el sótano.

—Sé cómo ayudarla —le dije.

—La voy a liberar nada más —respondió él—. No tengo dónde esconderla. Nadie puede saber que yo… —Se interrumpió. Después, a modo de explicación, agregó—: Tengo cuatro sobrinos pequeños y mi hermana está enferma.

—Nadie lo sabrá por mí. Esto será cosa de los dos. Tú la liberas —insistí— y yo la saco de aquí. —Él lo pensó solo un instante. Debía tener muy claro que no se trataba de un engaño; si hubiese querido dar la voz de alarma y avisar a mis hermanos, ya lo habría hecho—. Ayúdame a ponerme el abrigo y las botas de montar. Y tráeme a mi yegua. Con la montura especial. —Él dudó. Miró la puerta que cerraba la escalera del sótano—. Ella no va a ir a ninguna parte hasta que vuelvas —apremié.

Se dio la vuelta y salió del vestíbulo. La puerta quedó entornada, conmigo como único guardián. Temblaba de frío y de miedo, sin quitar los ojos de la oscuridad del descansillo de la escalera, alerta por si oía un paso o una voz que indicase que los mellizos se habían despertado. Por suerte, la casa permaneció en silencio un largo rato más, hasta que oí los cascos de Zimtstern en los adoquines de la calle y Konrad, tras dejar a la yegua amarrada en la puerta, regresó a mi lado.

—¿Qué vas a hacer con ella?

Me causó perplejidad que me tutease, incluso en aquella situación en la que éramos cómplices desafiando a la autoridad.

—Conozco a un grupo que cruzará la frontera esta noche —

respondí—. Se la llevarán consigo si los alcanzo.

—Debería ir yo. Tú… —Tuvo la delicadeza de no terminar la frase.

—Has dicho que tu familia te necesita. Si vienes conmigo y te atrapan, o si alguien te echa en falta, no habrá vuelta atrás. En cambio, si algo me pasase a mí… —tragué saliva, obligándome a no perder el valor que había logrado reunir—. De mí no depende nadie.

Él asintió.

—Está bien. Te pondré el abrigo —anunció.

Hizo más que eso. Moviéndome de forma brusca pero eficaz me colocó bien los pantalones, me embutió en el abrigo, me puso las botas y me enrolló una bufanda en torno al cuello. Después, puso las manos juntas, como si fuese a recoger agua en ellas, e hizo nacer una llama que me envió con un soplo de aire. La luz quedó prendida junto a mí, en el aire.

—Gracias —susurré, admirado.

—Iluminará el camino —explicó él, conciso.

Se volvió con decisión hacia la puerta de la escalera del sótano, apoyó la mano sobre ella y esta, con un control y una rapidez extraordinarias, ardió hasta consumirse por completo. Ahogué una exclamación. Entonces, sin dilación, él invocó otra llama. Bajó con ella las escaleras. Aguardé, aguzando el oído, aunque el mozo fue muy silencioso, y solo oí el crepitar del fuego durante un tiempo. Después, de pronto, el correteo de cientos de patitas que subían las escaleras.

El vestíbulo se llenó de ratas.

Ratas que se detuvieron y me miraron.

Me reconocieron, tal vez. Olfateaban en mi dirección, con los bigotes ondeando en el aire como banderas.

Y yo le dije lo contrario a lo que había intentado comunicarle la primera vez que la vi, en aquella carpa terrible, cuando me miró con sus iris rojos.

«No te vayas, por favor», murmuré. «Si te vas sola, volverán a atraparte. Yo te ayudaré a llegar a un sitio donde estarás a salvo».

Estaba convencido de que las ratas saldrían corriendo por la puerta, todas juntas, que pasarían entre las ruedas de mi silla y sobre mi regazo, incluso. No fue así.

Por segunda vez, la niña me entendió. La niña flaca y con ojos afilados, pálida, con el cabello corto como un chico. Probablemente se lo había recortado aquella vecina de Holbeinsberg, la señora Friedl.

Entonces lo entendí.

No era la misma niña que la que había visto en la Menagerie.

Aquella desconfiaba y temía a todas las personas. Había crecido con el infame director y con la taquillera que la llamaba «rata manipuladora» y la quemaba con la punta de un palo.

La que tenía delante había conocido la amabilidad. La señora Friedl la había cuidado, le había hablado, le había cortado el cabello sucio. El mozo la había liberado de su encierro. Mi hermana, tal vez, se había dirigido a ella con promesas y peticiones. Había presenciado cómo hace años yo mismo puse a Bettina por delante de mí para que escapase tras el derrumbe del teatro.

Y me veía en aquel momento, tendiéndole la mano.

Las mil ratas negras eran una niña que miraba mi palma y mis dedos y temblaba de miedo, pero no huía. Se acercó un paso a mí. Otro. Y otro.

Quería confiar.

Levantó la mirada hasta mi rostro, escrutó mi expresión bajo la luz cambiante de la llama.

«Por favor», repetí en un susurro.

Ella alzó su mano. La acercó a la mía, llena de dudas, insegura. ¿Sería la primera vez que hacía aquel gesto? ¿Lo reconocería de algún pasado remoto? ¿Le habrían dado la mano sus padres alguna vez?

Sus dedos rozaron los míos.

Yo no podía acercarme más.

Fue ella la que dio otro paso. Los dedos se entrelazaron.

Su mano. Mi mano. Estaba fría, yo ardiendo.

Se quedó a mi lado y estuve a punto de llorar de emoción por el salto de fe, de confianza ciega, que era consciente que estaba dando aquella niña.

El mozo apareció por la escalera. La pequeña se sobresaltó, pero no me soltó la mano.

—Nos vamos —susurré en dirección a Konrad—. Tendrás que

ayudarnos a montar a los dos. A pulso: no hay tiempo de sacar la rampa.

—Me preocupa más que no se deje ella —respondió él—. A la yegua no va a gustarle un pelo.

—Dale un abrigo —indiqué—. Uno de los de mis hermanos, le quedará enorme pero la mantendrá caliente.

Ella arrugó la nariz al ponérselo. Me pregunté si olía a los mellizos.

Salimos a la calle. No solté la mano de la chiquilla hasta que me vi obligado para montar, e incluso entonces procuré no perderla de vista. Temía que se transformase de nuevo y desapareciese en la calle oscura.

Konrad, con dificultad pero gran decisión, me aupó hasta el lomo de Zimtstern, que con su extraordinario temple no se inmutó ni cuando me revolví sobre ella hasta acomodarme ni cuando la niña que era mil ratas negras subió delante de mí. No lo hizo deprisa, sino con reserva y desconfianza, acercándose al animal, retrocediendo cuando el mozo intentaba ayudarla y tendiéndome la mano, como si quisiera que yo mismo la levantase de un tirón. Finalmente, entre todos logramos acomodarla en la silla. No le molestó que colocase un brazo a cada lado de su cuerpo para sostener las riendas.

Por fin, el mozo me enganchó las piernas a la montura.

—Tened cuidado —nos recomendó.

—Gracias —le dije—. Muchas gracias.

Él sacudió la cabeza, como si me dijera que no había que darlas, que estábamos todos luchando en el mismo bando.

No quise esperar más. Chasqueé la lengua y Zimtstern echó a andar al paso, despacio, serena. La niña se estremeció, pero no hizo ademán de querer saltar. Le fui hablando, en voz baja, mientras nos alejábamos de las calles residenciales. Le preguntaba si estaba bien, si tenía frío; le agradecía que se estuviese tan quieta, le avisaba de que pronto iríamos más deprisa y le pedía que no se asustase. No sé si me entendía. No se movió. Colocó las manos sobre mis muñecas, se agarró con fuerza y permaneció callada y quieta, con el abrigo de uniforme subido hasta las orejas.

Estaba empezando a nevar.

En cuanto salimos de la ciudad, puse a Zimtstern a galopar. Recorrimos calles y caminos, hasta estar solos, sin más luz alrededor que la llama que aún flotaba junto a mi hombro, flanqueados por prados blancos e hileras de árboles. Solo se oía el retumbar de los cascos de la yegua, apenas ahogados por el profundo silencio de la nieve.

Cabalgamos durante horas. Los tres éramos uno, sudorosos, cansados, doloridos. No nos detuvimos. No nos podíamos detener.

No, porque por la mañana saldría la Jauría a dar caza a Kahn y los demás.

Teníamos que alcanzarlos nosotros antes.

Llegamos a Holbeinsberg bien pasada la medianoche. Si lo que había dicho aquel hombre de la Partida de Caza en nuestro salón había sido cierto, probablemente estaríamos llegando tarde. Aun así, dirigí a Zimtstern para apartarla del camino principal y tomar el sendero que se internaba en el bosque. No me atrevía a galopar entre los árboles, por miedo a que la yegua tropezase con alguna raíz.

Lo único bueno de aquella etapa del camino era que la nieve ya no nos caía encima.

Lo malo era la oscuridad y los sonidos del bosque. Los años de advertencias de *Fräulein* Lilla para que no me acercase al bosque y, mucho menos, de noche. «Hay jabalíes», me decía. «Si te encuentras a uno de ellos, no volveremos a ver nunca al pequeño Hugo».

Temblaba a lomos de Zimtstern y ella, sintiendo mi miedo, resoplaba y movía las orejas hacia atrás.

«Todo va a ir bien», murmuré en voz alta, hablando con la yegua, con la niña o conmigo mismo. «Estamos juntos y todo va a ir bien. Este camino lo conocemos. Los alcanzaremos enseguida».

Nunca había cabalgado durante tanto rato seguido. Era un témpano de hielo a lomos de la pobre yegua, que mostraba signos de una fatiga cada vez más profunda. La única que permanecía imperturbable, como si fuese consciente de la magnitud de nuestra misión y esta bastase para darle fuerzas, era la niña. Cabalgamos hasta que, a altas horas de la madrugada, estuvimos cerca de los Requiebros.

Si era cierto lo que había dicho la Partida de Caza, lo que Michael Teichergreber, el traidor, les había comunicado; si mis amigos se habían atenido a sus planes, entonces debían estar cerca, descansando para alcanzar la cima cuando llegase la luz. Intenté verlos entre las siluetas de los árboles del bosque, que nos rodeaban como centinelas.

Y distinguí el brillo de dos ojos húmedos.

Al principio, sin pensar, creí que se trataba de aquel oso. El monstruo que me había acechado en el jardín de casa hacía quince años. El hombre hambriento que se había visto sorprendido mientras intentaba colarse en nuestra despensa. Aunque no podía ser él.

Lo segundo que me vino a la mente fue un nombre. *Marianne*. Aunque no tuve la suerte de que fuese ella.

Finalmente, la tercera opción. La voz de *Fräulein* Lilla. «No volveremos a ver nunca al pequeño Hugo».

Detuve a Zimtstern con un firme tirón de las riendas. Quería cambiar de rumbo o recular, pero no tuve opción. El jabalí interpretó nuestra pausa como un desafío y cargó contra nosotros, apuntando sus colmillos afilados como cuchillos a las patas de la yegua. Aquella bestia era capaz de cortar hasta el hueso y, sin Zimtstern, estaríamos perdidos. Traté de obligarla a retroceder, pero ella, presa del pánico, salió al galope hacia delante. Lo único que pude hacer fue mantenerme a duras penas sobre la silla, sosteniendo con una mano las riendas y con el brazo contrario a la niña.

Los árboles se sucedían deprisa, sus ramas parecían brazos armados de garras que intentaban atraparnos. Las zancadas de Zimtstern eran desiguales sobre el suelo irregular, el retumbar de la carrera del jabalí despertaba un miedo antiguo en mi estómago. Entonces, ante nosotros se abrió un abismo, una grieta: una de las muchas que preceden a los Requiebros. La yegua se detuvo, sin atreverse a saltar.

El jabalí la alcanzó por fin; el contacto hizo decidirse a Zimtstern, que corcoveó asustada. Me resbalé hacia la izquierda, sin poder evitarlo, y fui incapaz de recuperar el equilibro ayudándome solo con los brazos agarrotados. La niña y yo nos precipitamos al suelo, donde me quedé colgando patas arriba, con los pies aún enganchados a la

silla, que se había aflojado y colgaba del revés…

Hice un esfuerzo para doblarme sobre mí mismo. Me rugieron los músculos abdominales. Logré alcanzar la cincha y deshice con dedos torpes por el frío la hebilla que sujetaba la silla al costado de la yegua, que no dejaba de moverse. El jabalí estaba entre sus patas, ella lo mordía, él cargaba una y otra vez. Entonces, libre por fin, Zimtstern saltó hacia los árboles y se perdió entre ellos.

El jabalí, en lugar de ensañarse con nosotros, la persiguió.

Me derrumbé en la nieve. Estaba boca arriba, en un claro junto a aquel desnivel abrupto del suelo; sobre mí, el cielo estaba empezando a despejarse. Había dejado de nevar, pero a mi alrededor la capa blanca era muy gruesa. Me tapaba las orejas, me llegaba hasta la nariz.

Estábamos a oscuras. La llama que hasta ese momento nos había acompañado se había apagado.

Las estrellas se veían muy bien.

Tardé en darme cuenta de que estaba tiritando. Empapado de sudor, mi cuerpo se enfriaba rápidamente. La preocupación tuvo que luchar contra la modorra que se había empeñado en gobernarme. Perdió la primera. El alivio de que el jabalí se hubiese alejado dio la bienvenida al sueño.

La niña que era mil ratas negras se convirtió en ellas. Pensé que se marcharía sin mí. Se iría otra vez a vivir al bosque. Ella, en cambio, se me acurrucó encima, tapándome con mil cuerpecillos peludos. Gracias a ella conservé el calor un rato más, pero no pudo impedir que comenzase a sumirme en un sueño denso y suave, inevitable. Apenas me di cuenta de que se me congelaban los dedos y la nariz. La velocidad del mundo entero había disminuido.

Contemplé las estrellas, con estupor ante su belleza, sin recordar qué me había llevado a internarme en el bosque de noche. Poco tiempo después, perdí la conciencia.

«Hugo», fue lo último que escuché.

Y entonces, morí.

Lógicamente, todo lo que sucedió durante la siguiente hora no lo vi.

Estaba muerto, tendido en la nieve. Bajo las estrellas.

Mil ratas negras tiraron de mí, me movieron, me arrastraron unos metros. A dónde me llevaban, no lo sé. Tampoco ellas. Solo querían ayudar, obligarme a despertar, sacarme de ahí. Cuando se dieron cuenta de que aquello era imposible, regresaron a mi lado. Temblaron contra mí. Se preguntaron, tal vez, si morirían conmigo o si me abandonarían. No llegaron a decidirse.

Al otro lado de la grieta en la roca, Bettina Mottl había notado un último temblor en ese vínculo que nos había unido.

La verdad es que no merecía la pena intentar ayudarme. No solo porque mi corazón había espaciado los latidos tanto que hacía minutos del último, sino porque ella, al fin y al cabo, no me debía nada. Con toda la razón, nunca me había querido a su alrededor. De haber estado yo en su lugar, jamás habría dado la voz de alarma. Hugo Holbein de Holbeinsberg era un extraño, un joven a quien sus propios hermanos consideraban un lastre, alguien a quien perpetuamente tendrían que cuidar; un ridículo aspirante a escritor que apenas había despegado, cuyos únicos éxitos habían sido raspados de los logros de sus amigos, que hacía cinco años que no producía nada. Sin carrera, sin trabajo, sin ambición.

Un montón de sueños frustrados que había dejado de respirar.

Bettina Mottl no es como yo.

Ella, pese a estar exhausta tras recorrer a pie el camino que yo había cabalgado, despertó a sus compañeros. Igualmente agotados, ellos la siguieron por el bosque aún a oscuras. Confiaron en su intuición. Llegaron hasta el otro lado del abismo.

Y Kahn, al verme, gritó.

De su boca no salió voz, sino oscuridad. Un torrente de tinieblas se internó en el bosque, conquistó cada trozo de tierra, de tronco y de roca. Sombras que rodeaban la montaña, que se entrelazaban, que inundaban el abismo hasta formar un puente tenue sobre él. Una niebla negra que dio alas a Kahn y le permitió volar hasta mí, sin darse cuenta de que lo hacía, y tomarme entre sus brazos. Sus lágrimas se derramaron sobre mi rostro blanco y helado.

Las ratas se habían retirado, asustadas. Marianne, transformada en

león, cruzó majestuosamente el puente oscuro, seguida por Gustav y Bettina. No se atrevieron a acercarse demasiado; permanecieron inmóviles como estatuas, solemnes, a unos pasos de nosotros.

Kahn lloró durante largo rato. Después, cuando por fin alzó la mirada, se encontró con los ojos inquisitivos de la niña que era mil ratas negras.

Probablemente fuese la primera vez que era testigo de un llanto, pero eso no le impidió entender lo que significaba. Y supo que quien llorase mi muerte era sin duda un amigo.

Kahn dijo:

—¿Quién eres?

Y ella respondió lo único que sabía:

—*Ratas*.

Toda su vida no había sido más que ratas.

Kahn se secó las lágrimas con el dorso de una mano, con mi cadáver aún tendido sobre su regazo. Se negaba a soltarme.

—Ya veo —contestó, con una voz tan baja como el rumor de las hojas de los árboles. La niña, con su finísimo oído, no se perdió una palabra—. Durante mucho tiempo también yo pensé que era sombras. Hace poco he empezado a dejar de tenerles miedo. Tú eres ratas, pero estoy seguro de que también eres mucho más.

La niña lo escuchaba sin responder.

No tenía palabras.

—¿Tienes un nombre para todo lo que eres más allá de las ratas? —preguntó Kahn.

Ella negó con la cabeza.

El mundo se había detenido del todo, solo existían ellos dos, en mi tumba en medio del bosque; un fugitivo acompañado por otros tres proscritos, una niña con el abrigo del uniforme de la Jauría.

—¿Quieres uno? —Ella asintió y él, solícito, le ofreció el mejor que tenía—: Emilie.

Entonces la niña sonrió y aquel intercambio, un nombre por una sonrisa, selló un pacto entre ellos.

Marianne se adelantó unos pasos. Sus patas acolchadas no hacían ningún ruido sobre la nieve. Con delicadeza, dio la bienvenida a la

niña con un parpadeo lento de felino. Apoyó la cabeza en el hombro de Kahn.

—Tenemos que dejarlo aquí —dijo con voz grave, como un rugido quedo.

Las lágrimas volvieron a agolparse en los ojos de Kahn, que inconscientemente me volvió a atraer hacia su pecho. El gesto bastó para que se entendiese su resistencia. Marianne calló, consternada; balanceó la cola a un lado y a otro, sin atreverse a insistir.

Fue Gustav quien rompió el silencio.

Avanzó hasta nuestro lado, con aire de ligero fastidio. Algo de condescendencia, tal vez. Suspiró.

—Esta bien —cedió, como respondiendo a una súplica que no había tenido lugar—. Está bien, Georg.

Me colocó una mano en la frente, exhaló y, como si no le costase mucho esfuerzo, cambió el orden del flujo de la vida. Me insufló tal cantidad de energía vital que mis ojos se abrieron. El corazón había vuelto a empezar a latir. Los pulmones, tras un pequeño espasmo, se llenaron de aire. La sangre comenzó a circular. La carne recuperó el calor con un hormigueo desagradable.

Gustav me regaló años y años de vida, y a medida que renunciaba a ellos, sus arrugas se volvían más profundas, su piel perdió firmeza y elasticidad, se secó y reveló algunas manchas oscuras. Sus pómulos parecieron en pocos segundos más hundidos. Sus ojos se escondieron tras unos párpados hinchados. Él cambió y yo cambié.

Y dije:

—Georg.

Y él dijo:

—Hugo. —Aunque le entendí «Ay, Hugo», y eso me hizo reír.

Mientras yo reía, él lloraba. Me besó toda la cara, las mejillas heladas, la frente, la nariz.

—La niña… —balbuceé—. Era prisionera de la Jauría…

Ellos sabían quién era. Habían planeado su rescate durante días, aunque nunca hubiese llegado a tener lugar.

—¿Tiene familia? —preguntó Marianne.

—No —dijo Emilie.

Me sobresalté al oír su voz.

—Ahora sí tienes —resolvió Marianne, y a la niña que era mil ratas negras no le causó ninguna perplejidad que le hablase una mujer que era un león.

Ella se echó en el suelo para que entre Kahn y Bettina, tirando de la silla de montar a la que continuaba amarrado, me subiesen a su lomo. Caminamos por la linde del bosque, seguidos por un séquito de ratas negras, hasta llegar a un claro estrecho, en el que las sombras de Kahn habían retenido a Zimtstern. Mi yegua resopló, aterrorizada, y necesitó una buena dosis de murmullos y caricias de Bettina para calmarse. Su miedo era más que comprensible: aún nos rodeaban las sombras y había un gran felino a poca distancia de ella.

—No podéis cruzar los Requiebros. —Hablar era más fácil a cada momento que pasaba, según recuperaba aliento y calor—. La Jauría os esperará en ellos. Ha habido un soplo…

No quise decirlo, pero todos supieron a quién me refería. Vi un reflejo de dolor en la expresión de Kahn. Michael Teichergreber había sido un buen amigo suyo durante muchos años.

—¿Qué hacemos? —dijo Marianne, mirando a los demás—. El Paso del Pastor está demasiado descubierto.

—No si vamos de noche —propuso Bettina—, y menos todavía si Kahn se asegura de que esté oscuro.

Él asintió. Seguía a mi lado, con el brazo enroscado en el mío.

—La Partida de Caza no llegará hasta media mañana —aseguré—. Descubrirán a primera hora que hemos escapado y con suerte perderán algo de tiempo buscándonos. En cualquier caso, no pueden daros caza sin el permiso de la emperatriz.

—Si seguimos el viaje ahora mismo, si no descansamos hasta estar a salvo al otro lado, podemos conseguirlo —afirmó Bettina.

—Tenemos que continuar la marcha ya. —Gustav, que se había sentado a un lado del claro para aprovechar cada momento de descanso, se puso en pie.

Marianne me dio las gracias. No supe por qué. Por venir a avisarles. Por traerles a la niña que era mil ratas negras. Por que me importasen.

Sacudí la cabeza. Era a ellos a quienes debía un agradecimiento por salvarme la vida. Aunque no hacía falta pronunciarlo en voz alta, porque con los vínculos de Bettina o sin ellos, había lazos entre nosotros.

Kahn se volvió hacia mí. Nos miramos; en él ardía una esperanza furiosa, mientras que yo era todo agua del deshielo, consciente de su destino y en movimiento.

Me incliné para besarlo.

—No puedo —respondí antes de que él me lo pidiera.

Aun así, lo hizo.

—Ven con nosotros. Ven con nosotros, Hugo, por favor.

Elegir no separarnos. Viajar juntos. Dormir a su lado cada noche. También escondernos, huir, saber que soy un problema para ellos. Sin silla de ruedas. Sin Zimtstern. Sin nada que me haga fácilmente reconocible. Con mis hermanos a nuestros talones. Irme con Kahn era proporcionarles un incentivo nuevo para no cejar hasta atraparnos.

Kahn sabía todo aquello y aun así me suplicaba que lo acompañase.

Lo decía por amor, nada más que eso. Y precisamente por amor debía negarme.

—Tengo que quedarme —murmuré, tomando su rostro entre las manos, llenándolo de caricias—. No os hago ningún favor acompañándoos… y, sin embargo, puedo hacer mucho desde aquí.

Mi papel era quedarme en el Imperio. El camino hacia el futuro se había vuelto intransitable para ellos, pero yo podía desbrozarlo. Mi papel no era acompañarlos en su viaje, sino quedarme atrás y trabajar para que los *monstruos* volviesen a ser bienvenidos y libres en los Dominios del Este algún día.

Supe que Marianne me había entendido y que, con su silencio, me apoyaba. Yo habría deseado no separarme de ellos, pero me quedaba. Ella habría deseado permanecer en la ciudad y luchar por sus derechos, pero se iba para salvar a su familia.

Bettina ensilló a Zimtstern y me ayudó a montar. Les dije adiós, a ella, a Gustav, a la niña que era mil ratas negras. Finalmente, solo quedó Kahn.

De todas las veces que nos habíamos despedido, solo me habían parecido relevantes tres.

Esta iba a ser la última. Los dos lo sabíamos.

Nuestros caminos se separaron antes del amanecer. Por un lado, Marianne guio a su familia montaña arriba, con una maraña de sombras protectoras alrededor. Por otro, Zimtstern y yo bajamos la ladera al paso, hasta salir del bosque. Nuestra luz se había apagado, las estrellas en el cielo iluminaban el sendero.

Volvíamos a casa.

Cuatro años Después

Esta mañana, como de costumbre, dejé el pequeño despacho (antiguo armario con ventanuco) que me han puesto en la planta baja del Nuevo Ayuntamiento para acercarme al Café Funke y desayunar con Magdalene Ster y Ernestine Kmunke. Me detuve antes de cruzar la calle al oír mi nombre, y tuve que mirar varias veces a mi alrededor antes de reconocer, a varios pasos de distancia, al hombre que paseaba por los jardines junto a un muchacho de doce o trece años. Me acerqué a ellos con una sonrisa desconcertada, completamente tomado por sorpresa.

—No me lo puedo creer —dije a modo de saludo, estrechándole la mano con viveza—. ¿Has vuelto a Ciudad Blanca?

—Estoy solo de paso —respondió Felix Vizner—. En tu casa me dijeron que te encontraría aquí. —Se volvió hacia el niño, con expresión de orgullo—. Te presento a mi sobrino Oliver.

—Un placer. —Le tendí la mano. El muchacho, cohibido, miraba mi silla de ruedas con curiosidad y vergüenza. Quizás era la primera vez que veía una—. Voy precisamente a tomar un café con Kmunke y Ster. Ven a saludarlas.

—Las vi ayer. Les pedí que no te dijesen nada para que fuese una sorpresa. —La sonrisa de Vizner era tan cálida como la recordaba—. Mira, te he traído una cosa.

Me entregó el paquete y supe, antes de abrirlo, que era un ejemplar de su novela *Un extraño*, que había terminado de escribir el año anterior y se había publicado hacía unos meses, gracias en parte a mi recomendación. Por supuesto, yo tenía ya un par de copias de cortesía en el despacho, pero esta era especial, porque venía dedicada.

—Muchas gracias. —Y añadí, con sincera alegría—. Está gustando mucho.

—¿Y el tuyo qué tal va? —preguntó él, refiriéndose a mi última colección de poemas, que muy poco sutilmente había titulado *Monstruo*—. Estoy disfrutándolo mucho, aunque imagino que habrá despertado todo tipo de reacciones.

—Es como debe ser. —Me encogí de hombros—. No estaría cumpliendo su función si solo sirviera para complacer a aquellos que piensan como yo. Tengo que dirigirme a los que no, con la esperanza de abrir las miras de alguno, y saber que por el camino enfadaré a otros tantos… —Sacudí la cabeza—. Estoy contento, pero tengo que admitir que en este momento, me importa más la obra de mis autores que la mía propia.

Vizner rio.

—¡La satisfacción del cazatalentos! Eso es vocación.

—¿De verdad que no te vienes a tomar un café? —Miré al niño—. ¿No te apetece un chocolate caliente? Venga, vamos a convencer a tu tío.

Oliver parecía dispuesto a dejarse seducir por la posibilidad de un segundo desayuno, pero Vizner volvió a darme la mano para despedirse.

—No puede ser. Solo hemos venido a recoger una caja de libros y a visitar a la abuela de Oliver. Tenemos que tomar el tren dentro de un momento. Me alegro de haberte visto, Hugo, espero que la próxima vez podamos hablar con más calma.

—Ven cuando quieras —le pedí—. En mi casa siempre tendrás sitio.

Ya se alejaban cuando volví a llamarle, incapaz de contenerme. ¡Cómo me gusta cómo escribe Vizner!

—¡Felix! —llamé—. ¿Cuándo podré leer la siguiente?

Él volvió a reír. Había tomado la mano de su sobrino, parecía más feliz de lo que nunca le había visto.

—¡No tengo planes de escribir otra! —replicó—. Ya he cumplido ese sueño, Hugo. Ahora tengo que ir a por los demás.

Me sentía extrañamente conmovido al entrar en el Café Funke. Ernestine Kmunke y Magdalene Ster me esperaban en nuestra mesa habitual, y habían apartado una silla para que encajase la mía. Las

regañé por no haberme avisado de que Felix Vizner estaba en la ciudad, y estuvimos hablando un rato sobre él, hasta que la camarera me trajo un café con nata y chocolate amargo y un par de tostadas de pan negro.

Hablamos de la historia que estaba empezando a imaginar Ster, para la gran novela por la que su editora llevaba piando desde hacía meses. Kmunke pensaba incluir el primer capítulo, si funcionase bien como fragmento suelto, en el magazín *Espíritu*, que ha crecido hasta dejar de ser un asunto de una persona sola, y desde el otoño cuenta con todo un equipo en la redacción. Sin embargo, me sigue dando la sensación de que Ernestine Kmunke se empeña en tomar prácticamente todas las decisiones y no ceder las riendas ni un ápice más de lo estrictamente necesario.

Apenas habíamos terminado de comer y estábamos pidiendo otro café cuando entró Erwin Slokowich. Le hicimos un hueco para que se derrumbase, con su habitual aire desolado, en una de las sillas.

—¿Ha habido respuesta del editor? —preguntó Ernestine Kmunke.

Hacía poco que había terminado por fin de revisar su último manuscrito, una historia melancólica sobre la distancia entre los miembros de una familia y, concretamente, el abismo insalvable entre padres e hijos, como símbolo del que él percibe entre el artista incomprendido y el resto de las personas.

Todos teníamos el secreto temor de que se lo rechazasen, no porque la obra sea mala (no lo es), sino porque hubiese supuesto un duro golpe para el ya maltrecho ánimo de Slokowich.

—Sí —suspiró él—. Le ha encantado. —Una ola de alivio nos recorrió a todos excepto a Slokowich, que no mostró ningún signo de alegría—. Dice que «muchos podrán sentirse identificados» —se lamentó—. No ha entendido *nada*.

Ernestine Kmunke le dio una fuerte palmada en la espalda, a medio camino entre la felicitación y el capón que una hermana mayor da a su hermano a escondidas de los padres.

—Da lo mismo que lo entienda o no, mientras te pague —resolvió —. ¿Has firmado?

—Por supuesto —se lamentó Slokowich, que era un artista

incomprendido pero también tenía facturas que pagar.

—Entonces, bienvenido sea.

—Enhorabuena —intervino Magdalene Ster, con una sonrisa—. Deja que te invitemos a un trozo de tarta.

—Y tú invitas a la siguiente ronda —añadió Kmunke—, que para eso acabas de ganar algo de dinero.

—Hablando de novedades —dijo Ster—, ¿habéis leído lo nuevo de Michael Teichergreber?

Kmunke bufó como un gato enfadado.

—No llegará una sola corona de mi bolsillo a las manos de ese indeseable —sentenció—. Todo el mundo sabe lo que hizo.

Y tanto que lo sabía. Ella misma se había encargado de que así fuese.

—A mí me envió un ejemplar la editorial —explicó Magdalene Ster—. Es ese poema interminable de amor, por fin ha visto la luz. Se llama *Cartas de pasión*, pero no sale en él ni una sola mención a esa pobre muchacha con la que se obsesionó, ¿cómo era el nombre? ¿Hilde Leopoldine?

—Hedwig Ludmilla —replicamos Kmunke, Slokowich y yo a coro, cada uno con un tono de voz más hastiado que el otro.

—Pues nada… se lo ha dedicado a una tal Anne…

—Eso es lo que tienen los amores eternos: se acaban —dijo Kmunke.

No tengo el menor interés por Michael Teichergreber ni por leer sus libros. No es raro que me envíen algunos al despacho, porque como asesor cultural de la Biblioteca Imperial, mi apoyo por un libro publicado es deseable; tanto casi como cuando selecciono uno inédito para su edición especial. La emperatriz lee todos y cada uno de los títulos de la colección imperial y asiste personalmente a algunos de los actos que convoco. Por supuesto, mi línea no es siempre pareja a sus ideas, pero precisamente por eso le es útil que trabaje para ella. Mi enfoque, centrado en tender puentes y poner sobre la mesa realidades con las que no todos nuestros lectores están familiarizados, es lo más valioso que puedo aportar al puesto.

Y a la emperatriz siempre le ha gustado tener a su servicio a

personas con habilidades infrecuentes.

Regresé a mi despacho para continuar revisando los libros que acababan de llegar. Los manuscritos me los llevaría a casa, como todas las tardes, para leerlos en el pequeño salón del que ha sido mi hogar en los últimos años, en la planta a pie de calle de un antiguo edificio. Los libros, en cambio, se quedan en las estanterías cada vez más atestadas del despacho, que vacío una vez al año.

Sobre la mesa me esperaba una alta pila de novedades a un lado y, al otro, un ejemplar de mi propia obra, *Monstruo*, que he reservado para regalar a la reputada escritora Horvath, cuya amable ayuda me permitió dar el primer paso en el mundo literario. Sé que detesta lo que escribo («La gente quiere leer sobre personas normales» fue uno de sus apuntes del año pasado respecto a una de mis publicaciones), pero aun así, o quizá precisamente por eso, le envío una copia de todo lo que publico junto a una nota de agradecimiento.

La escribí rápidamente y la coloqué sobre la tapa del libro antes de envolverlo en un paquete. Anoté la dirección de memoria. Después, lo aparté a un lado; al día siguiente, por la mañana, lo recogerían para enviarlo.

Pasé a revisar, una por una, las novedades que me habían llegado. Libros de memorias, de historia, de amor. Un ensayo que me interesó. Una colección de relatos. Y entonces, con unas preciosas tapas grises, de una de las editoriales con catálogo más interesante de la Luminosa, una propuesta de traducción para la Biblioteca Imperial. *L'histoire que j'écrirais*, de G. E. Bilgeri.

Tuve que detenerme para tomar aire. Una aspiración entrecortada. Me costó vivir por unos segundos.

Intenté cazar un recuerdo que se dejó ver y a continuación se me escurrió entre los dedos. Una historia que me contó, una historia que no había puesto sobre el papel. «Tal vez algún día», había sugerido yo, y él había estado de acuerdo. Así había quedado, una promesa de libro, una historia que algún día sería escrita.

Aunque nunca leo tomos enteros en el trabajo, hoy me recosté en mi silla, con aquel ejemplar entre las manos, y leí y leí, mientras los compañeros iban y venían por el pasillo, cerraban las puertas, se

marchaban a comer y regresaban, tenían reuniones y se iban. Pasó la conserje y tuvo la amabilidad de encenderme la luz. Apenas me di cuenta.

Cuando terminé, era demasiado tarde para enviar una carta, pero no podía esperar. Me acerqué al escritorio, destapé el tintero y empecé a escribir.

Agradecimientos

Un libro es el resultado de un trabajo en equipo. Por eso quiero darles las gracias a varias personas, empezando a las que hacen un trabajo tan maravilloso en Puck: a mi editor, Leo Teti; a Romi y Patricia por la corrección, a Luis Tinoco por la impresionante cubierta, a Miguel Ángel, Mariola, Patricia, Cristina, Micaela, Georgina, Raúl, Kai y al resto del equipo que está siempre en todo con su apoyo, su trabajo y su enorme amabilidad.

Gracias a la agencia IMC y en especial a mi agente, Jordi Ribolleda.

Gracias a Mayx por acompañarme a Viena y explorar conmigo todos los cafés, por las lecturas y por ser la mejor cazadora de erratas.

Gracias a Gala por leer los primeros capítulos y aclarar mis dudas.

Gracias a mi hermano Fer por ayudarme a resolver algunas incógnitas de la trama haciendo tormenta de ideas conmigo.

Gracias a Cristin por la lectura de sensibilidad y por sus ideas.

Y gracias a ti por leer esta historia. Espero que te haya gustado y que nos volvamos a ver. Si quieres, puedes encontrarme en @brunoenserio (Twitter), @bruno.en.serio (IG) o en mi web (www.brunopuelles.com).

¿TE GUSTÓ ESTE LIBRO?

Escríbenos a

puck@edicionesurano.com

y cuéntanos tu opinión.

ESPAÑA /MundoPuck /Puck_Ed /Puck.E

LATINOAMÉRICA /PuckLatam

/PuckEditorial

¡Gracias por vivir otra
#EXPERIENCIAPUCK!

PUCK